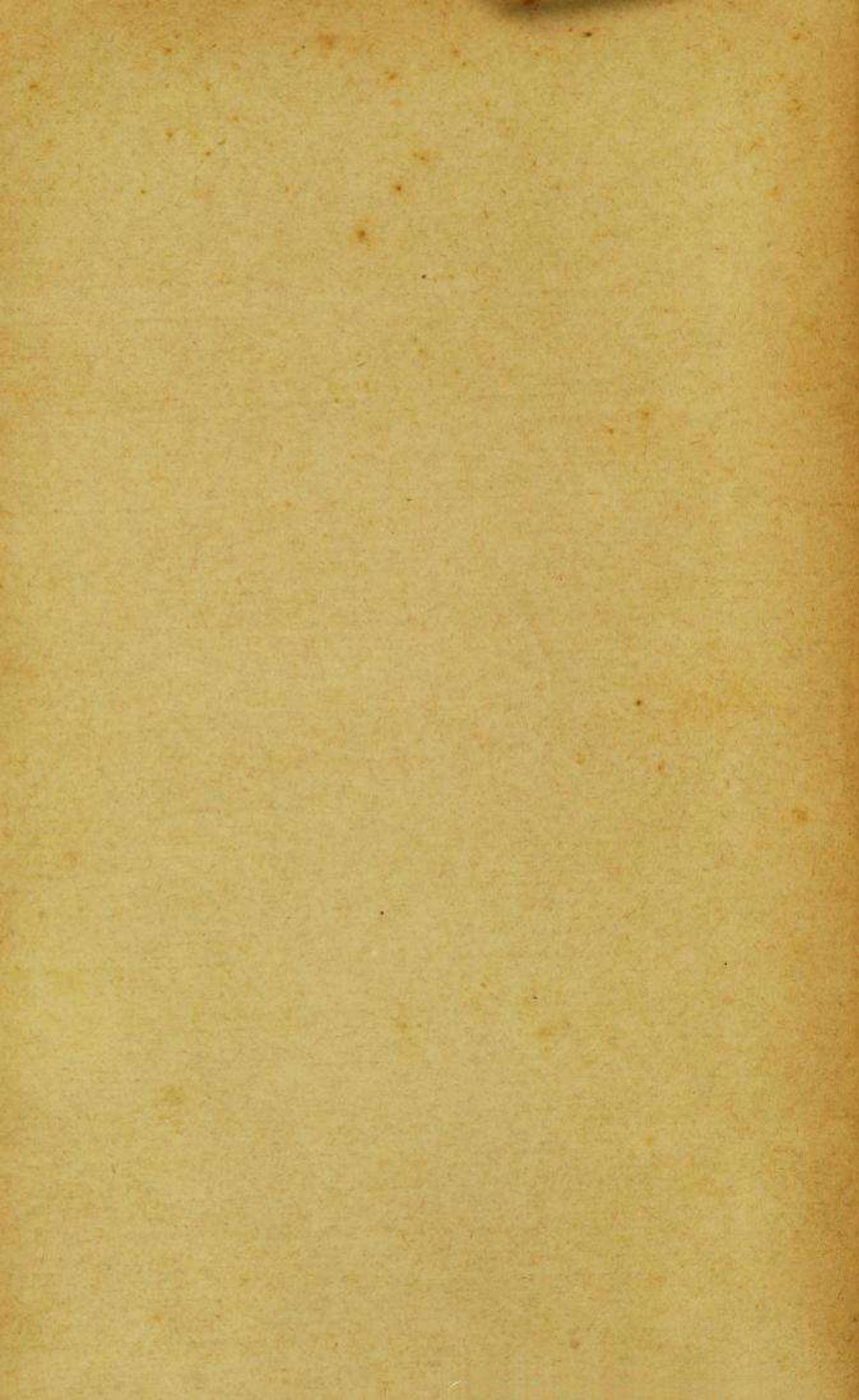
The image shows the front cover of an antique book. The cover is bound in a dark, textured material, possibly leather or cloth, and is heavily decorated with blind-tooled patterns. A central rectangular label contains the title in a stylized, gothic script. The label is framed by a decorative border consisting of a row of small, repeating motifs. The background of the cover is filled with intricate, symmetrical designs, including a large, central emblem that resembles a stylized cross or a heraldic shield, surrounded by elaborate scrollwork and floral motifs. The overall appearance is that of a well-preserved, historical volume.

JUR. DE ZABALETA



P194-5

JUAN DE ZABALETA



JUAN DE ZABALETA

EL

DIA DE FIESTA

POR LA MAÑANA Y POR LA TARDE

CON UNA

ADVERTENCIA PRELIMINAR



BARCELONA

BIBLIOTECA CLÁSICA ESPAÑOLA

DANIEL CORTEZO Y C.^ª, *Ausias March*, 95

1885

LIBRERÍA DE LA UNIVERSIDAD





ADVERTENCIA PRELIMINAR

UNA breve apuntación de esta obra y de su autor en *El Solitario y su tiempo* por Cánovas del Castillo, nos sugirió muchos meses há el deseo de leerla y el propósito de publicarla. Creímos desde luégo, por lo que en aquel libro se decía, que ninguna podría servir de más adecuado complemento y curiosa ilustración á las comedias y novelas del siglo xvii que contiene hasta ahora y contendrá en lo sucesivo esta Biblioteca. La razón es sencilla. De los caballeros y damas que salen en ellas y discretean, se enamoran, andan á cuchilladas y muestran exaltadas pasiones ó travesura y gracia, apenas conocemos más que la vida excepcional de sus aventuras y la singular vehemencia que infunde á todos sus actos el arte. Allí no tienen tiempo de contarnos y poner á la vista pormenores caseros de su traje y costumbres, ni sus preocupaciones y entretenimientos más familiares. Si acaso hacen algo de esto alguna vez, será de un modo indirecto, ya en alusiones fugaces, ya en la descripción de los lugares y escenas á que concurren, pero siempre partiendo del su-

puesto de que hablan con sus contemporáneos, á quienes basta para entenderlos la simple alusión ó la enumeración somera de los objetos. Tanto es así, que las siguientes generaciones nos hubiéramos quedado á oscuras en muchos puntos de su vida privada, sin la necesaria investigación, laboriosa y tenaz, de escritores como Julio Monreal en sus *Cuadros viejos*, que restauran el fondo de aquellas obras entresacando de versos y aun de vocablos sueltos datos preciosísimos.

Ahora bien ; puesto que tan conocidos son en su aspecto romancesco los tales personajes, interesante y curioso ha de ser verlos más de cerca en privado. Así nos los ofrece Zabaleta en su *Día de fiesta*. La pintoresca y curiosísima sociedad del siglo xvii, vista en las tablas embellecida por el arte, puesta en acción en las novelas, descendiendo de estas alturas, se acerca á nosotros y deja que penetremos más hondo en su conocimiento, no de paso y sacando por inducción de lo que se dice, lo que se da por sabido, sino enumerando inmediata y directamente los pormenores y hechos menudos de su vida particular. El *galán* no entra en escena embozado, ni inferimos de incidentales descripciones su traje ; puesto de pié, solo, como un modelo de taller, se calza, se afeita, se viste y ciñe la espada nombrando una por una sus prendas. Sale *la dama*, y deja los gimoteos y los discreteos (que seguramente, lo mismo que las de ahora, sólo usaría en el teatro), para abrir en su tocador, como si nadie la viera, la arquilla de sus *medicamentos*. El *glotón* dice lo que come, *el tahur* lo que estafa, *el enamorado* cómo requiebra, *el poeta* qué compone ó qué zahiere (lo uno no puede ir sin lo otro): ya no son personajes de comedia, ya son hombres. Con lo cual hay bastante para convencerse de que no existe más propio complemento de su anverso artístico como este reverso prosáico.

Dicho queda con esto que *El Día de fiesta* es una colección de artículos de costumbres, parecidos á los que han escrito modernamente muy celebrados escritores. Á tal

punto es visible la semejanza, que el mismo autor de *El Solitario y su tiempo* cita á Zabaleta, con mayores títulos que al mismo Quevedo, como antecesor, si no padre, del género, que, apenas transcurridos dos siglos, fué el preferido de Estébanez, Mesonero Romanos, Larra y tantos otros. Pero dejando ahora si con Zabaleta y Quevedo ó quizás antes de ellos, existió algún otro escritor más merecedor de que se le llame con toda verdad pintor de costumbres, ó si el mismo Zabaleta guarda más parecido con extranjeros y coetáneos que con los modernos autores españoles en su procedimiento literario, desde luego hay que observar que nuestro autor escribió artículos de costumbres casi sin saberlo él. Su intención fué muy otra; la de moralizar y corregir, no la de pintar; la de filosofar con ingenio á veces, con extravagantes sutilezas casi siempre, y siempre con fin piadoso. Así se ve en la misma obra donde á toda descripción acompañan largos párrafos de reflexiones morales, y así se desprende de otros libros análogos que publicó. Para hallar en él al hábil, felicísimo y gracioso retratista de caracteres, y entresacar de las apretadas columnas de su prosa los rarísimos datos que contiene, lo cual la hace apreciable en el día (en que vamos en todo á caza de *documentos*), ha sido necesario expurgar y desbrozar mucho el texto, frotar mucho la tela hasta que cayera la agrietada patina que á trechos la cubre. Y es verdaderamente singular la unanimidad de pareceres que ha habido en este punto entre cuantos han sacado de nuevo á luz á Zabaleta, desde Hartzenbusch que hace algunos años quiso restaurar la obra, hasta Rodríguez Chaves, el apasionado admirador de las poéticas costumbres del siglo xvii. De todo lo cual resulta que los fragmentos que más apreciamos hoy son los que al autor le servían de pretexto para sus ingeniosidades de filósofo, y éstas, que más apreciaría él, las que desdeñamos y tachamos ahora.

Puestos en la necesidad de seguir tan autorizados ejemplos, y rayar muchos párrafos, confesamos que las más ve-

ces nos ha dolido sacrificar muchas sutilezas del libro, sus símiles peculiarísimos y sus violentas alegorías, porque, aun siendo del peor gusto, caracterizan al escritor y su tiempo y no serían perdidos para todo género de lectores. Perplejos ante una tarea, ya de suyo delicada y dificultosa, no hemos adoptado un criterio sistemático. Van en esta edición todos los capítulos á excepción del último, que es declaradamente una lección moral bastante pesada; son en número de treinta y uno. Hemos cercenado, en segundo lugar, las reflexiones y divagaciones que acompañan á la parte descriptiva, lo bastante para evitar el enfado, pero no tanto que no pueda adquirirse noción alguna de las cavilosas y aun extravagancias del singular genio del autor. Para el estudio de toda una literatura no basta, á nuestro juicio, conocer los modelos de perfección, sazonados y floridos; algo se ha de conceder á los ejemplares que muestran las primeras manchas de la podre.

Zabaleta lleva ventaja á muchos escritores de su tiempo en la llaneza y claridad de su estilo, en la construcción de la frase, enjuta pero limpia. Encuadrada en cláusulas breves, ni la embarazan largos incisos, ni cuelgan unos de otros, ni se arrastran rozagantes abrumando el concepto, y embrollando al lector que llega al final sin aliento y roto el hilo de la madeja á fuerza de tirar de ella sin verla el fin. Esta sola condición hace más ligera y amena la lectura y no es la menor singularidad de la obra, cuyos méritos principales no hemos de repetir por no exponernos á copiar inconscientemente lo que se ha dicho del autor en los últimos años.

J. Y.



EL DÍA DE FIESTA

POR LA MAÑANA

OCUPÓSE Dios, digámoslo así, en fabricar el mundo seis días. Parecióle que era mucho tiempo, para estar metido en los negocios del mundo, y volvióse á su descanso. Dios siempre es Dios ; pero como es la regla por donde se han de gobernar los mortales, hace algunas cosas que parecen de mortal. Ocupóse en la creación seis días, el séptimo se retiró á sí mismo, que es lo mismo que al cielo. Enseñó á los hombres á trabajar como humanos, y á que de cuando en cuando tuviesen un día de divinos. Mandóles santificar las fiestas : esto es, hacer santos algunos días. La palabra *santo*, quiere decir cosa sin tierra. Quiso que tuviesen algunos días de cielo. Cada semana hay un domingo ; no tiene más de siete días la semana. Cada siete días quiso Dios que los humanos fuesen celes-

tiales. Dióles seis días para las penalidades del suelo : y es tan grande su bondad, que le pareció que eran muchos seis días para estar sin gloria, y señalóles un día con tales calidades, que pudiesen hacer gloria del día. Obligóles á no trabajar. No parece humano el que no trabaja. Quisólos ocupados en oraciones y alabanzas suyas. Quien está en oración, está en el cielo. Quien alaba á Dios, parece que lo está. Instituyóles en la ley de gracia la misa. Mandóles que en los días santos la oyesen. Allí baja la gloria, que quiso que tuviesen de su gloria en la tierra. Conocióle á Dios la Iglesia la intención, y con la potestad que él la tiene dada, les hizo á sus fieles otros días de la calidad del domingo, porque más á menudo que cada seis días, tuviesen cielo. Dios y su Iglesia aman tanto á los hombres, que á pocos días de trabajo, les da uno de fiesta, uno de gloria ; pero, ¿ cómo usan los hombres de estos días ?



CAPITULO PRIMERO

El galán

DESPIERTA el galán el día de fiesta á las nueve del día, atado el cabello atrás con una colonia. Pide ropa limpia, y dánsela limpia y perfumada. La limpieza es precisa. Los perfumes son excusados. Sin limpieza es un hombre aborrecible: con perfumes es notado. Limpio, da á entender que cuida de sí: perfumado, da á entender que idolatra en sí mismo. El hombre se debe á sí la limpieza: el sacrificio se lo debe á Dios. Los humos olorosos se hicieron para el sacrificio. Quien se aplica á sí los olorosos humos, digno de sacrificio parece que se juzga.

Dicele á un criado, que le dé de vestir, que otro vaya á llamar al barbero y al zapatero. Pónese un jubón cubierto de oro, porque es constitución de la gala cuidar más del adorno interior que del exterior. Esta regla mejor era para observada en el alma que es la porción escondida, que en el jubón, que es la gala secreta. El jubón, sea el que fuere, abriga y entalla; pero el alma, si no es muy buena se irá al infierno, y al cabo se llevará el cuerpo consigo. El arnés grabado de oro, carga es; pero es carga que vale

la vida. El jubón donde está el oro como derramado, es peso que suele hacer daño mortal al alma.

Cálzase luégo, y pónese unas medias de pelo tan sutiles, que después de habérselas puesto con gran cuidado, es menester cuidado grande para ver si las tiene puestas. Yo pienso que ha de llegar tiempo en que hasta las medias las hagan hechiceras, porque las puedan hacer invisibles. Si es fealdad no estar calzados, ¿cómo se calzan los hombres de manera que parece que andan descalzos? Yo no sé cómo hay en el mundo quien se ponga medias de pelo; porque há menester andar con más cuidado que si trajera las piernas de vidrio. Las guarniciones de las faldas de las mujeres se las amedrentan, las conteras se las asustan, y los piés de las sillas se las espantan. Traer medias de pelo no es delito para castigar, pero es locura para corregida. Porque trae medias de pelo no se puede enviar un hombre á un presidio; mas pareciera acertado enviarle á una casa de locos, donde le curaran el desatino, y no le castigaran la culpa. Ajústase, en fin, las medias nuestro galán á las piernas, con unos ataderos tan apretados, que no parece que aprietan, sino que cortan. Garrotes suelen dar á los que están sin sentidos: muy sin sentidos está quien no vuelve en sí con estos garrotes.

Pónese en pié, pregunta si ha venido el zapatero ó el barbero; pero ni el barbero, ni el zapatero parece. ¡Que haya quien compre una cosa tan baladí como unos zapatos á más que á dinero, á dinero y cuidado, y cuidado tan enfadoso como esperar! Ya en casa, me admira que haya quien aguarde unos zapatos nuevos, y me vuelvo loco de pensar que haya quien los aguarde en casa, teniendo otros que ponerse aquel día. El barbero sólo está pronto en su tienda para el que se va á hacer en ella la barba. El que no se la puede hacer en ella, llámele en día que esté menos dificultoso. Pide el chocolate, por esperar con menos fastidio, y traénle el chocolate. ¡Las atenciones que hay con el cuerpo, y con el alma qué pocas atenciones!

Entra el zapatero oliendo á cansado. Saca de las hormas los zapatos, con tanta dificultad como si desollara las hormas. Siéntase en una silla el galán, hincase el zapatero de rodillas, apodérase de una pierna con tantos tirones y desagradados, como si le enviaran á que le diera tormento. Mete un calzador en el talón del zapato, encapillale otro en la punta del pié, y luégo empieza á guiar el zapato por encima del calzador. Apenas ha caminado poco más que los dedos del pié, cuando es menester arrastrarle con unas tenazas, y aun arrastrando se resiste. Pónese en pié el paciente fatigado ; pero contento de que los zapatos le vengán angostos : y de orden del zapatero da tres ó cuatro patadas en el suelo, con tanta fuerza, que pues no se quiebra, debe de ser de bronce.

Acoceados dan de sí el cordobán y la suela : pellejos, en fin, de animales que obedecen á golpes. Vuélvese á sentar el tal señor, dobla hacia fuera el copete del zapato, cógele con la boca de las tenazas, hinca el oficial junto á él entrambas rodillas, afirmase en el suelo con la mano izquierda, y puesto de bruces sobre el pié, hecho arco los dos dedos de la mano derecha, que forman el jeme, va con ellos ayudando á llevar por el empeine arriba el cordobán, de quien tira con las tenazas su dueño. Vuelve á ponerse en una rodilla, como primero estaba, empuña con la mano la punta del pié, y con la palma de la otra da sobre su mano tan grandes golpes, como si los diera con una pala de jugar á la pelota : que es la necesidad tan discreta, que se hace el pobre el mal á sí mismo, por no hacerle á aquel de quien necesita.

Ajustada ya la punta del pié, acude al talón, humedece con la lengua el remate de las costuras, porque no falseen las costuras de secas por los remates. ¡Tremenda vanidad, sufrir en sus piés un hombre la boca de otro hombre, sólo por tener aliñados los piés ! Desdobla el zapatero el talón, dale una vuelta con el calzador á la mano, y empieza á encajar en el pié la segunda porción del zapato. Manda que

se baje la punta, y hácese lo que manda. Llama hacia el zapato con tal fuerza, que entre su cuerpo y el espaldar de la silla abrevia torpe y desaliñadamente al que calza. Dicle luégo, que haga talón, y el hombre obedece como un esclavo. Ordénale después que dé en el suelo una patada, y él da la patada como se le ordena. Vuelve á sentarse, saca el cruel ministro el calzador del empeine, y por donde salió el calzador mete un palo, que llaman costa, y contra él vuelve y revuelve el sacabocado, que saca los bocados del cordobán para que entren las cintas; deja en el empeine del pié un dolor y unas señales, como si hubieran sacado de allí los bocados. Agujerea las orejas, pasa la cinta con una aguja, lleva las orejas á que cierren el zapato, ajústalas, y da luégo con tanta fuerza el nudo, que si pudiera ahogar un hombre por la garganta del pié, le ahogara. Hace la rosa después con más cuidado que gracia. Vuelve á devanarse á la mano el calzador, que está colgando del talón, tira de él como quien retoca, da con la otra palmadas en la planta, como quien asienta, y saca el calzador, echándole todo hacia atrás. Pone el galán el pié en el suelo, y queda mirándole. Levántase el zapatero, arrasa con el dedo el sudor de la frente, y queda respirando como si hubiera corrido. Todo esto se ahorra con hacer el zapato un poco mayor que el pié. Padecen luégo entrambos otro tanto con el pié segundo. Llega el último y fiero trance de darle el dinero. Recoge el oficial sus baratijas. Recibe su estipendio, sale por la puerta de la sala, mirando si es buena la plata que le han dado, dejando á su dueño de movimientos tan torpes, como si le hubiera echado unos grillos.

¿Si pensarán los que se calzan apretado, que se achican el pié? Si lo piensan se engañan. Los huesos no se pueden meter unos con otros; con esto es fuerza que si le quitan de lo largo al zapato, se doble el pié por las coyunturas, y crezca hacia arriba lo que le menguan de adelante. Si le estrechan lo ancho, es preciso que se alargue aquella car-

ne oprimida. Con la misma cantidad de pié que se tenían, se quedan los que calzan sisado. Lo que hacen es atormen-tarse y dejar los piés de peor hechura. El animal á quien más largos piés dió la naturaleza, según su cantidad, es el hombre, porque como ha de andar todo el cuerpo sobre ellos, y no son más de dos, quiso que anduviese seguro. El que se los quiere abreviar, gana parece que tiene de caer y de recaer en los vicios, donde se hará mayor mal que en las piedras.

Entra el barbero dando prisa desde que entra, pide lum-bre para los hierros y dice que pongan el escalfador en la lumbre. Siéntase el galán en una silla, y en sentándose pierde el dominio de su cuerpo, porque no se puede me-near sino hacia donde el barbero le manda. Pónele un pei-nador muy plegado, que es lo mismo que ponerse unas enaguas por el cuello. Rodea una tohalla al cuello del pei-nador, en forma de muceta, ajústale bien detrás de las orejas el cabello, echa el agua baheando en la bacía, encá-jale por la muesca la bacía en la garganta, y déjale la ca-beza como cabeza de degollado que llevan de presente. Empieza á bañarle oliéndole las manos á lo que almorzó, y nunca es bueno lo que almuerza. Salpícale con la legía los ojos y deslízansese por entre los dedos algunos chorros hacia la boca. Ruédale el jabón por la cara, y déjale la cara de pícaro de Carnestolendas. Desahógale de la bacía; saca una navaja del estuche, límpiala por ambas haces en la palma de la mano izquierda, como quien la afila, y empie-za á raerle con ella el rostro. Córtale un poco en un carri-llo, y pónele el dedo de en medio de la mano que gobier-na la cabeza, como que afirma sobre la cortadura, por quitarle la sangre con el dedo; esta atención dura hasta que vuelve á bañarle, que entonces se limpia la sangre de punto. Báñale segunda vez: repásale con la navaja, y por quitarle bien los pelos del perfil del labio inferior, le mete dos ó tres veces el dedo en la boca, y echa de ver que es bobo en que se lo sufre. Refréscale la cara con agua fría,

y cogiéndola con la tohalla entre sus dos manos se la enjuga. Mira si están los hierros bien puestos en la lumbre, y reconoce que están bien puestos. Desenvaina un peine y unas tijeras del estuche, y parte al miserable paciente, abriendo y cerrando en el aire las tijeras. Arremángale las narices con el dedo pulgar de la mano en que lleva el peine, y con las tijeras que lleva en la otra se las desenzarza. Corre luégo á las orejas, y escombráselas. Anda de aquí para allí despuntando pelos. Sacude al fin en el peine las tijeras: encaja el peine en su cabello, deposita las tijeras en la pretina. Arrebata, como quien se quema, los hierros de la lumbre, y échalos por los anillos en el agua que quedó en la bacía: huye el calor, quejándose del sitio que el agua moja. Riega lo que resta hasta el fiel, y hace con los rocíos el hierro caliente el mismo ruido que hacen los que labran sombreros. Empúñalos, sacúdelos, enjúgalos, examínalos, y embiste á los mojados bigotes, con el mismo arrojamiento que si estuviera aquel cuerpo difunto. Valos el hierro tirando, y el calor endureciendo. Después de muchas tenazadas, los deja tan arrimados al rostro, y tan aguzados de puntas, que más parecen fingidos con un pincel que aliñados con un hierro. Cobra de su pretina las tijeras y del cabello el peine, acude al pelo que se desmanda, y córtale. Escudriña todo el rostro por ver si falta algo, y déjale como ve que no falta. Trae el espejo, bésale, entrégale, y mientras el galán se mira, le va desamortajando; en esto se echa de ver que resucita quien sale vivo de aquel tormento. Sacúdele de la garganta con el peinador los pelos pegados: dicele al paciente, que le guarde Dios, y recoge el espejo. Junta sus trastos, toma su capa, carga con ellos, recibe la satisfacción, y vase como quien huye.

Yo no digo que se puede excusar el quitarse un hombre la barba; pero digo que se la quite, pues es trabajo, en día de trabajo, y que se la quite sin tantas prolijidades. Muy bien parece un hombre limpio; muy mal parece afeitado. Sin barba erizada está agradable, con los bigotes

muy en orden tiene la capa de retrato. El bigote limpio y desparramado, significa hombre guiado; y forzado con el hierro, significa hombre que pone cuidado en su hermosura. Si en una mujer parece demasiado desvelo rizarse, ¿qué parecerá en un hombre labrarse los bigotes? ¿Qué parecerá haciéndose ambas cosas con un mismo instrumento y para un mismo fin? Los más lo hacen, los más lo yerran. Muchos lo dejaran de hacer si no lo hicieran más. Fuerte error es sujetarse un hombre á traer su cara al antojo ageno: y aun esta imitación no era tan culpable, si los que estos usos empiezan fueran hombres de peso; pero ordinariamente les da el principio la juventud galanteadora. ¡Qué dichosa fuera la República, en que se guardarán las leyes como los usos!

Lávase luégo las manos, porque estén blancas, debiendo cuidar de que estén limpias, no de que estén blancas. En ninguna cosa del aliño corporal pone un hombre con tanta fealdad la atención, como en la hermosura de las manos: formólas la naturaleza casi todas de nervios y huesos, porque fuesen para mucho; y hay hombres, que porque no se les pongan duras y negras, no quieren que les sirvan de nada. Los que hacen esto son mancos sin que lo sepa nadie.

Pónense luégo la golilla, que es como meter la cabeza en un cepo, tormento inexcusable en España. Esta es la nación, entre cuantas la razón cultiva, que menos cuida de sus comodidades. Está la golilla aforrada en blanco, por dejar de la valona no más de algunos visos. Ya les llega á los galanes la enfermedad de las medias á la garganta: plegue á Dios no los ahogue.

Estréchase en la ropilla, muriendo por quedar muy entallado. No hay hombre mozo, que desde el remate de los pechos á la cintura, no quisiera caber en un cañuto. Arquéase las costillas tanto que no sé cómo no faltan. Abolla y arruga el estómago. Esto lo debió de inventar algún mezquino por comer á menos costa, cabiéndole menos.

Ensangosta de manera el camino de la respiración, que entra y sale de tres veces el aire que habia de entrar y salir de una. Aun por vehementísimos indicios de delincuente, parece demasiadamente cruel el tormento de la cincha, y hay quien se le dé á sí mismo, sólo por el crédito de bien entallado. Si el darle allí parece duro, el sufrirle aquí es locura. Intenta ceñirse con la pretina el vientre y está forcejando un gran rato con la pretina, para juntarla por los dos extremos.

En estando con toda esta fuerza metido en cintura, desenlaza la colonia que le aprisionaba el cabello. Toma el peine de desenredar y derrama en ondas por los hombros la guedeja. Echa la cabeza hacia atrás para peinarse, que es lo mismo que echar á rodar el juicio, aplica luego los menudos dientes del peine de pulir y deja de por sí cada hebra. Desta manera son las cabezas de metal, por de fuera muy acabadas y por de dentro aire. Vuelve á tomar el peine más vacío y ahuécase la melena en forma de espuma: déjala hecha un golfo con quien juega el viento. Si la misma vanidad hace burla deste vicio, qué hará la razón? El cabello, por junto á su nacimiento cortado, tiene las puntas hacia el cielo. El cabello largo tiene hacia la tierra las puntas. De los pensamientos es el cabello semejanza: quien le trae muy corto, parece que tiene hacia el cielo los pensamientos: quien le trae muy largo, da á entender que los tiene muy hacia la tierra.

Toma la espada y pónesela, que era harto mejor no ponérsela: y sino, díganme: ¿contra quién se ponen en la paz las espadas los hombres? Contra el que vive en su tierra, contra su vecino, muchas veces contra su amigo, algunas contra su pariente, y alguna contra su hermano. Si á lo arrebatado de la ira le ponen á la mano instrumentos, ¿qué atrocidades no hará la ira? Diránme ahora, que las espadas se permiten en la paz para la defensa justa de la honra, la vida y la hacienda. Á esto respondo que para ninguna cosa destas son menester las espadas. No hay más

honra que la virtud. Una virtud se guarda con otra. La peor guarda de una virtud es un vicio, porque hace que huya la virtud que se le encarga. Querer que la venganza, que es vicio detestable, guarde las virtudes de que se compone la honra, no es más de hacer que eche á perder la venganza las virtudes. Una de las partes de la honra es la virtud de cumplir muy bien con las obligaciones de casado. Vengar á su arbitrio el adulterio, es juntar con una virtud un vicio. No se engañe el mundo; lo que llaman honra comunmente, es la estimación, y esta no toda, sino la que hacen de un hombre los mozos sin prudencia y los viejos sin juicio: por cumplir con éstos, se hacen las venganzas, que para con los varones cuerdos, sólo el que obra sin culpa es honrado. Luego para guardar la honra, mejor está un hombre sin espada que con ella, pues con el vicio de la venganza se pierde la virtud, que es la verdadera honra.

Si la espada es para la guarda de la vida, la vida está sin ella más bien guardada. Andando sin espada todos, se redujeran á manos desarmadas todas las pendencias, y estas raras veces han quitado la vida.

Si es la espada para guardar la hacienda, á la hacienda no acometen violentamente de día los ladrones, y contra la maña subrepticia no aprovechan las espadas. Para las invasiones que pueden intentar de noche, mejores son que buenas espadas buenas puertas; fuera de que aun de esas puertas á dentro puede haber armas mucho mejores. En mi juicio, donde no hay guerra, son las espadas muy perniciosas.

Nuestro galán en fin se puso espada y esa con la vaina abierta, que también debe de entrar en la gala dar á entender un hombre que anda fácil para una pendencia, y debe de ser parte del bien parecer, parecer que no se teme á la justicia. ¡Gentil gala la que se compone de culpas!

Pónele un criado en los hombros la capa de bayeta, rodeada toda de puntas al aire, cuajado el cuello y los escu-

dos, tan erizada por donde quiera, que da miedo tocarla con la mano.

Toma luégo el sombrero de castor, labrado en París, negro y luciente como el azabache, de precio tan crecido, que con lo que él costó, pudieran tener mantos con que ir aquel día á misa seis viudas pobres, que por estar sin ellos, se quedan sin ella. Ordena con la mano las puntas de humo de la toquilla, no habiendo mano tan desordenada como la que compró aquellas puntas. Anochece y no desaparece entre ellas el listón de color, que le dió por favor la dama, secreto parecido á su secreto, pues el favor que más encubre, le encubre de manera que le divisan todos.

Pónese el sombrero en la cabeza y danle el espejo; en él se hace el galán una visita de cumplimiento á sí mismo, porque parece que era dejar una obligación vacía salir de casa sin haberse mirado. Agrádase de verse tan compuesto y dase la norabuena de lindo. En lo que ahorran el vidrio para hacerle espejo, es en plomo: éste es metal pesadísimo; pero si dilatado en la mina le echan en el agua, náda como corcho; es por su naturaleza muy grave, pero no sabe serlo. El hombre es de tierra y la tierra es muy pesada; debiera irse luégo al profundo de verdad, y no quedarse vago en la superficie donde están los colores y los engaños. Mirase en el espejo y el plomo que ahorra el vidrio, como está en la mina, le paga la ligereza. Vese allí retratado y debiera irse al profundo de la verdad de su sér: debiera irse á lo mortal, debiera no parar hasta la nada de su principio; pero como está dilatado en galas y en adorno, quédase en la superficie: allí no da en los engaños y no sabe usar del peso de su naturaleza. Deja el espejo muy pegado, compone con ambas manos las faldas de la ropilla y empieza á caminar á la calle.

¿Por qué pensarán estos que cuidan tanto de que su vestido sea galán, que se puso Adán el vestido? Pues sepan si no lo saben, que fué, no por adorno, sino por señal de

afrenta. Estaba Adán en el Paraíso antes que pecara, como en la caña el lirio, como la rosa en el ramo: tan naturalmente era galán y hermoso, como es el lirio hermoso y galán, como es bella y aliñada la rosa. Quebrantóle á Dios el precepto, conoció la culpa que había cometido y púsose una señal de su culpa. Hízose vestido; señal es el vestido de afrenta: bien poca vergüenza tiene quien de la afrenta hace gala. Si á uno, á quien hubiesen azotado por ladrón, le viésemos que se hacía dorar y matizar la marca de su castigo: si la piedad no nos obligara á tenerle por loco, la razón nos hiciera mirarlo como á descarado. ¿Cómo, pues, miraremos al hombre, que el vestido, que es la marca de su culpa original, le guarnece y le aliña con tal arte, que parece adorno? Si le evitamos el descaro, no le escaparemos la locura.

Mucho les debiera disuadir de su engaño á los que gastan mucho en galas, ver que por dar que mirar á los curiosos, dejan de dar de comer á los necesitados. Por hartar de admiraciones la vista desocupada, quitan el bocado de la boca hambrienta. Á los ojos los ocupan de superfluidades y apartan de la boca mendiga y desocupada el alimento.

¡Cuánto mejor era engalanar la marchita piel del pobre del color de bien sustentado, que aliñar el cuerpo propio con gastos de mal advertido!

Yo no digo que la gente de lustre excuse de vestirse conforme á su estado; pero en cualquiera estado, para su lustre, bastan la seda y la lana pulida. No hay persona, por señalada que sea, á quien el invierno no la vista muy bien el terciopelo, y á quien el tafetán doble no le aliñe muy bien el verano. La capa de buen paño es muy decente, y la de bayeta no es mala capa. No hay guarnición que no sobre, en cualquiera vestido está de más, y si sirve de algo, es sólo de libelo infamatorio de las costumbres de su dueño.

Entra, pues, nuestro galán en la iglesia, haciendo de su

misma sombra espejo. Quien en su sombra se halla galán, bien pudiera hallarse en sí mismo sombra. Lo primero en que pone los ojos, es en las damas; él quedará sin ojos. Llega delante del altar mayor, pone la punta del lado derecho de la capa en el suelo y pone en ella la rodilla. Si el poner en el suelo la capa es limpieza, es melindre muy fuera de tiempo; y si es comodidad, es muy irreverente desahogo. ¿Atreviérase nadie á ponerse de rodillas delante de un rey de la tierra, previniéndose de descanso y de aliño? Claro está que no se atreviera. ¿Pues por qué para estar un instante delante del rey del cielo, ha de poner tanto cuidado en no deslucir su gala y no lastimar su cuerpo? Puesto ya allí, parece que hace oración y á mí me parece, según le juzgo divertido, que no la hace. Para hacer un ramillete de flores, no basta que las flores sean hermosas, que es menester también que sea atenta la mano que las teje.

En cumpliendo con aquella ceremonia se levanta, arrímase á una capilla y habla con la mujer hermosa más cercana. En un mercado concurre mucha gente: los más van por lo que han menester; pero también van algunos ladrones á hurtarles el dinero con que lo han de comprar. Mercado espiritual es el templo; á él van muchos á prevenirse de lo que han menester para su alma; pero van algunos ladrones que les hurtan las virtudes con que han de hacer el empleo. Entra la mujer hermosa en la iglesia á pedirle á Dios que la remedie sus necesidades: pónese junto á ella el mozuelo galán y parlero: húrtales la atención y devoción con que iba á buscar el remedio, y quizá se vuelve por esto la triste sin remedio á su casa.

Sale una misa y lo primero que hace el galán que la aguardaba, es mirar si tiene señas de breve. ¡Válgame Dios, tanto espacio con el zapatero y con el barbero, y tanta priesa con el sacerdote! Parécele á propósito y busca un banco á qué arrimarse. Hinca una rodilla en el suelo y déjase caer sobre el banco. Á quien hace esto, parece que le

pesa de no tener allí su cama. Acábase la misa y hace con gran puntualidad la cortesía á las damas que están cerca dél.

Parécele á nuestro galán que es ya hora de comer y mirando si le miran, dando pasos de agradar, toma el camino de su casa. En esto gastó este hombre la mañana del día de fiesta, oyó misa sin atención, y puso grande atención en el adorno con que había de ir á misa.



CAPÍTULO II

La dama

AMANECE para la dama el deseado día de fiesta, para ella verdaderamente de holgar, porque ha de salir á ser vista. Éntrase en el tocador á medio vestir, engólfase en el peinador, pónese á su lado derecho la arquilla de los medicamentos de la hermosura y empieza á mejorarse el rostro con ellos. Esta mujer no considera que si Dios gustara que fuera como ella se pinta, él la hubiera pintado primero. Dióle Dios la cara que le convenia, y ella se toma la cara que no le conviene. Para lo que quiere la cara que se pone, es para agradar á las gentes; porque no le estaba bien agradarlas, le dió Dios la cara que se quita. No hay artífice humano, que no sienta que otro artífice le enmienda sus obras, pudiendo estar erradas: ¿qué sentirá Dios, que todo lo acierta, viendo que una mujer ignorante le enmienda sus obras?

El demonio suele, cuando quiere engañar una alma, transfigurarse en ángel de luz. Lo mismo hace una mujer

fea, que se aliña el rostro. Para engañar las almas hace cuánto puede por transfigurarse en ángel.

Siempre ha parecido en los púlpitos y en los libros, reprehensión de poca importancia la de los afeites; pues cierto, que no lo es. De grande importancia fuera que no los hubiera en el mundo. Bien veo que es dificultoso de remediar, pero también pueden ver todos, si lo miran atentamente, que importara mucho el remedio. Naturalmente apetecen los hombres con grande ansia á las mujeres: uno de los remedios que hay para esto, es que ellas tengan pocos instrumentos de incitar. La fea con los afeites es menos fea, y no sé si diga que hermosa. La hermosa, hermosísima. Claro está que hay aquí más instrumentos de inquietar las almas y de destruirlas. Ve un hombre una mujer en la calle, más blanca que la nieve, las cejas como de ébano, las mejillas como de rosa, los labios como de coral y la garganta como de alabastro. Como no le ha visto su cara natural, piensa que es aquella su cara y enamórase della. Si este hombre viera en aquella misma parte en que ve el alabastro, el coral, las rosas, el ébano y la nieve, un pellejo de color de sombra, unos ojos sin cejas, unas mejillas sin sangre, una nariz que berengenea, unos labios blanquecinos y una garganta que desde lejos parece esclavina: no hay duda que apartase los ojos de aquellos horrores. Pues la esclavina está debajo del alabastro, lo blanquecino debajo del coral, lo pálido debajo de las rosas, el campo pelado en las cejas, debajo del ébano y debajo de la nieve la sombra: por el engaño del afeite cayó él en otro engaño: miren si puede mucho el afeite. Tanto es lo que vale este fingimiento, que el mozo lascivo, que se levantó del lado de la mujer perdida, habiéndola mirado al salir de la cama con enfado, por su fealdad, se agrada de mirarla á medio día: la confección de los afeites le olvida de lo que ve. Diránme ahora, que para rehacer el cariño del matrimonio es de alguna importancia este engaño: pienso que se engañan. El amor entre los casados,

bien puede ser que le empiece la hermosura, pero quien le prosigue es la condición, los hijos y los buenos oficios. La palabra *esposa*, lo más que significa es comodidad, lo menos es deleite. La mujer que trata blanda y atentamente á su marido, con cualquiera cara es hermosa. El amor no entiende de caras, la mejor es la querida. Muy inicuo, muy ingrato es menester que sea el hombre que no quiere bien á la mujer propia, que cumple con las obligaciones de una mujer.

En teniendo el rostro aderezado nuestra dama, parte al aliño de la cabeza. Péinase, no sin algún trabajo, porque en el cabello crecido es fuerza, y es fuerza en las mujeres el traerle crecido. Recoge parte dél y deja parte libre, como al uso se le antoja. Pónese luégo unas lazadas de cintas de colores y parece que tiene la cabeza florida. La tierra que lleva las más hermosas flores, es tierra: tierra es aquella cabeza con aquellas flores. La seda es gusanos hilados: la cabeza, que hierve en gusanos, no es sana cabeza.

Esto hecho, se pone el guardainfante. Este es el desatino más torpe en que el ansia de parecer bien ha caído. Si una mujer tuviese aquella redondez de cuerpo desde la cintura abajo, hubiera quien se atreviera á mirarla? Ponerse postizo un defecto, ¿puédelo hacer sino quien está sin juicio? Ponerse postizo un ojo, vaya, porque los ojos son hermosura: pero ponerse una hinchazón contrahecha, ¿quién lo puede hacer que no esté fuera de tino? Si un hombre se pusiese postiza una corcova, ¿no le tendrían las mujeres por mentecato? ¿Pues qué juzgarán los hombres de las mujeres que se ponen una monstruosidad postiza?

Échase sobre el guardainfante una pollera con unos rios de oro por guarniciones. Á las plazas fuertes las guarnecen mucho, porque no se rindan, y las mujeres por la mayor parte se guarnecen mucho para rendirse. La rosa que tiene el pié más áspero y más tosco, es la que huele mejor. La mujer que trae muy pulidos los bajos, no me huele bien.

Pónese sobre la pollera una basquiña con tanto ruedo, que colgada podía servir de pabellón. Ahuécasela mucho, porque haga más pompa, ó porque coja mucho aire con que hacer su vanidad mayor.

Entra luégo por detrás en un jubón emballenado, y queda como con un peto fuerte. Estas señoras nos podrán decir lo que le pasó á Jonás en el vientre de la ballena, pues andan en una ballena todo el día. Lo que Dios le dió á un hombre por castigo, toman ellas por gala. Si una mujer muy virtuosa trujese aquel tormento debajo de un saco, sería alabada, y con razón, de muy penitente; y es el diablo tan sutil que hace creer que para la estimación humana importa mucho aquel tormento. Este jubón, según buena razón, había de rematar en el cuello: mas por el pecho se queda en los pechos, y por la espalda en la mitad de las espaldas. Cierto que las mujeres que se visten al uso, se visten de manera que estoy por decir que anduvieran más honestas desnudas. Los jubones se escotan de suerte, que traen los hombros fuera de los jubones. Mucho debe de pesarles la honestidad, pues no la pueden traer al hombro. De los pechos les ven los hombres la parte que basta para no tener quietud en el pecho: de las espaldas la parte que sobra para que dé la virtud de espaldas. Á las mujeres que se visten al uso presente, no les falta para andar desnudas del medio cuerpo arriba, sino quitarse aquella pequeña parte de vestidura que les tapa el estómago. De los pechos se ve lo que hay en ellos más bien formado: de las espaldas se descubre lo que no afean las costillas: de los brazos, los hombros están patentes; lo restante en unas mangas abiertas en forma de barco, y en una camisa que se trasluce. Lo que tiene muy cumplido el jubón, quizá porque no es menester, son los faldones, y tan cumplidos y tan grandes que echados hacia la cabeza, pueden servir de mantellinas.

Ahora entra una ropa hecha de líneas casi invisibles. Un triangulito por espalda, una cinta por cola, dos circu-

litos por brahones, y dos castañas por mangas. ¿De qué sirve esto? Nada desto sirve, ni de decencia, ni de abrigo. ¿Para no traer ropa, no era mejor no traerla?

Llega la valona cariñana que es como una muceta, con más labores que si fuera labrada en la China. Esta se prende toda al rededor. De sólo puntas de alfileres es cara, ¿qué hará de esotras puntas?

Corre luégo desde la garganta por encima de la valona un chorro de oro y perlas. Las perlas fueron antes lágrimas del Aurora, y se están volviendo lágrimas: llanto del cielo son allí de ver aquella soberbia.

Vuelve á tomar el espejo, para retocarse, y dase la última mano en el espejo. Allí vuelve á la mata con cariño el cabello, que se desordenó de la mata. Allí la hoja de la lazada, que dejó su lugar, la vuelve á su lugar blandamente. Allí la parte de la cariñana, que se desarrimó del cuerpo, la prenden por incorrible: y allí en fin queda todo en la perfección última. Sólo le falta á esta dama ver en aquel espejo, en que se mira, que aquella hermosura es tan quebradiza como aquel espejo: que toda aquella gala es tan fácil de desaparecerse en la tierra, como su sombra en aquel vidrio: y que es en sí misma tan nada, como lo es en el cristal, que la representa.

Pónele una criada el manto de humo, ella queda como sin manto, tan en cuerpo se está como se estaba, y de aquella manera quiere ir á la calle, como si fuera á otro cuarto de su casa.

En teniendo el manto puesto, pide los guantes, y dánseles con unas vueltas labradas de tantos enredos hermosos, que no acierta la vista á salir de ellos.

Danle luégo, si es invierno, la estufilla de martas que costó más que costaran ocho carros de carbón. Para calentar unas manos hacen trasudar un caudal y dejar un arca vacía, porque estén ocupadas unas manos; si lo que se trae de más lejos es lo mejor, bien pudieran estimar en más el juicio que las martas, porque las martas vienen

del Norte y el juicio del cielo. Si es verano, le dan un abanico que costó seis escudos. Hasta que se usaron los abanicos costó el aire de balde: los otros tres elementos há muchos siglos que son mercancía. La tierra de la casa, en que se vive, há muchos años que cuesta dineros. El agua que se bebe, há muchas edades que se paga el conducirla á la casa propia. Muy antiguo es en el mundo valer muy caro el fuego, porque no se puede dar fuego acá bajo sin materia, y esta materia se ha vuelto preciosa con la necesidad del fuego. El aire se halló de balde donde quiera, hasta que se inventaron los abanicos. ¿Que para hacer un título de un Capitán general baste un pliego de papel, y que para apartar del rostro el aire que se calentó en la respiración, no quieran que un pliego de papel baste! Si se supiera dónde está el ave Fénix, hay mujeres tan locas que no quisieran hacerse aire sino con sus plumas: tan rara fuera como esta ave la que no sintiera hacerse aire con cosa de menor precio.

¿Cuántos males pensará esta dama que hace con estos aliños? Pues sepa que hace infinitos males. Lo primero pierde el tiempo, mire si es digna de estimación esta alhaja. Toda cuanta hacienda hay en el mundo, no le podrá dar otra tanta vida como gastó en vestirse, después de cumplida la suya; y ella echa á perder por un disparate una prenda que vale más que cuánta hacienda tiene el mundo. Luégo, si se viste para ir á la iglesia, ¿cómo piensa agradar á Dios si va en el traje de que Dios se desagrada?

Entra en el templo nuestra dama, convirtiendo á sí los ojos de todos y arrastrándose en reverencias. Toma lugar, y tómale enfadándose con las que no se le dejan muy desahogado, porque presume que el mejor vestido merece el mejor lugar. Lo que yo sé es, que de ordinario quien pretende el mejor lugar no le merece. Oye algunas pesadumbres y hace que no las oye. Quien no sabe sufrir algo, sufre más de lo que había de sufrir.

Pónese de rodillas porque se usa, no porque ella usa de aquel rendimiento para nada. ¡Qué de cristianos hay que tienen de cristianos sólo lo que está en uso! Quítanse el sombrero á las imágenes, páranse al anochecer cuando tocan al *Ave María*, traen el rosario en la faltriquera y están un rato de rodillas en la misa que oyen. Pues á fe que es menester más que esto para cumplir con las obligaciones de cristiano. Allá se toma la cuenta obra por obra, palabra por palabra, y pensamiento por pensamiento; y acá no se hace cuenta ni de los pensamientos, ni de las palabras, ni de las obras.

Sale la misa y óyela, holgándose de ser mirada y mirando sólo por gravedad á la misa. Responde tal vez si le dicen algo, y aunque no haya de responder se alegra de que le digan. Mira con mucha atención las perfecciones ó los defectos de los galanes, para contarlos á la tarde entre sus amigas. Estáse en la iglesia hasta que el sacristán hunde la puerta á golpes, para que se vayan, que hay malos para quien es holgura la iglesia. Entonces sale con unos pasos muy serenos, toma el camino de su casa, gustosa, y deja el templo lleno de ofensas.



CAPÍTULO III

El enamorado

Los enamorados lo primero que hacen en despertando, es pensar en la cosa amada. Esto lo hacen todos los días: pero aunque por su flaqueza lo hagan todos, había de ser reservado el día de fiesta, por ser día más de Dios. La cama sin sueño es teatro de peligrosísimas representaciones; el que tiene odio, se está revolcando en él: el que tiene amor, se está en él deleitando. Muy discreta política sería para el alma, dejar la cama en despertando, como fuese hora de dejarla: porque en ella cualquiera pasión manda mucho; no hay especies exteriores que por los sentidos llamen al alma, y apodéranse de toda el alma las imaginaciones. Los que están á la luz, piensan en lo que ven: los que están á oscuras, ven lo que piensan. En las tinieblas de la cama piensa el enamorado en la dama que adora: allí se la finge él á sí mismo, no como ella es, sino como él gustara de que fuera. Si acaso si á él la memoria le representa algún defecto, le parece grosería interior no tomar su defensa: y como son las razones para

persuadirse él á sí mismo y desea que venzan sus razones, tiene hartó para darse por vencido. Luégo dirán que el amor él se viene, que nadie se le toma. Es mentira. El amor se le hacen los hombres y luégo se le meten en el seno. Ve un hombre mozo á la mujer de buena cara y apetécela, como si fuera mejor: echa el juicio tras el deseo y júzgala como la desea: al lado de una cosa buena no ve dos malas, y yerra el juicio. Si como hombre de razón la distinguiera, hallara qué apetecer y hallara qué desechar: lo que encontrara defectuoso, le entibiara la estimación de lo perfecto, porque por no padecer lo uno, perdiera de buena gana la posesión de lo otro: no ocupa la consideración en esto y tiénelo por bueno todo. Hecho este primer juicio, la solicita, y persuádese á que el alcanzarla es la mayor de las felicidades. Á la primera palabra agradable que le oye, piensa que no ha de haber en el mundo mujer tan rendida, mujer tan leal. En consiguiéndola, si la posesión le causa fastidio, la ausencia hace que le cause soledad: la costumbre de verla muy á menudo, hace que no se hallen los ojos sin verla. Si aunque él tenga la voluntad tibia, ve enamorado de ella á otro hombre, piensa que aquél ha descubierto en ella alguna perfección que él no había hallado, y se le enciende el amor en la perfección que sospecha. Si ella favorece á otro, tiene al otro por de mejor fortuna, y por hurtarle la fortuna al otro la ama y la sirve de nuevo. Con muy poca atención que gastara este hombre en estas cosas, no le engañara ninguna. Con pensar que no es más cierto el veneno en el áspid que en ella los pesares y las molestias, no la solicitara. Con creer que el alcanzarla es abrazar un escorpión, lo tuviera á desdicha. Con persuadirse á que sus palabras son música de sirena, no le engañaran sus palabras. Con atender, cuando la echa menos en la soledad, á que el volverla á ver ha de ser para volverse á enfadar, dejara de volver á verla. Con prevenir que de verla mucho, había de nacer el verla más, no la viera más. Con pensar cuando

ve á otro enamorado de ella que le trae el mismo engaño que á él le hizo prisionero, no pensara que había hallado lo bueno que él sospechaba que no había hallado, sino que se perdía donde él se había perdido. Si considerara, cuando ella favorece á otro hombre, que entra el hombre en la desdicha de que él sale, le dejara en castigo de la ofensa que le había querido hacer aquella desdicha. No quiere un hombre meditar estos daños, y hace con la flojedad de su entendimiento un amor. Naturalmente aman todos sus obras: enamórase del amor que ha hecho y mete en el corazón, hállase enamorado porque quiso y luégo quisiera no estar enamorado.

Llega la hora de vestirse, ábrense las ventanas, y lo primero que encuentra el enamorado es un retrato pendiente del jubón. Uno de los medios más fuertes que el demonio tiene para conservar las almas en un engaño deshonesto, son los retratos. Nadie ha mirado retrato de cosa que quiera bien que no la quiera más mirándole. En los retratos se representa todo perfecto, hacen una presencia que acuerda la ausencia y dan deseo de ver lo mismo que se tiene delante. En viendo el retrato el enamorado, se da priesa á vestir para ir á ver lo que acaba de ver y lo que no acaba de amar, porque le empieza un amor en cada vista.

Entretanto que se dispone para salir de casa, le envía un regalo. Lo que pueden las dádivas, parece que todos lo saben; pues nadie sabe la mitad de lo que pueden: si su fuerza estuviera de todo punto averiguada, no hubiera mezquinos: y pluguiera á Dios con las mujeres lo fueran todos que con eso no hicieran tanto daño las mujeres. Á la dádiva corresponde la caricia; y es la caricia un nudo tan apretado que no sólo es dificultoso de desatar, sino de romper.

En poniendo el enamorado los piés en la calle, parte volando á la calle de su dama. El plomo es pesadísimo y le hace volar el fuego, su centro es la tierra, y él le hace

andar leguas de aire. El centro es la tierra del hombre, principalmente la tierra de la iglesia que es donde al fin ha de ir á parar. En lugar de irse el día de fiesta el enamorado á la iglesia, como á su centro, el fuego de amor lascivo le lleva volando á la calle de su dama: por las vanidades le hace andar de los gustos humanos, siendo la tierra el centro adonde había de enderezar su camino. En llegando, entra, si puede, y si no se pára. Yo apostaré que pudo entrar el regalo que envió poco antes. La dama se aparece por las confusiones de una celosía, y á él le parece una deidad en una nube. Del cuidado de la mujer infiere en la mujer amor, y queda loco con su dicha. Sabe ya la iglesia á qué ha de ir, y vase á la misma iglesia.

Entra la dama en fin, y alégrasele el corazón. Ella toma lugar, y él le toma enfrente de ella. Miranse el uno al otro atentísimamente. Apartan de cuando en cuando el uno del otro la vista, por evitar la nota: y el que vuelve á mirar al otro más presto, le acusa interiormente de divertido, y se queja de mal pagado. Desde que entró en la iglesia la dama, está idolatrando en ella el amante. ¡Oh fiera idolatría!

Mirando y adorando á su dama, asiste el galán á la misa, y ella la asiste holgándose de que la mire y la adore. Si alguna de las mujeres, que están junto á ella, la hurtara de la faltriquera un lienzo, se embraveciera como una leona: ¿pues qué le parece á esta mujer que hará Dios, viendo que ella dejándose idolatrar de aquel hombre, le hurta la adoración que aquel hombre le debe?

En estas delincuentes atenciones gastan el amante y la amada el tiempo que están en la iglesia.



CAPÍTULO IV

El adúltero

CON achaque de ir á misa, sale la criada de la mujer casada ruin, el dia de fiesta á las seis de la mañana. Llega de orden de su señora á casa del galán en quien ella tiene puesto el gusto. Llama á la puerta, despiértale un criado, y él en sabiendo para lo que le despiertan, acaba de creer que el sueño es muerte, y piensa que quien le despierta le ha resucitado. Entra la mujer, él se incorpora en la cama: recíbela con grande alegría, ella saca un papel de su señora, y besándole primero, y empezando una grande reverencia se le pone en la mano, y acaba la reverencia, después de habersele puesto en ella.

Acaba de leer el papel el adúltero, y con los favores que en él ha leído, queda loco, y tan loco que arroja lo que tiene. Alarga la mano á los calzones, saca un doblón de la faltriquera, y dásele á la portadora. Dar es siempre, ó piedad, ó gallardía: siempre el arrojar es locura. Dar al que no há menester, es agasajo: dar al que há menester, socorro. Dar en gratificación de una culpa, es arrojar, y arrojar el dinero siempre es de locos. Arrojar es desperdi-

ciar; pero nunca está más desperdiciado lo que se arroja, que cuando se echa en parte indigna. No hay más indigna parte que la mano del que tercia en un vicio, ni más desperdiciado dinero que el que se pone en aquella mano. En un cenagal está el dinero más perdido que en otro lugar alguno: ¿qué más cenagal que la mano que les aprieta el nudo á dos voluntades deshonestas? Toma la mujer el doblón, bésale, muy bien hallada con su suerte. ¿Habrá en el mundo quien crea, que quién le da veneno le da de comer? No habrá quien lo crea: y si hay alguno, es el que recibe estipendio por un delito.

Recibe la mujer de palabra la respuesta y vase. En quedando solo, vuelve hambriento de más engaños á leer el billete. Las palabras de una mujer que le quiere, son muy dulces pronunciadas, dulcísimas escritas: pronunciadas se oyen solamente; escritas se ven y se oyen: oídas no parece que tienen vigor más que de palabras; leídas se miran como escritura de obligación: fingir hablando, parece liviandad: fingir escribiendo parece delito. No sé si es acertado enseñar á escribir á las mujeres.

Vístese lleno de alborozo; no hay por qué reñir aquella mañana en su casa, todo le agrada, aunque esté mal hecho. Un veneno hay que mata con risa. Este veneno toman los favorecidos: la muerte les da el favor que reciben, pero ellos se mueren riéndose. Dase priesa á vestirse, però la priesa no le olvida del aliño, ni la gana de parecer bien le olvida del cuidado de ir apriesa. Entra en el templo, donde sabe que ha de ir su dama: llega á la pila del agua bendita, porque ve que llegan los otros: hace que mete la mano y no moja el dedo. Un elemento huye de otro, el fuego no se atreve á llegar al agua, no es mucho que huya del agua bendita el fuego del amor deshonesto. Una fuente hay, cuya agua quita el amor á los que la beben: su nombre es Cyfice. El agua santa que está á la entrada de las iglesias, tendrá esta virtud, si se toma con gana de que obre su virtud en las pasiones. Pídale á Dios quien llega á aquella

agua, que le apague con ella los incentivos de la sensualidad; que Dios rogado, hará que aquel agua divina medicine los ardores excesivos de la carne. Entra, pues, en el templo, y lo primero que encuentra es con el marido á quien ofende. Mírale con falsedad y búrlase dél entre sí. Parécele hombre de menores merecimientos que los que él tiene, pues su mujer le hace una traición por hacerle á él un agasajo. Mírale como á hombre de quien no hacen caso en su casa; y mírase á sí, como á hombre de quien hacen más caso. Todo esto le causa risa interior, y el no resistirse á esta risa, es una de las mayores crueldades que caben en el pecho humano. ¿De qué se burla este hombre inicuo? ¿De que tiene aquel triste hombre una mujer tan perversa, que en agradecimiento de haber partido con ella la honra y la hacienda, ella le echa á perder la honra? ¿De que por hacerle á él un gusto le hace una sinrazón á quien no se la merece? ¡Oh rigor tremendo! ¿Si un ladrón se riera de ver que se helaba de frío aquel á quien él había desnudado, no era inhumana fiereza? Pues mayor crueldad comete quien se ríe, quien se burla de haberle quitado á su prójimo la estimación en su esposa: porque el frío con otra capa se remedia, pero no queda con qué deshacer aquella ignominia.

Entra la adúltera en la iglesia, pasa por junto á su marido mesurada, vuelve al galán los ojos cariñosos: alégrase de verle, ya porque es de su gusto, ya porque le mira como á instrumento con que toma las venganzas de los disgustos caseros. No hay disculpa para ser malos. La mujer casada más ofendida de su esposo, le ofende sin disculpa. Si la maltrata, súfrale, que con la paciencia ó á él le hará mejor ó quedará mejor ella. Los gentiles cuando hacían sacrificio á la diosa de los casamientos, le sacaban la hiel al animal que sacrificaban. Los casados han de vivir sin hiel. La mujer que en el matrimonio se sacrifica á Dios, no ha de tener hiel para con su esposo, ó no le hizo á Dios buen sacrificio. Para que se vea cuán sin disculpa yerra

la mujer que ofende aun al marido más injusto, repárese en que si es acusada de esta culpa, los jueces para castigarla no preguntan la causa, sino averiguan el delito: convencida la condenan á muerte, aunque su marido la hubiese dado mucha causa. En las demás venganzas se mira con clemencia al irritado; en esta no hay para el irritado clemencia. Si un león, á quien un hombre diese la comida y de cuyo abrigo y comodidad cuidase, se volviese contra él porque un día le llevó tarde el sustento ó porque le tiró para enderezarle de la melena, le tendrían todos por ingrato: más horrible sería como desagradecido, que como fiera. ¿Con qué ojos mirará el mundo, con qué ojos mirarán las leyes á la mujer que, porque su marido le hace alguna vez mal pasaje, se vuelve contra la honra de su marido?

Oyen los dos adúlteros misa, alegres y obstinados en su culpa. Hácele la mujer la seña conocida para que se vean en la parte que fuesen. Él la atiende gustoso y hace casi invisibles los ademanes de la obediencia. Ella toma el camino de su casa, contenta con haber visto al adúltero. Él sale de la iglesia deseando que llegue la hora señalada de ir á ejecutar sus mal sufridos deseos.

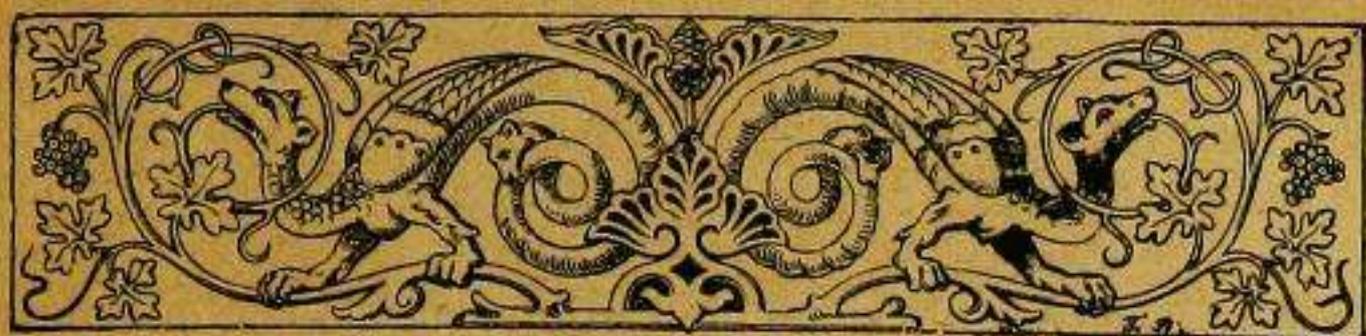
¿Cuántas cosas malas pensará este hombre perdido que hace con este error en que vive? Él debe de pensar que pocas; pues entienda que son muchas. Lo primero, se opone y ofende á un sacramento que instituyó Dios casi en el cielo, porque era casi cielo el estado de la inocencia del Paraíso. Tan puro quiere Dios que sea el estado del matrimonio como el estado de la inocencia en que fué instituído: tan dulce, tan agradable como el Paraíso en que se instituyó, quiere que se conserve. El adúltero contra este deseo divino echa en el matrimonio una mancha, que le anubla la pureza y una discordia que le convierte en infierno.

Uno de los mayores daños que hace el adúltero, es hacer criar al triste marido hijos agenos que á él le llenan de

cuidados, y á los hijos propios los menguan ó les arrebatan la hacienda. QUITAN con esta maldad un adorno grande del matrimonio, que es parecerse los hijos á su padre. Con la semejanza alegran y aseguran el corazón del que los hizo y le certifican al mundo la honestidad de su madre.

El adúltero pierde el respeto á las leyes de la patria, que prohíben este delito con mucho desahogo, que es como tratarlas de débiles ó indiferentes. Quien se burla de la fuerza de otro, presume que puede más que él. Quien se mofa del entendimiento de otro, le mira como á sujeto de poca importancia. Jugar con las leyes como con cosa desarmada, es soberbia muy delincuente. Mirar á las leyes, que son el entendimiento de la República, como á cosa de poco momento, tiene de sacrilegio la malicia. Y siendo verdad que la patria es madre, el perderla el respeto ¿cómo podrá dejar de ser muy grave culpa?

Finalmente, el adúltero maltrata y destruye la honra del que ofende; que aunque nadie sin culpa suya puede estar deshonorado, el vulgo no sabe hacer estas distinciones; por tan azotado tiene al que azotaron sin culpa, como al que azotaron con ella. Los ojos humanos con el mismo horror miran al cadáver del que se murió, que al cadáver del que se mató. Los que saben que aquella mujer fué adúltera, que en el mundo todo se sabe, miran al marido con la misma desestimación que si hubiera tenido la culpa de que lo fuera. Quien por un apetito hace tantos daños, miren qué daños merecerá por este apetito. Á ninguno de los animales le palpita el corazón sino al hombre; debe de ser porque está temblando siempre de la justicia divina. Quien tiene el corazón tan discreto, ¿cómo no se aconseja de cuando en cuando con su corazón?



CAPITULO V

El celoso

SIEMPRE me han parecido discretos los poetas, y en hacer geroglífico de los celos al color azul, me han parecido más discretos. El color blanco deslumbra mucho, el color negro oscurece mucho. El color azul toma de estos dos colores, y se templea en un medio, que ni es totalmente claro, ni totalmente oscuro. Los celos son de esta manera, porque son una cosa, ni de todo punto escondida, ni de todo punto declarada. Hacia cualquiera parte de estas padece mucho el que los tiene. Si se ve hacia lo oscuro, por encontrarle la raíz á su malicia, yerra como el que anda á tienta, que no halla lo que busca y halla en qué lastimarse. Si se va hacia lo claro, cuando piensa que su presunción ha descubierto una verdad tan patente como el cielo que mira, halla que es aquella verdad, como lo azul que mira en el cielo, que no es cielo, sino aire. La comparación de su verdad le hace la verdad dudosa. Si quiere persuadirse á que es vana su sospecha, encuentra en las primeras confusiones quien se lo impida. Si quiere creer que es cierto su agravio, el engaño del aire que pa-

rece cielo, se le desvanece. En esa neutralidad padece una de las mayores borrascas que pueden entrar en los humanos corazones.

Entra—sea porque viene bien á nuestro propósito—el sábado en la noche el galán en casa de su dama. Hállala previniéndose de aliños para el día siguiente. Ve sobre un bufetillo un abanico de mucho valor, que él no ha dado. Pregunta, que por dónde vino allí aquel abanico? Dícele la dama, que se le ha presentado una amiga suya, y él dice entre sí que desde cuándo son las amigas tan dadivosas? Empieza á no creerlo, y empieza á tomar pesadumbre. Alárgase de rostro, acórtase de palabras. Pregúntale la mujer, que qué tiene? Y él disimula, y responde que nada. Estáse un poco, por no declararse, y sale confuso. En saliendo á la calle ve muy cerca de la puerta un hombre parado. Entra de golpe en la sospecha de que es aquel el que dió el abanico, y que quiere entrar por el agradecimiento. Por no ponerle en recelo, pasa la calle, da la vuelta muy aprisa por otra, y halla desaparecido el bulto. Cree con toda certeza que está ya en la casa. Llama perdido de enojo á la puerta, y lo que tardan en abrirle piensa que es tiempo para esconderle. Ábrele la criada, él entra descolorido: pregúntale la dama, que á qué vuelve? Él no se atreve á decirlo por si se ha engañado. Busca alguna ocasión para andar por la casa; registra lo más que puede registrar, sin que piensen que registra. No halla el hombre que busca, y aun duda si queda allí el hombre. Vuelve á salir á la calle, ándala treinta veces, no encuentra presunción nueva, y al fin se va lleno de celos á su casa. Entra en ella riñendo, aunque no haya por qué reñir en ella. Pide la cena, y da la cena al diablo. Deja la cena y vase á la cama, por no dormir, sino por quedar á solas con su pesadumbre: entra en ella, y hace que le maten la luz. Piensa en la facilidad, que presume en la mujer, y tiénela por ligera. Piensa en lo que ha hecho por ella, y tiénela por ingrata. Piensa en los merecimientos propios, y tiénela por

de mal gusto. Determinase á dejarla, y hácele soledad su hermosura. Busca disposiciones de vengarse, y no halla sujeto en una mujer para los rigores. Quiere que no importe nada lo que ha presumido, y mira como infame á su pensamiento. Con cada cosa de estas da un vuelco en la cama, y con ningún vuelco mejora de sitio.

Con estas penas pasa el triste celoso lo más de la noche, y allá al amanecer se duerme. Apenas ha cerrado los ojos, cuando sueña todo lo que pensaba, y padece soñando cuánto padeció despierto.

Con esto el sueño en nuestro celoso no viene á ser descanso, sino tormento, y aun tormento mayor que el que despierto tenía. Diré por lo qué es su tormento mayor soñando. Lo que fantasiamos despiertos, nos lo hace menos presente y menos creible la verdad de los sentidos: lo que dormidos fantasiamos, como no hay sentido que nos lo contradiga, lo miramos como presente, y lo creemos como infalible. Por sola una noche de celos pudiera un hombre estar enamorado un año. ¿No se huelgan bravamente? No debe de tener el infierno mayores ansias.

Amanece el domingo; no puede el hombre sufrir la cama; salta de ella, y vístese sin orden y sin aliño. Persevera en su inquietud, y no se quiere despegar de su cuidado. ¡Hombre desatinado, ya es otro día, ya amaneció el día de Dios, ya es día de sosiego, ya es día de holgura, día es de que descanse el cuerpo, y día también de que no trabaje el alma!

Todo esto sería razón, pero á nada de esto atiende nuestro celoso; antes desatinadamente inquieto entra en la Iglesia, en que suele su dama oír misa: hállala en ella, vánsele tras de ella los ojos: y él tira de sus ojos, porque no estén con ella. Vela con el abanico en la mano, que fué la primer materia de su inquietud, y que aviva con su aire el incendio en que se abrasa: vela con él, y piensa que cualquiera de los mozos que está cerca de ella, es el que se le dió enamorado. Si alguno la mira, se afirma en

que es aquel el que le lleva la dicha. Si alguno no la mira, se persuade á que es aquel el escogido, y que la está obligando de nuevo con el recato. Si alguno entra de priesa por la puerta, juzga que es el que estaba la noche antes parado en la calle, y que viene enmendando la tardanza con la priesa. Todos estos tormentos permite Dios que le resulten del pecado, porque le alumbren los tormentos, mas él los padece para sentirlos, y no para aprovecharlos. Lo que hace dormir á los niños, despierta á los hombres: para que un niño duerma le mecen; para despertar á un hombre le menean. Llena de penalidades Dios los vicios, porque por ellas los aborrezcamos; porque con su inquietud despertemos del sueño de la culpa. Los que son hombres que usan de la razón, con el desasosiego que el pecado trae consigo, despiertan del sueño del pecado. Á los hombres que están tan torpes, como si aún no les hubiera llegado el uso del entendimiento, se les dispone mejor el alma con las inquietudes del vicio para dormir en la culpa. Moverlos con las descomodidades, es mecerlos.

Lleno, pues, nuestro infeliz hombre de agonias, se está en la Iglesia todo el tiempo que se está la dama en ella, y se está toda la mañana. Mucha iglesia, ó es devoción ó entretenimiento, y en esta mujer no debe de ser devoción. Empiézanse los oficios divinos, imitan los coros á los ángeles, cantan alabanzas de Dios, festéjanle en cláusulas proporcionadas y danle, en fin, una música muy de su gusto, aunque la música no sea buena, porque no repara en los sonidos, sino en los afectos, ya de los que cantan, ya de nuestra Santa Madre la Iglesia, que la instituyó devota. Esta semejanza del cielo, pudiera parar en sus locuras á este celoso; esto que deleita á Dios, pudiera á él despeñarle; pero él se está tan enmarañado en sus tormentos, como si estuviera con ellos á solas.

Olvidado, pues, de Dios, está el celoso en el templo, donde le están acordando á gritos: oye misa sin oirla, y sale de él tan sin provecho, como si no hubiera entrado.



CAPÍTULO VI

El enamorado

ALGUNOS hay que para querer á cuantas mujeres hay en el mundo, no han menester más de que ellas quieran: y para ver si quieren ellas, manifiestan su inclinación á todas. Levántase el día de fiesta el mozo lascivo, sin hacer en su frente la señal de la cruz, ni rezar, aun vistiéndose, un Ave María.

Quédase el tal hombre en levantándose en jubón, pónese una bigotera, y asómase á una ventana que sale al patio; ve á una mozuela, criada de un vecino, sacando agua del pozo, y dícela de manera que lo oiga: *Muy hermosa amanece usted, y ya para mí no amanecerá día bueno, si como es hermosa, es ingrata.* Venido á saber la hermosura con que sale, es un cabellejo corto, sucio y enmarañado: un pellejo muy basto en la cara, en quien despolvorearon pecas, y unas barbas de tizne trasnochada. Ella le responde una vulgaridad muy desagradable, él prosigue sus ternezas, ella se va con su caldero de agua, arqueada por el la-

do que le lleva, y él se quita de la ventana, tan olvidado de ella, como si no la hubiera visto en su vida.

Empieza á lavarse las manos, y llaman á la puerta. Él sale á ver quién es, y antes que acabe de abrir, dice una mujer en voz moza: *¿Qué se alquila aquí?* Él acaba de echar la puerta hacia la pared, ve una mujer, no de mal traje, con el manto sobre el rostro; y sin saber si tiene los ojos cabales ó las narices enteras, le dice: *Mi señora, arriba pienso que se alquila un cuarto, pero éste en que yo estoy será siempre de vuesa merced si tiene la felicidad de que le admita.* La mujer pregunta, sin darse por entendida: *¿de qué precio es el cuarto que está vacío?* Y él responde: *De mil y quinientos reales; pero no le dé á vuesa merced cuidado el precio, si el cuarto fuere de su gusto, que yo cuidaré de que el casero no la moleste.* Ella se despide cortés, diciendo que no há menester tanta casa, y él se entra diciendo á la criada, que deje lo que hace, y le vaya por un pastel, porque se muere de hambre.

Como se dejó la puerta abierta, pasa el aire, y llévale unos papeles que están sobre el bufete: él se baja para cogerlos, cuando suenan en la calle tortillas de leche. Llámala un chiquillo del cuarto de arriba: la que las vende entra en el zaguán y pregunta que quién llama las tortillas. Él lo oye, y dejando los papeles esparcidos por aquel suelo, sale á ver la tortillera. Es una muchacha negrilla, con una rodilla por toca, con un corpiñejo que no se sabe de lo que es, y con unas enaguas de frisa verde, tan angostas, que más parecen contera que enaguas. Mientras el muchacho de arriba escoge su tortilla y la conierta, está el enamorado diciéndola dos mil lisonjas, y que si quiere entrar en su cuarto, se almorzará un pastel por que han ido. La muchacha recoge su envoltorio de pan para irse, el hombre porfia en su pretensión; ella le dice: *¿Han visto el señor y la gana que tiene de jugar?* Sale á la calle, y apenas ha puesto los piés en ella, cuando empieza á pregonar tortillas de leche, con un chillido tan agudo, que

mata al que tiene cerca, sin sacarle gota de sangre. El enamorado se queda en el umbral mirándola, y por donde ella va, ve que vienen dos mujeres con traje de cuerdas, y semblante de honradas: la de delante es moza y no fea, la de detrás anciana y no horrible: apenas ha emparejado con él la moza, cuando la dice: *Muy dichoso será el que llevaré á usted por mujer, y ojalá fuera yo tan dichoso, que mereciera la licencia de servirla.* La doncella se echa el manto por el lado que el hombre la habla, prosigue su camino: llega la madre, él le hace una grande cortesía: ella corresponde con otra, continúan entrambas su viaje, y él en viéndolas ya desviadas se entra en su casa cantando un tono antiguo.

Parécele hora de acabarse de vestir, pónese la golilla y la ropilla tras ella. Antes de acabarse de abotonar entra el ama con el pastel tibio y marchito. El hombre le toma, y en pié y doblando el cuerpo por no mancharse, le tira unos bocados de lebrel, apartando tanto el brazo del pecho, que há menester irse tras del pastel, como si se le llevaran.

Acábase de vestir, llama á la criada para que cierre el cuarto, y al ir á poner los piés en el portal, dice entre sí: «¡Cuerpo de Dios! lo mejor se me olvidaba, el papel que he de escribir á la doncella que vive encima de la vidrería, que tengo un chulillo de la misma casa que se le lleve.» Vuelve á entrar, tira de una silla, llégala á un bufete, echa la espada hacia adelante, siéntase, dobla medio pliego de papel, afila la pluma en la ropilla y escribe estos disparates: *Mi señora, antes que viera á vuesa merced me parecían todas las mujeres hermosas; después que la ví, ninguna, sino vuesa merced, tanto es lo que las excede, que las hace á todas feas. No había de nacer con tan buen gusto, quien tiene pocos merecimientos: yo soy tan desdichado, que tengo pocos merecimientos y buen gusto. El gusto me hace amor con qué adorar á vuesa merced. La cortedad de los méritos, no se atreve á la esperanza. Agradézcame vue-*

sa merced la elección, pues es buena, y desestime lo demás, pues es malo, que con lo primero quedaré dichoso, y con lo segundo no quedaré ofendido. Guarde Dios á vuesa merced más que á mí. Cierra el papel en triángulo, métese en el seno porque no se ensucie, sale á la calle y encaminase á la Parroquia.

Á pocos pasos que anda encuentra dos gitanillas mozas, que ya conoce, encárase con ellas, y dicele á la una: *¿Qué hay, Elenilla? ¿cómo no me vas á ver? Ya sabes que te quiero mucho.* Ella dice que un día irá á su casa, que le dé para bizcochos: él le da un real de á dos, y divídense. ¡Que haya en el mundo hombres que gusten de gitanas! Á mí me parecen animales de otra especie, y no otra especie de animales bien quistos, sino de animales aborrecibles.

Va el hombre prosiguiendo su vereda, y va chocando con cuantas mujeres topa. Si encuentra una preñada con razonable rostro, la dice:—*Alumbra Dios á usted, que bien lo merece quien á todas deslumbra: y yo aunque merezco poco, mereceré por mi voluntad, que vuesa merced me emplee en su servicio.* La mujer con bajar los ojos le despide. Nadie reprende con tanta fuerza callando, como una mujer honesta. Su silencio propone su honra y su honra acobarda el atrevimiento.

Si encuentra una viuda de buen semblante, la dice:—*Mucho le debió de pesar á su marido de vuesa merced de morirse, no porque se moría, sino porque la dejaba; pero si vuesa merced me quiere por substituto de sus atenciones, desde luégo me ofrezco á ellas.* La mujer le mira como á figura, y con el desprecio le castiga. Para las cosas que no se pueden castigar, no hay más castigo que el desprecio.

Si encuentra una labradora, la dice:—*Niña, muy lindas flores se crian en tu lugar, y yo soy muy amigo de flores. ¿Quieres quedarte conmigo?* Las labradoras que están de paso en los lugares populosos, son más honradas en ellos

que en sus lugares, y en sus lugares son casi todas honradas. Ésta no hace caso de este hombre, ni á él se le da mucho de que haga dél poco caso. Á quien pone el gusto en muchas partes, en ninguna se le hace disgusto.

Entra en la iglesia y entra mirando las mujeres por entrambos lados. Oye misa, no dejándola oír á las que están junto á él. En oyéndola sale al cimiterio, incorpórase en un corro de conocidos, y no pasa mujer por allí á quien no le dice su terneza. ¡Válgate Dios por hombre, y los pecados que haces con la facilidad de esa lengua! Á los brutos concedió lengua Dios pero no palabras, porque no les dió entendimiento para poder hacerlas, y ni aun los brutos quiso que hablasen desatinos, porque quedaran más feos brutos. ¡Qué torpezas dijera el toro enamorado! ¡Qué liviandades el palomo lascivo! Sin ser esto delito en los animales, fuera aborrecible en los oídos de la naturaleza. ¡Cómo sonarán en los oídos de Dios las palabras de un hombre que habla como bruto ó que ofende como hombre? La cosa que más entendimiento há menester en esta vida son las palabras, por eso tiene sólo facultad de formarlas quien tiene entendimiento. Para obrar bien cada animal dentro de su naturaleza cualquier instinto basta: para aliñar palabras es el entendimiento preciso. Tener entendimiento y hablar culpas, es terrible culpa. No usar del entendimiento para hablar, que es uno de los principales fines para que fué dado, es deslucirle á Dios un primor grande de la fábrica del hombre.

Por sólo el quebradero de cabeza y las mohínas que tiene el andar enamorando á muchas, por desahogado que sea el que las enamora, pudiera dejarlo. ¡Qué respuestas desairadas se oyen! ¡Qué de condiciones prueban! ¡Á qué variedad de gustos es menester estar rendido! ¡En qué diferencia de lenguas es menester estar enseñado! ¡Y qué distintas peticiones se padecen!

Esto que siempre con tanta razón había de dejarse en cualquier día, en ninguno con tanta como en el día santo:

el día digo de fiesta, en que la Iglesia convoca los fieles para representarles en la misa la vida y pasión de nuestro redentor Jesucristo. En el altar en que se sacrifica ha de haber una cruz precisamente: una de las causas para que allí se pone, es para que arrimados á ella descansemos de la fatiga de los vicios. En el altar se pone una cruz, los más de los viciosos no reparan en ella: los que reparan apartan della el pensamiento, queriendo más lastimarse en los deleites que descansar en sus brazos. El fresno es un árbol muy amigo del hombre, de él se hacen las picas con que pelea en la campaña, y arrimado á esa pica suele descansar cuando no pelea. Las culebras tienen tanta oposición con este árbol que si por una parte las cercasen de sus ramas y por otra de ascuas abrasadoras, se arrastrarían antes por las ascuas que se llegarían á las ramas saludables. Lo que las culebras con el fresno, hacen con la cruz los viciosos; echan por los deleites que los han de maltratar y huyen de las ramas que los han de acoger. Cristo dejó su cruz muy amable, quien se aparta della no le ha conocido. No parece que la ha conocido éste, que no cesa de enamorar, pues el día que en el altar se la pone la Iglesia delante para que en ella sosiegue, él echa por los desasosiegos de su apetito.



CAPÍTULO VII

El hipócrita

LEVÁNTASE el hipócrita de una cama cuya madera es pino, no es la madera en lo que se duerme; pero los colchones son nuevos y de lana escogida; en estos es donde se descansa. Las sábanas, ni gordas que desuellen, ni delgadas que escandalicen. Las mantas, como todas, pero no raídas, porque se desvergonzaran á no calentarle. La sobrecama de un color muy honesto, porque los colores son gala pero no regalo, y él cuida del regalo y no de los colores. Déjase la cama después de levantado, ni de todo punto aliñada ni de todo punto descompuesta, porque si entra allí alguna alma piadosa pueda decir que el estar la cama deshecha es disimulo, para que piensen que ha dormido en ella, habiendo dormido sin duda en el corcho que delante de ella hace oficio de tapete. Nunca se tira bien las medias porque parezca descuido virtuoso. Los zapatos son anchos, domados y de muchas suelas; no parece penitencia grande; mayor lo fueran unos nuevos y justos tomados por penitencia. Lo restante del vestido es de materia sin precio y de hechura extraordinaria, porque si fuera

ordinaria la hechura parecería necesidad lo vil de la materia.

En estando acabado de vestir, abre una alacena que tiene en lo más oscuro de la alcoba y echa en un vidrio no melindroso de Venecia un poco de vino de San Martín, que como es vino de un santo le quiere traer consigo por reliquia; moja en él media docena de bizcochos largos y anchos. Bebe sobre ellos un buen trago del mismo vino y porque no se salga el olor á la boca, se come tras de él otros dos bizcochillos secos. Da de más á más una docena de paseos por la casa, porque el vino digerido no acusa el cuerpo en que ha entrado. Sale al zaguán, cierra su cuarto con la llave y pónese de refuerzo un candado vizcaíno; porque los vizcaínos son muy fieles. Llega al umbral de la puerta y párase en él: allí porque hay quien le vea, se persigna con unas cruces muy bien formadas, hace luego una grande reverencia á una imagen que está enfrente; saca un rosario muy largo y con unos pasos muy graves empieza su camino. Puesto ya allí, lo primero que se le viene á la imaginación es, dónde irá aquella mañana que le den algo. Dice entre sí: ir á casa de doña Fulana es tiempo casi perdido porque es mucho lo que habla y luego es casi nada lo que da. Hablaremos dos horas de oración y después podré gastar en una *Ave María* lo que me diere: verdad sea, que la doncella que la sirve es tan hermosa que mirándola no hay mal rato. El secretario don Fulano es liberal y caritativo, pero si no está de humor me hará un desaire. Lo más seguro es ir á casa del tesorero Fulano, que es amigo de lugares de escritura, y yo ví ayer uno famoso en un libro de romance tan agudo. Apenas le llega aquí el pensamiento, cuando se acuerda que es día de fiesta: párecele que es preciso ir á poner la tienda en la iglesia, donde es el concurso aquel día y encaminase á ella. Llega á la iglesia á que dirigió su camino y entra con unos pasos muy suspensos: ha visto que los virtuosos lo hacen todo despacio y su negocio es parecer virtuoso. De ordinario los

que son virtuosos verdaderamente lo hacen todo sin apri-
sa, porque les sobra tiempo para todo: y sóbrales, porque
como ellos gastan lo más de su tiempo en Dios, les dispone
Dios su tiempo de manera que con poco tienen harto para
obrar mucho. Buen testimonio es de esto lo que escribió
san Agustín; lo que leyó y escribió santo Tomás de Aquino
y lo que obró y escribió santa Teresa.

El hipócrita al entrar en el templo entristece el semblante,
porque parezca que le duele algo interior, y de querer
él afligirse á sí mismo, se aflige de manera que se pone
macilento. Echa con mesura humilde la vista por la iglesia
y va á hincarse de rodillas donde ve que está la gente de
mejor porte. Allí es donde quiere clavar el engaño. Pone
ambas rodillas en el suelo con sosegado reposo, dando á
entender que va muy de asiento. Mira de hito en hito el
altar, y luégo poco á poco va dejando caer los párpados
como que contempla. ¡ Ah, infeliz hombre, y con qué linda
apariencia te pierdes! Esta virtud que tú falseas, es tan
alta, es tan venerable, que aun sabiendo que la finges,
porque parece que estás en oración, no acierto á no reve-
renciarte. Si yo á este hipócrita que hago en mi imagina-
ción, para reprehender á los otros, en llegando á figurarle
en contemplación me dejo vencer de lo estimable de la
apariencia, y no acierto á no venerarle, no será mucho
que los que ven en apariencia de contemplativo al que no
saben que lo finge, le estimen en mucho. Cuantos están
al rededor de nuestro hipócrita, piensan que está en el
cielo admirando y amando los atributos de Dios, y él está
pensando en cuál de aquellos que tiene admirados con la
virtud que finge se morirá, y le hará su testamentario que
es lo mismo que hacerle su heredero. Todos los que le
ven alaban su pureza: engañanse con el exterior, y engá-
ñanse como con los cisnes. Las plumas del cisne blan-
quean y brillan aún más que la plata: el sol piensa que
son de nieve y se enfada de que se le resistan. Entre ellas
parece que se recoge el alba, de entre ellas parece que

nace. ¿Quién creerá que debajo de esta blancura hay algo malo? Pues engañárase quien no creyere que es malo todo. La carne, que es lo que está debajo, es negra, dura y de olor enfadoso. La ley vieja mandaba que no se comiese esta carne: ¡qué pocos inobedientes hallaría! En odio de los hipócritas lo mandaba. El que sabe que el hipócrita es cisne, aborrece el interior del hipócrita. Que el mundo estime y agasaje á los hipócritas, no tiene inconveniente, porque piensa que es la virtud lo que agasaja y estima, y sin saber que el ejemplo es malo, se suele reformar con el ejemplo. Para nadie es mala esta turba de malos, sino es para sí misma. Cogen la cruz de Cristo á costas, pero cógenla por el estipendio del regalo y por el interés de lo aplaudido. Allá los juntarán con Simón Cirineo.

Después que ha estado de rodillas grande rato delante del altar nuestro hipócrita, para despedirse dél, se humilla y besa el suelo. En viendo esto la mujer sencilla y devota, piensa, como ve aquel cuerpo unido con la tierra santa de la iglesia, que es aquel cuerpo tierra santa. El pulpo es vividor muy astuto. Sabe que suelen venir muchos pececillos al abrigo de un peñasco; abrázase con él tan embebido, y toma su color tan semejante, que se pegan á él los peces, pensando que hallarán en él consuelo y abrigo. En sintiéndolos cogidos en este engaño, les echa la garra y se los come. Llega, pues, la mujer devota al hipócrita que se cosió con la tierra, y dícele que la encomiende á Dios, que vaya á su casa, porque tiene algunas dificultades de espíritu que comunicarle y porque quiere que ciertas limosnas se distribuyan por su mano. Agarróla el pulpo, él se tragará las limosnas.

Levántase de allí y vase á otro altar adonde ha salido una misa. Pónese muy cerca de la peana de rodillas, y al decir el sacerdote la confesión, pega él la frente con el suelo, y luégo se va enderezando como si convaleciera. Al Evangelio se levanta, junta los piés, pone las manos dentro del sombrero dejando fuera los pulgares, fija los ojos

en el sacerdote y suspéndese inmóvil en figura de estatua. Llega el momento primero, pónese de éxtasis y da unos vaivenes tan sutiles, que parece que le menea el aire. Alza el sacerdote la Hostia consagrada, y él asoma al semblante unos indicios de dolor que parece que está padeciendo: y está padeciendo en la verdad; pero no es Dios por quien padece. Lo mismo le sucedió al mal ladrón: estaba en una cruz junto á Cristo, y estaba llevándosele el diablo. Este hombre está remedando en el templo un sepulcro de piedras bruñidas; mientras está cerrado es gusto verle, abierto da horror mirarle. Si los que le admitan le vieran por de dentro, se apartaran dél como de un sepulcro destapado.



CAPÍTULO VIII

El cortesano

Los cortesanos son unos hombres discretos, antiguos en la corte: á estos oírlos hablar es gusto, verlos callar es enseñanza, porque hablan en lo que saben y callan en lo que ignoran. Luégo hay otros que llaman comunmente cortesanos, que son unos hombres entremetidos de juicio y palabreros, que no hay cosa que no censuren, que no hay cosa en que no hablen, y tan ocioso mucho de lo que hablan, que ni es de provecho al que lo dice, ni al que lo oye, y tan ofensivo algo, que es escándalo para el que lo escucha, culpa para el que lo dice y agravio para el ausente que sirve de materia. Séanos uno de estos cortesanos bastardos, muestra para conocerlos á todos.

Sale el cortesano el día de fiesta de su casa y toma el camino de su parroquia que es aquel día el sitio de la conversación. Entra en la iglesia y hace oración con mucha brevedad: no me admiro, que es día muy ocupado, porque es mucho lo que hay que hablar con todos. Sién-

tase en un banco muy cerca de donde está una mujer confesando con un sacerdote viejo y algo sordo. Á la pobre penitente, si baja la voz, no la oye el que la confiesa, y si la alza la oye el cortesano; por huir de estos dos inconvenientes mete los labios en la oreja del confesor, y el uno y el otro están en una obra tan sagrada, por el vecino que allí se les ha puesto, con inmensa fatiga. Señor cortesano, ¿no dejará usted confesar á esta señora? Si acercarse donde hablan en secreto es bobería, ¿qué será acercarse donde hablan en tan grave, en tan misterioso secreto?

¿Toda la cortesanía ha de ser con el mundo? ¿no ha de haber con el cielo cortesanía? Porque no parecen del mundo el penitente y el confesor, ¿no ha de haber urbanidad con el confesor el penitente? Porque se aliña un alma para el cielo, ¿desmerece las atenciones de la tierra? Porque está el confesor desanudando culpas, ¿no parece culpa hacer con él una grosería? ¿La discreción humana ha de ser tan corta que no alcance á lo divino? ¿Quién se huelga de parecerle discreto á un hombre cualquiera, como piensa que trata Dios, cuando no se le da nada de no parecerle discreto? Siempre es embarazo poca cordura. Los ríos echan por los arenales, porque saben que tiene que hacer el cielo en la tierra fecunda. ¿Qué mucho hará en dejarle al cielo la penitente tierra, quien sabe que tiene mucho que hacer en aquella tierra el cielo?

Parécele al cortesano que en aquel sitio no hay con quién hablar, y vase á las mesas de las demandas que están á la puerta, siéntase entre los que piden, y por hablar con algunos de los que entran, pide de cuando en cuando. Pregunta en los ratos vacíos lo que hay de nuevo á los demandantes: díceselo, y sin saber si es verdad ó mentira discurre un cuarto de hora en cada suceso, y dice en cada discurso mil desatinos. El río que sale de madre, se enturbia. El que habla más de lo que ha de hablar, habla lodo.

Sale una misa á un altar que está enfrente, parécele bueno oirla, porque la oirá acomodado y entretenido. Híncase de rodillas entre el banco y la mesa, y ya se arroja sobre la mesa de bruces, y ya se desploma sobre el banco de espaldas. Á los que tiene junto á sí les habla sin propósito, y á ellos los obliga á que hablen sin sustancia. Dice una chanza y hace reir á alguno. Vuélvese á otro y pregúntale si vió el día pasado la comedia nueva, él responde que sí, y que estuvo muy gustoso, porque era grave, sentenciosa y de buen ejemplo. Á esto dice el cortesano que en su vida vió cosa tan mala, porque era una comedia sermón, y que no se va á sermón al teatro de las comedias. Donde quiera que va un hombre, lleva el alma, y será muy dichoso hombre, si halla verdades que se le compongan donde quiera. De aquí falta á otras cosas diferentes, con que ni él oye misa ni la deja oír á ninguno. Señor cortesano, ¿no oirá usted misa y dejará oír misa á esos caballeros? Si se deleita en oír hablar bien, calle, y oirá á Dios que le habla á la oreja del alma: ensordezca por de fuera y oirá bien por de dentro: calle y oirá verdades divinas; y si ninguna de estas razones le vence, pues por parecer entendido habla, calle y parecerá más entendido.

Acábase la misa, ha entrado ya más la mañana, está la iglesia con más gente, ve el cortesano muchos conocidos, levántase de allí y vase con ellos. Hácese un montón de hombres, con tal organización, que todos se hablan y todos se escuchan sin estorbarse los unos á los otros. Allí se relatan diferentes cosas; uno cuenta una pendencia que hubo la noche antes, y el cortesano se empeña en definir el duelo como si fuera García de Paredes; y es para discurrir en aquello como una pared. Habla otro en un libro nuevo que ha salido; él parte como una flecha al libro nuevo, y hace un juicio de él, con más satisfacción que pudiera Julio César Escaligero. Bien me parece á mí, si se le pusieran en las manos, no acertara á leerlo. Saca uno de

los que están en el corro un reloj para ver qué hora es, y el cortesano dice acerca de su fábrica más disparates que el reloj tiene menudencia. Ya ha llegado al Evangelio la misa mayor, y sube el predicador al púlpito. Dícenle si quiere oírle, y él responde que aquel padre predica muy de veras, que hace unos sermones muy al alma, y que él quisiera el púlpito más entretenido. Señor cortesano, ¿no há mucho que dijo vuestra merced que la comedia nueva le había parecido mal porque era sermón, y ahora le parece mal el sermón porque no es comedia? Querer en la comedia no más de entretenimiento, no es virtud, pero es propiedad: mas querer en el sermón divertimento, es querer una impropiedad y luego flaquear en un vicio. Bien gustosa es la palabra de Dios si se oye la palabra de Dios con gusto. Predicador que mejor habla, es el que habla más como Dios. Dios no tiene palabras baldías, no ha de tener palabras ociosas el que predica su palabra.

Uno de los que están en el corro, que poco antes vivía divertido y ya empieza á vivir enmendado, dice que quiere llegarse á oír el sermón desde más cerca: sonríese el cortesano, como haciendo burla de su reformation. Repara el hombre en ello, pónese colorado, piensa que el tratar de vivir bien es hacerse ridículo, y por no padecer el escarnio, deja de acercarse al púlpito. El cortesano hizo aquí lo que allá Herodes, degolló la virtud recién nacida.

Quédase el cortesano con otros mientras se predica, muy lejos del predicador y muy junto á la puerta. Allí se murmura de cuantos defectos se acuerdan. Rara es la conversacion que se puede mantener mucho tiempo sin murmurar; por esto se había de huir de conversaciones largas. Empiézase en cosas ligeras y acábase en cosas muy graves. En la iglesia quiere Dios que se digan los defectos propios al confesor, pero los agenos á nadie. El cortesano por la estimacion de noticioso, dice cuánto sabe, sea malo ó sea bueno; y si deja algo, es lo bueno lo que se deja, porque hace más gusto á los oyentes lo malo y se cree más

apriosa. Con más cuidado pone un hombre el pié en el suelo, que un animal inmundo de esos que andan por las calles, pone en el suelo la boca. El hombre recata el pié de la inmundicia y este animal mete los labios. La cosa en que menos cuidado pone un hablador, es en mirar dónde pone la boca. Si encuentra la deshonestidad, allí la refriega; si se le ofrece la sátira, allí la aplica; si la alabanza injusta, allí la zambulle; si la murmuración, allí la embra vece. El señor cortesano me perdone, que en el no rescatar la boca de nada, se parece á este bruto. Mientras el predicador está diciendo palabras santas, está él gastando palabras delincuentes en la honestidad de la mujer, en la paciencia del marido, en la hermosura de la soltera, en el disimulo de la viuda, en el vestido del galán, en los cabellos del lindo y en el ingenio del estudioso: á nada perdonan sus labios, en todo se manchan. En ninguna parte del cuerpo es tan necesaria la limpieza, como en la boca, y el cortesano piensa que la tiene muy aliñada, trayéndola por los vicios.

Acaba el predicador el sermón y el cortesano dice, que aun sin oírle le ha parecido largo. Él le ha parecido al diablo corto, que ha sido predicador suyo. Cuando envía Dios su predicador á la iglesia, envía el diablo á la iglesia su predicador: éste es el que va á hablar cosas que hacen daño á quien las oye y á quien las dice. El predicador de Dios habla á voces, estotro habla en voz baja; pero á este suelen oír mejor que al otro, y tal vez hace éste más daño por nuestros pecados, que el otro provecho.

¡Válgame Dios y lo que ha hablado este hombre en la iglesia! Terrible cosa es, que la parte del cuerpo en que Dios aventajó al hombre entre todos los animales, que es la lengua, use de ella peor que todos los animales. Todos tienen ojos y ven, todos tienen oídos y oyen, todos tienen narices y huelen, todos tienen lengua y ninguno habla sino es el hombre; todos usan bien della, sólo el hombre la hace instrumento de las ofensas de Dios. Uno de los

ministerios para que Dios le dió al hombre la lengua, fué para que le alabase. El lugar principalmente determinado para las alabanzas de Dios, es el templo, y él se va al templo á injuriarle, que es el lugar de aplaudirle y á injuriarle con la lengua que él le dió para que le alabase. Yo pienso que una de las razones porque entierran los muertos en la iglesia, es porque aprendan á estar en ella los vivos con tanto silencio, con tanta quietud, como están los muertos.



CAPITULO IX

El dormilón

DESPIERTA, dormilón, que es día de fiesta, despierta, que es día de hacer mucho, aunque á ti te parece que no es día de hacer nada. Dios te espera en el templo, no le hagas la pesadumbre de ver que tarda lo que espera. Esto es hablar con quien duerme, que oye las voces y no entiende las palabras. Bien oye el que está durmiendo en su cama á las once del día el día de fiesta, que le vocea la obligación de la misa, mas no atiende á las razones con que le vocea. Al que le hablan cuando duerme, no entiende lo que le dicen aunque le quiebren el sueño, y se vuelve de otro lado. Al que duerme en la hora que ha de oír misa, bien le inquieta la obligación á que falta, pero él se vuelve del otro lado, porque no le inquiete la obligación: á grandes bienes le llama, pero él tiene el dormir por el mayor de los bienes. Cierto que lo yerran. El sueño necesario es imagen de la muerte, pero el sueño excesivo es la muerte misma. El sueño necesario parece que mata, pero no hace más de suspender las obras exteriores de la vida

para aderezar la vida para sus obras. Vida fué el parecer que faltaba á la vida. El sueño demasiado está tan lejos de hacer este beneficio, que aun después que despierta el que durmió mucho, está como muerto; quédale el discurso torpe, confuso el juicio, los sentidos inhábiles, inmóviles los miembros y los ojos hinchados á manera de cadáver que empieza á corromperse. El que durmió lo necesario, despertó para vivir, no era su sueño más que imagen de la muerte: el que durmió lo excesivo, despertó para estar como muerto: era su sueño la muerte misma. No parezca este encarecimiento demasiado, porque si se tantea la torpeza con que está despierto el que duerme mucho, hasta que se vuelve á dormir, se verá que está siempre como durmiendo, queda como muerto siempre.

Considere luégo el dormilón el tiempo en que duerme y verá cuán grande error es dormir á aquellas horas. Duerme por la mañana que es la mejor parte del día, cuando el sol entra con los agrados de nuevo, sin las pesadeces de familiar y sin los fastidios de muy tratado. En la edad, la mocedad es la mejor parte para el cariño; muy amable está el día en las horas de su mocedad.

Por las mañanas, como el cuerpo sale de descansar, sale galanteando al trabajo el cuerpo. Con el espacio de la noche está el estómago desembarazado, desanublado el cerebro y pronto para obrar el espíritu.

Por la mañana sale el sol haciendo mercedes, desapriiona las flores, calienta las plantas, aclara las fuentes, alegra las aves y resucita los hombres. El sol es comparación de Dios; fuerza es que se parezcan los comparados. Si el sol hace los beneficios por la mañana, por la mañana parece que ha de hacer Dios los beneficios. Los hijos de Israel cogían por la mañana el maná: debían de saber que era aquella la mejor hora para recibir de Dios mercedes. Job le dice á Dios, que ¿quién es el hombre, para que su Majestad al amanecer le visite? Conocía que era en Dios la hora de más agasajos. Isaias le dice á Dios que estára de

mañana desvelado á sus piés. De mañana quiere estar á sus piés desvelado : debe de convenir que sea de mañana para conseguir mucho. Sin duda debe de parecer aquella la hora en que es Dios más liberal. Si por lo humano podemos inferir lo divino, muy buena conjetura nos hace el hombre poderoso por la mañana, para que madrugemos mucho á pedirle á Dios favores. Sale por la mañana temprano de su casa el hombre rico : ¡con qué liberalidad, con qué prontitud da la limosna á los primeros pobres que encuentra! No tienen tan buen despacho los que después le buscan. Dios nunca se cansa de dar, pero puede ser que tarde en darles á los que no se desvelan para pedirle. Ordinariamente el perezoso en solicitar, hace espacioso al que le ha de acudir. Ó por esta regla, ó porque le conocían á Dios la condición, madrugaban Isaías y los hijos de Israel á poner abiertas delante de Dios las manos, para que echase en ellas los beneficios. Madruguen ahora los hombres á recibir de Dios mercedes, que de imitar son estos ejemplos y no es de despreciar aquella regla.

Cuando el madrugar no importara tanto para las conveniencias del alma, el dormir mucho había de ser aborrecido, por el peligro en que pone las conveniencias. Un río corre entre los Celtas y los Belgas, muy caudaloso y muy profundo : éste se mueve con tan grande quietud, que parece que no se mueve : en él solo parece que se navega sin riesgo, y en él solo hay más riesgos, que en cuantos se navegan. Los habitantes de sus riberas lo saben; ellos certifican que no tiene día sin presa ; no hay día que no se trague por lo menos un bajel. La causa de mal tan grande, son unas roturas que tiene en el fondo tan disformes, que hacen invisiblemente remolinar y dar de vueltas al agua que pasa por encima : con esto los navios que van sobre aquel agua, se desaparecen; en aquella agua tan halagüeña hay falsedad tan enemiga. En la quietud, en la apacibilidad del sueño están los riesgos, están los estragos de este río. No tiene día sin presa. Piensa el que duerme mucho, que

durmiendo está seguro de todos los males, y aquel sueño demasiado le traga el tiempo, mire si es pérdida grande. Trágale los aprovechamientos que había de tener en las horas que pierde. Trágale la aptitud para los ejercicios corporales y espirituales. Trágale la vida, porque no vive lo que duerme, como no duerme para vivir. Trágale finalmente el alma, si por dormir no cumple con los preceptos de la iglesia. El río falso de los peligros, es el sueño demasiado; bien lo sabe Sansón: durmió en las horas que no había de dormir y naufragó entre los Filisteos. Cierto que aventurar tantos bienes por un vicio sin gusto es locura grande.

En todos los vicios se halla algún deleite; el vicio solo en que no se halla, es en el del sueño excesivo. Esto es infalible. Mientras duerme, nadie está capaz de recibir gusto. En el sueño necesario, ya que en él no puede haber placer alguno, le hay después de él: da el favor después de pasado. Hállase un cuerpo ligero, hállase descansado un cuerpo. En el sueño desproporcionado no pasa esto: mientras se duerme no se siente nada y en despertando queda el cuerpo tan molido, como si le hubieran dado muchos golpes. ¡Bella holgura! tiene deijos de error y no tiene sabor de vicio.

Abre el dormilón los ojos el día de fiesta á las doce del día; llama y ábrenle una ventana. Pregunta qué hora es, dícenle que muy tarde y que si se detiene mucho no hallará misa. Él entonces extiende los brazos y exprime los ojos, para despavilarse del sueño y desatarse de la pereza. Siéntase en la cama, con deseo de vestirse brevemente; pero el entorpecimiento con que el sueño le ha dejado, no le deja. Alarga al jubón la mano y quédasele la mano pegada al jubón. Hace diligencias para vestirse apriesa y obran las diligencias muy de espacio. Las tortugas, cuando el mar está sereno, salen á recrearse á la superficie del agua; revuélcanse gustosas en los cristales y quédanse lozanas el pecho arriba. Si estuviesen de esta manera poco

tiempo, pudieran volver á nadar con más ligereza, porque volverían descansadas; pero estánse tanto tiempo, que se les secó con el sol aquella mitad del cuerpo, que tienen fuera del agua, y cuando quieren volver á su natural estado, como se les ha encogido con la sequedad la piel, forcejan mucho, pero en mucho tiempo no pueden. Tienen observado esto los pescadores y en viéndolas de espaldas, se llegan con las barcas á ellas y las cogen con las manos. Si el que se acuesta á dormir estuviese en la cama sólo aquel tiempo que es menester para rehacer la vida, volvería á las obras de la vida desde aquel descanso con mucha ligereza; pero el que duerme más tiempo que el necesario, cuando quiere volver á las obras de su obligación, está tan torpe, que es muy fácil que le coja el vicio. ¿Cuánto va que se queda nuestro dormilón sin misa? Hale visto el demonio con poca agilidad y hale de echar la mano.

Vase este hombre vistiendo tan sin maña, como si aún no estuviera despierto. Da la una antes que se ponga la golilla, pónesela atropelladamente, pero tarda en ponérsela mucho. Acábase de vestir, y parte á la iglesia; ya es la una y tres cuartos cuando llega. Halla á la mitad la última misa; tiene vergüenza de preguntar si es la última. Vase hacia la Sacristía, y la tablilla le desengaña. Quedóse sin misa el dormilón: vióle el demonio en los agasajos del lecho más tiempo del que convenía, y pescóle. ¡Pobre tortuga, que te haces presa del demonio por una bobería!

Los que se acuestan sobre el lado derecho, se duermen más aprisa y duermen más despacio. La razón de esto es porque cargan todo el peso del cuerpo sobre el lado más fuerte y dejan el corazón desahogado: no tiene carga que le oprima, no hay peso que le inquiete, y con esto no inquieta él al cuerpo en que vive. El que se acuesta en su cama apartando de su corazón todos los cuidados, el que echa toda la carga de su cuerpo sobre la mano derecha, que como más fuerte es el instrumento principal de las obras corporales, éste se echa á dormir como si fuera la

última obra de su vida: éste duerme bien y duerme mucho. El sueño del hombre vigilante, el del hombre cristiano, ha de tener algún cuidado sobre el corazón, ha de tener la mano derecha libre; con esto despertará temprano y no tendrá el brazo derecho adormido. El cristiano que se acuesta en su lecho la vispera de fiesta, déjese sobre el corazón el cuidado de la misa: déjese en él la atención de las buenas obras á que le obliga lo sagrado del día siguiente; déjese la mano derecha del alma libre, y con esto se levantará á tiempo que pueda oír misa y tendrá pronto y fácil el espíritu para ocuparse en muy santas obras.



CAPÍTULO X

El tahur

LA palabra tahur, dice jugador de naipes continuo y desenfrenado. Estos son los tahures de quien hablo en este discurso. Esta gente parece que yerra irremediabilmente, porque si gana, juega porque ganaron, y si pierde, porque perdieron. Porque perdió ó porque ganó la noche antes, se levanta el tahur no sólo con gana, sino con priesa ; no sólo con priesa, sino con ansia de ir á la casa de juego. Con esta ansia, con esta priesa, con esta gana se levanta nuestro tahur el día de fiesta. Está vestido á las cinco, sale de su casa y parte al garito : pasa por algunas iglesias, pero las pasa ; piensa oír misa, pero piensa oirla tarde. No es mala disposición para oirla. Entra en la casa de conversación y halla unos hombres que sólo madrugan á hablar, á decir lo que han soñado madrugan, no como sueño, sino como nueva. Por parecer noticiosos, no se les da nada de ser mentirosos. Recibenle corteses y agradables. Siempre se mira el tahur en el garito con estimación de útil. Las ganancias tienen desperdicios forzosos. Dícele

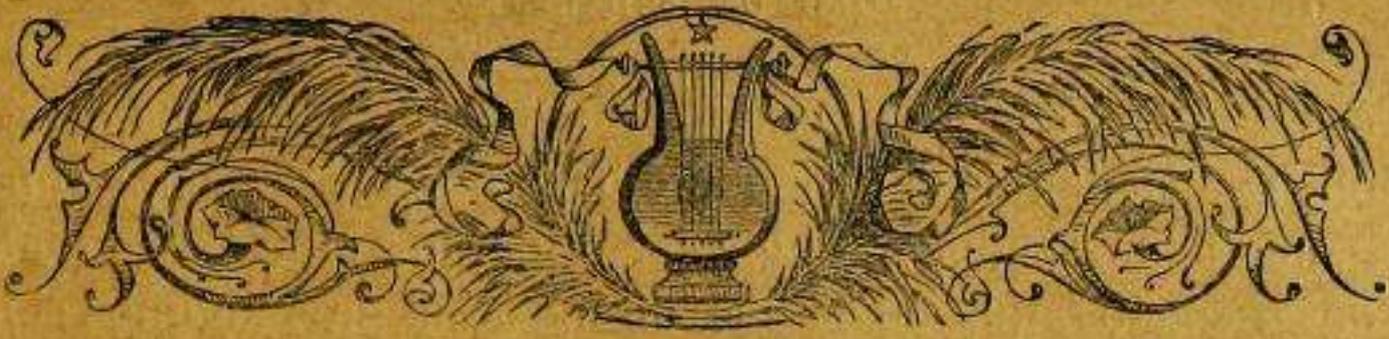
uno de ellos si se quiere entretener jugando á las tablas, mientras hay con quien juegue. El tahur, porque no puede sufrir el oficio sin jugar, juega á las tablas por sufrirse. El que le convidó á entretener no es tan lerdo que no sepa ganarle: vale entreteniendo, pero vale ganando. No hay cosa de balde en los garitos. Entra uno de los que juegan largo. Sobre la gana que el otro se tenía, tiene la picazón de lo que pierde á las tablas. Ajústanse fácilmente, piden naipes, y empiezan á jugar á las pintas. Anda el juego vario, no se declara la fortuna por ninguno. Gástase en esta neutralidad mucho tiempo. Al cabo viene una encartada de seis ú ocho fuertes muy largas contra nuestro tahur y déjanle sin un maravedí. Dice si hay por allí quien le preste algún dinero, pero ninguno se le presta. Él se queda barajando los últimos naipes con que ha perdido, y el otro paga todas las barajas con que ha ganado. Satisface al contador, deuda que se paga con gusto porque alivia cuidados, quita contiendas y libra de yerros. Da algunos baratos, no todos de buena gana, y que no todos se agradecen. Al árbol que le menean, ninguno le agradece que arroje el fruto. Al ganancioso que le piden, no le estiman lo que da más que si lo arrojara. Pide al fin lugar para salir á lo ancho y apenas se le da el lugar. Á este tiempo uno de los que miraban, puestos más los ojos en el aprovechamiento que el peligro, le dice al que perdió, que no tiene dinero para prestarle; pero que si quiere jugar una letra que es de paga pronta, que allí la tiene. El tahur le dice al que ha ganado que si quiere jugarla. El otro responde que no juega dinero contra papeles. El que ha perdido le dice por engolosinarle, que se hará momo; esto es, tener siempre el naipe con que el otro es dueño de las paradas. Agrádase del partido, vuelve á sentarse y vuelven al juego. Ya aquí es cerca de la una. Van jugando, el que pára se va muy poco á poco hasta ver la suya. En esto se gastan grandes espacios. Tocan á la última misa en la iglesia más cercana. Los que saben que no la ha oído el que tiene el

naipe, no se atreven á decirselo como pierde. Él, ó no lo oye, ó lo disimula, con que se queda sin misa.

Pierde al fin de momo nuestro tahur la letra que le prestaron. Quédase abrasando de mohina, pero sin hablar palabra. Por hazaña mayor tengo esconder su dolor el que pierde jugando, que negar en un tormento, porque en un tormento importa la vida el callar, y el hablar aquí parece que importa la vida, pues hablando se desahogaría de tan mortal pena: pero hay hombres tan cuerdos, que porque de hablar después de haber perdido resulta mostrar flaqueza y á veces disgusto con el que ha ganado, pasan sin señas de dolor uno de los más fuertes dolores que ofenden á los mortales. De manera, que el que ha perdido y calla, no tiene ni aun el consuelo de la queja: y al que habla después de haber perdido, le salen unas señales de flaco y hace uños principios de pendencia.

Afirmo con toda verdad, que me admiro de que haya tahures, porque es el vicio de más errores y más inconvenientes que hay entre los vicios. ¿Qué error hay tan grande como dejar un hombre al arbitrio de unos cartones su abundancia ó su miseria? Los que se ponen á jugar comprometen obediencia en ellos. Los que adoran los dioses falsos, ellos mismos se hacen los dioses. Los que esperan de ellos su bien ó su mal, ellos mismos se los labran de barro ó madera. Esto hacen los tahures: de unos cartones hacen unos ídolos: de ellos esperan su mal ó su bien. En los mismos cartones están los ídolos pintados. Unas figuras hay en ellos que no pueden ser sino demonios. Veamos ahora con qué están estas figuras barajadas, con unas espadas desnudas, con unas copas llenas de sangre, con unas monedas de oro y con unos maderos que parecen mazas. Sin saber los hombres lo que se hacían, hicieron los naipes de esta manera. El cielo hizo que de esta manera los hiciesen, para retratarles en ellos mismos los males que hay en ellos. Su significación es clara, no será entenderla difícil. Las espadas revueltas con aquellos ídolos,

dan á entender que aquellos ídolos darán ocasión de sacar las espadas. Las copas con una lista colorada por encima, dicen que los que adoran aquellos ídolos, estarán siempre con sed de la sangre de su prójimo. La sangre es alimento de la vida, á la vida la alimenta el dinero, debe de ser su sangre. Aquellos oros, ó monedas fingidas de oro, declaran que lo mismo que con ellas se podrá hacer con el dinero que dan aquellos ídolos. Por aquellas monedas pintadas, no habrá quien dé cosa alguna. Con el dinero ganado á los naipes, jamás se compra cosa que aproveche: parece dinero pintado. Los maderos en forma de mazas, amenazan golpes y golpes no pequeños, porque con una maza no se da golpe que no sea grande: no dan golpe los naipes á las pintas, que no hagan mucho daño. Con estos rigores están barajados los ídolos de cartón, y se ponen los tahures en sus manos, y tan en sus manos se ponen y con tanta prontitud los obedecen, que hacen lo que ellos mandan mejor que lo que Dios les manda.



CAPÍTULO XI

El poeta

ENTRE cuantos gozan grande entretenimiento, ningunos parece que están tan obligados de la mano de Dios como los poetas grandes. Todos los hombres insignes en las demás facultades, con saber lo que los otros hombres insignes supieron en ella, se hacen insignes : con decir lo que ellos dijeron, quedan famosos. Para hacer una opinión nueva, han menester un principio antiguo : de algo que está dicho han de valerse para fundar lo que no está dicho. Todas las facultades tienen necesidad de maestros. Nadie sabe sin que le enseñen. Entre Dios y el que ha de saber, es menester ordinariamente otro hombre. Ninguna de estas cosas se hallan en la poesía : en ella si se dice lo que los otros dijeron, es no haber dicho nada. Decir lo que nadie ha imaginado, es ser otro poeta. Hallar camino nuevo, es ir al Parnaso : ir por donde los otros han ido, es rodear para no llegar. En la poesía no puede haber maestro, porque no puede ser aprendida. Nadie sabe de ella tanto que pueda enseñar algo de ella. Los versos buenos son

cosa tan mayor que la humanidad, que nadie los hace, ellos se vienen. Quien dice que hace buenos versos, se engaña: nadie los hace, todos los esperan. Muchos son tan desgraciados, que no se les ofrece ninguno: algunos son tan dichosos, que bajan á su cerebro muchos. Conócese que los versos buenos no se hacen, sino que se ofrecen, en que nadie los escribe sin pausas: desde una copla á otra hay grande espacio, y en este espacio no se puede hacer otra copla: en llegando no há menester más tiempo que el que tarda en escribirse. La pluma tiene allí celeridades del que escribe lo que le dictan: nunca hay la continuación del que escribe dictándose á sí mismo.

Estos entendimientos elige Dios sin duda para sus alabanzas: para las alabanzas de los reyes grandes, parece que los pone el cielo en la tierra. Estas plumas habían de estar siempre celebrando las grandezas de Dios, acordando sus beneficios, aplaudiendo las virtudes de sus santos y trayendo, en fin, el cielo á la tierra, para que la tierra se convirtiese en cielo. Estas plumas habían de estar muy atentas á las grandes obras de un rey grande. Apenas había de haber obrado un rey cosa de aplauso digna, cuando se habían de estar deshaciendo estas plumas en su aplauso. Los reyes no tienen en la tierra de quién esperar premio de lo bueno que hacen, porque son los más poderosos de la tierra. El premio grande en lo alto los aguarda; pero esta nuestra humanidad está fabricada con tal arte, que tiene siempre los ojos al premio. Hombre que encamina sus obras á premio que no divise, más es que hombre. Muy á peligro está de descaecer en las acciones heróicas, quien no halla la paga muy cerca de las acciones. Los reyes no tienen quien les pague en la tierra lo bueno que obran, sino son sus alabanzas: estas ordinariamente están en las bocas de sus vasallos; pero no pueden escuchar todas las bocas. Las voces que mejor pueden llegar á sus oídos, son las que escritas llegan á sus ojos. Estas voces nadie las da con la gracia que la poesía: ningunas pueden en-

trar como ellas en los aliños de un palacio. Por esto los poetas vasallos de un rey grande, habían de tener siempre la mano en la pluma, que aunque él sea tan grande que no haya de menester para la continuación de sus virtudes el aliento de las alabanzas, por lo menos hacen los vasallos, que le deben á Dios esta habilidad, lo que deben. Diránme muchos de los que no hacen, que lo dejan de hacer porque parece lisonja que pide. Á esto respondo que las alabanzas de las virtudes no son lisonja, sino aplauso debido. La celebración de los vicios es lisonja. ¿Podrá alguien decir que quien alaba á Dios le lisonjea? No lo podrá decir, si no es errando el término. En Dios no hay sino virtudes, por eso no puede haber para con Dios lisonjas. El que al rey humano le transfigura los vicios, el que los afeita con el color de las virtudes, ese es el adulador, ese es el que enamora al rey de sus defectos. No quepa ese en el mundo, no sea oído. Al que le fomenta la virtud con la alabanza, alábanle todos, pues para el bien de todos la fomenta. Si teme el poeta que no se presuma que con las reales alabanzas pide, desestime el que se presuma. La iglesia es discretísima, y alaba y pide cada día siete veces; en cada una de las siete horas canónicas le dice á Dios muchas alabanzas, y luégo en el fin de cada una le hace una ó más oraciones en que le pide. Cuando un poeta haga con su rey lo que la iglesia con Dios, no tendrá razón de avergonzarse el poeta.

La poesía es dada á los hombres para estos ejercicios, pero muchos usan de ella para malos fines. En Armenia se ve alguna vez la nieve colorada, siendo siempre blanca la nieve. No tiene tanta dicha la poesía: su naturaleza es pura y se ve casi siempre manchada. La razón por que en Armenia se ve la nieve algunas veces roja, es porque aquel suelo es por algunas partes de una tierra bermeja que llaman minio: los visos que esta hace son tan encendidos, que se penetran por los poros de la nieve que baja sobre ella, y la tiñen en el color de fuego en que ellos arden.

Blanca era la nieve, cayó en tierra encendida y encendióse. Casta es y pura la poesía, mas si cae en corazón encendido en amor, ella también se enciende: el color de la tierra en que cae, es el que toma.

Despierta al amanecer el día de fiesta el poeta enamorado: hale pedido su dama que la pinte en unos versos, y él quiere hacer lo que le ha pedido. Empieza á hacer en la idea la pintura y vala formando de comparaciones. Con el sol hace el cabello, con la nieve la frente, con el ébano las cejas, con las estrellas los ojos, con las rosas las mejillas, con plata encañutada las narices, con dos nácares las orejas, con perlas los dientes, con rubies los labios y con alabastro la garganta: materiales tan precisos para esta obra, que los poetas buenos y malos usan de ellos de la manera que usan de unos colores mismos los buenos y los malos pintores. Tarda en hacer las coplas mucho más de lo que en amanecer tarda: repite cada una muchas veces, porque se le quede fija en la memoria. Parécele que puede ya levantarse á trasladarlas al papel, y porque no se olviden, se asienta en la cama de golpe y se empieza á poner el jubón con mucha priesa: antes de acabar de ponérsele, repara que una copla lleva un verso desaliñado, y quédase enmendando el verso en la postura que le cogió la advertencia. La postura en que le cogió fué metido el brazo izquierdo en la manga, elevado el ángulo obtuso, y el derecho torcido en ángulo agudo, atascado el puño en que lleva apretada la camisa en la bocamanga. Aspado, pues, de esta manera en su jubón, se está suspenso hasta que deja el verso corregido. ¡ Oh fealdades del pecado! Pensarán muchos que estas suspensiones desairadas son comunes en todas las materias de la poesía, sean soberanas ó torpes: pues engañaránse. Cuando las materias son altas, son honestas, infunden aquella majestad, aquel decoro que ellas en sí tienen en quien escribe en ellas.

Vase vistiendo interrumpido de estos raptos y en llegando á estar de manera que pueda estar en pié, se sienta

á un bufete y escribe lo que formó desvelado. Acábalo de escribir y agrádase á sí mismo. Vese á sí mismo en lo que ha producido su entendimiento y aplica todo el amor propio á lo que ha producido: piensa que su obra es obra perfectísima. Fácilmente podrá ver lo que ha hecho si hace lo que yo le dijere. Llame á un pintor, haga que le copie con un pincel lo que él ha escrito con la pluma, y verá lo que ha escrito. Lo primero pondrá el pintor en la lámina en lugar de cabellos unos rayos de sol en forma de diadema: luégo pondrá en figura de frente una poca de nieve atropada: donde habían de estar las cejas pondrá dos astillas de ébano corvas: debajo de ellas pondrá dos estrellas en lugar de ojos: más abajo, en el sitio de las mejillas, pondrá dos rosas: entre las dos rosas pondrá una fistula de plata con dos caños por narices: donde suelen estar las orejas fingirá dos conchas de nácar: en el sitio de la boca pondrá un rubí grande hendido: dentro del rubí, de manera que se divisen, menudas y blancas perlas por dientes, y finalmente pintará debajo de todo esto un pedazo de columna de alabastro que sirva de garganta. Mírelo con atención el poeta en estando acabado, y si tan fiero mascarón hubiere visto en su vida, diga que yo escribo este discurso durmiendo. Mírelo y verá, después de haberse hecho el cerebro añicos, qué buen servicio le ha hecho á su dama. El demonio trata á los malos como los burlones á los bobos, con cosas de risa los engaña. Pensó el poeta que hacía un ídolo bellísimo en qué adorar y quedó el ídolo en un demonio.

Vase acabando de vestir para ir á la iglesia y al salir de casa se le acuerda que un amigo le ha pedido un romance en alabanza de una dama á quien sirve. Quisiera haberle hecho, pero determina hacerle á la tarde. Esta es una obra de grande merecimiento alcahuetar amores agenos, con versos propios, enamorar con ellos ó al galán de la dama, ó á la dama del galán, ó á el uno de el otro: ó él creyendo que es ella, como va en las coplas, y á ella creyen-

do que hizo las coplas él. Fuego de Dios en tal obra.

Llega al templo nuestro poeta, entra en él lleno de vanidad, pareciéndole que él entre todos es el que hace una cosa que á todos admira. ¿De qué se ensoberbece este hombre? ¿De que hace versos? Todas las presunciones son mal fundadas, pero esta más que todas las presunciones, porque si los versos son buenos no los hace él, ellos se vinieron, él no sirvió más que de conducto en su aplicación, no puso más que la pluma. Este error es del mismo tamaño que el que cometiera el caño de una fuente si se ensoberbeciera porque salía por él agua muy dulce. Si son malos los versos, son suyos; mire si pueden dar presunción los versos malos. La tierra, ella por sí produce los madroños y los palmitos: para que produzca trigo es menester echar trigo en ella. El hombre (tierra en fin), los versos rudos, los versos sin sustancia, los que son golosina de muchachos y mujeres, los hace él, obra es suya: los versos preciosos, los estimables, primero se los dictan que los diga: primero se los infunden que los pronuncie.

Híncase de rodillas y hace oración mirando á los dos lados. Los que tienen los ojos por naturaleza turbios, nunca miran arriban ni abajo, nunca miran al cielo ni al suelo, siempre por los lados miran, porque siempre es hacia los lados el natural movimiento de sus ojos. Este poeta que va á la iglesia sin devoción, lleva turbios los ojos del entendimiento, no mira al cielo del altar ni al suelo en que ha de ser sepultado, no mira arriba ni abajo, á los dos lados mira, y emplea la vista en la hermosura que tiene á los dos lados.

Levántase de allí, llégansele algunos mozos conocidos, háblase de algunos versos nuevos y él no alaba ningunos y dice mal de muchos. No era este mal camino de hacerse un poeta singular; si todos los que le oyen decir mal de todos los poetas creyeran que todos son malos y que él solo es bueno. Porque él lo dice creen lo contrario, porque les parece envidia y saben que nadie tiene envidia de lo

que no es bueno. En todas cuantas cosas hay en el mundo puede introducir su juicio cualquiera hombre, si no es en la facultad que profesa, porque allí siempre es sospechoso. Yo no tendré por hombre cuerdo al que diere su parecer cuando le tiene encontrado, donde, aunque diga la verdad, ha de parecer discreto. Alabar al indigno ni lo alabo ni lo aconsejo: decir mal de la obra que lo merece, siendo de la facultad del que hizo aquella obra, nunca es glorioso. Entre este riesgo y aquel vicio es la más saludable región el silencio. Raro, empero, es el poeta que puede disimular la imperfección de la agena poesía ni dejar de calumniar las perfecciones de ella. El odio más declarado del mundo es el de una poesía con otra, y de palabra es fortísimo enemigo porque tiene muy fuertes las palabras.

Sale la misa, va á oirla nuestro poeta y vase con el otro que desea parecerlo. Apenas se han hincado de rodillas, cuando el que al poeta acompaña, le pregunta si escribe algo. Él, que está reventando por decir lo que escribe, dice que aquella mañana ha hecho una pintura de una mujer y que en saliendo de allí se le leerá. El otro, impaciente de la tardanza, le ruega que diga la primera copla si se le acuerda y él dice la primera copla. Á los ademanes y ponderaciones con que se dicen los versos, se van los ojos y los oídos de otros dos que están allí cerca. El poeta, como se mira escuchado, entra en más gana de proseguir la obra; dice la copla segunda. Mejóranse los oyentes nuevos de lugar, arrastrando un poco la rodilla derecha hacia el que dice los versos: él se suspende un poco como que se restituye á la obligación de la misa, mas á breves distancias va diciendo una copla, la que pide el orden. De cada una resulta conversación con que ni él oye misa ni ninguno de los que junto á él la oyen.

El poeta, ya que hizo versos en día santo, habían de ser dignos de tal día; pero ni aun esos los había de referir en tan sagrado, en tan preciso silencio.



CAPÍTULO XII

El que trae cabellera

QUÉ tan gran defecto pensarán los hombres que es ser calvo? Pues no sólo no es defecto grande, pero ni es defecto. Comodidad sí es y decoro: traen la cabeza limpia y el rostro descubierto. Hombre sin defecto parece aquel á quien la naturaleza le echa á la luz toda la cara: no parece que tiene por qué esconderla.

Esta señal venerable y no fea, la aborrecen tanto en nuestras regiones, que son pocos los que no quieren cubrirla con cabellos postizos. De cabellos huérfanos hacen capacetes, aliño hacen de los despojos de un cadáver. Los luchadores se cortaban el cabello el día de la contienda por no darle á su enemigo instrumento con que los sujetase. Los que se ponen cabellera deben de querer que tenga el diablo por dónde asirlos.

¿Es posible que no les hace horror á los que traen cabellera, el pensar que aquellos cabellos son de un difunto? Si á cualquiera de los que la traen le dijeran que importaba mucho traer consigo en la faltriquera una mano

de un cuerpo muerto, perdiera sin duda muchos intereses por no traerla. ¿Pues qué más tiene para dar espanto la mano de un difunto que de aquel mismo difunto los cabellos?

Si los cabellos son de cuerpo vivo, á quien por enfermedad le quitaron, ya que no den horror, debieran dar asco: y es cosa tremenda de más á más, que lo que uno se quitó para la salud de su cuerpo, se lo ponga otro para que enferme su alma.

Una de las mayores acusaciones de este vicio, es que le cometen hombres que están ya fuera de la línea de muy mozos. La mocedad no libra las acciones erradas de culpa; pero queda capaz de clemencia. ¿Qué clemencia espera de la melena postiza, quien comete este error en edad tibia y desengañada? Cuidar del cabello propio en edad floreciente, es culpable: ¿qué será cuidar del postizo en edad madura? Mucho más fácil es no buscar lo que con inquietud se desea que desapropiarse de lo que con gusto se tiene. Que no se quite el cabello el joven, porque con él está más hermoso, poca cordura es; pero vaya, ya está en posesión de aquel cabello: mas que el hombre maduro se vaya á comprar el cabello ageno, por no traer la cabeza con menos adorno, es culpa con tentación muy fácil de vencer, y por esto más torpe culpa.

Levántase nuestro calvo con un tocador el día de fiesta, preguntando si le tienen la cabellera peinada. Los días de trabajo se la pone como la encuentra, y el día de fiesta, por gastarle mal, trata con más cuidado de su aliño. Los criados pocas veces son puntuales, y dándsela enmarañada. El lo riñe y lo vocea, y al cabo se sienta en una silleta baja, encájase la cabellera en una rodilla, toma un peine claro y va apartando unos pelos de otros. ¿Este hombre no echa de ver que tener en una rodilla la cabeza, es monstruosidad? Donde está la cabeza está el juicio: en una rodilla tiene la cabeza, debe de tener el juicio en una rodilla.

Levántase de allí, pónese enfrente de un espejo y encasquétase la cabellera: procura que no quede torcida y afiánzala á las orejas con unos cordones. Hombre, á la oreja te están hablando unos cabellos, ó de un muerto, ó de un enfermo, ó de un desengañado; cualquiera de ellos te dirá muchas verdades, atiende á las verdades que te dice.

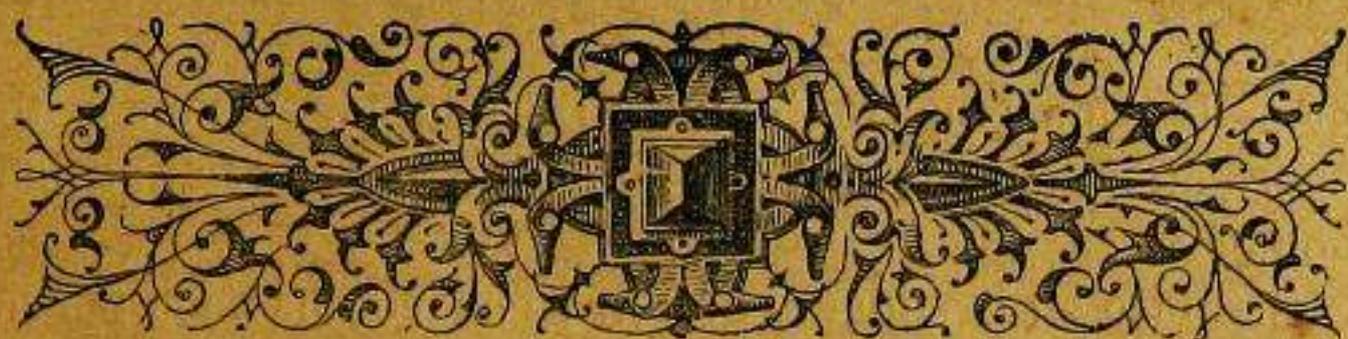
Mírase y remírase en el espejo, y queda muy consolado, con que tiene cubierta la calva. Los ángulos agudos en los extremos de la frente que el castellano vulgar llama *entradas*, son, según buena filosofía, señal de buen entendimiento. La cabellera deja la frente obtusa, con que tiene señales de mal entendimiento el que trae cabellera.

Acábase el hombre de vestir y vase á la iglesia. Entra en ella echando la vista sobre los hombros, por verse las ondas de los cabellos. Harto mejor fuera mirar cómo le baja de la cabellera en torrentes la locura. Llega á la pila del agua bendita y salpicase los cabellos con ella. En verdad que puede ser que sea sufragio. Pónese á galantear con mucho desahogo, como lleva la calva desmentida; para enamorar, sin duda alguna es estorbo la calva: por ella sola pudiera un hombre ser honesto. De galantear con imperfecciones, más veces se sacan desaires que logros. Sabe el diablo esto, y antes que le acaben de desengañar los desdenes, persuádele á que se cubra la calva, porque se éntre más en el engaño. Dios no hace nada que no sea para fin provechoso, y se puede pensar que uno de los fines para que da los defectos personales, es para que encojan y avergüencen los desahogos de la sensualidad; pero nuestro calvo, como oponiéndose á la intención de Dios, se le entra por las puertas desaparecido el defecto que en la cabeza la puso, y por quebrarle los ojos, intenta llevarse los ojos de las mujeres.

Á mí se me figura que quien trae el cabello postizo, trae postiza la cabeza: no es posible que disparete tan grande se pueda hacer con cabeza propia. Cuando el entendimien-

to de uno ve un desatino en otro, no pone cuidado en enmendar aquel desatino. Cabeza que no pone cuidado en que su dueño no se ponga cabellera, no es cabeza de aquel dueño.

Algunos de los que se las ponen, se las ponen sólo porque se las pusieron; esto aunque fuese culpa en el principio, se conserva sin culpa. Las novedades amedrentan á los cuerdos: puede ser que no se las quiten, por no poner en que tropezar á los ojos. Otros las deben de traer por abrigo. Las cosas que por su naturaleza no son malas, los fines las hacen malas ó buenas. Si el fin en la cabellera es bueno, el traerla no es malo. Yo hablo sólo con los que se las ponen por aliño vicioso: á estos quisiera enmendar, ofender á ninguno.



CAPITULO XIII

El glotón que come al uso

UN pez hay que tiene en el vientre el corazón. Los glotones tienen el corazón en el vientre. En el vientre están sus angustias, y en el vientre sus contentos. El glotón sólo sabe el tiempo que es por la comida que lleva el tiempo. Despierta el domingo de Pascua de Resurrección, preguntando si están fritas las criadillas: si parece tierno el pernil de Extremadura que se ha empezado, y si ha traído el mozo la asadura. Dícenle que trujo la asadura el mozo, que el pernil parece tierno, mas que las criadillas no están aderezadas. El se cansa mucho con quien se lo dice, y manda que le hagan una grande fritada muy apriesa. ¡ Válgale Dios con qué hambre amanece ! no dirán sino que ha ayunado toda la Cuaresma: pues no ha ayunado día ninguno ; pero yo me he engañado : antes en el ansia de comer con que despierta, se echa de ver que no ha ayunado. La hambre viciosa se quita con la hambre. El ayuno de ayer hace templado el día de hoy. Una virtud no produce un vicio. Aun dejando de comer por Dios quita la

gana de comer más de lo que á Dios agrada. Quien ayunó ayer como debía ayunar, no come hoy más de lo que debe comer.

Siéntase en la cama el glotón y échase una capa por los hombros, extiéndenle sin aliño sobre las piernas cruzadas una servilleta, pónenle á un lado un panecillo, afirmanle el salero entre unas arrugas, y déjanle un cuchillo resbalándose. Mientras le traen el plato del almuerzo, porque le parece que con el cuchillo ha de tardarse, hace con las manos pedazos el panecillo, chispeando las migajas hacia la ropa unas y hacia el suelo otras. Llega antes el olor que el plato; pero el plato llega poco después que el olor. Descúbrele, y el bocado primero se le engulle abrasándose. Mientras lo demás se templá, hace sopas en el caldillo. Embiste luégo con las tajadas con tanta celeridad, como si le quisiesen arrebatár las que quedan. Ensúciase los dedos de ambas manos hasta los últimos nudos. Cuélgale de los bigotes la pringue. Relúmbrale en los labios la grasa, y la barba se le escurece entre los desperdicios de los bocados. Toma una esquina de la servilleta para limpiarse y derrama el plato. Límpiase y deja hecha rodilla la servilleta. Pide de beber del vino más fuerte: danle una copa muy grande, cógela con ambas manos, y echa en su estómago un torrente de vino, y torrente de tanta dura, que parece que corre de fuente perenne. Recoge las esquinas tostadas del panecillo, cáscalas entre los dientes, y manda que le quiten de allí aquellos trastos. Ponen el salero sobre un brazo de una silla, abrevían la servilleta en forma de bolsa, y sacuden con la mano las migajas que han salpicado el lecho. Él arroja en el suelo la capa que tiene puesta; vuélvese á meter entre la ropa, llámala muy bien hacia sí con los hombros, y sosiega. ¡ Señor, que es día de misa y son ya las once: que es domingo de Pascua de Resurrección: que es menester ir á la iglesia á estar en la presencia de Cristo, para resucitar de la muerte del pecado! Á esotra puerta. Ninguna de cuantas voces le dan la razón y la

obligación entiende, embebecido en pensar si habrá venido salmón fresco, porque la Semana Santa agotó el que había.

Hácele empezar á vestir el deseo de encontrar algo extraño para su apetito, y de camino piensa oír misa. El pensar en la misa es con flojedad, el pensar en el salmón con grande ansia.

Acábase de vestir, sale de casa y pasa por una iglesia, y entra á ver si hay una misa empezada, porque aguardarla sería tardar mucho, y su gula no sufre dilaciones. Ve que se levantan en un altar al Evangelio, y coge desde el Evangelio la misa: acierta á caer junto á un conocido, saludándose cortésmente, y dícele el glotón: « Señor, no se puede creer cómo está el lugar; no hay que comer, sino es pan y carne: para hallar un manojo de espárragos, es necesario tener espíritu de profecía: para acaudalar una libra de criadillas de tierra, es preciso ser primohermano de un labrador: la plaza está que parece que la han saqueado.» El otro le dice: « yo pasé ahora por ella, y ví lindísimo congrio fresco, y una de aquellas mujeres que venden caza tenía una banasta cubierta, llena de gazapos, los mejores que ví en mi vida por este tiempo. Es una mujer morena, con una toca de puntas.» Apenas el hombre lo oye, cuando se empieza á inquietar de suerte, que si no fuera de vergüenza, dejara la misa y se fuera á la plaza. Callan un poco, porque el uno quiere oír misa, y el otro pensar en si se habrá acabado todo cuando él llegue. Rompe el glotón el silencio, y dice: « Con sola esa mujer que tiene la banasta de los gazapos, no tengo conocimiento entre cuantas allí venden; no sé si me los querrá dar. — Sí querrá, dice el otro, dándole algo más de lo que valen.» Vuelven á callar, y vuelve el glotón á decir de allí á muy poco y muy sin propósito: « ¿ Y del congrio había muchas tablas? — Dos, le responde el otro, » y calla. Aquí es su congoja de ver que no se acaba la misa, y de ver que se puede acabar el congrio.

Acábase la misa, parte el glotón á la plaza y halla qui-

tando á una de las que vendían el congrio el peso, y á la otra apartando la plata de los cuartos, porque se acabó ya su mercancía. Quédase el hombre tan suspenso como si se le hubiera ido de entre las manos una grande dicha. Parte á buscar la mujer de los gazapos, pídeselos en voz baja como asegurándola el secreto; ella antes de responderle le mira con grande atención, por ver si tiene señas de seguro: hace la conjetura buena, y saca cuatro conejillos de las lobregueces de la banasta tan chiquillos y descarnados, que más parecen abortos que partos; llégalos el hombre á las narices, no por averiguar si hieden á podridos, sino por ver si huelen á ratones. La mujer viéndole dudoso, le dice que son bellisimos, y que fritos con torreznos de algarrobillas, son el mayor regalo del mundo: él lo cree, y da un mundo de dinero por ellos. Parte á su casa muy alegre de que lleva gazapos, y después de fritos parecen ranas. Si á este hombre le dijese alguno que llevase basura á un muladar, se mataría con él, sólo porque se lo dijo, y él se anda matando por llevar basura al muladar de su estómago.

Llega el día de la Cruz de Mayo y levántase al amanecer el glotón, no por coger la misa temprano, sino por coger temprano los pollos. Logra la diligencia, llega en buena ocasión, escoge los más grandes, envíalos á casa y envía á decir que le asen uno para medio día y que le guisen otro con alcaparras para la noche. Vase luégo paseando por la plaza, regalando los ojos en las frutas y en las comidas.

Quédase parado, mirando una banasta de cerezas descoloridas, considerando si estarán para compradas: pasa por allí un amigo suyo, también de la facultad, pregúntale qué hace: él responde, que ha comprado unos pollos y qué no halla otra cosa de provecho; el otro dice, que sabe una casa donde hay famosos palominos, que si quiere almorzar dellos, que se vaya con él; el glotón dice: que por aquel tiempo es bravo regalo y aceptando el convite sigue

la persona. El pulpo no extiende aquella turba de brazos, sino para alcanzar cosas de comer; el comilón para nada es diligente, sino para las glotonerías. Entra en la casa, piden los palominos, aderézanselos en el aire, pónenselos en la mesa, pruébanlos, dicen que son la mejor cosa que han visto y que siempre irán á aquella casa, porque la huéspedada da á los platos sazón excelente.

Almuerzan muy despacio, porque comen muchas más cosas de las que iban á comer.

Acaban de almorzar y quédanse hablando, que es muy parlera la mesa de un bodegón. Empiézanse á levantar para irse, cuando entran dos conocidos suyos á lo mismo que ellos. Salúdanse y los que vienen hacen á los que estaban que se queden á tomar otro bocado, que en estas casas todos son liberales y partidos, y los que ponen bulla, ponen tan buena parte, como los que gastan el dinero. Empiézase otro almuerzo (ya son las doce del día) y á los que han almorzado, los hacen volver á almorzar los otros. Las cósquillas hacen reir atormentando; estos hombres festejan con lo que es pesadumbre. Dura este desconcierto hasta la una: van á buscar misa los que no la han oído, el paso es tardo y torpe, el tiempo es más ligero y pásase el tiempo.

Estánse hasta las dos en conversación, vase luégo nuestro glotón á su casa y entra preguntando si está asado el pollo. ¿Señores, cuándo ha de cesar esta boca? Los poetas fingen que en el infierno hay cuarenta y nueve mujeres hermanas, que, porque mataron todas en una noche á sus maridos, les dieron por pena que llenasen de agua una tinaja rota, con que es incesable la pena. La holgura de este glotón parece al tormento de estas mujeres; siempre está tratando de llenar un estómago que se sale. Pues tormento es, aunque á él le parece holgura. ¡Ah, que no acaban de creer los malos que se sube el infierno á los vicios!

Cumple años nuestro glotón el día de Nuestra Señora de

Agosto y en hacimiento de gracias, de que han llegado sus años hasta aquel día, convida á comer desde el día antes á otros tres comilones.

Levántase por la mañana á buscar regalos del tiempo; más porque los ha de comer él, que porque los coman los convidados. Vase á la casa de conversación más frecuentada á ver si han llevado perdigones los que los compran para venderlos en ella. A estos llaman rifadores y estos son en ella continuos. No ha llegado ninguno y determínase á esperarlos. Por quitarle el fastidio al esperar, se mete entre los que hablan. Hállalos tratando de novedades, y él va rempujando la conversación poco á poco, hasta que da con ella en comidas y guisados. Dice de memoria tres ó cuatro salsas nuevas y otros tres ó cuatro platos de invención, de tan buen parecer, que los deja á todos haciéndoseles la boca saliva.

Vienen los rifadores á las once dadas, unos con melones, con pollas nuevas otros y con perdigones alguno. El glotón se enamora de todo y de todo va comprando. Envía por un esportillero y mientras le traen entra una muchacha con unos vidrios de conserva. Él piensa que no ha hecho nada si no lleva un par de vidrios, regatéalos y cómpralos. Viene el esportillero, entrégale su empleo el glotón y dícele que vaya adelante. Al salir por la puerta entra una mujer con unos pucherillos de natas. Dícele el glotón al esportillero, que aguarde: pregunta si las natillas son buenas, y para averiguarlo, se come un pucherillo con el dedo. Concierta media docena, límpiase la mano en la pared, saca de la faltriquera el dinero, págalos y vase. Por la calle va gobernando al esportillero, como si fuera navío por detrás. Llega á su casa, halla la comida en menos buen estado de lo que requiere la hora, parécele que necesita de su asistencia y quitase la capa para asistirle. Acuérda-sele que es día de fiesta, mas parécele que para la misa hay bastante tiempo. El que no tiene gana de hacer una cosa, aguarda á hacerla cuando no puede hacerla. Anda

muy solícito por la casa en el cumplimiento de lo necesario para su convite. Entra uno de los convidados, preguntando si viene tarde. El glotón pregunta, «¿pues qué hora es? Y el otro responde que la una dada. Él dice: ¡bueno y no he oído misa! Mas así me pudiera pasar sin comer.»

El día de San Andrés á las ocho de la mañana, entra su criada en el aposento del glotón, diciendo que hay en la plaza besugos como leche. Él dice á medio abrir los ojos: «Fuerza es que sean buenos, porque há cuatro días que hiela; ¿y han venido muchos?—¿Qué es muchos? dice la criada, en el repeso los dan y es menester mucho favor para que los dén.—Buena flema nos dé Dios,» dice el goloso y se sienta en la cama con tanta fuerza que la estremece. Pónese el jubón y la ropilla de una vez y sin acabar de ponerse los botones del jubón, arroja la ropa hasta la otra esquina de la cama. Prosigue con desatino su obra. Cálzase tan sin orden como si se descalzara. Salta en el suelo, no cumple con la mitad de las obligaciones del aseo; descúidase con los preceptos de la decencia; mientras él se pone la espada, dice que le pongan la capa y el sombrero: baja por la escalera puesto el sombrero y la capa con el mal aire que suele ponerlo mano agena. Empieza á andar por la calle poniéndose los botones del cuello de la ropilla, repara que le entra frío por las bocamangas y pónese en cada una el botón primero. Afirma la capa en los hombros, asegura el sombrero que se le iba trastornando y llega al repeso. Procura meterse en el centro de la apretura; pero las olas le desvían. Da desde donde se halla al alguacil del mes muchas voces: él le oye y le conoce, pero por no obligarse á darle lo que pide, no le mira. El pobre glotón por mejorarse de lugar, entra por donde otro sale, y el que sale, como le aprietan los otros, le llevan las narices. Duélese el alguacil de ver lo que el hombre padece. Saca dos besugos en la mano y llamándole por su nombre, le dice que allí están dos besugos, que dé ciento y doce cuartos. Alégrase el glotón y quiere meter en la faltriguera la ma-

no y no halla lugar para meterle. Echa el cuerpo al lado contrario para hacer hueco en el que há menester. Lleva la mano á la faltriquera en que trae el dinero y halla sin dinero la faltriquera. Empieza á palparse turbado y aun palpándose no sabe de sí mismo.

Dale priesa por el dinero el alguacil y él dice que allí se le han hurtado. Los que lo oyen empiezan á vocear diciendo que les den á ellos los besugos, que allí está el dinero. Al goloso se le aflige el corazón y le dice que por amor de Dios aguarde. Echa los ojos de acá para acullá, ve un conocido, pidele dos reales de á ocho prestados, afirmándole que luégo se los llevará á su casa. El otro se los da por encima de seis ó siete cabezas. Entrégalos, recibe los besugos y pide lo que sobra. Tardan en dárselo y él vocea con la misma ansia que voceaba por los besugos poco antes. Al fin se lo dan diez ó doce cuartos menos y él embarazadas las dos manos, una con el dinero y con los besugos otra, sale de aquella apretura con tanta dificultad como si naciera.

Á este mismo tiempo se suelen empezar en Madrid á dar las bulas. Mas ¿qué no se mata tanto el glotón por la bula como por los besugos?

Desahógase un poco nuestro glotón y ve enfrente de donde toma los besugos salchichas y adobado. Parécele que será bueno emplear el dinero que le sobró en esto y cómpralo. El esportillero es conocido y dícele que lleve aquello á casa. Mientras saca el dinero para satisfacerle su trabajo, pasa un labrador con un lechoncillo muerto. Aficiónase de él tan ciegamente, que le concierta sin tener dinero con qué pagarle. Cae al pagarle en que no tiene dinero y dícele al labrador que vaya él á su casa, que le dará medio real más por aquel cansancio. El labrador le sigue, y del esportillero y del labrador, torpe y feamente acompañado, camina hacia su posada gustoso. Los Saurómatas tienen en el año tres días en que sólo tratan de comer y beber; pero estos tres días los mandan sus mujeres;

sin libertad vienen, sólo lo que ellas quieren hacen. En lo que yerran, se écha de ver que sus mujeres les mandan. Raro es el hombre á quien su mujer gobierna, que no sea error cuánto obra. El oficio de la mujer propia de los Saurómatas toma con el comilón la gula, pero con poder más dilatado, porque las otras mandan en un año sólo tres días y esta manda todo lo que la vida dura.

Llega á su casa el comilón, desembarázase del labrador y del esportillero, manda que le asen unas costillas de adobado, que le cuezan un besugo, que lleven el otro á empanar y á tostar el lechoncillo. Por esperar entretenido trata de ir á misa, quiere salir y ve que empieza á llover, embarázase en esto mucho y detiénese.

Siéntase á la mesa el glotón, pónenle las viandas prevenidas y él incesablemente come de todas, no hay instante en que aquella boca se cierre. Las llagas redondas son dificultosísimas de curar, porque no halla la sanidad ángulo por dónde empiece. Á un círculo no hay por dónde asirle. Abierta una boca tiene figura circular: la del glotón está siempre abierta, llaga es redonda. Si quiere sanar este hombre, cierre la boca por mucho tiempo, mudará la llaga figura y sanará la llaga.

Entra el besugo empanado, y asado el lechoncillo: pónenselos en la mesa, pellizca al lechoncillo los cuerezuelos y descubre la empanada. Ya mira al uno y al otro mira pensando de cuál comerá primero: los peces no tienen párpados, nunca cierran los ojos, siempre los tienen abiertos mirando qué comerán. El glotón está siempre como el pez en el agua: tan abiertos tiene los ojos, como si no tuviera párpados en ellos: todo se le va en mirar de qué asirá para comer. Como sin párpados está nuestro glotón en la mesa, trayendo la vista por los platos. Por los platos trae las manos como los ojos, á todos mira y de todos come. Ya no le cabe lo que ha comido en el cuerpo, y aun no cree que ha comido: antes se le llena el vientre que la gana. Pide de beber con la boca llena, danle la copa, aca-

ba de tragar lo que mascaba, enderézase para llegarla á los labios, ábrelos para recibir la bebida, cuando desordenadamente la bebida se le cae en el pecho, la copa en la mesa, el brazo fuera de la silla, la cabeza en el hombro y el hombro en el asiento : dióle una apoplejía y arrancósele el alma.



CAPÍTULO XIV

El pretendiente

EL merecimiento y la fama se hacen con el trabajo. Los perezosos ni tienen nombre ni merecimiento. La fortuna da pocas veces sus bienes de balde : á estudios, á desvelos, á trabajos fería sus bienes. Por lo que Tántalo no alcanza el agua que desea, es porque no mueve más que la boca. Ponerse á la gana para coger el premio, es quedarse sin el premio y con la gana. Si forcejara Tántalo, rompiera las ligaduras. Á diligencias se rompen las dificultades. Á fatigas se hacen dichosos los deseos. Querer coger los frutos de la guerra desde la paz, no es más que hacer de la paz guerra. De la sangre del pié de Venus se hicieron las rosas coloradas, y luégo se coronó ella de las rosas. Á costa de sangre, á costa de ansias se adquieren las honras y los cargos. El día es diligente, por esto es claro. El que no hace nada está quieto ; pero no vale nada. El que trabaja suda, por esto relumbra.

La República tiene necesidad de hombres de letras, de experiencia y de juicio, que la gobiernen : sin ellos estará

como un cuerpo sin ojos. Cual era el color de las varas de Jacob, tal era el color de los corderos que nacían. Del color de las costumbres de los que gobiernan, son las costumbres de los que obedecen. Las repúblicas buscan hombres á quienes hayan formado las costumbres, ó los estudios ó la experiencia, para que hagan con sus costumbres y su conocimiento en el pueblo buenas costumbres. En el cuerpo humano no todos los nervios bajan de la cabeza y se gobierna el cuerpo con ellos. En la República no todo puede bajar del príncipe, mucho es menester que hagan por sí los ministros superiores : por esto son menester muchos hombres de importancia para ministros.

La nave que está sólo sobre una áncora, no está segura: la que está sobre dos, está más firme. Con solos los que gobiernan en la paz, no se puede mantener una República: menester es la seguridad de los que sirven en la guerra. En esta importa más la cabeza que las manos. El general cauteloso es mejor que el atrevido. Más veces han muerto los hombres leones, que los leones hombres. No es tan arrojado ni tan forzado el hombre como el león, pero es animal más astuto : por eso ha vencido más veces ; por eso ha sido menos veces vencido. La gentilidad, entre otras maneras de sacrificios, tenía una que era la más copiosa. Ésta era llevar animales de ciento en ciento, todos de una especie, que matasen al pié del ara. Este sacrificio hace al príncipe enemigo el general que pelea con más determinación que consejo.

Los que obedecen en la guerra, son tan necesarios como los que mandan. Los soldados para ser buenos, han menester tres cosas : gana, respeto y obediencia. Servir con voluntad, reverenciar con humildad y obedecer con puntualidad. El soldado para ser perfecto, no ha de tener miedo más que á una cosa, á sus cabos. Los que son valientes con los enemigos y tímidos con sus oficiales, son de grande provecho en la guerra. Estos son los hombres de que la República necesita.

De las necesidades, pues, de la República, y de los merecimientos de los hombres se hace un pretendiente. Éste viene á la corte, que es la fuente que distribuye los premios. Aquí sólo trata de hablar al príncipe, de informar á los consejeros que han de consultarle, de traer el semblante compuesto, honesto el traje, las palabras medidas, las acciones templadas, de no andar derecho á puras reverencias, de presentarse inferior, de encogerse como esclavo, de flechar la lisonja, de hacer memoriales, de gastar con los piés los umbrales de las secretarías y de no dejar vivir á los que viven para el bien público. El amor propio hace á los méritos importunos; no me espanto, pero de lo que me espanto es, de que por un rato siquiera no calmen estas ansias.

Amanece el día de fiesta, y amanece el pretendiente pensando razones nuevas que convenzan á los consejeros para que lo despachen. Levántase de la cama por no perder la hora de hablar á un consejero: harto mejor era por no perder la misa, por llegar á tiempo al sermón. Piensa mientras se viste en que se tardan mucho en premiarle. Este no debe de saber que son menos los premios que los pretendientes, y que es menester tiempo para que entren todos. Á esto me dirá que él tomará una futura sucesión. Los pretendientes son como los muchachos que ven fruta verde en los árboles, que se hacen pedazos por alcanzarla, y luégo les amarga y les da dentera. En alcanzando una futura sucesión, como no es dicha madura, la mascan con gestos y no pueden tragarla. Va y viene nuestro pretendiente mientras se viste en la dilación de su despacho. ¡Oh error del amor propio! Con la misma facilidad que deseamos una cosa, creemos que nos ha de venir: el tiempo que tarda, pensamos que nos hace injusticia la mano á quien toca el darle. La esperanza se anda tras las dichas; pero las dichas andan huyendo de la esperanza; para alcanzarlas há menester mucho tiempo, y muchas veces no las alcanza.

Sale, pues, de su posada el pretendiente, endereza su

camino á la casa del consejero, pasa por una iglesia donde tocan á misa, y él se pasa sabiendo que aquel día está á oirla obligado : parécele que después podrá oirla, y por no perder la ocasión, déjala para después.

Pasa en efecto adelante, llega á los umbrales del ministro, halla en ellos otro pretendiente que le dice que hay una visita, y él se determina á esperar á que la visita salga. Traban conversación, dicele el que está ya antes, que ayer se proveyó tal plaza en tal persona. Este era el oficio en que nuestro pretendiente tenia puestos los ojos. Quédase el hombre tan suspenso, como si el alma le hubiera ido huyendo del dolor : procura encubrirle, habla de rato en rato una palabra tan sin propósito como sin atención : no puede sufrir la compañía ; dicele el otro que aquella visita es muy larga, y vase. Va andando sin saber por dónde va, y párase sin saber por qué pararse : la vehemencia de la imaginación que le representa su desdicha, le arrebató las facultades de viviente, y queda poco menos que cadáver. Válgate Dios por hombre, ¿de qué es este sentimiento ? De que no te dieron esta plaza ! ¿Cómo sabías tú que era tuya ? Dirá que la esperanza se la había prometido. Fundamento débil. ¿La esperanza promete bienes ajenos ? ¿Lo que no tiene promete ? La esperanza es grande embustera ; porque la acaricien ofrece lo que no puede dar. Era la plaza de aquel á quien se la dieron, y mandósela al que no la habia de conseguir. Estuvo todo el tiempo que tardó en proveerse, tratada como amiga ; por esta conveniencia hizo este embuste. Quien quisiere saber cuán grande enredadora es la esperanza, mire el fiador que da. Á la fortuna da por fiador : fiador que tiene con qué pagar, pero que no puede ser ejecutado. Quien de lo que promete da mal fiador, empieza á trampear desde luego lo que promete. Veamos, pues, ahora, por qué nuestro pretendiente se halla tan turbado si quien le mandó el oficio fué la esperanza, y el fiador que le dió fué la fortuna.

Cóbrase un poco y encamínase á oír misa. Entra en el

templo, y no sabe dónde entra. Pónese de rodillas delante del altar, y no atiende al altar, sino á su desgracia. Piensa que por sus méritos se le debía lo que no le han dado y persuádese á que le han hecho hurto. Considera las descomodidades que de aquí le resultan, y dase por acometido de un gran trabajo.

Sale una misa, llégase el pretendiente al altar á que sale y entre la gente que se junta á oirla ve al que le ha llevado el oficio, inquiétasele la sangre, muda el color, piensa que le ha hecho algún agravio ; mirale como á enemigo, y pésale de su buena suerte.

Con esta inquietud interior oye nuestro pretendiente la misa, y lo más cierto es que con esta inquietud no la oye. La obligación era oirla ; pero como no cumplía con su obligación en el amor de su prójimo, no fué mucho que faltase á la obligación que le tenía á su Dios en tal día. Un pecado es las más veces disposición para otro. Pocos tienen el desahogo tan tasado, que le tengan para sólo un delito. Una de las razones por qué se había de dejar de pecar, había de ser por no pecar más. No hay cosa tan fecunda como la culpa : una produce ciento, cien dichas son menester para no pasar de una. Si cuando este hombre vió á su competidor, no se hubiera engolfado en los errores de la envidia, quedara libre para los empeños de su obligación.

De todas estas maneras no cumple con el día de fiesta el pretendiente legítimo: ¿ con cuántas más circunstancias no cumplirá con él el pretendiente bastardo, el que pretende lo que no merece y quiere hacer creer que merece más de lo que pretende ?

Llega uno de estos pretendientes á los piés del rey, que está deseando llenar su República de ministros que merezcan serlo, y llega con el cabello breve, compuesto el semblante, la barba en penacho, el cuello de dos lienzos, la loba hueca y el manteo ceñido, y dícele por un memorial que há tantos años que estudia, que há tantos que lee de ostentación, que ha sustituido tantas cátedras y que ha es-

crito tantos libros. La bondad del pecho del príncipe, tan acostumbrada á no creer que nadie engaña, como á no engañar á nadie, piensa que aquella cabeza, por estar quitada de los vicios, vale su peso de mercedes, y no merece sino desprecios, porque lo más de su ponderación no es más que plomo. Haber andado mucho tiempo de estudiante, no es haber estudiado mucho tiempo. El leer de ostentación, como á nadie le importa lo que lee, suele ser cosa que no importa. Sustituir cátedra, más es amistad del propietario, que mérito del que lo hace. Escribir libros, las más veces no es más que sonido honroso, porque suele ser trasladar, que es trabajo que merece lo mismo que pasar tierra de una parte á otra. Los que escriben novedades de sustancia, son tan raros como las novedades. Peso es de plomo el que este hombre presenta, y quiere que le pesen el plomo á la cosa de más valor de la República.

Llega el soldado entrefino á los piés del príncipe, el cabello largo, la golilla mal puesta, la espada en tahalí ancho y las vueltas de otro país, y dícele (algo de palabra y lo más por escrito) que le ha servido veinte años: que tal facción que se le encargó, la dispuso de manera que rompió al enemigo: que ha estado sitiado dos veces; y que ha trabajado mucho en entender de fortificación y máquina militar. Piensa el monarca que lo que dice es cierto, y como si fuera cierto merecía tanto, queda con cuidado de que se pese á puestos grandes aquella cabeza: no se persuade á que nadie puede engañar, y déjase engañar con un poco de plomo. Cabeza es embutida de plomo la que este hombre le presenta. Algunos soldados hay, que cuentan el tiempo que han servido desde que lo empezaron, y no descuentan el que se han estado holgando en su casa ó en la Corte: que llaman hazaña á lo que fué suceso; que cuando estuvieron sitiados comía cada uno por dos, y no servía por uno; y que sólo fortifican su enredo, con estar hablando de fortificación á todas horas.

Uno y otro, pues, de estos pretendientes, que intentan

que les pesen el plomo á oro y el engaño á conveniencias, se entran por en casa de los ministros con el mismo desembarazo que si ofrecieran una cabeza de valor grande. Éntranse por sus puertas cada día, sin reservar el día de fiesta. Siempre hacen mal, pero este día cometen mayor culpa. En el cielo no pretenden unos el premio que se debe á otros, y el día de fiesta convierte el mundo en cielo. Allí está cada uno contento con lo que le toca. Esté acá contento con lo que le toca cada uno. De la manera que cada uno vive consolado con la estatura que Dios le dió en el cuerpo, ha de vivir consolado con la estatura que le dió en el valor, con la que le dió en el ingenio. Si un enano pretendiese una plaza de soldado de la guarda, sería ridiculo á los ojos de los hombres. El indigno que pretende un puesto grande, es enfadoso á los ojos de Dios que le conoce el tamaño. Diránme á esto que el amor propio no deja á ninguno tantearse en lo que vale. Todos piensan que son buenos para cuanto hay bueno. Engañaráse quien me lo dijera. Todos desean lo bueno para sí; pero no todos piensan que son buenos para todo. Á nadie le parece tan cobarde, como él se parece á sí mismo.

Bien sabe el soldado sin valor que no es bueno para soldado, pero empezó á serlo y no tiene otro camino; fiase en su mañana para desaparecerse sin declarada afrenta en los peligros, ó encamina su pretensión hacia donde está más sin peligros la guerra, y pide los puestos que no merece, para vivir acomodado con los puestos. No sabe el de corto ingenio que le tiene tan corto; pero bien sabe que no le tiene muy grande: él se ha hecho manifiesto, pero fiase en que no le conoce el que le ha de dar el cargo y va á ver si puede, para que se le dé, engañarle. No es posible creer el que no ha estudiado, que ha estudiado, sino es durmiendo, si acaso lo sueña, y tras eso va á pedir oficios que requieren estudios: mas como unos van á hurtar con llaves maestras, van otros á pretender con palabras y traje, que parecen de maestro. No pidan pues (por Dios se lo

ruego) las dignidades que no merecen: déjenselas á los que las tienen merecidas, que para mejor puesto suele guardar Dios al indigno, que es para la virtud de la humildad. Conózcase, sea humilde y tendrá grande puesto. Los fontaneros, para que suba mucho el agua, la hacen que baje mucho. El que quiere subir, baje. Muy buen puesto tiene quien se pone en mal puesto. El ámbar entonces huele cuando se hace polvo: digámoslo mejor, cuando se hace lodo. El hombre, cuando se hace nada, luce. Éntrese, pues, éste á quien Dios hizo menos hábil para las dignidades de la paz, ó aquél á quien hizo menos á propósito para los cargos de la guerra, en el templo el día santo, pues todos tienen para salvarse habilidad suficiente; oiga con devoción la misa á que está obligado; ofrézcasela á Dios porque se distribuyan dignamente los oficios mayores de la guerra y de la paz, que en pago de este sacrificio y de que desiste de pedirle á la República oro por plomo, le dará Dios lo que más le convenga.



CAPITULO XV

El agente de negocios

HAY en la Corte unos hombres muy necesarios que llaman agentes de negocios. Estos tienen un oficio que no se da sino que se toma, que la República no lo señala y que hace mucho provecho á la República. Estos cuidan del pleito del que se está en su tierra, y desocupándole del pleito le dejan el tiempo libre para que acaudale lo que en el pleito se gasta.

Estos excusan al pretendiente que está en las Indias, de los gastos de la Corte y de los vicios que la Corte tiene. El que viene á pretender ó á pleitear há menester lo primero aprender á pleitear y pretender. Cuando pretende ó pleitea por su agente, empieza el pleito ó la pretensión, sabiendo lo que se hace. Ahorra lo que había de gastar como forastero, y gana lo que había de perder donde asiste. Entra eligiendo buen abogado, porque el agente conoce el que es bueno. Entra bien visto de los ministros porque los ministros miran con algún cariño al que ven cada día. Entra sabiendo lo que les ha de decir y no los ofende

con lo que les dice. Y entra, en fin, tratando de sus negocios con menos costa y más inteligencia. Por la granjería de todas estas comodidades entran poderes de diferentes provincias y reinos, á los agentes de negocios para que se sustituyan en los cuidados de las pretensiones y los pleitos. Ellos tienen esto por muy buena fortuna porque aunque trabajan mucho, viven en la Corte y está toda la monarquía trabajando para ellos.

Tienen los hombres acreditados en este ejercicio innumerables negocios. No hay hora en su día que no sea hora de hacer algo. No hay día en su año que sea día de holgar. Todos los días y todas las horas tienen á qué asistir incansables. Llega el día de fiesta y es como si no llegara. No aguarda el agente á que el sol le empiece el día; dos horas antes que el sol le empiece, hace él con una vela la aurora. Siéntase á su luz en la cama, pónenle á un lado una naveta de poderes, á otro un montón de cartas, sobre un taburete seis ú ocho procesos y el recado de escribir en una mesilla. De allí saca un poder y le considera; de aquí toma una carta y la estudia; ase de un pleito y le reconoce el estado; echa la mano á la pluma y bosqueja un memorial, pensativo. En esto se le pasa mucho tiempo sin acordarse que es día de Iglesia.

Levántase cerca de las diez nuestro agente; en estando medio vestido se pone un capote, coge un puñado de cartas en una mano, un pleito en otra, y vase al escritorio. Dicele á un oficial que traslade la última petición de aquel proceso; á otro que responda á aquellas cartas, y pide recado de lavarse. Estándose lavando, entra un oficial de los inferiores de una contaduría con una cuenta de despachos, y recíbele con grande cariño, mira lo que montan y manda que se le dé luégo el dinero que pide. Mientras traen el dinero le entrega otros papeles y le encarga la brevedad. Vase el oficial despachado. Ya son las once. Pide la golilla. Apenas lo ha acabado de pronunciar cuando entra un impresor con un memorial ajustado, con los servicios

de un sargento mayor de Filipinas: manda que le paguen: toma el memorial y vase el impresor, él se sienta en una silla y empieza á leer por ver si viene mentiroso. ¡Señor, que son cerca de las doce y es día de misa! Paréceme que le oigo decir: «esto me importa el comer.»

Oye las doce nuestro agente leyendo el memorial, y aún no se determina á ir á la iglesia. Concluye en fin con el memorial, acábase de vestir, apaga los cuidados que le rodean y vase á misa. Entra en la iglesia, sale el sacerdote, pónese en el altar, empíezase el sacrificio, vase prosiguiendo y él está en él sin sosiego y sin gusto. Las reliquias de sus cuidados, le hacen aquella ocupación desabrida. Para ir á cumplir con aquel precepto apaga las demás atenciones, pero aun apagadas le hacen desabrido aquel precepto.

El agente de negocios puntual, yerra de puntual el día de fiesta como está visto, y el que no es puntual, le yerra de no serlo. Ahora veremos cómo lo yerra. Debe el agente representar la persona, cuyo poder tiene; pero el agente descuidado la representa como su sombra. Á nadie por su sombra le han conocido: al que representa el agente descuidado, no le conocen más, que si no vieran más que su sombra. La sombra no hace más que manchar la luz en que un cuerpo asiste: el agente perezoso no hace más que deslucir los alientos de aquel por quien hace. Todas las voces tienen eco, pero no se oyen todos los ecos de las voces. Los agentes son ecos de las razones de los que les encargan sus negocios; pero los malos agentes son ecos que no se oyen. No se oyen en los tribunales, no se oyen en las secretarías, nadie sabe que hay tal negocio en el mundo, sólo el agente lo sabe, que recibe la paga y no cuida del negocio, quítale el caudal y échale á perder el pleito: consúmele la hacienda y deja que se desvanezca la pretensión. Pues á fe, á fe que esto se paga y es Dios el que lo tantea.

Acierta á caer en día de estafeta el día de guardar. Levántase el agente descuidado á las once del día; almuerza

muy de espacio y luégo pide muy de prisa el recado de escribir por dejar la tarde libre. Dánsele, dobla el papel, deja de margen la tercera parte de la plana y luégo con muy buena letra escribe una carta muy llena de palabras, que significan grande cuidado, grande diligencia y negociación grande. El cedro es un árbol gallardo, de muy buen parecer y de hojas hermosas y menudas. Éste se divide en dos especies, una que lleva flor y no fruto, otra que lleva fruto y no flor. Ambas no crían carcoma, ambas son casi incorruptibles. El agente de negocios, que no hace negocio, tiene la apariencia agradable, las palabras hermosas, menudas y muchas: es de la especie que lleva flor y no fruto, muy abundante de esperanzas, muy estéril de provechos y luégo tiene la habilidad de no criar carcoma: en él no entra cuidado que le muerda el corazón: no tiene de qué morirse, si no es de no hacer ejercicio.

Firma la carta y después de firmada, como cosa en que había puesto poca atención, dice abajo que son menester dineros, porque los que tiene recibidos y muchos más están ya gastados, como lo verá por la cuenta, que con aquella envía. Desvía la carta y empieza la cuenta. Grima da el pensarlo. No tiene tantos pasos la escalera de la horca, como ella tiene partidas, y es peor que esta escalera, porque por esta se va con dolor á pagar lo que se debe; pero por la escalera de aquella cuenta, se va con angustia á pagar lo que no se debe.

Quiere hacer el pliego y dícele á un criado que le dé una de aquellas copias de la gaceta nueva. El criado se la da y él la mete en el pliego. ¿Para qué es esta gaceta, señor mío? ¿Para qué todo cuanto va en ese pliego, sea mentiras y engaños? Cada nueva de las que se oyen, há menester más pruebas, para ver si tiene raza de mentira, que un pretendiente de un colegio, para ver si tiene alguna mala raza y vuestra merced no hace más de escribir cuánto oye, sin saber si es verdad ó fábula. Los párrafos de la gaceta son para quitar el mal sabor á las partidas de

la cuenta y con los párrafos hurta de nuevo, porque le hurta el tiempo al otro que gasta en leer quimeras vacías. Tienen otro inconveniente estas gacetas que se desparra- man y es que les deslucen ó la verdad, ó el juicio á mu- chos hombres de muy buen juicio y mucha verdad. Fíase el que está lejos de la corte, de la cordura de su corres- pondiente, porque los hombres de la corte, que no se han tratado, tienen, donde quiera, adquirido el crédito de bien doctrinados. En esta fe publica las nuevas que le envía por infalibles, salen luégo mentirosas y tiénenle en su lu- gar ó por hombre que cree fácilmente ó por hombre que da por sucedido lo que inventa. No hace cosa el agente desatento que no sea daño.

Estando poniendo el sobrescrito á la carta entra uno de estos arrimadillos, que no hay hombre acomodado que esté sin alguno ; saca un librito de la faltriquera diciendo que es nuevo, de materia gustosa y de autor aprobado. Échale la mano nuestro agente, pareciéndole que es buen instrumento para ayudar á entretener al que engaña. Ábre- le por el principio, lee el título, conténtase dél, hace que le aten con el pliego y entrega el pliego al que ha de en- caminarle. El que quiere burlar á otro le hace que mire á lo alto; en viéndole la vista ocupada, le da el golpe. Este hombre hace á su correspondiente que mire al libro, para darle el golpe en el dinero. Ya es la una del día, acábase de vestir y vase á la iglesia. Entra en ella preguntando si hay misa y dícenle que no hay más de la postrera. Mien- tras el sacerdote sale se llega él á algunos conocidos : ellos dicen, que cómo viene á misa tan tarde, y él responde, que para haber de cumplir bien un hombre con los nego- cios que tiene á su cargo, es menester tanto tiempo, que apenas le queda tiempo para cumplir con las obligaciones de cristiano.

Sale la misa y él la oye pensando en si conocerán su ne- gligencia las personas que tienen encargados sus pleitos y fiadas sus pretensiones. Hace bien en temerlo, que á na-

die le engañan para tiempo muy largo. Algunas veces caen los granos del granizo con la figura de algún animal: la causa de esto es haberse quejado en el dominio de alguna estrella, que tenía facultad de engendrar aquel animal que en él va figurado. Graniza un día de esta manera, mira el labrador la piedra, que ha caído. Vela con la figura de nebli, estáse gran rato embobado mirándola, va luego á reconocer su viña y hállala apedreada. Está el pobre pretendiente en Milán, tiene en Madrid un agente que en las cartas tiene forma de hombre y de hombre con habilidades de nebli, que traerá desde el aire los oficios á las manos del que le sustenta. Va luego á mirar su caudal y sus esperanzas y hállalos apedreados: con esto conoce que aquel no era agente, sino granizo. Todos los engaños se descubren, ninguno permanece. Válgase este agente fingido de la misa que oye para no hacer más engaños. Píense en el ocio santo del día de fiesta los daños que hace en sus obligaciones el ocio.



CAPITULO XVI

El vengativo

EN Lucerna hay un lago de condición tan mala, que si echan en él alguna cosa por desprecio, rompe los límites de sus márgenes y crece de manera que hace grande daño; pero si la echan sin intención, ni se altera, ni se mueve: llámanle comunmente el lago de Pilatos. Infinitas personas hay de la condición de esta agua, que es tan fácil de enojar, que si la topan con la menor injuria, se irrita, y si la pican con una palabra, se enfurece: no hay cosa por leve que sea, con ellos, como lleve un átomo de intención, que no los embravezca; por causa que es poca, hacen daño que es mucho. ¡Válgate Dios por lago de Pilatos y qué delicado que eres! Hombre mal sufrido, ¿de pocas cosas te enojas tanto? ¿Por no nada quieres acabar con el mundo?

Amanece el día de fiesta y amanece el vengativo sin la obligación de madrugar que tiene el día de trabajo. Quiere estarse un poco en la cama, parécele que le hará buena compañía su pensamiento. Llámale á conversación y acuér-

dasele, que la tarde antes un hombre que le tenía obligación grande, no le quitó el sombrero yendo mirándole á la cara. Apenas se le acuerda, cuando empieza á pensar en los caminos de hacerle grandes pesadumbres. Ofrécesele de allí á un poco, que otro le dijo en la casa de conversación, debajo del seguro de un equívoco, una cosa que no dejó de escocerle. Quédase un rato confuso, alégrase luégo, porque se le ha ocurrido senda para destruirle. Trata de salir de los términos de la paz y de acabar con ellos. ¿Lago impaciente, qué sustancia tienen esas injurias, para levantar tanto enojo? ¡Oh, qué fué grande la malicia! ¿Qué importa que la malicia sea grande, si la injuria fué pequeña? Si el que te hizo la injuria pequeña tiene valor para hacerla mayor, siquiera no pudo ser la malicia mayor que la injuria, y poca malicia no ha de causar mucho odio aun en el corazón más fértil de rencores: si es cobarde y no tuvo ánimo, aun teniendo mucha intención para hacerte mal que fuese mucho, risa te había de dar, que con tanta malicia no pudiese hacer sino pesadumbre tan poca. Si una hacha encendida se pudiera reír, se riera de ver que uno que la quería matar formaba contra ella unos soplos tan débiles, que apenas le movían la llama. Pues á fe que la intención no era buena. Quien ofende con más odio que fuerza, da que reír y no que sentir. Tan pequeño tiene el ánimo como la injuria, quien con injuria poca, se enoja mucho. ¿Qué hombre que tenga juicio ha tenido á un mosquito por enemigo de aprecio? Pues el mosquito muy buena gana tiene de beberle la sangre. De injurias leves y de enemigos cobardes, nadie se venga tan bien como el desprecio. Gran discreción es no hacer caso de pocas cosas: grande nobleza de ánimo no enojarse de nada.

Levántase nuestro vengativo y antes que se acabase de vestir entra un amigo suyo á verle; hablan en diferentes cosas y en la conversación le dice su amigo, que ha tenido por él una gran contienda. ¡Qué liviandad! Por hacerle

una obligación para consigo mismo, hacerle un aborrecimiento para con otro. Pregúntale por qué y con quién; y él le dice con quién y por qué. El por qué vino á ser, porque la tal persona decía mal de un papel suyo. El vengativo le cobra de repente tan grande enemistad, que si le viera atravesado con una lanza, no se diera por pagado. Unas mujeres dicen que hay, más allá de los desiertos de Etiopía, que conciben sin varón. Lo que yo sé es que hay más acá unos corazones que conciben odio sin que haya agravio que se le engendre. ¿Qué injuria es decir mal de un libro? La libertad del juicio no se lo pueden quitar á nadie. Si el libro es malo, es terrible empresa querer que todos se engañen. Si es bueno, puede no entenderlo el que lo vitupera y con los defectos de la razón no injuria nadie. Si tiene entendimiento el que le hizo la censura sangrienta, sepa que con buen entendimiento y sin mala intención, se puede decir mal de un libro bueno. Puede ser bueno el libro y no agradar al que le lee, por tener los genios encontrados; como ser el estilo conciso y ser amigo el que lee de estilo copioso; como ser el pesar agudo y ser amigo el que lee del pesar grave. Puede ser bueno y no agradar, por ser la capacidad del que lee mayor que lo leído. Sobre lo bueno puede estar lo mejor, pero á quien sabe conocer lo mejor le parece defectuoso lo que no es más que bueno. Lo que á él le falta para llenarse, juzga que le falta para bueno á lo bueno que mira. Con buena intención y buen entendimiento se puede decir mal de buenos escritos. Consigo solo concibe el aborrecimiento, sin que haya agravio que se le engendre, quien, porque dijeron mal de sus escritos, le concibe.

Acábase de vestir nuestro vengativo, sale de casa, el paso lento, el ceño oscuro, el semblante triste y el corazón enemigo; todo es meditar venganza.

Llega nuestro vengativo al cementerio de la iglesia, y halla en él algunos conocidos parados y discurrendo; llégase al corro, prosiguese la conversación y aciértase á

hablar del que no le quitó el sombrero el día antes. Él entonces juzgando aquella ocasión á propósito para empezar su venganza, le mancha la fama con la lengua. Los maldicientes son bien oídos, pero con desprecio mirados. Al maldiciente le oyen todos, y le atienden: miranle todos, y conócenle: huélganse de oír las palabras, y no hacen caso de la persona. Entre los indios hay una provincia donde los enfermos se esconden de los sanos: córrense de que los vean con las fealdades de la enfermedad, y vanse donde no los vean. ¡Qué necesidad en las enfermedades de el cuerpo! ¡Qué discreción en las enfermedades del alma! Sabe un hombre que tiene una pasión viciosa, y sabe de sí que no ha de poder encubrirla (que raras veces se encubren las pasiones) porque no deja la pasión, ó porque no se desvía de la conversación humana y se va donde no le conozcan el defecto, donde no se le noten. Si este hombre fuera entendido, ya que no dejaba la pasión, dejara la conversación, y no quedara con desprecios de maldiciente. Los indios se van á sanar donde no los vean, para volver á salir sin fealdad de enfermos entre los sanos. ¡Qué á mano tiene el secreto decoroso este vengativo! Éntrese en la iglesia, pues la tiene á mano, métase en un rincón, confiese, encomiéndose á Dios, que de allí podrá sacar el espíritu tan sin fealdades de achacoso, que en la conversación de los hombres encuentre la misma apacibilidad de semblantes, el mismo agrado interior que los sanos encuentran.

Entra en el corro casualmente el que le dijo la antecedente noche en la casa de juego la pesadumbre equivocada. Apenas le ve el vengativo, cuando se empieza á prevenir de quemazones que decirle. Ya le parece que tardan mucho las ocasiones de dispararlas. Pensando estaba en irse, cuando el otro vino, y ya no piensa sino en estarse hasta dejar muy mortificado al otro.

Decir un hombre á otro repentinamente una chanza picante, es tan natural en los hombres, que no es menester

el fomento de la intención: hace pesadumbre, pero es culpa de la naturaleza. Considere esto el vengativo, y si le dolía el donaire mordaz en la presencia del que se le dijo, apártese de su presencia, porque es bajeza grande quedar en un caso mismo inferior la razón de un hombre á la discreción de un bruto. Tardaba en llegar la ocasión que el vengativo pretendía, y dijo lo que pretendía sin ocasión. ¡Qué mal cortesano es el odio! Bañóle á su contrario de vergüenza la cara, y él se salió del corrillo.

Adonde el vengativo se encaminó, fué á la iglesia. Púsose de rodillas delante del altar, y en lugar de hacer oración, repetía entre sí lo que le había dicho á su enemigo: que no se cae del gusto en gran rato lo que se dijo á gusto. Había mucha gente, fué á pasar un hombre y pisóle. Él volvió la cara como un áspid y dijole un desabrimiento. Al otro le pareció demasiado enojo para tan leve culpa, y respondióle con aspereza. Empiézase una mohína, acuden los que se hallan cerca, y aplácanla.

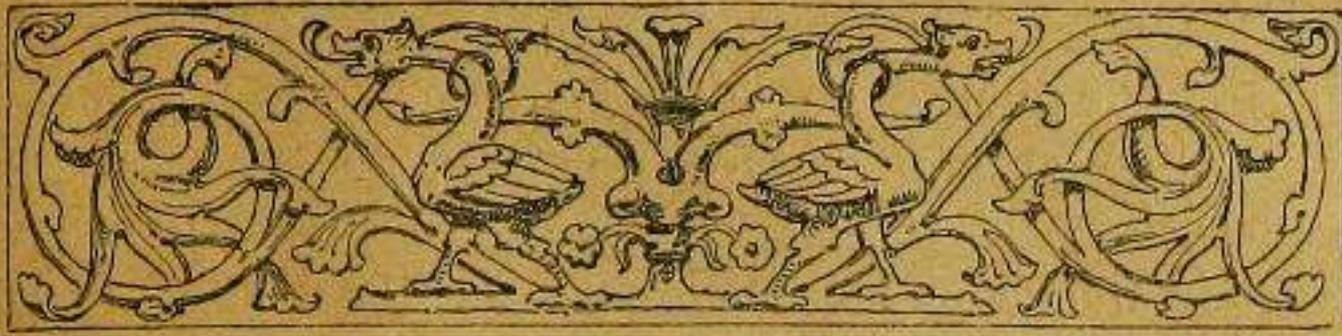
Está ya empezada la misa mayor y no hay misa rezada tan presto. Sube el predicador en el púlpito: bien quisiera tener el vengativo dónde irse, porque no es amigo de sermones; pero por entonces no se le ofrece dónde ir á entretenerse, y quédase á oír el sermón. La mala gana de comer, es señal de mala salud en el cuerpo: la mala gana de oír la palabra de Dios, es señal de mala salud en el alma. Empieza el predicador el sermón, y acierta á ser uno de los puntos que toca el de perdonar á los enemigos. Óyelo el vengativo, y empieza á ablandársele el corazón un poco; pero no es más de un poco lo que se le ablanda. Á la tierra, por mucho que llueva, no la penetra el agua más de diez pasos. Al corazón que es muy de tierra, el corazón que no tiene parte de cielo, ablándale un poco la superficie la lluvia de la palabra divina; pero raras veces le ablanda todo: resístese mucho aquel globo todo de tierra á la blandura de la lluvia vocal del cielo. Oía el vengativo las razones, y humedecíanle, mas no le ablandaban;

contentábanle, mas no le vencían. ¡Oh corazón todo de tierra! ¡Oh corazón sin alma! ¡Y cómo resistes el centro á la persuasiva de la sagrada elocuente lluvia!

Acábase el sermón, sale una misa rezada, pónese el vengativo á oirla, y al levantarse al Evangelio, ve un hombre vestido de color con botas y espuelas, repara en él, y conoce que es uno que muchos días há le había hecho un agravio, de que no había tomado satisfacción, porque se había ido del lugar. Revuélvesele la sangre, inquiétasele el corazón, aflábasele el rostro, el color se le muere, cáen-sele las mejillas, fatígasele el aliento, tiémblanle las manos y desordénasele el discurso: allí embistiera á quitarle la vida, si no pensara que le habían de impedir el que se la quitara.

Ve nuestro vengativo que sale su contrario de la iglesia: deja la misa y vase en su seguimiento. ¡Ah qué costoso pecado el que hace otro de costa! ¿No basta lo que se pierde en uno, sin hacer peor la suerte con otro? Dió la naturaleza á todas las cosas instintos particulares, con que cada una busca su perfección particular á movimientos convenientes y á operaciones ajustadas, como es estar siempre tratando de subir lo leve y de bajar lo grave. Luego les dió á todas las cosas un deseo común de ser cada una más que todas, y esto muchas veces á costa de grande daño propio. Por esta natural soberbia vemos que el fuego que tiene instinto de subir, va bajando por una vela, hasta que la consume: parécele que la vela quiere ser más que él, teniéndole asido, y va contra su natural perfección, por ser más que la vela. Por esta soberbia natural, el agua que tiene el bajar por instinto, si la hieren con la mano salta hacia arriba, por quedar superior á la mano que la hiere. Por esta natural soberbia vemos al aire cuyo instinto es subir, bajar por las concavidades de una gruta, porque no se entienda que pueda haber vacío que se le escape. Por esta soberbia natural la tierra teniendo el descender por infinito, se empina en montes, porque no piensen los otros

elementos que no puede ser ella la más alta. Y por esta natural soberbia, los hombres, dejando su obligación natural, que es ser humildes como la tierra, quiere cada uno ser más que todos. El que agravió á nuestro vengativo, lo hizo por el deseo común de que nadie fuese superior á él, y el vengativo le quiere matar por no tener delante de sí á éste que al parecer del mundo le está superior. Alcánzale en la calle á pocos pasos, saca la espada y métesela por el cuerpo. Cae en el suelo el herido, y el agresor se queda tan inmóvil como si estuviera asido al suelo. Estaba enseñado á quedarse junto á las maldades que pensaba, y en pena de esto no le permitió Dios que se quitase de junto á su delito. El que no sabe apartarse del mal pensamiento que le trae el demonio, permite Dios muchas veces que no se acierte á desviar del lugar en que pone por obra el pensamiento; si hay en el lugar peligro, porque ya que no se quiso quitar de junto á la tentación, no se pueda quitar de junto á la pena. Llega la justicia, echa mano del reo y pónese en la cárcel.



CAPITULO XVII

El cazador

PARA mí tengo que han muerto más cazadores las perdices, los conejos y las palomas, que los cazadores han muerto palomas, conejos y perdices. Parecen las perdices, las palomas y los conejos más, porque los buscamos y los comemos, y parecen menos los cazadores difuntos, porque no nos llaman para enterrarlos. Tantéense los trabajos de la caza, y mirese la ferocidad de la pólvora y el plomo, y se verá que son más de muerte los trabajos que los tiros. El plomo suele errar al animal contra quien se dispara; pero la descomodidad nunca yerra al que sale al campo á tirar el plomo. El conejo puede quedar sin herida, el cazador no puede quedar sin cansancio. Á la perdiz no le hace mal el sol por donde huye, y al cazador le hace mal el sol por donde la busca. Á la paloma no se le da nada de mojarse, y al cazador de mojarse le da un dolor de costado. El conejo no lleva más carga que la de su cuerpo, y es poca carga: el cazador la de su cuerpo y la de un arcabuz, que no es muy poca. La perdiz no cuida

más que de guardar su vida: el cazador no siente maltratar su vida por alcanzar la perdiz. La paloma en escapándose sosiega; al cazador, después de hartado de tirar y correr, le queda el molimiento de volver á su casa. La perdiz, el conejo y la paloma son en la plaza más baratas que en el monte, en el soto y el bebedero, y hay quien vaya á buscarlos al bebedero, al monte y al soto. No me admiro: en la plaza se halla su carne solamente; en el campo su carne y su sangre; y á la crueldad humana le debe de saber mejor verter la sangre que á la gula comer la carne.

Levántase el cazador el día de fiesta antes del día. Madrugar para trabajar, es señal de corazón solícito: ganar día, para ganar, es discretísima arte para vivir. Madrugar para holgarse, es no entender de holguras: en las primeras horas del día, no hay holgura como la cama. Ganar día para echarle á perder, es lo mismo que sacar agua de un pozo muy hondo para echarla en la calle.

En levantándose previene el arcabuz, el caballo y los perros con tanta inquietud y tanto ruido, como si le hubieran tocado un arma. Manda poner los perros en las trillas, el arcabuz debajo del caparazón, y luégo sube en el caballo. Sale de su casa, pasa por una iglesia donde tocan á la misa primera; apéase por oírla; dícele al criado que se quede con el caballo y los perros, y éntrase él en la iglesia.

Entra en la iglesia nuestro cazador, quítase una montera enfaldada, desarrebózase un capote aforrado, queda en un colete descolorido una pretina de lobo; torcido y anudado un lienzo á la garganta; al lado izquierdo un cuchillo de monte, al derecho un frasco de pólvora; unos calzones de paño verdoso y unas medias de embotar arrugadas. ¿Hay traje como este para ir á la iglesia teniendo otro traje? Entre todas las partes de este vestido, la que más acuso es el colete fuerte, porque las demás no hacen más que indecencia, y el colete hace indicios de mala conciencia. El pri-

mer traje que se puso la culpa fué un colete: en una piel de un bruto se envolvió Adán después de haber pecado. El que se envuelve en un colete de defensa, trae señales de culpa: ó hizo algo por qué há menester guardarse, ó piensa hacer algo en que es menester que el colete le guarde.

Tarda en salir la misa, y estése el cazador deshaciendo porque quiere ir á coger en el bebedero las palomas y éstas van en despertando al agua. ¡ Válgame Dios la priesa que da un antojo! Sale el sacerdote, sabe el cazador que dice cabal y devoto la misa, y que hace poco caso del tiempo mientras la dice, y quédase el hombre helado. Detiénele la obligación y tírale el gusto. Batallan el gusto y la obligación, y vence el gusto. Sálese de la iglesia y toma el caballo.

Sale al campo, llega al bebedero de las palomas y halla señales de que ya han bebido. Embravécese y valas á buscar á los granos. Encuentra en ellos otros cazadores, que con haber muerto algunas habían espantado las otras. Párecele que será mejor ir al monte á tirar á las perdices, y toma el camino del monte. Llega, apéase, hace las diligencias ordinarias, levanta una bandada de ellas y sin poderlas tirar vanse á un repecho que está enfrente. Parte en su seguimiento, dejando los pedazos del vestido en las zarzas y llevándose los araños en el cuerpo. Allí brinca una zanja, acullá revienta un charco: en una parte es menester romper como nadando por unas matas, en otras es forzoso vencer un arenalillo en que se hunde: al fin llega á tomar puesto, ajusta un tiro y yérralo: avisa con el tronido y con la munición no hace daño. Dan las perdices otro vuelo y pónense de la otra parte de un arroyo que no es vadeable. Acabáronse las perdices. El hombre se desespera. Miren para lo que dejó este bobo de oír misa. Nadie se engañe; en los vicios no hay gusto; anda delante de los ojos y nunca se coge con las manos. Los muchachos suelen poner contra el sol un pedacillo de espejo; de allí sale una lucecilla del color y el tamaño que nos parece una es-

trella. Esta lucecilla, si mueven el casco del espejo con velocidad, trae tal inquietud por las paredes y el suelo, que vuelve locos á otros muchachos que pretenden cogerla: cada instante piensan que la han cogido y nunca la tienen.

Ya este cazador se avergüenza de haber de volver sin nada á los ojos de los que sabían que había ido á cazar: trata de pasarse á la ribera y ver si puede matar cuatro conejillos. Llega con grande trabajo, y lo primero que encuentra es los guardas. Ellos tratan de defender su soto y él quiere ofenderlos. Tanto se enfurece porque le impiden que cace, que no parece que va á matar conejos, sino guardas. Por la codicia de un animalillo, quiere matar dos hombres: ¿qué más hiciera una fiera que se hubiera entrado en el soto? Á este hombre se le debía haber olvidado que era día de fiesta, pues quería emprender una cosa de tanto trabajo como es reñir con dos uno. Y hablando más en juicio, debía de haber perdido el juicio, pues quería ofender porque se le defendía que entrase en bienes que no son comunes. Al fin, fué menester templarse y darles algo á los guardas porque le dejasen cazar en la ribera. ¡Bello rato! Empezóse en una pendencia, continuóse en una costa y acabárase en un molimiento.

Éntrase ya con la permisión que tiene por el soto, ve pasar un conejo, échale los perros desatinado, ellos le siguen y él los sigue á ellos con tan grande ansia de coger al animalillo, que le pesa no ser perro de aquella casta, para cogerle antes que los otros: al fin le alcanza uno muy lejos de donde el está, entre unas retamas. Va el hombre haciéndose dos mil pedazos, mas no siente la fatiga con el gusto del suceso. Engólfase en los matorrales, busca al perro y vele comiéndose al conejo con mucho brío: dale voces para que le suelte, obedece el animal, que es harto animal en obedecerle: llega jadeando á coger la presa, y alza del suelo un pellejo con unos pedazos de conejo pegados. Parte á castigar al perro malhechor; no puede alcanzarle, y cae en aquel suelo molido.

Llega el mozo de allí á un gran rato: el amo le dice que está muerto de sed y de hambre, que traiga la alforja. El mozo lo estaba deseando, y tráela en un momento. Híncase de rodillas y saca de la una bolsa una bota como una pirámide, y de la otra un pan como un queso de Flandes, y medio queso como un medio pan. El cazador saca de junto al machete un cuchillo buido, y el mozo saca de la faltriquera un barquillo de plata caliente. Empiezan á comer con tal agonía, que si no fuera por ella, pareciera que acababan. Unas cosas hay tan desgraciadas, que nunca se cree que hacen nada por sí, siempre se piensa que van tras de otras. Esta desgracia tiene el queso, en entrando solo, entra desairado, nadie le tiene por comida. Señores, quien tiene esto por holgura, tendrá por pasatiempo echarse á rodar por un risco. Si este hombre se hubiera estado en el lugar, pudiera haber dormido hasta las diez, oído misa hasta las doce, haberse entretenido hasta la una y luégo por lo menos haber comido un puchero: pero somos tan malos los hombres, que porque nos mandan que descansemos, tomamos por holgura el cansancio.



CAPITULO XVIII

El avariento

ESTÁTE un poco en la cama, avariento, que es día de fiesta. «Con eso comeremos muy bien—responde el avariento ;—con eso, podré dejar un pedazo de pan á mis hijos,» y siéntase en la cama para vestirse á las seis de la mañana. Descansa, miserable, hoy siquiera, de esa agonía de adquirir bienes por malos medios, ó no descansará jamás tu alma. ¿ Tan mal lo ha hecho hasta ahora Dios contigo, que desconfías de su cuidado? Hacienda tienes para comer hoy y muchos años en la hacienda que tienes: no ofendas hoy á Dios con tu avaricia, porque te dé gracia para que enmiendes los años que con ella le has ofendido. No te fatigues por dejarles á tus hijos hacienda mal ganada, que á ti te llevará al infierno y á ellos no los hará ricos. La riqueza mal adquirida no dura: no hay cosa tan mortal como la riqueza mal adquirida. Lo violento no es durable: hacienda que se tiene por fuerza, por fuerza ha de irse. Más fácil es detener al sol, que la hacienda del avariento en las manos del que le hereda. Pero suponga-

mos que ese dinero sea inmortal. No te dejes llevar del diablo por dejar buena vida á los que te desean mala muerte : y es casi infalible que te la desean mala, porque para morir bien el que enriquece mal, es menester que restituya lo que debe : si lo restituyes, no te queda caudal, mira si querrán quedar necesitados tus hijos. Muy buen hijo ha de ser y muy buen cristiano el que á costa de sus conveniencias desee que goce su padre de la vida eterna. La parte de buenos hijos en los tuyos no la esperes, porque los avarientos aun para con sus hijos son aborrecibles.

Ya está vestido nuestro avariento, éntrase en el escritorio y métese en los libros de sus cuentas ; en éste le llama la cantidad de la usura, en el otro el plazo de la deuda, en aquel la compra inicua. El mar siempre está desasosegado, nunca está sosegado el avariento. En el mar entran todos los ríos del mundo y nunca parece que tiene más de lo que tenía : el avariento roba al mundo y siempre se está tan mezquino como se estaba.

Levántase de allí y abre con robustísimas llaves otro aposento, donde están de puro guardados descoloriéndose el oro y enmoheciéndose la plata. Mira la plata y el oro, y no se atreve á llegar al oro ni á la plata. Los que adoran ídolos, no osan llegarles á las manos. Ídolos de los avarientos deben de ser la plata y el oro, pues no se atreven á tocarlos. Por cosa sagrada tienen la riqueza escondida, y en no manejándola, es cosa endemoniada. No hay ídolo que no sea demonio. El dinero con que no se hace bien, hace á su dueño mal. La hacienda con que no se socorre al pobre, es demonio para el rico : él no acierta á llevarle á las manos del necesitado y ella acierta á llevarle á él al infierno.

Vuelve á cerrar el tesoro contento con sólo ser su guarda. Llaman á la puerta del escritorio, sale el avariento á ver quién llama, y ve que le busca un vecino de la calle, hombre muy de bien y con hacienda, pero al presente necesi-

tado. Dícele que éntre, y pregúntale lo que manda. El hombre, casi sin respiración porque le ahoga la vergüenza, le dice que le quieren echar de la casa en que vive porque no paga medio año que debe, y que no paga porque no es tiempo de cobrar el tercio de un juro, con que está en grande aflicción, que le suplica por amor de Dios le preste doscientos reales para aplacar al casero, que desea tenerle gustoso porque no le eche de la casa, porque teme mucho no peligre la virtud de una hija doncella en vecindades que no conoce, que espera cobrar presto, y que entonces satisfará muy puntualmente. El avariento, desde que empezó á oír que le pedía, le empezó á mirar con tanta entereza, como si fuera un juez muy superior y el hombre reo de grave delito.

Dícele muy severo:—*Señor mio, los pobres deben de pensar que sólo trabajan para ellos los ricos. Si eso fuera así, yo diera toda mi hacienda por ser pobre. No tengo lo que vuestra merced me dice que le preste:* y antes de acabar de pronunciar la última palabra, le vuelve las espaldas con tanto desdén que le da á entender que si porfía en su pretensión, tiene alas de águila con que huir de aquel enfado. El triste pobre queda tan aturdido que ya no quisiera sino acertar á salir á la calle. Sale en fin, humilde el paso, la barba sobre el pecho, y abrasándosele en vergüenza las mejillas. Empieza á andar y apenas puede con la carga de su desdicha. Piensa en la crueldad del rico y saltáansele las lágrimas. Avariento cruel, de aquella confusión se hará la tuya, de las llamas de aquel rostro se hará tu infierno, y no le aplacarán aquellas lágrimas porque se suben al cielo.

Yo estoy creyendo que entiende la mayor parte del mundo que el prestar ni es limosna ni beneficio, sino una cosa que porque se da para que se vuelva, pierde la gracia de beneficio y limosna; pues limosna es y beneficio. El empréstito es limosna temporal: esto es, un socorro que se hace con un dinero que después de algún tiempo ha de

volver á las manos de donde sale. La lengua castellana es toda derivada de la lengua latina: *prestar*, en ella quiere decir: *ser excelente en alguna cosa, estar delante de otros en alguna obra*: de aquí se llamó *prestar* en nuestra lengua la acción de socorrer la necesidad del prójimo, dejándole obligado á que vuelva lo que se le da: porque es en la caridad excelente el que se desposee de cantidad considerable, para que use della algún tiempo el necesitado. Muy delante de los otros está en esta virtud el que presta, porque son muy pocos los que con riesgo lo hacen. Pídele la pobre vid al cielo que le preste frutos con qué pagar el alquiler del suelo que pisa, porque si no le paga la echarán dél é irá á parar á un hogar donde muera abrasada. El sol entonces levanta vapores de la tierra que se aprietan en nubes; desátalos en agua que fertiliza la viña: caliéntala luégo con sus rayos, hasta que tiene uvas la vid con qué pagar el alquiler del suelo en que vive. Era el cielo en fin el rogado y obró como quien era. Fructificase la vid y paga al dueño del suelo que habita con los frutos que le prestó el cielo. El cielo bien sabrá que la vid no tenía con qué pagarle y con todo eso le presta lo que pide; socórrase la necesidad y más que lo que se da se pierda.

Quiérele pagar por noviembre la vid al cielo lo que le prestó, y ve que no le han quedado sino unas hojas amarillentas: acórtase y avergüénzase, mas fiando en la bondad del acreedor, entrega aquellas arrugadas hojas al aire para que las suba al cielo. El aire lo hace así, y es el cielo tan piadoso que se da por pagado de un empréstito grande con unas hojas secas. Avariento, pídete el menesterozo doscientos reales prestados con qué pagar la casa: préstaselos aunque nunca te los pague: préstaselos aunque te los haya de pagar en aristas: préstaselos y tendrás con el cielo semejanza: préstaselos y quedarás con luces de soberano.

No son solamente pobres los que andan rotos, pobres hay muy bien aliñados. No es solamente limosna la que al

mendigo se hace, limosna es la que se hace al pobre lucido y tanto más limosna cuanto son mayores sus necesidades. No sólo es limosna la que se da al que pide por Dios, limosna es la que se da por Dios á todos los que piden. Limosna es lo que se presta y nobilísima casta de limosna. La que no parece limosna es la que más lo parece, porque no sólo socorre la necesidad sino ahorra el abatimiento; no queda tan inferior el que pide prestado como el que pide. El que da prestado hace siempre mayor socorro que el que da limosna, porque ninguno se atreve á pedir tanto para no volverlo como el que para volverlo lo pide. Á esto me dirán que el que presta espera satisfacción y los otros no la esperan: y á esto digo, que la satisfacción es tan contingente que es lo mismo que no esperarla, ó porque el pagar por su naturaleza es acción dificultosa, ó porque las necesidades suelen ser tantas que por no faltarse un hombre á sí mismo, aun en lo que menos falta le hace, hará falta á su acreedor, aunque le haga mucha falta.

Que es beneficio el prestar no tiene duda, porque es hacer bien. Lo que resta saber ahora es, si es más beneficio que dar: y mirado bien parece mayor beneficio. El que da, suele dar al que no le pide; y al que no pide se le suele dar lo que no há menester. El que pide prestado siempre pide aquello de qué necesita. Lo primero viene á ser agasajo, lo segundo socorro: de mejor calidad es siempre el socorro que el agasajo. El necesitado que no pide, desconfía de aquel á quien su necesidad le calla. El que pide prestado, pide; señal es que tiene alguna confianza de aquel á quien le dice que le preste: no puede dejar de ser mejor manera de beneficio el que hace la liberalidad y el agradecimiento, que el que hace sola la liberalidad. Dirélo más claro. El que de alguno espera bien alguno, le hace servicio grande, porque le mira como á bienhechor, que es atribuirle una parte divina. Esto merece recompensa: con que el beneficio de prestar lleva una calidad mejor que el de dar, que es la de agradecer, tanto mejor cuanto

va de pagar á dar libremente. El que da al que le pide dado, queda con tan declarada gloria de bienhechor, que por ella sola pudiera tener á felicidad el que le pidieran. El que da al que le pide prestado, hace socorro grande sin el trueque del desvanecimiento. Este se parece más á Dios, si yo no me engaño. Quiere Dios darle de comer á una pobre vieja, y por desaparecer la liberalidad, inclínala á que ponga á una esquina de una calle una mesilla con un montón de tostones, seis limas desechadas, ocho manzanas verdes y dos docenas de castañas enjutas: caudal tan corto, que si se le comiese no la podía sustentar un día, y conservándole Dios el caudal, la da de comer muchos años. Hácela creer que es ella quien lo gana y es él quien se lo da. El que da al que pide prestado, da al que piensa que pide poco ó nada: cree que por la obligación de volverlo no se hace nada en dar lo que pide, y la obligación es la que no hace nada porque son muy pocos los que cumplen con esta obligación. Generosísima obra hace el que presta, muy parecida tiene á Dios la mano, porque el beneficio que hace, tiene muy encubiertas las señales de beneficio.

Á poco rato como se fué el que pedía prestado, llega un corredor de usuras. Entra sin llamar, como quien trae algo bueno. Recíbele el avariento con semblante apacible. Él le dice que tiene una persona que há menester una cantidad de dinero sobre prendas de oro y plata, que valen mucho más como consta por la fe del contraste, y que por dos meses dará á diez por ciento que sale á sesenta por ciento cada año. El avariento dice que la ganancia es muy poca y que el día de hoy vale mucho el dinero, porque no hay un real en el mundo: al fin se conciertan á once, entra la parte, traen las prendas, hácese el papel y entrégase el dinero.

Pregunta nuestro avariento qué hora es. Dícenle que son las once. Pide muy apriesa la golilla para ir á la iglesia. Sale de casa, llega diligente á un templo, halla la

puerta medio cerrada; dicenle algunos de los que están en la lonja parados que están en sermón, y como si el sermón empezado no fuera de provecho, se queda con los que se lo dicen. Los que no oyen el sermón porque no oyeron el principio hacen mal, porque ordinariamente las conclusiones doctrinales están cerca del fin. Según el arte, lo más esforzado ha de estar á la postre; según la naturaleza, más fervoroso ha de estar el orador á los fines que á los principios. Muy provechoso es el sermón empezado porque ya está el predicador encendido, porque ya el sermón ha gastado las flores y está en el fruto, y porque se coge con la primera atención lo más fuerte. Oiga el que llegare al templo cuando están predicando la parte, sea la que fuere, que del sermón resta, que es Dios tan bueno que en agradecimiento de su voluntad le tendrá en los labios del predicador guardadas las doctrinas de que está necesitada su conciencia.

Incorpórase, pues, mientras el sermón se acaba, nuestro avariento con aquellos conocidos que le dijeron que estaba empezado el sermón. Háblase en materias diferentes y ofrécese la de la hacienda. Dice el avaro que está el mundo perdido, que no hay dónde poner un hombre su dinero, que no hay seguridad en nada, que no hay camino de hacer verdadero un caudal, y que no hay certeza en ningún empleo. Mientes, avaro; muchas cosas hay en qué emplear el dinero, muy seguras de ganancia grande y de aprovechamiento infalible. Parientes hay pobres, socorre á tus parientes. Dios es el fiador de que en ese socorro tendrás ganancia grande. Por ti mismo haces en hacer por ellos; parte son tuya los que tienen en tu sangre parte; contigo eres cruel si con ellos lo eres. Dirás riéndote, que no sientes el dolor de las crueldades que en ellos ejecutas. En esta insensibilidad echarás de ver que estás fuera de ti en los rigores que con ellos tienes. Doncellas hay necesitadas, arranca de la garganta del prójimo esas doncellas: mira por la honestidad pública mirando por su honestidad.

Entrégalas con dote piadoso á marido honrado. Las más de las que son malas, lo son ó por necesidad ó porque no tienen á quién tener respeto: cásalas con hombres aplicados y virtuosos, que con eso tendrán á quién tener respeto y no tendrán necesidad. Tan de Dios son las almas estragadas como las que están en peligro de estragarse. Guárdale unas y cóbrale otras, que no sé cuál le sabe mejor al dueño, ó ver guardada la hacienda que tiene ó hallar la que se le había perdido. Lo que te aseguro es, que cualquiera destas dos cosas agrada á Dios mucho y por cualquiera de ellas da muy buena ganancia. Emplea en estas obras y en otras de piedad tu hacienda y verás qué aprovechamiento hallas; pero los avarientos piensan que no hacen en sus empleos nada si no hay en ellos pecado grande y ganancia corta.

Estando nuestro avaro discurrendo en las penalidades de su codicia, llega un pobre por su lado derecho pidiendo limosna. Amohínase de que le interrumpa el discurso, vuelve enfadado á mirarle y ve un hombre mozo y sano: dícele desagradablemente, que por qué no sirve con aquella edad y con aquella salud. ¿Quién te mete en eso, mezquino? Dale limosna, socorre la necesidad que ves y deja el vicio que presumes: más señales tiene la necesidad de cierta, que el vicio. Siendo el servir la mayor desdicha, es menester dicha para hallar á quién servir; quizá no tiene este hombre esta dicha. Fuera de esto, los amos no se hallan así como se buscan y puede ser que este hombre busque amo: mientras le halla es fuerza que coma y si no lo tiene, es fuerza que lo pida. Pero doy que sea vagamundo: la necesidad del malo no excusa al prójimo de caritativo. Tan hombre es el vicioso como el que no lo es, socórrere por hombre. Á ti no te ponen en el mundo sólo para premiar las virtudes, sino para socorrer las necesidades. Al pobre no se le ha de escudriñar la razón con que pide, sino atender á la necesidad que parece que tiene. Sea malo ó sea bueno el pobre, es obra de generosidad santa

darle la limosna que pide, que él dará cuenta á Dios de la limosna. Cristo estaba agonizando en la cruz, y al primero que le pidió de limosna el cielo, se la dió sin reparar en que era un ladrón el que se la pedía.

Acábase el sermón, tocan á misa y entra á oirla el avariento. Pónese de rodillas enfrente del altar, empieza el sacerdote el introito y él empieza á pensar qué le tendrá de costa un vestido de verano, que quisiera hacer á muy poca costa. Los que no saben andar á caballero, si les prestan un caballo muy bueno, como no entienden los primores que hacen, no gustan de sus primores: más que se huelgan, se muelen. Los ricos miserables, como nunca han usado de las riquezas, no gustan de sus habilidades, no reciben con ellas deleite. Las riquezas entre otras cosas son buenas no solamente para hacer muy buen vestido, que es gusto bien grande, sino para no sentir la costa que el vestido tiene, que es mucho mayor gusto. Desventurados avarientos, que tenéis bienes y andáis buscando malos: préstaos la fortuna, para el descanso, las riquezas; vosotros hacéis de las riquezas desvelo y cansancio. ¡Qué tiene que ver oír misa, con pensar en ahorrar en un vestido veinte reales!

Prosigue la misa y alza el sacerdote la Hostia consagrada. Dase el avariento muchos golpes en los pechos, pero en el alma no se da ningún golpe.

Divertido en ilícitas imaginaciones, halla el avaro acabada la misa cuando menos piensa.—¡Qué mucho, si no era ella en lo que pensaba! El ver levantar á los otros le avisó que era el Evangelio postrero y levantóse como los otros. Acabóse la misa y hiciéronse los unos á los otros acatamiento.

Sale de la iglesia el avariento y acuérdase que tiene por convidados aquel día unos parientes de su mujer. Va á su casa diligente por no hacerlos esperar, pudriéndose de lo que en la comida se había gastado. Mezquino, la amistad humana no se puede conservar sin agasajos y ceremonias,

y una de las ceremonias y uno de los agasajos que más la conservan, es convidarse á comer los amigos. La comida es de la vida la principal materia. En los que comen juntos es común la comida: resultando la vida della, se hace entre ellos la vida común. Como por una vida riñen los unos al lado de los otros: como para una vida granjean todos. Las necesidades de los unos hallan en los otros alivio. Y como no puede haber más de un alma en una vida, parece que viven todos con un alma. Si en los que comen juntos no se halla siempre todo esto, se halla muchas veces principalmente poco después del agasajo.

Llega á su casa, hállalos á todos, recíbenle festivos y él les habla poco menos que mesurado. Siéntanse á la mesa y empiezanse á servir los platos, y como los van trayendo, va el hombre considerando la costa que habrán hecho y vase entristeciendo con la costa. Miranle los otros á la cara, y con mirarle se entristecen. Todos comen y todos callan: parece convite de honras en que nada falta, si no es la alegría. El mejor plato de un convite es la alegría cortesana: quien no piensa dar este plato, no convide. Si á un hombre le diesen la mejor comida del mundo á escu- ras, más le atormentaban que le regalaban: la luz de los convites es la alegría; sin alegría, más que convite es tormento. Los días de fiesta son muy á propósito para los convites honestos y licitos, porque en ellos se representa la paz festiva, la paz común del cielo. Los avaros no saben hacer fiesta de nada, con esto echan á perder las fiestas: las ganancias les son de cuidados y los gustos de mohína. El nuestro querría granjear el día de fiesta y anhelaba; no quería gastar y padecía.



CAPITULO XIX

El linajudo

Los desengañados dicen que la nobleza no se adquiere naciendo sino obrando : si ellos entienden por nobleza las aplicaciones generosas de la virtud, dicen muy bien; pero el mundo no tiene á la virtud por nobleza y no es tan ciego el mundo, que no vea que la virtud es atributo mejor que la nobleza de la sangre, pero ese atributo tiene diferente nombre. La claridad de los abuelos solamente tiene por nombre *nobleza*. Saberse de un hombre muchas virtudes, le hace excelente ; saberse los nombres de muchos abuelos, le hace noble. El que dice noble, no dice precisamente virtuoso ; el que virtuoso, no dice noble precisamente. Las cosas que no caen debajo de un nombre genérico, no tienen una naturaleza: las que no están comprendidas en una naturaleza, son por cualquiera parte diferentes : en el sentido humano, virtud y nobleza son cosas muy distintas. Mucho más venerable cosa es la virtud que la nobleza ; todos lo saben, pero miran á la virtud como á prenda grande que la puede adquirir cualquiera

por sí mismo, y á la nobleza como á joya que no la puede tener sino el que la tiene. El noble está hábil para adquirir virtud excelente, pero el excelente en la virtud no está capaz de ser noble si no lo es. Por esto á los ojos del mundo es tan estimable la descendencia ilustre. Con esta descendencia está muy vano nuestro linajudo.

Quiere amanecer el día de fiesta, y al amanecer, hora en que sueñan los más, porque aquella hora está ya la naturaleza desembarazada y se entretiene en burlar á los hombres, sueña el linajudo en que le constituyen en puesto grande, en que le pide una hija sin dote hombre con riqueza nueva; ya en que un gran señor prueba que desciende de su casa para ponerse un hábito. Ordinariamente la naturaleza, para hacer estas burlas, echa mano de lo que halla más fresco en la imaginativa: acostóse el linajudo pensando en aquello y soñando en ello le cogió el día. Despierta y en gran rato no cree que lo soñaba, sino que le sucedía: tan creídos tienen los hombres sus deseos.

Ya pues, bien despierto nuestro noble, se empieza á vestir. Vístese con aliño y prolijidad, por quedar agradable á la vista común. En su vestido cuida mucho de su respeto; en su corazón cuida poco del respeto de Dios. Acabado está de vestir y no ha empezado un *Padre nuestro*.

Antes de ponerse la golilla nuestro linajudo, abre un nobiliario y va mirando su genealogía, vase entrando por los siglos pasados y halla á sus descendientes venerados y conocidos.

Estando divertido en esta lectura, llega un amigo á buscar al linajudo para que se vayan juntos á misa. Abre la puerta un criado y él se entra con sola la licencia de amigo. Halla al amigo que busca, rebujado en un capote, sentado en una silla, el pecho sobre el filo de un bufete, los codos sobre la tabla, el rostro sobre los puños y un libro abierto delante del rostro. Salúdale, vuelve el linajudo los ojos á mirarle, levántase á recibirle, el que viene le pregunta lo que hace y él de lo que hace le da cuenta. Dícele

que estaba viendo en su genealogía, que es la cabeza de su casa, y el otro dice entre sí que le estuviera harto mejor tener buena cabeza. Manda el linajudo que saquen unos bizcochos y un poco de buen vino para que se desayunen. Esto es mejor para tener buena sangre, que descender de Jerjes. Vase acabando de vestir y entretiéndose hablando. Dice el linajudo á su amigo, porque la ocasión lo trujo, que no sabe cómo la gente común no se muere de pesadumbre de serlo, viendo el poco caso que hace della la nobleza y viendo la reverencia que ella á la nobleza le debe.

Pensará este linajudo que no hay más que ser que noble; pues engañase. La nobleza encamina á algunas virtudes y dispone para muchos vicios. Aconseja la liberalidad, obliga á la cortesía, inclina á ejercicios estimables y provechosos; embaraza para hacer vilezas, poniendo delante de los ojos los honrados de aquella sangre, que en ellas se deshonoran; amonesta buen trato y enseña amistad fina. Por otra parte persuade soberbia, alienta á desahogos ilícitos, quita el temor de las leyes, da por preciso el duelo, arroja á las venganzas y pone nota infame al sufrimiento. Ordinariamente, habiendo de faltar en algo, antes falta á lo bueno que á lo vicioso. Más nobles se hallarán sin liberalidad que sin soberbia; más con desahogos libres, que con respetos á las leyes; más sin cortesía, que con buenas aplicaciones; más sin atenciones á su sangre, que sin sed de sangre de su enemigo; más sin buen trato, que con amistad firme. Si él que es noble se huelga de serlo, por lo bueno á que le encamina la nobleza, virtud vendrá á ser estimarse; pero si estima su buena sangre sólo para levantarles el punto á la soberbia, á la ira y á la venganza, hace muy mal en estimarse. Mucho mejor le estuviera ser de humilde nacimiento, si había de ser humilde, que por aquí se suelen empezar todas las virtudes. Sin virtud bien puede uno ser bien nacido, pero no podrá ser buen hombre sin ella. Ser mal hombre siendo bien nacido, no es

más que tener una razón más para que le tengan lástima y ninguna para irse al cielo. La nobleza no es razón para la otra vida.

Salen á la calle, y á pocos pasos que andan encuentran un mozo muy bien vestido. Mírale el linajudo muy atento, y en pasando le dice al otro: «bien le veis qué entonado va, y qué aliñado, pues no tiene más de un cuarto de judío; su abuelo materno andaba en Salonique con tocas.» Hombre endemoniado, ¿quién te pregunta nada? ¿Qué te ha hecho aquel pobre mozo para que le maltrates? ¿Ir bien vestido, es culpa? No es culpa por cierto, antes es beneficio público. Muy sin estimación miraran los extranjeros á las cortes de los reyes y á las ciudades populosas, si no los vieran con muchas galas y adornos: repúblicas pobres, son desprecio de otras repúblicas. La que no tiene habitantes lucidos, pobre parece. Si te enojas con este hombre porque lleva mejor vestido que tú, yerras el objeto del enojo, porque si es más rico, es el pleito con la fortuna; y si es menos acomodado, con tu desaliño. Para traer lucido el traje, no es menester más calidad que el dinero: quien tiene dinero para costearle, tiene bastante calidad para traerle. Esto es, no siendo de aquella orden de gente á quien las pragmáticas reales tiene tasado el aliño, ó siendo el aliño tan superfluo que contravenga á las pragmáticas reales. Porque iba en fin bien ataviado, le desaliñas la honra, ó ya que no le puedes quitar el vestido, le quitas la estimación.

Llega á la iglesia; entra muy entonado el linajudo. Corresponde á las cortesías que le hacen los menores, con menores cortesías. Desdénase del lado del humilde, y si no se puede apartar le desvía de su lado. Cuando no hay puestos determinados en la iglesia, es altivez demasiada querer rodearse de particular puesto.

Sale un sacerdote á decir misa, y entra á decirla en una capilla nueva del templo. Entran tras dél el linajudo y su amigo, pónense de rodillas, y lo primero en que el linaju-

do pone los ojos, es en el escudo de armas del patrón de la capilla. Pásasele en esto muy gran rato. Hombre, mira que el primer mandamiento de la iglesia dice: oír misa entera los domingos y fiestas de guardar, y no dice que los domingos y fiestas de guardar se escudriñen linajes. Levántanse al Evangelio todos, y dicele él á su compañero: «este escudo tiene algunas cosas honradas y algunas trabajosas.» Mire vuestra merced que quizá eso que dice no es Evangelio, déjele oír el Evangelio al que le oye. Prosigue el linajudo, diciendo: «aquellos dos cuarteles le vienen legítimamente: pero aquel de tal linaje, que es el mejor, le tiene por bastardía.» ¡Que no baste que se le haya metido á este hombre en la iglesia aquel escudo, para que no le persiga! Á uno que ha cometido un delito muy grave, le dejan en paz en la iglesia los ministros de la justicia pública, y á este pobre escudo de armas que no ha cometido delito, no le quiere dejar en paz en la iglesia el linajudo!

Acábase la misa, salen al cuerpo de la iglesia, arrímanse á un poste á hablar con otros, alza los ojos el linajudo, y ve colgados en una pared unos lienzos con unos letreros que vulgarmente llaman sambenitos, donde están escritos los nombres y las culpas de algunos que ha castigado el Santo Oficio de la Inquisición, y pónese á leerlos muy de espacio. Esto no es injusticia, que para esto están allí puestos; pero es menester grande prudencia para usar de aquestas noticias. El que se conoce sin cordura para gobernarlas, tuviera por cordura que no las adquiriera. El leer aquellas inscripciones suele ser bueno para estas dos cosas. Lo primero, para huir de la culpa con el horror de la pena, que el escarmiento siempre es granjería. Luégo para conocer la sangre de los vecinos de su república, y no mezclarse con ella en los casamientos suyos, ni de su familia, porque es inhabilitar á los que de ellos descendieren para tantas venerables colocaciones como en España piden limpieza de sangre.

Á lo que se levantó en fin nuestro linajudo, el día de fiesta, de la cama, fué á coger vanidades en el libro de su genealogía; para lo que recibió á su amigo en su casa, fué para desestimar á la gente humilde; para lo que salió á la calle, fué para deshorrar á su prójimo, porque iba bien vestido; para lo que entró en la iglesia, fué para desdeñar el lado del plebeyo; para lo que oyó misa, fué para tachar las armas del patrón de la capilla; y para lo que se paró en el cuerpo de la iglesia, fué para coger materia con qué hacer un agravio. Pues no hizo Dios para eso el día de fiesta: el fin para que le hizo fué para que en el descanso de aquel día hiciésemos consideraciones sobre nuestras miserias, y hallásemos en ellas humildades; para en que en virtud del conocimiento propio tuviésemos aun al más abatido por de mejores merecimientos; para que honrásemos al prójimo de la manera que se honran en el cielo unos á otros; para que nos pusiésemos delante de los ojos nuestras mismas faltas, por no ver las ajenas y para que nos amásemos en la tierra como se aman en el cielo. El día de fiesta no es para hacer entretenimiento de las culpas, sino para hacer ó rehacer las virtudes.



CAPITULO XX

El lucido del día de Corpus

LA idolatría tenía en Grecia una festividad que llaman Olimpo; esta se hacía á Júpiter, que era tenido por el mayor de sus dioses. Una de las partes de la fiesta eran certámenes de habilidades diferentes. El que quería entrar en un certamen se presentaba ante aquel que en él presidía: y el que presidía en él antes de admitir al pretendiente, mandaba á un pregonero que dijese en voz alta que el que supiese alguna tacha de aquel opositor de las que prohiben las leyes del certamen, la dijese, y se le daría su premio. Esto se hacía porque no entrase ninguno con tacha grande en festividad divina. Cada año celebra nuestra Santa Madre la Iglesia el inefable misterio del Sacramento del Altar, un día que para esto tiene señalado. Este se llama el día del Corpus. Es día de alegría grande, porque merece tanto alborozo tanto día. El certamen que hay es de alegría devota. Opónense los Monarcas, los Consejos, las Religiones, las Comunidades, las Cofradías y el pueblo desgranado. Pregona la razón que el que supiere

tacha de alguno de estos, de las que inhabilitan para la oposición, la diga para que no éntre á competir con los que no tienen tacha, en el alborozo de tan gran misterio. Ninguno acusa á las Cofradías, ninguno á las Comunidades, ninguno á las Religiones, ninguno á los Consejos y á los Monarcas ninguno. No les halla para esta oposición defecto : velos modestamente graves, apaciblemente callados y devotamente festivos. Atiéndelos el celo cristiano, les halla tacha y admiralos. Yo, pues, codicioso del premio, no hallando aquí cosa digna de acusación, me entré en la multitud que viene á oponerse á la celebridad de este admirable Sacramento, y he hallado á quién acusar : á los que vienen excesivamente lucidos, á los que se ponen á cuál sale más galán : á estos acuso de inhábiles para el certamen de festividad tan divina. El premio á que aspiro es su enmienda. Los capítulos que les hago, son los siguientes :

Levántase al amanecer el día del Corpus el que quiere llenar todos los números de la gala con que se solicitan las mujeres. Al amanecer se levanta; á esta hora sale la estrella de Venus, esto es, la que inclina á sensualidad : esta tiene por segundo nombre Lucifer ; es entre las estrellas la de más hermosura. Levántase, pues, el que ha de salir lascivamente lucido, y envía por el sastre, por el barbero y por el zapatero. Viene el sastre con dos oficiales y traen entre los dos un vestido negro, aforrado en blanco, con tantas puntas, labores y prolijidades hermosas, que es fealdad del entendimiento ponérsele. Vásele vistiendo y dale una poca de vergüenza al mirarse, mas quítasele luego la vergüenza.

Prosigue en vestirse y al ajustar la ropilla ve que hace bolsas en el pecho, y manda que se la enmienden. Siéntase el oficial del sastre en una silleta baja y entran el barbero y el zapatero uno tras otro, habiendo llegado á la puerta á un tiempo mismo. Litigan las antigüedades, como es día tan ocupado. El galán se halla embarazado en el

pleito y toma por despidiente decirle al zapatero que pique los zapatos y los alce de empeine, entretanto que el barbero acaba su obra, que será brevemente. Siéntase en otra silleta baja el zapatero y el galán toma una silla alta. El sastre cose, el zapatero pica, el barbero baña: el barbero con afán, el zapatero con ligereza y el sastre con fatiga. Todos trabajan en la oficina del aliño superfluo de un hombre, y trabajan en un día en que si el respirar fuera trabajo, no sé si pareciera mal el respirar. Saca el zapatero de las hormas los zapatos después de picados, y vuélvelas á meter lo de abajo arriba para ensancharles la entrada y da con los talones golpes muy recios en los ladrillos. El sastre sacude la ropilla de las hilachas del aderezo que está ya acabado. El barbero arroja en el suelo el agua del primer baño y luego despeña con el estruendo desde el escalfador puesto en alto, el agua del segundo en la bacía. Parecerse quiere este ruido al que están haciendo á aquellas horas las campanas. Ellas se están haciendo pedazos por engalanarle á Dios su día en clamores devotos, y estos hombres se están haciendo pedazos por engalanar á un hombre que le ha de estragar la devoción al día. Pide el barbero lumbre para calentar los hierros, y dicen que no está encendida: no le falta al hombre sino desesperarse. Manda el galán que la enciendan aprisa; acaba, sin que esté encendida, el barbero su repaso. Calma aquella obra y porque no estén suspensas todas, llega el zapatero á ponerle un zapato. El hombre recibe aquel tormento con todo ultraje de quitarse la barba. Escurre el agua de los bigotes, arregaza el peinador y entrega la pierna. Los sastres, viéndole en esta figura, esconden por los rincones la risa porque no se les vea. Llega la lumbre, caliéntanse los hierros, déjale el zapatero ya el pié calzado y entra en vez alternativa el barbero. Por hacer aprisa lo que va á hacer, le quema la cara, y el galán por lo que el hombre ha esperado lo sufre. Acaba éste y parte como un rayo. Llega el zapatero con el zapato que falta, pónese-

le con un torbellino de golpes y vase como un torbellino. Entrega luego el sufrido galán aquel miserable cuerpo á los sastres que á puros tirones se lo descoyuntan. Déjanle envarado y salen sueltos como unos halcones.

Sale al fin nuestro lucido de casa, vestido de manera que si tuviera entendimiento, le debiera dar más vergüenza que si fuera desnudo.

Va á salirle al encuentro á la procesión y sáele la procesión á él al encuentro. Lo primero que ve es muchos muchachos huyendo de la tarasca, mas no hace caso de ella pareciéndole cosa de muchachos.

Pasa adelante nuestro Narciso mirando á los balcones, y métese por la Comunidad de los niños desamparados. Ellos llevan una cruz delante como diciendo: este es el árbol que llevó ese fruto que ahí viene adorado. Van estos huerfanitos tocando unos pitillos de barro llenos de agua, que suenan, mandados de su aliento, como pájaros de entonadas voces. Á fe que pudiera el lucido dejar de mirar á las damas por mirarlos á ellos, y que le estuviera harto mejor mirarlos.

Empieza nuestro galán desatento á derramarse en reverencias hacia las ventanas y pasar por sus dos lados sin que él atienda á que pasan los niños de la doctrina. Estos van coronados de flores y estos van allí en nombre de los agradecidos.

Llega á nuestro galán divertido una tropa de amigos suyos, aliñados por el mismo estilo y locos de la misma especie: júntase con ellos y todos prosiguen su viaje sin desviar los ojos de los balcones. Ya las Religiones van pasando. ¡ Oh espectáculo venerable! Allí van aquellos varones santos galanes con sus mortajas. El traje que han de llevar á la sepultura es el que allí llevan. Con lo que aliñan el traje es con la modestia y la compostura. Andando van y parece que no se mueven. La quietud les hace lucidos. El sosiego los hace claros. El agua sosegada es la limpia, el agua revuelta es la turbia. La quietud de aque-

llas almas las hace resplandecientes. Lo transparente de aquella quietud adorna los cuerpos en que van aquellas almas. Consigo llevan en la calle la soledad de su celda, con ellos va el silencio del claustro en la calle.

Van los galanes á pasar adelante y detiéndelos la danza de los gigantones.

En pasando los gigantones, pasan ellos adelante y encuéntranse con las Cofradías. Allí va cada uno con una hacha de cera encendida en la mano. Compuestos van y devotos, haciendo con aquellas hachas geroglífico que explica y enseña cómo se han de haber los corazones humanos con el amor divino : hanse de haber como con aquella llama la cera, que á sus ardores se desata en lágrimas.

En tropel festivo y sonoro se viene acercando á ellos una danza y ellos se van apartando de los danzantes con desdén y desprecio. No hacen bien en apartarse de ellos y en despreciarlos. Estúdienlos y sabrán lo que deben hacer y lo que deben estimar. Aquellos hombres van significando el hombre interior que debe haber en tan festivo día en cada hombre. Los vestidos que llevan puestos nos hacen más claro este discurso : por de fuera son de seda y oro y por de dentro son de lana basta.

Ya llega la Clerecía y los galanes sin atención se van hablando por en medio de ella. Gente inadvertida, esos que van ahí son los sucesores de San Pedro. Esos son aquellos á quien primeramente está cometido el cuidado de tu alma : esos son los que te administran los Sacramentos : esos son los que están mirando por tu salvación desde que naces hasta que mueres : trátalos con mucha reverencia, no el número te los haga desestimables, pues te hace más fáciles las conveniencias el número : no el haber visto á alguno menos atento, te haga despreciable á ninguno : ellos entre sí son unos mejores que otros, cualquiera de ellos es mejor que nosotros.

Gracias á Dios que ya estos galanteadores no pueden pasar en la procesión adelante, porque les cierra el paso

la tropa de la música. Sálese de las líneas de la procesión, quédanse allí parados y en lugar de atender á lo que se canta, atienden á lo que encanta: pónense á hablar con las mujeres hermosas que se hallan por allí cerca.

Dividense con la apretura de la gente los compañeros y quédase nuestro hombre solo, viendo pasar lo que de la procesión falta. Alza los ojos á un balcón que tiene enfrente, ve una mujer y parécele muy hermosa. Desde lejos no hay mujer fea; la distancia le esconde los defectos á los ojos. La natural inclinación que los hombres tienen á las mujeres les hace creer lo mejor en la duda. Pone el gusto nuestro galán en ella; determinase á galantearla. En el amor lascivo le pasa al entendimiento lo que á los ojos. Los que tienen muy perspicaz la vista, se enamoran menos que los que la tienen corta: ven aquellos las faltas, estos no las descubren. La fea á la vela. Á poca luz no hay mucha vista, ni á poca vista tacha grande. Los que tienen el entendimiento claro, se enamoran menos que los que le tienen torpe. Conocen aquellos los inconvenientes, estos no los divisan. El de claro entendimiento ve la ofensa que le hace á Dios y el daño que se hace á sí mismo. El de entendimiento confuso, ó no lo ve ó lo ve mal: tiene corta la vista y no le descubre las malicias al daño. Llega la Custodia y él no quita los ojos del balcón. Pónense todos de rodillas, y él se queda ni de rodillas ni en pié, hecho cinco de guarismo. El ser cristiano le obliga á respeto, el ser mal cristiano no se le deja tener cabal.

Acábase la procesión y él se queda allí con intención de ver salir á la dama en quien ha puesto el gusto. Ella baja, vela de cerca y parécele menos hermosa, mas no por eso acierta á dejarla. La costumbre, que había hecho aquel breve rato á quererla creyendo que era hermosa, no le deja dejarla cuando la ve fea. Los que conservan con las mujeres las amistades mucho tiempo, no las conservan porque las quieren, sino porque las quisieron. La costumbre de haberlas querido, imaginándolas perfectas, hace comu-

nicarlas conociéndolas defectuosas. Grande peligro es en los vicios el de la costumbre. El principio aleja del fin: empezarlos es proseguirlos. Raro es el que es malo para poco tiempo.

Éntrase la mujer en un coche, va el galán siguiéndola y sabe su casa. Parécele que allí no hay más que hacer por entonces, y entonces que no hay más que hacer, le da gana de oír misa : vala á buscar y no la halla. En esto parece que nos están diciendo que no halla á Dios quien le busca tarde : castigo puede ser del no haberle buscado, no hallarle cuando se busca. Vuélvese, en fin, de la fiesta del cuerpo de Cristo, enamorado y sin misa.

Los que gastan el día de fiesta que no van señalados en estos discursos, fuera de la intención del día, pueden ver lo mal que hacen en los que en ellos van señalados. El espejo en que se puede ver uno se pueden ver muchos.



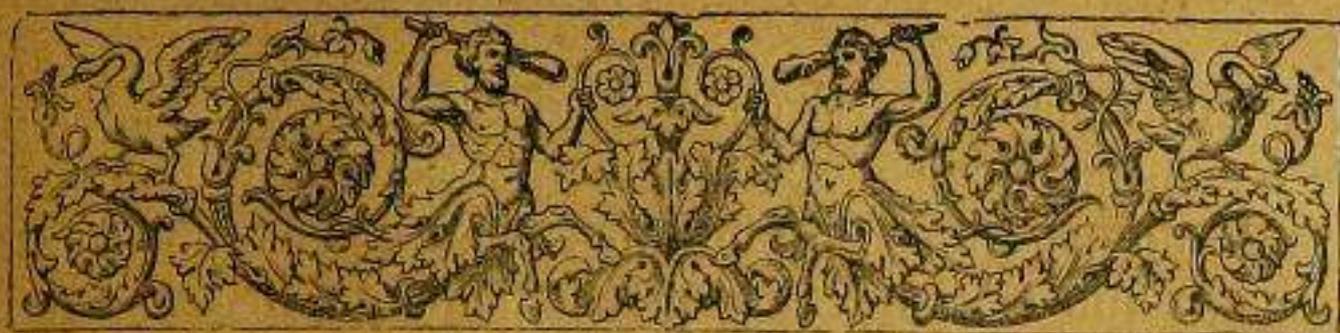


EL DÍA DE FIESTA

POR LA TARDE

Si es malo perder cualquiera parte del tiempo que se nos da, ¿qué será perder la parte que se nos da sagrada? Yo confieso que se cumple con el rigor del precepto con oír misa y no ocuparnos en los ejercicios vedados; pero también afirmo que es grosería grande negarle á Dios de lo mismo que él da con abundancia una pequeña parte. Lo que no se puede hacer con ningún hombre, hay quien se atreva á hacerlo con su Dios. Dale Dios al hombre los días á años, á edades, á siglos y á él le duele darle á Dios, de tantos días como le da, de cuando en cuando un día. Estále Dios toda la vida asistiendo y él no quiere asistir á Dios algunas horas. En ninguna parte se sienten tanto las descortesías como en el cielo, porque se le deben las más atentas urbanidades. Dios tiene muy delicado el corazón

para las ingratitudes, porque merece los más finos agradecimientos. Hácele Dios al hombre el día de fiesta, para que se le dé todo y él se da casi todo á sus deleites, muchas veces á sus maldades. Dios, digámoslo así, crió dos veces el mundo; una cuando le hizo de nuevo y otra cuando en la redención le rehizo. En la primera creación santificó el sábado, porque fué el día en que descansó de aquella artificiosísima obra; en la segunda santificó el domingo, porque fué el día en que resucitó, que fué el primero en que tuvo descanso del trabajo de nuestra redención. Con la ley nueva se incorporó la obligación del Sábado en la obligación del Domingo. Quedó aquel día vacío de esta obligación, como sombra que fué deste. Para darle á Dios las gracias de dos beneficios tan grandes se instituyó este día. Parecióle á nuestra Santa Madre la Iglesia, que era conveniente añadirle tiempo á el Domingo para cumplir con dos tan grandes obligaciones y extendió la intención deste día, por otros días que tiene santificados. En ellos quiere que le demos á Dios muchas gracias porque nos crió, porque nos redimió, porque nació de una madre que obra como madre con los pecadores, y porque hizo unos santos que están siempre intercediendo por nosotros. No es tan poco lo que hay que hacer en estos días, que no sean menester todas sus horas. Mas, ¡oh infelicidad! Que son los hombres tan ingratos, que les llevan muchas destas horas ó los divertimientos ó los vicios.



LA COMEDIA

LAS comedias son muy parecidas á los sueños. Las representaciones de los sueños las hace la naturaleza, quizá por hacer entretenido el ocio del sueño. Estas representaciones, muchas veces son confusas, algunas pesadas y por milagro gustosas; y tal vez dejan inquietud en el alma. Un retrato es desto el teatro. Unos pueblos hay que llaman Atlantes. Los que nacen en ellos no sueñan; no tienen el ocio del sueño tan vario, pero tiénenle más quieto. Á estos hombres tengo por felices, y tendré por felices á los que pasarán sus ocios sin las representaciones teatrales.

Come atropelladamente el día de fiesta el que piensa gastar en la comedia de aquella tarde. El ansia de tener buen lugar, le hace no calentar el lugar en la mesa. Llega á la puerta del teatro y la primera diligencia que hace es no pagar. La primera desdicha de los comediantes es esta: trabajar mucho para que sólo paguen pocos. Quedárseles

veinte personas con tres cuartos no era grande daño, sino fuese consecuencia para que lo hiciesen otros muchos. Porque no pagó uno, son innumerables los que no pagan. Todos se quieren parecer al privilegiado por parecer dignos del privilegio. Esto se desea con tan grande agonía, que por conseguirlo se riñe, pero en riñendo está conseguido. Raro es el que una vez riñó por no pagar, que no éntre sin pagar de allí adelante. Linda razón de reñir, quedarse con el sudor de los que por entretenerle trabajan y revientan. Pues luego, ya que no paga, perdona algo. Si el comediante saca mal vestido, le acusa ó le silba. Yo me holgara saber con qué quiere éste y los demás que le imitan, que se engalane si se le quedan con su dinero. ¿Es posible que no consideren los que no pagan, que aquella es una gente pobre y que se ofende Dios de que no se le dé el estipendio que le tiene señalado la República? Si Dios se desagrada de que no socorramos al pobre con lo que es nuestro, ¿cómo se desagradará de que nos quedemos con lo que es suyo?

Pasa adelante nuestro holgón y llega al que da los lugares en los bancos. Pídele uno y el hombre le dice que no le hay, pero que le parece que á uno de los que tiene dados no vendrá su dueño, que aguarde á que salgan las guitarras y que si entonces estuviere vacío se siente. Quedan deste acuerdo y él por aguardar entretenido se va al vestuario. Halla en él á las mujeres desnudándose de caseras para vestirse de comediantas. Alguna está en tan interiores paños, como si se fuera á acostar. Pónese enfrente de una á quien está calzando su criada porque no vino en silla. Esto no se puede hacer sin muchos desperdicios del recato. Siéntelo la pobre mujer, mas no se atreve á impedirlo, porque como son todos votos en su aprobación, no quiere disgustar á ninguno. Un silbo, aunque sea injusto, desacredita, porque para el daño ageno, todos creen que es mejor el juicio del que acusa que el suyo. Prosigue la mujer en calzarse, manteniendo la paciencia de ser vista.

La más desahogada en las tablas, tiene algún encogimiento en el vestuario, porque aquí parecen los desahogos vicio y allá oficio. No aparta el hombre los ojos de ella. Estos objetos nunca se miran sin grande riesgo del alma. Con mucha sencillez se avecina á la llama la mariposa, pero porque se avecina se quema. Por mucha sencillez con que se entregue á estas atenciones un hombre, es menester un prodigio para que no se abraza. El que piensa que va á esto cuando va á entretenerse, sepa que va á grande riesgo de salir muy lastimado.

Asómase á los paños, por ver si está vacío el lugar que tiene dudoso y vele vacío. Parécele que ya no vendrá su dueño, va y siéntase. Apenas se ha sentado, cuando viene su dueño y quiere usar de su dominio. El que está sentado lo resiste y ármase una pendencia. ¿Este hombre no salió á holgarse cuando salió de su casa? ¿Pues qué tiene que ver reñir con holgarse? ¡Que haya en el mundo gente bárbara, que de las holguras haga mohínas! Si no hallaba dónde sentarse estuviérase en pié, que menos pesadumbre es estarse en pié tres horas, que reñir un instante, y ya que se sentó, levantárase cuando vino el dueño del lugar, que haberse sentado no es haber adquirido derecho. Si le parece desaire que le vean levantarse por agena voluntad de donde estaba sentado, mayor desaire es que le vean hacerse dueño de lo que no es suyo. Si el mantener el asiento es porque no les parezca, á los que lo miran, que es no atreverse á reñir, hace mal, porque muy airoso queda el que da á entender que le tiene miedo á la razón. Si se sentó engañado, creyendo que no vendría al lugar el dueño, no tiene la culpa de su error el dueño del lugar: quedarse en él, sería querer premio por el error. El que tiene la culpa, pague la pena. Si le conserva, porque todos los que se han sentado en lugar que no es suyo hacen lo mismo, hace una locura, porque no son buenos para ejemplares los desaciertos. Inestimable es la singularidad, cuando el estilo común es defectuoso. Un pez hay que tie-

ne las escamas hacia la cabeza. Éste náda contra la corriente. Los demás peces van donde el agua los quiere llevar y no dónde á ellos les conviene ir. Éste va sin hacer caso del agua, á dónde le conviene. Es de tan buen sabor, que se holgaran de verle en las mesas más graves. Muy buen sabor hace en los ojos más autorizados el hombre que obra contra el uso común por obrar hacia buena parte. El que no hubiere de errar las acciones, ha de tener la facultad de gobernarse encontrada con la de la muchedumbre.

Ajústase la diferencia; el que tenía pagado el lugar, lo cede y siéntase en otro que le dieron los que apaciguaron el enojo. Tarda nuestro hombre en sosegarse poco más que el ruido que levantó la pendencia y luégo mira el puesto de las mujeres (en Madrid se llama cazuela); hace juicio de las caras, vásele la voluntad á la que mejor le ha parecido y hácele con algún recato señas. No es la cazuela lo que vuestra merced entró á ver, señor mío, sino la comedia. Ya van cuatro culpas y aún no se ha empezado el entretenimiento. No es ese buen modo de observarle á Dios la solemnidad de su día. Vuelve la cara á diferentes partes, cuando siente que por detrás le tiran de la capa. Tuerce el cuerpo por saber lo que aquello es y ve un lintero que metiendo el hombro por entre dos hombres, le dice cerca del oído, que aquella señora, que está dándose golpes en la rodilla con el abanico, dice que se ha holgado mucho de haberle visto tan airoso en la pendencia, que le pague una docena de limas. El hombre mira á la cazuela, ve que es la que le ha contentado, da el dinero que se le pide y enviale á decir que tome todo lo demás de que gustare. ¡Oh, cómo huelen á demonio estas limas! En apartándose el lintero, piensa en ir á aguardar á la salida de la comedia á la mujer y empieza á parecerle que tarda mucho en empezarse la comedia. Habla recio y desabrido en la tardanza y da ocasión á los mosqueteros que están debajo de él á que den priesa á los comediantes con pala-

bras injuriosas. Ya que he llegado aquí, no puedo dejar de hablar en esta materia. ¿Por qué dicen estos hombres palabras injuriosas á los representantes? ¿Porque no salen en el punto que ellos entran? ¿Porque les gastan vanamente el tiempo que han menester para otros vicios? ¿Porque el esperar es enfado? Ninguno va á la comedia que no sepa que ha de esperar, y hacérsele de nuevo lo que lleva sabido, es haber perdido la memoria ó el entendimiento. Si los comediantes estuvieran durmiendo en sus posadas, aún tenían alguna razón; pero, siempre vestidos mucho antes que sea hora de empezar, si se detienen es porque no hay la gente que es menester que haya para desquitar lo que se pierde los días de trabajo ó porque aguardan persona de tanta reverencia, que por no disgustarla, disgustan á quien ellos han menester tanto agradar, como es el pueblo. Veamos ahora en fe de qué se atreven á hablarles mal los que allí se les atreven. En fe del embozo de la bulla. Saben que todo aquel teatro tiene una cara y con la máscara de la confusión los injurian. Ninguno de los que allí les dicen pesadumbres injustamente, se las dijera en la calle, sin mucho riesgo de que se vengasen ellos ó de que la justicia los vengase. Fuera de ser sinrazón y cobardía el tratarlos allí mal, es inhumano desagradecimiento, porque los comediantes son la gente que más desea agradar con su oficio entre cuantos trabajan en la República. Tanta es la prolijidad con que ensayan una comedia, que es tormento de muchos días ensayarla. El día que la estrenan, diera cualquiera de ellos de muy buena gana la comedia de un año por parecer bien aquel día. En saliendo al tablado, qué cansancio, qué pérdida rehúsan por hacer con fineza lo que tienen á su cargo? Si es menester despeñarse, se arrojan por aquellas montañas, que fingen con el mismo despecho que si estuvieran desesperados: pues cuerpos son humanos como los otros y les duelen como á los otros los golpes. Si hay en la comedia un paso de agonizar, el representante á quien le toca,

se revuelca por aquellas tablas llenas de salivas hechas lodo, de clavos mal embebidos y de astillas erizadas tan sin dolerse de su vestido, como si fuera de guadamacil y las más veces vale mucho dinero. Si importa al paso de la comedia, que el que la representa se éntre huyendo, se entra por hacer bien el paso, con tanta celeridad, que se deja un pedazo de la valona que no costó poco en un clavo y se lleva un desgarrón en un vestido que costó mucho. Yo ví á una comedianta de las de mucho nombre (poco há que murió) que representando un paso de rabia, hallándose acaso con el lienzo en la mano, le hizo mil pedazos por refinar el afecto que fingía: pues bien valia el lienzo dos veces más del partido que ella ganaba. Y aún hizo más que esto, que porque pareció bien entonces, rompió un lienzo cada día, todo el tiempo que duró la comedia. Con tan grande extremo procuran cumplir con las obligaciones de la representación por tener á todos contentos, que estando yo en el vestuario algunos días, que había muy poca gente, les oía decirse unos á otros, que aquellos son los días de representar con mucho cuidado, por no dar lugar á que la tristeza de la soledad les enflaquezca el aliento, y porque los que están allí no tienen la culpa de que no hayan venido más; y sin atender á que trabajan sin aprovechamiento, se hacen pedazos por entretener mucho á los pocos que entretienen. Todo esto lo deben agradecer todos, porque cada uno está representando el todo á quien este gusto se hizo. Cuando no hubiera más culpa en tratarlos mal que la ingratitud, era grande culpa.

Salen las guitarras, empiézase la comedia y nuestro oyente pone la atención quizá donde no la ha de poner. Suele en las mujeres, en la representación de los pasos amorosos, con el ansia de significar mucho, romper el freno la moderación y hacer sin este freno algunas acciones demasiadamente vivas. Aquí fuera bueno retirar la vista, pero él no lo hace. Dicen los fisionómicos que los ojos muy largos son señal de malas costumbres. Esto lo infieren del

humor dominante que causa aquella longitud. Yo no sé qué verdad tenga esto. Lo que sé es, que los que tienen muy largos los ojos, esto es, los que miran sin rienda, no tienen buena fisonomía en el alma; los que miran con libertad, con libertad apetecen. Muy dificultoso es que tenga embarazo para desear quien no le tiene para atender. Ahora bien, quiero enseñar al que oye comedias á oirlas, para que no saque del teatro más culpas de las que llevó. Procure entender muy bien los principios del caso en que la comedia se funda, que con esto empezará desde luégo á gustar de la comedia. Vaya mirando si saca con gracia las figuras el poeta y luégo si las maneja con hermosura: que esto hecho bien, suele causar gran deleite. Repare en si los versos son bien fabricados, limpios y sentenciosos: que si son de esta manera, le harán gusto y doctrina: que muchos por estar mal atentos pierden la doctrina y el gusto. Note si los lances son nuevos y verosímiles, que si lo son, hallará en la novedad mucho agrado y en la verosimilitud le hará grande placer ver á la mentira con todo el aire de la verdad. Y si en todas estas cosas no encontrare todo lo que busca, encontrará el deleite de acusarlas, que es gran deleite. Todos se huelgan cuando uno se les aventaja mucho de verle venir resbalando á quedar entre ellos. Pero advierta que aunque haya en una comedia algunas flojedades, que no por eso es mala la comedia. Si en una obra del ingenio fuera igualmente bueno todo, no fuera el todo bueno. Para que un todo en estas materias sea admirable, ha de estar por algunas partes débil. En la música los bajos no tienen el agrado que las voces agudas y sin ellos no tuviera la música tan gustosos los sonidos. En la pintura las sombras son flojedades, pero sin ellas salieran con poca fuerza los claros de la pintura. Si en las obras del ingenio, por defecto de la humanidad, no se flaqueara en algunas partes, se había de flaquear de artificio. Vió la naturaleza que no había de haber hombre que tuviera ánimo para aflojar de intento en ninguna parte de las obras

que dan fama, é hizose aflojar por fuerza en algunas. Retórica es, que viene del cielo, desigualarse los ingenios grandes en una grande obra. No se tenga por culpa lo que es celestial magisterio. Á vista de lo flaco es lo fuerte más fuerte. Si no hubiera partes llanas en que descansara la atención, le faltara el brío para volver á empeñarse en los discursos altos. Esto es en cuanto á lo que se puede notar en lo escrito de una comedia; vamos ahora á lo que se ha de atender en lo representado. Observe nuestro oyente con grande atención la propiedad de los trajes, que hay representantes que en vestir los papeles son muy primorosos. En las cintas de unos zapatos se suele hallar una naturaleza que admira. Repare si las acciones son las que piden las palabras y le servirán de más palabras las acciones. Mire si los que representan ayudan con los ojos lo que dicen, que si lo hacen le llevarán los ojos. No ponga cuidado en los bailes, que será descuidarse mucho consigo mismo. Haga fuera de esto entretenimiento de ver al vulgo aplaudir disparates y tendrá mucho en qué entretenerse. Gastando de esta manera el tiempo que dura una comedia, no habrá gastado mal aquel tiempo. Siendo esto así, me holgara yo mucho de que hiciera de aquellos ratos empleo apacible y provechoso. Quien hubiera gustado de un templo sin gente podrá decir cuán celestiales gustos están allí escondidos. La soledad le hace allí creer á una persona que coge á Dios desembarazado. Como se halla con él á solas, juzga que no tiene más que entender. En Dios no se embarazan unas atenciones á otras. La cortedad de nuestro entendimiento nos hace medir lo divino por lo humano; pero de esta imaginación suele resultar devoción muy ardiente. Piensa un alma que se halla á Dios allí sin tener más de qué cuidar que sus necesidades, y procura aprovechar la ocasión pidiéndole para sus necesidades remedios. Demás de esto, como no hay objeto que llaman, se entrega toda á lo que piensa. El buho sólo está quieto cuando está solo: en saliendo á donde los otros pájaros están,

no le dejan sosegar los otros pájaros. Unos embisten á sacarle los ojos, otros le pican las espaldas, éstos le dan encontrones y aquellos le respetan. Al que está en una iglesia en que hay mucha gente, le quiere sacar los ojos la hermosura. La desatención de los que hablan detrás de él le da picadas en el sosiego, y cualquier rumor repentino le da los encontrones en lo que reza, que se lo echan de la memoria, y los que le pisan le repelan la devoción. En la iglesia sin gente no hay estos embarazos. Si alza los ojos á los altares ve las imágenes de muchos santos: quédase mirándolos á ellos en ellas, y ellos, con la acción en que están figurados, representan vivísimamente muchas de sus virtudes. El templo se le vuelve teatro y teatro del cielo. No entiende bien teatros quien no deja por el templo el de las comedias.

También van á la comedia las mujeres y también tienen las mujeres alma: bueno será darles en esta materia buenos consejos. Los hombres van el día de fiesta á la comedia después de comer, antes de comer las mujeres. La mujer que ha de ir á la comedia el día de fiesta, ordinariamente la hace tarea de todo el día: conviéndose con una vecina suya, almuerzan cualquier cosa reservando la comida del mediodía para la noche: vanse á una misa y desde la misa por tomar buen lugar parten á la cazuela. Aún no hay en la puerta quien cobre. Entran y hállanla salpicada como de viruelas locas, de otras mujeres tan locas como ellas. No toman la delantera, porque ese es el lugar de las que van á ver y ser vistas. Toman en la medianía lugar desahogado y modesto. Reciben gran gusto de estar tan bien acomodadas. Luégo lo verán. Quieren entretener en algo los ojos y no hallan en qué entretenerlos; pero el descansar de la priesa con que han venido toda aquella mañana les sirve por entonces de recreo. Van entrando más mujeres, y algunas de las de buen desahogo se sientan sobre el pretil de la cazuela, con que quedan como en una cueva las que están en medio sentadas. Ya empieza la

holgura á hacer de las suyas. Entran los cobradores. La una de nuestras mujeres desencaja de entre el faldón del jubón y el guardainfante un pañuelo, desanuda con los dientes una esquina, saca de ella un real sencillo y pide que le vuelvan diez maravedís. Mientras esto se hace, ha sacado la otra del seno un papelillo abochornado en que están los diez cuartos envueltos, hace su entrega y pasan los cobradores delante. La que quedó con los diez maravedís en la mano toma una medida de avellanas nuevas, llévanle por ella dos cuartos y ella queda con el ochavo tan embarazada, como con un niño; no sabe dónde acomodarlo y al fin se lo arroja en el pecho, diciendo que es para un pobre. Empiezan á cascar avellanas las dos amigas y entre ambas bocas se oyen grandes chasquidos; pero de las avellanas en unas hay sólo polvo, en otras un granillo seco como de pimienta, en otras un meollo con sabor de mal aceite, en alguna hay algo que pueda con gusto pasarse. Mujeres, como esas avellanas es la holgura en que estáis: al principio gran ruido, comedia, comedia, y en llegando allá, unas cosas no son nada, otras son poco más que nada, muchas fastidio y alguna hace algún gusto. Van cargando ya muchas mujeres. Una de las que están delante llama por señas á dos que están en pié detrás de las nuestras. Las llamadas, sin pedir licencia pasan por entre las dos pisándoles las basquiñas y descomponiéndoles los mantos. Ellas quedan diciendo: «¡ Hay tal grosería! » Que con esta palabra se vengan las mujeres de muchas injurias. La una sacude el polvo que le dejó en la basquiña la pisada, disparando con el dedo pulgar el dedo de enmedio: y la otra con lo llano de las uñas, con ademán de tocar rasgados en una guitarra. Tráenlas á unas de las que están sentadas en el pretil de la delantera unas empanadas, y para comerlas se sientan en lo bajo. Con esto les queda claro, por donde ven los hombres que entran. Dicen la una á la otra de las nuestras:—¿Ves aquel hombre entrecano que se sienta allí á mano izquierda en el banco pri-

mero? Pues es el hombre más de bien que hay en el mundo y que más cuida de su casa; pero bien se lo paga la pícara de su mujer, amancebada está con un estudiantillo que no vale sus orejas llenas de cañamones. Una que está junto á ellas, que oye la conversación, les dice:—Mis señoras, dejen vivir á cada una con su suerte, que somos mujeres todas y no habrá maldad que no hagamos si Dios nos olvida. Ellas bajan la voz y prosiguen su plática. Lo que han hecho con esto, entre otras cosas malas es, que aquella mujer que las reprendió mire á aquel hombre donde quiera que le encontrare, como á hombre que tiene poco cuidado con su honra ó como poco dichoso en ella: y ambas son fealdades de la estimación, y que puede ser también que ella lo publique, que muchas reprenden lo mismo que hacen. De allí á un poco dice la una de las nuestras á la otra, en tono de admiración.—¡Ay, amiga, fulanillo que ayer herreteaba agujetas se sienta en banco de barandillas! La otra se incorpora un poco á mirarle como á cosa extraña, pues no es gran milagro que de un pobre se haga un rico. El que murmura ordinariamente hace mal á dos, y á dos impedidos, á un sordo y á un ciego. El sordo es aquel de quien se murmura porque no lo oye, y el ciego aquel delante de quien se murmura porque no lo sabe. Si el que no lo oye le oyera, pudiera ser que diera tal razón de sí que quedara libre de la acusación. ¿Quién quita que éste que fué agujetero tenga muy buena sangre? La naturaleza sólo cuida del hombre, no de la nobleza. El noble necesitado lo primero que quiere conservar es la parte del hombre: por la nobleza se mira en la vida acomodada. Si para vivir no halló más camino que clavetear agujetas, no es de culpar que las clavetease. Después que tuvo segura la vida por la parte del sustento, miró por la nobleza. Lo uno no es digno de calumnia y lo otro es digno de alabanza. La mujer casada que parece ruín, pudiera ser si oyera el cargo que se le hace, que diera tan buena cuenta de sus horas que no cupiera en

ellas aquella culpa. De la manera que no es bueno todo lo que lo parece, no todo lo que lo parece es malo. Estas mujeres están condenando indefensos á este hombre dichoso y á esta mujer casada. No es buen tribunal el que condena al reo sin oírle. Luégo le están poniendo á aquella mujer que las escucha, que no sabia nada de aquello, tropiezos para que en virtud del mal ejemplo caiga en la misma flaqueza que la casada, ó en el pecado de la murmuración por la que ha oído.

Ya la cazuela estaba cubierta, cuando he aquí al apretador (éste es un portero que desahueca allí á las mujeres para que quepan más) con cuatro mujeres tapadas y lucidas, que porque le han dado ocho cuartos viene á acomodarlas. Llégase á nuestras mujeres y dícelas que se embeban : ellas lo resisten, él porfía, las otras se van llegando descubriendo unos tapapiés que chispean oro. Las otras dicen, que vinieran temprano y tuvieran buen lugar. Una de las otras dice que las mujeres como ellas á cualquier hora vienen temprano para tenerle bueno, y sabe Dios cómo son ellas. Déjanse, en fin, caer sobre las que están sentadas, que por salir de debajo de ellas les hacen lugar sin saber lo que se hacen. Refunfuñan las unas, responden las otras, y al fin quedan todas en calma. Ya son las dos y media y empieza el hambre á llamar muy recio en las que no han comido. Bien dieran nuestras mujeres á aquella hora otros diez cuartos por estar en su casa. Yo me holgara mucho que todos los que van á la comedia fueran en ayunas porque tuvieran las pasiones mortificadas, por si hay algo en ella que irrite las pasiones. Una de las mujeres que acomodó el apretador, descubriendo una cara digna de regalos, da á cada una de nuestras mujeres un puñado de ciruelas de Génova y huevos de faltriquera, diciéndolas : « Ea, seamos amigas, y coman de esos dulces que me dió un bobo. » Ellas los reciben de muy buena gana, y empiezan á comer con la misma priesa que si fueran uvas. Quisieran hablar con la que les hizo el regalo en se-

ñal de cariño ; pero por no dejar de mascar no hablan. Á este tiempo, en la puerta de la cazuela arman unos mozuelos una pendencia con los cobradores sobre que dejen entrar unas mujeres de balde, y entran riñendo unos con otros en la cazuela. Aquí es la confusión y el alboroto. Levántanse desatinadas las mujeres, y por huir de los que riñen, caen unas sobre otras. Ellos no reparan en lo que pisan, y las traen entre los piés como si fueran sus mujeres. Los que suben del patio á sosegar ó á socorrer, dan los encontrones á las que embarazan que las echan á rodar. Todas tienen ya los rincones por el mejor lugar de la cazuela, y unas á gatas y otras corriendo, se van á los rincones. Saca al fin á los hombres de allí la justicia y ninguna toma el lugar que tenía, cada una se sienta en el que halla. Queda una de nuestras mujeres en el banco postremo y la otra junto á la puerta. La que está aquí no halla los guantes y halla un desgarrón en el manto. La que está allá está echando sangre por las narices de un codazo que le dió uno de los de la pendencia : quiere limpiarse y hásele perdido el pañuelo y socórrese de las enaguas de bayeta. Todo es lamentaciones y buscar alhajas. Salen las guitarras y sosiéganse. La que está junto á la puerta de la cazuela oye á los representantes y no los ve. La que está en el banco último los ve y no los oye ; con que ninguna ve comedia, porque las comedias ni se oyen sin ojos, ni se ven sin oídos. Las acciones hablan gran parte ; y si no se oyen las palabras son las acciones mudas. Acábase, en fin, la comedia como si para ellas no se hubiera empezado. Júntanse las dos vecinas á la salida y dice la una á la otra que espere un poco porque se le ha desatado la basquiña. Vásele á atar, y echa de menos la llave de su puerta, que iba en aquella cinta atada. Atribúlese increíblemente y empiezan á preguntar las dos á las mujeres que van saliendo, si han topado una llave. Unas se ríen, otras no responden y las que mejor lo hacen las desconsuelan con decir que no la han visto. Acaban de salir todas, ya es boca

de noche, van á la tienda de enfrente y compran una vela. Con ella la buscan, pero no la hallan. El que ha de cerrar el local las da priesa y ellas se fatigan. Ya desesperan del buen suceso cuando la compañera ve hacia un rincón una cosa que relumbra lejos de allí. Van allá, y ven que es la llave que está á medio colar entre dos tablas. Recógenla, bajan á la calle y antes de matar la vela, buscan para hacerle manija un papelillo. Mátanla, fijanla y caminan. ¡Brava tarde, mis señoras! lindamente se han holgado.



EL PASEO COMÚN

AMANECÉ en medio del invierno un día de fiesta claro, de luz hermosa, de calor amigo. Toma el sol la sazón más sabrosa en la mitad de su carrera y los habitantes de aquella región se dan prisa á comer para salir á gozar de esta benignidad del cielo. Concurren al paseo común todas las edades de la vida, pero la juventud está más numerosa. Salen al campo por partes diferentes damas y galanes de la forma que corren al mar los ríos, tan de la misma forma, que corren á su perdición. Siéntanse las damas y sosiegan al paso los galanes. Ellas sentadas toman mejor la semejanza de flores, porque la toman en la estatura: ellos andando cerca de ellas y hablándolas como en susurro, imitan mucho á las abejas.

Está, pues, el campo que dora y calienta el sol, salpicado de mujeres sentadas. Muchas con los pañuelos sobre el manto. No hay cosa en esta vida á medida de nuestro deseo. Salimos á buscar el sol, y en hallándole, es menester

contra el sol defensa. Aquella agradable pelea de lo blanco con lo negro, hace más agradable el sujeto que acompaña. Las basquiñas derramadas por el suelo, forman una pompa apacible. Asomándose el guardapiés medroso por un lado, embarga matizado la vista. Vase acercando con pasos lentos un joven lucido, y da la atención á tantas cosas como allí se la piden. Ve la mujer que le mira á la cara, y defiende la cara con la estufilla. Ya se ve la fuerza que hacemos contra lo vedado: porque ella la oculta, le da ansia de verla. Párase el mozo y empieza la conversación. Las más veces falta la discreción en estos principios, mas la mujer no quiere más que principio para la conversación. Á breve rato, ó porque se le cansa el brazo ó como que se le cansa, le acuesta en la basquiña. Ya queda el rostro libre. Ó por lo hermoso, ó por lo aliñado, ó por de mujer, siempre tiene la primera vista gustosa. Queda el mozo agradao del suceso. Empéñase más en la conversación. Llega un mendigo pidiendo limosna. Al hombre le parece que cae en desaire si se le envía sin alivio, y dale una moneda de valor pequeño. Él no hace aquel socorro por dar limosna, sino por dar á entender que tiene que dar. Pídele el pobre por Dios, y él le da por su particular interés. Por la mujer que le mira, le da.

Apártase el pobre, y prosigue la conversación gustosamente. La mujer para despedirse, dice que vive lejos, y para decir que vive lejos, dice dónde vive. Él queda con esta noticia, que ordinariamente produce culpa. Ella cuenta á la noche en su casa, por pasatiempo, lo que le ha pasado con el hombre. Lo que se repasa no se olvida presto. Él pasa al día siguiente por la calle, para que no se le olvide, y ella se alegra de que á él se le acuerde. ¡Oh! ¡Acuérdese Dios de vosotros! Yo no pensé que el sol ponía negros más que á los cuerpos, pero ahora veo que hay sol que pone negras las almas. Á los cuerpos les escuece el sol del verano y á las almas el sol del invierno.

Poco más adelante de donde esta mujer estaba, está

sentada otra que tiene enfrente á su galán, con quien entonces está reñida, y de quien piensa que está desdeñada. Quisiera darle celos porque es hechizo con mucho demonio. Ve venir un mozo de muy buen parecer y de mucho aliño. Piensa en cómo le detendrá, y pónelo todo el rostro al encuentro. El hombre va pasando en aquellos pasos perezosos que pide el paseo. La mujer para detenerle, le dice como burlándose de su sosiego, que mire no caiga. Él, sonriéndose, se detiene y hace presa de la ocasión para quedarse hablando con ella. Vale la mujer ganando el gusto con el rostro apacible y las palabras suaves. Créese el mozo dichoso, y trata de merecerle más á la fortuna. El galán de la posesión, que se había puesto donde ella le viese por darle ocasión para que le llamase, juzga de lo que dura la conversación, ó que estaba antes empezada ó que se empieza; repárase un poco, árdese en celos. Apoya su sospecha el semblante de la mujer, risueño y cariñoso: ya él con el enojo se le va anublando el semblante. Revuelve el pensamiento y considera lo que hará. Discursos de enojado casi siempre son sin acierto. No le contentaba el irse, que era lo que había de contentarle, pues con eso á ella le envanecía la intención y le destemplaba el gusto para proseguir el cariño nuevo que comenzaba el agravio. Más política es menester para comunicación de una mujer perdida, que para conservar un reino. Estando en medio de estas avenidas de imaginaciones, ve pararse una limera junto á los dos que hablaban, y que le echaba á la mujer en las faldas cantidad de limas. Acaba el hombre de perderse y parte á ellos. Llega tan descolorido como si fuera cuerpo sin sangre; los ojos tan abiertos, que parece que se quiere tragar por ellos á la mujer y al hombre; y dícele al hombre, hechas las palabras de pedazos, que aquella dama no há menester que nadie le dé limas. Él le responde, tragado ya todo el veneno de una pendencia, que aquella no es dádiva que deja obligación, y que así él la ha de hacer aquel pequeño servicio, que después aquella

señora hará lo que fuere servida. El celoso le dice: « Esta señora es una ruin mujer », y sacando la espada encubre en el ruido lo que injurioso le decía á su contrario. Pónese en defensa el acometido y embisten entrambos como dos fieras, porque al uno le hacía valiente el amor y al otro la publicidad. La mujer se pone en huída desatinada, las limas ruedan hasta que las pisan. La limera no puede sacar la cesta de entre la gente que concurre; apartan á los que riñen, echan al uno la mano unos alguaciles, y el otro se les va de entre las manos.

Desaparécese la pendencia, y quedan hablando en ella con aquella ocasión más unidos los hombres y mujeres que inquietó ella. Acierta á ladearse un viejo peinado, con una mujer hermosa. Háblala en lenguaje de mozo. Ella se cansa y le reprende con dejarle.

Todos estos salieron á tomar el sol de la tarde del día de fiesta. Pues no salieron sino á eclipsarle ú oscurecerle.

Si tienen sol algunos días de fiesta el invierno, también tienen fresco las noches del día de fiesta en verano. Tienen prevención de arboledas vecinas las poblaciones numerosas, donde el agua de las fuentes enfría el aire, el aire las hojas, para que las hojas, aire y fuentes hagan un deleitosísimo paseo. Este en Madrid se llama el Prado. Apenas se ha desaparecido el sol, cuando se aparecen en el Prado los coches cargados de diferentes sexos y de diferentes estados. Van á tomar el fresco, y en un zapato alpargatado con ruedas, se aprietan seis personas. Las que no van en los estribos, se queman. ¡ Linda gana de hablar ! Baja un coche en que van un hombre de negocios avariento y rico, un colegial deudo suyo, que como es verano, ha venido á entablar una pretensión; un escribano de primera clase, un sobrino de un obispo que asiste en la corte á negocios de su tío. Empiézase con la blandura del movimiento conversación tirada. El colegial muy hacia la nariz los ojos, el rostro muy en un lugar, los guantes muy en ambas manos, muy cortadas las palabras, muy redondas las razones, se

cala de cuando en cuando entre los discursos de los otros con satisfacción de maestro. Ofrécese hablar en derecho, y van leyes de su boca, como agua de un mascarón de fuente. Los libros más pesados que hay en el mundo, son los de ambos derechos: con uno tiene harta carga una acémila. Los que le escuchan van llevando con fatiga la carga. Señor licenciado, no hay ley que no sea pesada: y si no pregúnteselo á quien se la echan acuestas; ¿qué harán tantas leyes? Ser docto, sin ser discreto, es virtud sin sal que aprovecha y enfada. No cesaba el colegial en sus textos. Cansado ya el escribano, dijo: «Señor mío, esto de las leyes es cuento de Caláinos: la verdadera ley es el buen dictamen del que juzga. Las demás leyes más deslumbran que alumbran.» Salió aquí el sobrino del obispo que hasta entonces no había hablado palabra, y dijo: «Cierto que me parece que tiene razón el señor secretario, porque mi tío el obispo mi señor tiene en su librería un libro, cuyo título dice *Ley del duelo*, y jamás le abre.» El avariento rico presidía, cuyas eran las resoluciones, como era suyo el mayor dinero que allí se hallaba.

Empezaba un discurso el avariento, cuando un mendigo mete por un estribo en el coche un zoquete de brazo desnudo, porque lo que le faltaba se lo había llevado una bala en la guerra, y pide que le den limosna, y ninguno de los que allí van le atiende. El pobre va andando entre las dos ruedas, el rico hablando y atendiendo los otros. Gente cruel, ¿no le daréis siquiera la limosna de despedirle? No basta no socorrerle, sino hacer de él tan poco caso que parece que no va allí. Acompaña el coche el mendigo sin apartar los ojos de los que van dentro, hasta que la desconfianza le desvía. Rico avariento, dale limosna á aquel pobre; pero ¿cómo se la has de dar, si no eres más que una hucha de barro que es menester quebrarla para sacarle lo que hay dentro? La muerte repartirá tu hacienda. Apenas el pobre se aparta, cuando dejando lo que hablaba el rico, dice: «Necia turba es esta de los bordoneros: la tardanza

en desengañarse los hace más necesitados y más enfadosos.» Hombre ignorante, á aquel estado de pobreza no llegan sino entendimientos muy bajos. Una de las razones que hay para que les dén todos, es pensar que porque enfadan no les darán los otros.

Al tomar este coche una vuelta, se ladea con otro coche de mozos del lugar de todo punto mozos. Salúdanse y apártanse. Apenas se han dividido, cuando el rico dice: «¡Lindos cascós!» y uno de los mozos dice: «¡Lindo ladrón!» Por lo que el rico les acusa el juicio, es porque sabe que enamoran y que juegan. Y por lo que ellos le conocen la malignidad es porque les ha comprado en un puñado de aire, hacienda de mucha consideración. Cada uno piensa que su vicio tiene mejor figura. Hablan los que van en el coche del rico y el rico calla. Cuando atropellando las palabras de los otros, como si no los oyera, le dice al escribano: «Don Fulano, quien va en aquel coche es un mozo perdido; dícenme que está enamorado y alcanzado; tiene unas casas junto á palacio muy buenas que son libres: no sería malo moverle la gana de venderlas, diciéndole que hay quien las compre como se dén con comodidad.» El escribano dice que hará la diligencia por hacer la escritura. Este rico es culebra del infierno. Las culebras huyen de los desnudos y acometen á los vestidos. Este echara á huir si pudiera del pobre manco, y acomete al mozo que tiene una casa para echarle de ella y dejarle en la calle.

Van hablando los mozos en su coche, y van á los estribos los más picoteros. Hablan á algunos y hablan de todos. Un poeta dijo que los habladores se habian de convertir en peces en el infierno. Los peces no sólo no articulan palabras, pero ni tienen voz. Grande tormento sería para un charlatán nadar en las llamas infernales convertido en sardina, sin poder siquiera dar un gemido. Infierno es muy correspondiente para el que habló mucho en el mundo, infierno callado. Cuantos van en este coche hacen sus coplas. Esto no me admira, porque de la manera que es

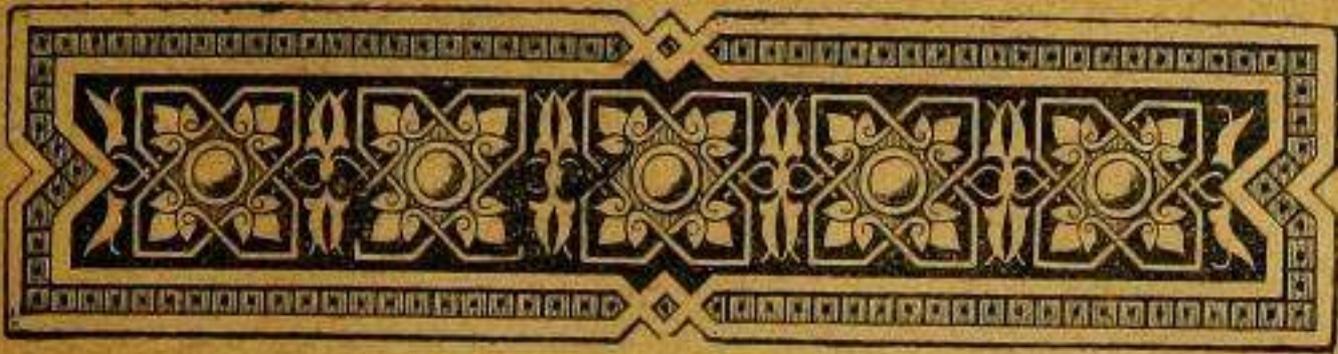
raro el que no cantó alguna vez, es raro el que alguna vez no hizo versos. Todos estos los hacían, pero con la diferencia que hay del cantar al hacer versos. El que tiene mala voz, se avergüenza de cantar donde le oigan; pero el que hace malos versos, no se avergüenza de decirlos en público: sin duda piensan todos que los hacen buenos. Todos estos los hacían y los decían. Uno de ellos, en un breve silencio que milagrosamente hubo, dijo: «¿Quieren oír un soneto que hice esta mañana á una mujer que tiene un ojo mayor que otro?» Todos dijeron que sí, y él dijo el soneto. Alabáronsele mucho, porque hería con crueldad grande á la mujer por aquella tacha. ¡Oh dulcísimo sabor el del escarnio ageno! Gustamos de los defectos de los otros, porque parece que quedamos superiores á ellos. En verdad que pudiera éste que hizo este soneto volverle hacia su alma, pues padece el mismo defecto, y le padece por culpa suya, y estotro por influencia.

En la maraña de las vueltas que dan los coches en el Prado, vino á quedar preso un coche de mujeres entre el del avariento y el de los mozos. Empezaron á hablar los unos y los otros con las que tocaban á su lado. Había ya anochecido, y á las mujeres les servía la voz de cara. La que tenía más limpia y más delgada la voz, se presumía ser bonita. La que hablaba con más donaire, la juzgaban los que la oían, cómo ellos quisieran que fuera. Los mozos se daban tal priesa á hablar, que cada uno pensaba que iba solo. Los de estotro lado procedían con más templanza. De cuando en cuando decía el avariento su cosita: pero deteníase mucho porque no le pidiesen algo, que, aun sabiendo que no lo había de dar, lo temía. Mucho derecho debe de adquirir en la hacienda agena el que pide, pues queda con rescoldos de hurto el que niega. El colegial discreteaba. El sobrino del obispo hablaba poco y malo: y á éste se le inclinaban más las mujeres, porque como le oían bobo, le juzgaban con dinero. El escribano era socarrón y hacía holgura de lo que oía. Clareóse un poco el

enredo de los coches, y díjole el avariento á su cochero que anduviese: los mozos le dijeron al suyo que se estuviese quedo hasta que anduviese el coche de las mujeres, y que procurase no perderle del lado ó por lo menos de la vista; que apetezca un hombre á una mujer porque la vió muy hermosa, culpa es, pero muy ocasionada; mas que sin saber si es hermosa, la apetezca por sólo mujer, es flaqueza prontísima.

Las mujeres eran feas, hacían afeite de las sombras de la noche. Fealdad de mujer en duda, es hermosura casi evidente. Trampa es, y agudísima de esta casta de animales, presentarse sin luz á tiro del antojo de los hombres; picanles el gusto con la agudeza de las palabras. Llega á desengañarlos la claridad; y hállales ya empeñado el gusto. Con el cariño del oído se temple el enfado de los ojos. Llaman ordinariamente á las mujeres feas sierpes, porque espantan la vista. Dicen bien; pero ellas están mucho más adentro de la propiedad de lo que se piensa. Las culebras naturalmente tienen enemistad con la luz y aman las sombras: en ellas engordan, en ellas medran. Los aprovechamientos de las mujeres de mala figura empiezan de noche. Siguiéron estos mozos á estas mujeres, y cuando llegaron á la luz, se hallaron agradaos de ellas.

Á buscar el aire fresco de la tarde del día de fiesta salieron todos estos. ¡Oh qué mal entienden de aire!



LA CASA DE JUEGO

A las casas de juego van los hombres con tres fines, unos á jugar, otros á entretenerse y otros á que les den barato. Á los últimos llaman mirones, y estos van las más veces sin delito, porque los lleva la necesidad: pero ellos tienen bien mala fortuna. Estos son los más desdichados de los pobres, pues no tienen oficio con qué ganar de comer, ni ánimo para pedirlo. Vanse donde alguna vez da el que gana, y donde se recibe como agasajo, no como limosna: mas ¿dónde irán que parezcan bien los pobres? Aquí les parecen harto mal á los ricos. De los que juegan, el que pierde los tiene por azar, y el que gana por enfado. Este piensa, aunque estén una legua de él, que le piden: el otro piensa que aun desde otra sala le inficionan la dicha. El que pierde queda renegando de ellos, y el que gana se va huyendo de ellos. Mas no siempre puede huir, ó porque le detiene la piedad (de esta especie hay algunos, pero ra-

ros) ó porque le corrige el temor de declararse de todo punto por mezquino, dales á algunos.

Apenas se ha levantado de la mesa el día de fiesta el que tiene el corazón tahir, cuando poniéndose el fiador de la capa por la calle, parte al garito. ¡La priesa que da un vicio! Maña es del inventor de ellos, para que se pongan por obra, porque las cosas que son fuera de razón, si dejaran sosiego para considerarlas, no se hicieran. Mientras no se hacen, se están haciendo con ansia: mientras se hacen, con desabrimiento. Las obras de la virtud no fatigan antes de ejecutarse: la virtud no teme enemigos; como llega el corazón descansado á ellas, las hace sin cansancio.

Llega en fin á la puerta, y aún no ha bien entrado, cuando le llaman para una rifa. Si es de comer, y la gana, aventura su dinero por lo que no há menester. Si no es de comer, ordinariamente es cosa que no vale nada. Si la pierde, paga lo que no lleva, y sólo compra con aquel dinero un enfado. En perdiéndola, busca con quién jugar por desquitarse, y hállale presto.

Apenas han dicho los dos que están convenidos, «vamos á aquella mesa,» cuando está ya la mesa tan rodeada de mirones, que es menester que el dueño de la casa diga, enfadado, que hagan lugar á los tahures. Ya se entra con mohína. Empiézase á jugar, y á las primeras barajadas se desuellan los naipes. El enfado de que se desuellen le hace decir algunas palabras que le duelen al que los administra: ya se hace á otro pesadumbre, y de allí á dos horas es pesadumbre interior para el que la hizo. Vase prosiguiendo el juego y ofrece una suerte de duda; dispútase primero entre los que juegan, las más veces con palabras mal medidas y siempre con mal tono: ya se empieza á gustar de la hiel de un disgusto. Remítese á lo que digan los de afuera; ninguno se determina; ya es regaño. Luégo se dividen en opiniones, ya es tormento. Dicen que se reduzca á votos secretos, ya es calma. Tómanse los votos

y publica la sentencia el que los ha tomado. El que es condenado se da á los demonios, porque siempre cree que el juicio ha sido injusto. El que tiene sentencia en favor queda sujeto á las desazones del que está condenado; ya esto es un poco de desaire. Si de los dos el que está ganando se queja de alguna suerte antes de verla y luégo sale en su favor, dice el que está perdiendo y la pierde ¿qué le queda á él? El otro responde, y de palabra en palabra se empelotan de suerte que el juego se hace pendencia y pendencia ridícula. Los mismos que los están sosegando están reventando por reirse. Grande lástima es que unos hombres honrados se rindan á una pasión que les causa cada día desprecios de locos. Témplalos y prosíguese el juego; de allí á un poco, allá en una mesa donde sólo se habla, empiezan á disputar un caso de conciencia dos porfiados presumidos, que no hay garito en que no haya un par de presumidos porfiados y hundan la casa á voces. Los que juegan dicen que no se entienden, que los dejen jugar. Los porfiados bajan un poco la voz, pero en aquella voz baja dicen que se vayan á jugar á un bosque. Baja fué la voz, pero no tanto que no la oigan los que pidieron silencio; mesúranse un poco tomando toda la pesadumbre que es menester para reñir, y otra poca más que es la que deja el escrúpulo de disimularlo. Danse al fin una poca de más priesa los naipes, y acábase el juego. Si pierde nuestro tahir, ya se ve cuán grande desazón es perder. Sale del garito arrojando naipes rotos por el suelo, y salen como fingen que se escapó el que salió de la cueva de Salamanca, sin sombra; ni aun su sombra va con él; ninguno le acompaña. Si gana, aquí es la tabahola. Uno le pide aquella mano aunque se haya pagado treinta veces. Otro le dice que le pague aquellos cuatro escudos que le prestó, sin haberle prestado jamás tales cuatro escudos. El rifador le da voces por aquellas dos pollas. Llega uno hendiendo por la gente y le dice con mucho desahogo, que dice Don Fulano (que es otro que está jugando en otra

mesa y perdiendo) que le envíe cincuenta de á ocho. El contador no hace más que ir y venir con los ojos al dinero. Uno de los bien intencionados dice en verdad que hay muchos Capitanes (así llaman en los garitos á los que parece que se holgaran de que les den barato). Uno sale muy falso si la ganancia ha sido en oro, y dice: «aquí hay plata de cuatro escudos», y echa la plata en el bufete. El pobre ganancioso no sabe cómo librarse de tantas invasiones y dice: «Caballeros, un mes há que pierdo cada día; más son de dos mil escudos los que tengo menos de caudal, y esta mañana perdí más de tres mil reales sin ver la mía.» Pero nada de esto le vale, porque al fin paga la mano que no debe; da los cuatro escudos que no ha recibido; sácale el rifador el dinero de las pollas, que no tenían cosa blanda sino la pluma, ni cosa gorda sino los huesos. Presta los cincuenta reales de á ocho que no son cobrables. Al contador le satisface su trabajo. Á los circunstantes hace socorro, y al que echó la plata en la mesa para trocar los cuatro escudos, le da cuatro escudos, un real de á ocho menos de lo que vale. Levántase del asiento, pásese un poco por la casa, y luégo por si en la suya le andan en las faltriqueras (que en las más casas donde hay mujer lo hacen) da el dinero que le ha quedado á que se lo guarden en el garito, y vase. Vuelve al día siguiente por su dinero, y hállale allí muy puntual; pero también halla allí muy puntualmente prevenido otro que le dice si quiere jugar. El consiente en la tentación, y queda sin blanca.

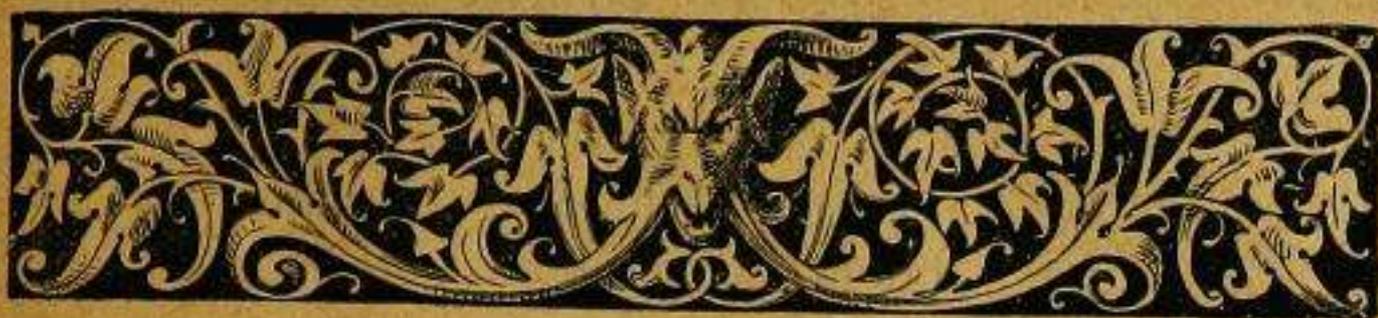
Los otros que en la casa de juego entran, son los que van á entretenerse no á jugar, sino á hablar, no á la inclinación sino al divertimento; pero estos también van á destruirse. Un río hay (su nombre es Lincesto) cuyas aguas embriagan bebidas: el pasajero que no le conoce la propiedad bebe de él. Piensa que sólo se refresca, y cautiva su entendimiento: á poco rato después que bebió no sabe lo que se hace. Acaba de comer el día de fiesta el hombre sencillo, no sabe qué hacerse de la tarde, quiérela

pasar en ocio lícito y gustoso, parécele que se halla este ocio en una casa de juego, y vase á aquella en que tiene alguna entrada. Estáse una hora, piensa que se recrea inculpablemente, y está echando á perder lo bueno que llevaba. Allí el ejemplo malo le ofusca el entendimiento. Ve á unos decir mal de otros, y él también dice mal de alguno con la embriaguez del mal ejemplo; ve porfiar, y porfia. Privóle de la razón el garito y hace lo que no es razón. Oye decir chanzas pesadas, y dice pesadas las chanzas. Bebió de la casa de juego, y quedó fuera de sí. Ve jugar, y al fin juega. Pensó que se entretenía, y embriagóse; pensó que bebía agua, y la bebida le privó de juicio. Las aguas me han de hacer hoy más clara que el agua esta verdad, la verdad de que se hace malo el que entra en el garito bueno. Sybara es una fuente dulcísima pero traidora. Esta al hombre blanco que bebe en ella le vuelve negro. En las casas de juego llaman á los nuevos, blancos, porque entran cándidos. De los que las han cursado algún tiempo, dicen que son negros como la pez. Lo que aprendieron allí les quitó la blancura de la sinceridad. Negros han quedado con las malicias, sin inocencia con las felicidades. Aquí es la fuente Sybara; á pocos sorbos de garito queda negro el que llegó blanco; se hace, el que llegó cándido, taimado y vicioso.

El que va al garito por el socorro viendo que aquel es pan con mucho dolor, pudiera ir á buscar algún camino de vivir ocupado, que, aunque las diligencias de un infeliz no son más que una pena más en su vida, porque nunca se le viene al pensamiento lo que ha de conseguir, sino lo que le ha de moler, por lo menos el tiempo en que se hace es tiempo bien gastado, y es muy creíble que Dios en agradecimiento de aquella fatiga que toma en vano, le dará por donde no piensa muchas felicidades sin fatiga.

La tercera gente que se va á los garitos los días de fiesta por la tarde, es la que va no más de á entretenerse hablando. Esta, aunque lleve buen fin, tiene mala elección. Si

la conversación es la que le lleva, santa y gustosa es la conversación de los religiosos. Religiosos hay que es gloria hablar con ellos. Las flores por el aire continente envían suavísimas fragancias á los que se les acercan. Aquella pálida retama de un religioso penitente, por el manso céfiro de su voz les comunica á los oídos que se le llegan los suavísimos olores de su alma. Holgarse en lo que Dios se entristece, es muy necia holgura. Entretenerse en lo que Dios se deleita, cortesanía del cielo.



EL ESTRADO

LA comunicación es el alma de la amistad. Con ella vive, sin ella muere. Los muertos no tienen amigos. La fortuna de los muertos padecen los ausentes. Muy ausente está el que no se comunica; aun para enfadarse es bien que se comuniquen los amigos. Del enfado resulta memoria, del ausencia olvido: el olvidado está en peor paraje que el enfadoso. Los frutos de la amistad tienen al mundo en pié; perecieran todos si no se favorecieran unos á otros. Á los elefantes les basta ser de una especie para ayudarse: también á los hombres, pero no para auxilio fuerte. La necesidad grande del hombre há menester más que hombres, porque há menester hombres amigos. Animal es de grande peso el elefante; no puede descansar sino arrimado; busca para su descanso arrimo; el que ordinariamente elige es una palma; esta muchas veces no puede sufrir el peso y trónchase, cae en tierra el elefante sin facultad de poderse levantar por sí mismo: allí no hay

medio, ó perecer ó ser socorrido. Válese de la voz, y mudándole el tono al bramido, hace con el bramido estruendo lastimoso. Óyenle otros elefantes. Conocen por natural instinto la miseria y corren á remediarla; ayúdanle entre muchos, levántanle, y vuélvenle á la felicidad de vivo desde las angustias de la muerte. El descanso del hombre tiene necesidad de arrimo, si este le falta queda en riesgo grande. Arrímase uno á una sola casa propia que tiene, y ella cáesele: queda en terrible aprieto. Arrímase otro á una cantidad de dinero que tiene á ganar en un hombre de negocios: quiebra el hombre, falta el arrimo, y queda el dueño del dinero en la calle. Arrímase aquél á un poderoso prometedor, falsea el arrimo, y da con su cuerpo en la necesidad. Arrímase éste á un pariente rico, parécele que la obligación le hace firme; él se rinde al peso del enfadado y da el pobre pariente en ese suelo. Todos estos claman en su necesidad, ó lo que es más cierto, clama su necesidad por ellos. Muchos animales de su especie están cerca, los malos no los oyen, los que reciben alguna lástima les hacen algún socorro, el que basta para no perecer entonces; mas no el que basta para no perecer. Los que los oyen con grande conmiseración son los amigos, no los que comunicaron, sino los que comunican, que aquellos entran en el número de los muertos ó de los ausentes, estos entran á socorrer al amigo caído, estos le levantan, estos le dan nuevo sér. Sólo el hombre cae como el elefante: si no tiene el elefante caído otros elefantes, perece. El hombre, si no tiene otros hombres; estos son los amigos, estos se labran con la comunicación, menester es cuidar mucho della.

Aunque la amistad entre las mujeres no suele ser de grande utilidad, puede causar utilidad grande, porque obligan en ella á sus maridos, padres, hermanos y parientes: por eso entre ellas es la comunicación necesaria, por eso es conveniente que se visiten.

Llega el día de fiesta, previenen á la mujer que han de

visitar, y después de comer van á la casa de la amiga avisada. La primera que llega es una viuda, que como no tiene marido á quien esperar, come más temprano. Llega con un luto de tan buena tela y de tan buen corte, que sin la toca fuera gala, por la toca es luto. Esta es tan delgada, tan transparente y tan ligera, que por estar prendida no se la lleva el aire. Muy poco luto trae quien trae esta toca. Los sentimientos son muy desaliñados: quien trae luto pulido, muy poco sentimiento tiene. De tal manera andan algunas viudas aliñadas, que parece que traen la toca, no por dolor, sino por letrero que dice: «esta mujer se quiere casar, quien la quisiera acuda á quien la pueda hablar.» Con esto no parece que traen el luto porque enviudaron, sino por casarse. Ea, por amor de Dios, que una viuda galana desestima al marido que pasó y amedrenta al que ha de venir. Empieza, pues, á entrar, y llega á un recibimiento con unos escaños y unos cajones: pasa desde aquí á una pieza cuyas paredes cubren unas pinturas que son trasladados, y cuyas márgenes ocupan unas sillas que no son nuevas. Entra luégo en una sala que recibe la luz por cristales que están dando luz á la vivísima y hermosísima representación que hace una tapicería flamenca. En ella hallan los ojos una comedia sin voz de la historia que propone. Aquí está el primer estrado. Almohadas y sillas de terciopelo carmesí, una alfombra turca, tan grande y tan varia, que parece el suelo de un jardín grande. En medio de ella un brasero de plata sin lumbre, que entre sus flores y cuadros más parece fuente que brasero. Este estrado no sirve de más que de dar á entender que sobra. Engólfase después en una cuadra, á quien sirven de colgadura unas escarlatas cortadas á espacios iguales y convenientes, con puntas de oro de dos cabezas, almohadas de lo mismo con la misma guarnición, sillas de vaqueta á cuyos clavos sirven de cabezas pavones dorados, la alfombra de Tiro, de cuyos hilos salían claveles, un brasero en ella con la caja de ébano y marfil, lleno de erraj encendi-

do, tan grande, que se juzgaba estanque de rescoldo. Entre las sillas, á distancias conformes, escritorios de preciosa materia, de labor preciosa: encima de ellos vivas estatuas de madera, tan vivas, que se creia que callaban, no que no hablaban. En los rincones escaparates que aprisionan infinidad de menudencias costosas. Estas son unas alhajas que ni abrigan ni refrescan, que embarazan y no adornan, que no son buenas para empeñadas sino para empeñarse: espectáculo que da vergüenza á los ojos de buen juicio. Aquí es el estrado del cumplimiento, más adentro está el del cariño. Introdúcese en el aposento de dormir, aquí está una cama con la colgadura del tiempo, y un estrado como la colgadura. Aquí se halla en pié y cariñosa á la señora de la casa: toman almohadas y siéntanse.

Sale de una silla carmesí con todos los requisitos de su estado una mujer principal. Ésta hace gala de ser enfermiza, nunca está buena: la mejor nueva que da de sí, es que está mejor. Lleva dos parchecitos negros en las sienes, tan pequeños, que pueden servir de puntos en la ortografía. Mujer de Dios, si son medicamento, ¿qué facultad puede tener cantidad tan poca? Y si son mentira, ¿para qué son? El afeite es un engaño hecho de cosas hermosas, ¿quién sino es que esté sin juicio, se ha afeitado con defectos? No hacen esos parchecitos mejor tu figura, sino mayor tu figurería. Anda los mismos pasos que la viuda: llega al estrado, donde es recibida con agrado ceremonioso. Empieza la conversación en informarse, las unas de la salud de las otras, y la enfermiza dice que aquella jaqueca la trae sin juicio y lo que la trae sin juicio es querer dar á entender que tiene jaqueca.

Apéanse á este tiempo de un coche en la puerta de la casa una mujer mayor, que tiene el marido en un gobierno en las Indias y una hija suya doncella opilada, tan sin color como si no viviera. Nadie juzgara que salía del coche para la visita sino para la sepultura. Comía esta doncella barro, linda golosina. ¿Cuánto diera esta moza por estar

enterrada, por tener la boca llena de tierra? Dios hizo á esta mujer de barro y ella con el barro se deshace. Esta y la de los parchecitos en las sienes, parece que andan buscando con qué hacerse feas. De la manera que la tierra enturbia el agua, enturbia el color puro de un rostro la tierra comida. Mucha gana parece que tiene de pecar la que come barro. Lo primero, porque comete el pecado de peor gusto de cuantos se cometen. Luego, porque siendo difícil mucho defendernos de los antojos culpables de este barro, de que somos hechos, ella echa más barro. Llegan al estrado, donde son con agasajo recibidas. Antes de sentarse dice (mirando á la doncella) la viuda:—¡Válgate Dios por muchacha, y cuál estás! Ea, de la misma manera estaba yo antes que me casara. Vanse á sentar, y la vieja con las faldas quiebra un barro de Natán que estaba sobre un bufetillo. Asústase mucho y dice á la dueña de la casa:—Amiga, yo daré satisfacción de mi descuido: del primer cajón de estos barroes que envíe el Gobernador os enviaré media docena. Mandas que toman el plazo, no son más que mentira sabrosa. La dueña de la casa dice, con una risa muy desapasionada:—La mayor merced del mundo me habéis hecho en quebrar esa sabandija, porque eran insufribles las tentaciones que me daba de beber por instantes;—y entre sí estaba diciendo: «pluguiera á Dios se te hubiera quebrado un ojo antes que el barro.» Toman almohadas y enlázanse en la conversación.

Pocas palabras habían hablado, cuando arroja en el zaguán una silla deslucida, una mujer de un hombre de buena calidad, aunque poco hacendado, pero ella muy vana. Empieza á andar, teniéndose en un escudero, en quien se tenía con harta dificultad el vestido: revividos los zapatos con humo de pez, pero tan delicados, que se iban deshaciendo como si fueran de humo. Llega á la antesala, donde esperan los gentiles hombres, y pasa por sus reverentes cortesías como si no pasara, tan derecha como si no los viera. Ciega parecía á quien adiestraba el escudero.

Los desvanecidos son descorteses, porque los tengan en más; y porque lo son los tienen en menos. Por malos correspondientes de la cortesía, nadie se la guarda. Entre muchos escarmentados está la nobleza descortés con poca más estimación, que el más habitado vulgo. Quien no pende della, no hace caso della. El noble que le hace al pobre cortesía rendida, hace del pobre idólatra. Conviértese en contienda el respeto, y el pobre no se da por vencido. Desta victoria del humilde le resulta la gloria al noble. ¡Oh hermosísima pelea, donde el vencedor y el vencido quedan gloriosos. Pasa á la pieza del primer estrado y dile al gentilhombre:—Don Alberto, ¿no tiene más caída la tapicería de casa? Y él dice: «Sí señora,» y luégo dice entre sí: «Si la echan de un tejado.» Ella va andando y diciendo: «Mayores son estas figuras; pero es mejor el dibujo de la mía, y la estofa más amena; y el otro se va sorbiendo los labios por no reirse y diciendo entre sí: «Ni aún para tapaderas de taberna ha de haber quien la compre.» Entran por el segundo estrado, y atolóndrase la mujer con la colgadura de escarlata, y como en su casa no hay, ni aun remedo suyo, que pueda servir á su fantasía de materia, vuelve contra la fortuna y dice: «Las riquezas nunca están en su lugar.» El vicio de la vanidad es el que está más cerca de la envidia. Como la gloria agena le hace más vana su gloria, no quisiera que hubiera dicha en casa agena. La vanidad se hace de aire. Este elemento por su naturaleza tiene calor remiso. Si se le acerca el calor del fuego, se enciende en un instante, porque donde no hay contrariedad, no hay resistencia. Como la envidia no halla oposición de humildad en la vanagloria, en un instante la enciende y la abrasa de envidia. Llegó al estrado, halló agasajo y lugar y ocupóle.

Mientras se saludaba la desvanecida con las otras, estaba ya en la primera puerta del cuarto otra visita. Ésta era una mujer de mucho punto, pero muy despejada. Entraba hablando apaciblemente á los que el paseo le ofrecían, di-

ciendo con donaire lo que se le ofrecía á las cosas que miraba. Llegó al estrado que ocupaban las otras visitas: por atajar cumplimientos se sentó sin almohada en medio de la alfombra, junto á un braserillo que en medio della había. Rebatía con tal gracia y desembarazo los ruegos de las otras que se dieron por vencidas. El encogimiento en los hombres, ni es culpable, ni es loable, porque se queda entre humildad y debilidad. En las mujeres es preciso. Á los hombres desvía de los aumentos, y á las mujeres la aventura la buena fama. Las mujeres desembarazadas no pierden por serlo con las personas de buen juicio, porque es señal de conciencia segura; pero con los ojos ignorantes pierden mucho, porque creen que el desahogo que teme poco á los ojos ajenos, donde ellos no están, será desenfrenado. La mujer en fin ha de ser encogida, con casi la soledad de su casa ha de estar en la calle. Con mirar poco y hablar menos, casi estará sola. La tortuga en público está encerrada. Muy dentro de si ha de estar la mujer en público: los párpados echados sobre los ojos la encubren toda; el silencio la hace ausente. Nunca está una mujer más hermosa, que cuando está dormida: nunca parece mejor una mujer, que cuando no está donde está. Empezóse á tejer entre todas una conversación muy como suya y hablaban de galas y aliños. Miraron á la cabeza á la despejada, que como la tenía sobre el brasero, fué fácil encontrar con ella, y vieron que no había en ella sino sola una lazada de colonia blanca. Dijo la viuda: «—¿Qué desaliño es ese, amiga? ¿Una sola lazada en el cabello?—¡Ay señoras de mi alma—dijo ella—qué habla nuestra amiga en la lengua de antaño! Esta ya no se llama lazada, sino estrella de Venus; y es nombre muy propio, porque como aquella estrella es la primera que sale y la primera que se quita, esta cinta es lo primero que una mujer se pone en dándose dos peinadas y lo postrero que se quita para acostarse: con que sin ocupación está una mujer tocada todo el día: pues luégo el nombre de estrella no asienta

bien sobre la oscuridad del cabello.» Entonces salió la enfermiza y dijo: «—Harto me holgara yo poder usar de esa ligereza de tocado, por estos dolores que tengo de cabeza; pero no tengo hora de paz con el secretario, si no me la ve muy aliñada; y si las doncellas no están haciendo flores todo el día para el jardín, no nos podemos averiguar con él.» Parecieron cosas muy desunidas y dijo la señora de casa: «—¿Qué jardín es ese para que se hacen en la sala las flores?—¡Hay tal pregunta!—dijo la enfermiza.—Vos no parecéis deste mundo. ¿No sabéis que la guedeja izquierda, donde se amontonan todos los aliñes de la cabeza, se llama jardín en el lenguaje nuevo? La vieja dijo entonces:—Y aun vos habiais menester en él una fuente para purgar ese lenguaje. Yo le fuí á sacar el otra día á esta muchacha una poca de felpa corta para un guarda-piés: agradóme una de un color encarnado claro, y por llevarme dos reales más por vara, dió en decir el mercader que era de color de aurora, y al cabo se salió con ello.—Bueno es, amiga—dijo la viuda—que las galas tengan hasta el nombre hermoso.» Halló entrada la desvanecida y dijo: «—Los nombres de las galas, como de las demás cosas, no han de ser hazañeros, sino propios. Cierto que me trujo mi primo ayer un corte de un hábito de chamelote de aguas de color de vinagre torcido, la mejor cosa que ví en mi vida.» La enfermiza dijo: «—Nunca ví tal vinagre, ni sé cómo sea.—Yo lo diré—dijo la desahogada.—Vinagre torcido llaman á un borracho, porque el vino que lleva en el estómago está hecho vinagre, y él lleva el cuerpo torcido, como le falta el gobierno de la razón.—Bueno por vida mía—replicó la vana—este color es un leonadillo deslavado, á manera de vinagre turbio, honesto con mucha gracia. Pues luégo es bobo el que me lo dijo, Toribio mi sastre, que sabe más que las cucarachas.» En esto estaban embebidas, cuando la doncella, que había parado con la mudanza de lugares, que ocasionaban las que entraban nuevamente junto al bufetillo en que se había que-

brado el barro, agarró ladronamente dos ó tres casquillos, metiólos en la estufilla y llevándola hacia la nariz con la una mano, como á sacarle el frío, con la otra disimuladamente llegó un casquillo de búcaro á la boca y mordióle. Rechinó el barro, es golosina quejijosa y no se queja del mal que le hacen, sino de la ofensa que se hace á Dios. Con menos razón en los principios del mundo se quejaba la encina, cuando los hombres la despojaban de su fruto para su alimento, siendo el alimento de brutos. Árbol la llamaban querelloso, eso quiere decir *quercus*, porque hacía ruido de queja al apalearle las ramas. Este árbol sentía la impropiedad, ¿qué mucho hace el barro en sentir la culpa? Reparó en la travesura de la doncella la viuda, y encarándose con ella, la dijo: «—Vaya nora mala, eche ese barro de la boca, ¿piensa que no la vemos?» La moza se sonrió y escupió el barro. Engarrafóse della, sacóla del manguito el hurto y arrojólo en mitad de la sala. La madre viendo aquello, dijo: «—Amigas, esta mala hembra ha de acabar con mi vida antes que con la suya. Por verme sin ella, la he de casar con el primero que pasare por la calle.» Decía entonces entre sí la doncella: «Nunca otro mal me haga.» La despejada dijo: «—¿Muchacha, el barro do fuistes hecha comes? No ves que es incesto en la golosina?» Echó la desvanecida su contrapunto y dijo: «—Yo he tenido casi hasta hoy ese vicio, pero con más disculpa, porque hacía unas pastillas de barro con azúcar y mucho almizcle; pero mi primo, Dios le guarde, me ha reñido de manera que se me ha quitado.» Á esta mujer la hacía la vanidad hipócrita de los vicios: la tacha que no tenía se aplicaba por ser aun en lo malo más que los otros. Fingir las virtudes para engañar, malo es: ¿qué será fingir los vicios para desvanecerse? No había cosa en que no picase su vanidad, hasta en llamar á su marido, primo. Deste término suele usar la nobleza muy alta, huyendo las mujeres de decir mi marido y los hombres de decir mi mujer. Las más veces son deudos, y usan del nombre del parentesco, por no usar

de los nombres del matrimonio. No sé si lo aciertan. Confieso que esto tuvo el principio en la honestidad, mas no parece es atención acertada. Muy honesto es el matrimonio y parece que le calumnian los que siendo esposos en lo secreto, son parientes en lo público. Por mejores tengo los nombres que da un sacramento, que los que da la sangre. En la palabra marido, se halla cariño y matrimonio; en la palabra primo se desaparece el matrimonio y no entra la significación del cariño. Esta mujer se primeaba con su marido, por sonar á gran señora: y cuando en la nobleza suma fuera este lenguaje acertado, en los que tienen menos quilates es monería ridícula.

Interrumpió la conversación el chocolate. Á esta manera de merienda, porque le viene largo el nombre, se llama agasajo. Salieron con él dos doncellas, que arrodilladas le servían. La bebida es saludable, el modo de servirla injusto. Disminuídas aquellas criadas en la tercia parte de su estatura, (de rodillas digo) se confesaban todo aquello menores que la mujer á quien servían: que aunque se arrodillaban á las otras, era en virtud de su dueño, que daba el dominio de su casa á las visitas, antigua y discreta urbanidad mientras en ella estaban.

Pero no son todos malos en el mundo. Yo diré lo que pasó en mi presencia (quiera Dios que sirva de ejemplo á muchos). Á esta Corte vino del ejército de Cataluña un capitán de caballos, castellano viejo, hombre valentonazo, sumamente colérico y muy sencillo. Dióle una ceatica que le hacia de peor condición. Levantábase, pero no salía de casa. Éramos amigos, y fuíle á ver una tarde. Estando en conversación en dos sillas, llamaron á la puerta, que no estaba más que encajada, y él dijo en tono regañado: «Éntre quien es. Entró una mujer de buena estatura, de edad moza y no de mal parecer, con una capa negra en la cabeza y una cedulilla en la mano. Él, así como la vió, la dijo: —« ¿Qué quiere, señora? Ella respondió: —Señor; en el Buen Suceso me han dado esta cedulilla, porque dicen

que vuesa merced busca criada, y vengo á ver si vuesa merced quiere recibirme. Él dijo: — Es verdad; criada he menester, mire qué la tengo de dar. La mujer respondió: — Diez y seis reales de salario y catorce cuartos de ración. Á que él dijo con harto mal semblante: — Hermana, vos sois ladrona; idos de ahí en hora mala. La mujer respondió, virtiéndole sangre el rostro con la vergüenza del ultraje: — Señor, yo no soy ladrona. Lo que le he pedido á vuesa merced es lo menos que se le puede pedir, y lo que dan en todas partes. — Y aun por eso digo yo que sois ladrona, replicó él, porque ¿cómo es posible que os sustentéis con eso, si no es comiéndome la mitad de mi comida? La cuenta está en la mano. Una libra de carnero vale once cuartos y medio; un pan, cinco; medio azumbre de vino malo y aguado, siete; y cualquiera golosina que queráis añadir, que sí querréis, no os la han de dar de balde. Pues, ¿cómo queréis vos hacerme creer á mí, siendo esto lo preciso para tenerse un cuerpo en pié, que os habéis de sustentar con catorce cuartos? Hermana mía, tres reales y medio os he de dar cada día, si los quisiéreis, y si no idos con la Madre de Dios. La mujer respondió: — Señor, el partido es ventajoso, yo lo admito y lo agradezco.» Hasta aquí es lo que de este cuento hace á mi propósito; pero pondré lo que falta, porque á mi parecer hará gustosa risa. La mujer prosiguió diciendo: — «Si vuesa merced quiere fiador, tengo quien me fie. — Yo, hija, ¿para qué lo quiero? — respondió el capitán. — Por el miedo que me has de tener, si me llevas algo, te lo perdono. Sólo una cosa te ruego, y es que los primeros días, cuando todos los criados sirven bien, me sirvas mal; porque si me acostumbras á buen servicio y luégo me das con el malo, no habrá hora de paz en esta casa. La mujer dijo: — Yo procuraré siempre agradar á vuesa merced, y ahora con su licencia voy por mi arca. El capitán se andaba paseando, iba la mujer á salir por la puerta, y él la dijo: — Vuelve acá, mira. La moza volvió á la sala, y él prosiguió de esta

manera: — Hija mía, no eres muy vieja, y yo no sé qué complexión tienes. No me meto en tu honestidad, que no me he de casar contigo. El bien ó el mal que hicieres, para ti lo harás: pero ¡ voto á Dios! que si me traes sombras á casa, que te dé tan grande bofetada. Y diciendo y haciendo levantó la mano y la dió tan fiera gaznatada, que dió con ella en aquel suelo. Él volvió las espaldas sonriéndose viendo el disparate que había hecho, y en mí hubiera hecho la risa lo que en la mujer el golpe, si no me cogiera sentado. Ella se levantó diciendo: — ¡ Dios de mi alma! ¿ Qué señor es éste? El hombre la dijo: — Ven acá, no se te dé nada, que con esto no volveremos á reñir en toda la vida. ¡ Muchacho! dale de beber á esta moza.» Dióla el criado una taza grande de vino bueno, y él sacó de la faltriquera un real de á dos y se le dió para que trajese su hato, diciendo que aquel no entraba en la cuenta. La mujer lo tomó y se fué. En quedando solos me dijo: — « Amigo, cuando le dije lo de las sombras, se me representó que las traía, arrebatóme el enojo y díle el sopapo. En lo que toca al partido, me parece que he hecho una cosa cuerda: porque de esa otra manera, ó ella me matara de hambre comiendo mi comida, ó me muriera de verla á ella morir de hambre.» Pasamos á otra conversación, y cuando yo pensé que la mujer huyera del hombre siete parroquias, hela aquí entrar con su arca. Quedó en su servicio, y tan bien hallada, que le sirvió hasta que él murió, que fué de allí á dos años. Lo que pretendo que se saque de la narración, es, que lo que se les señale de alimento á los criados, sea lo que basta para que coman, no lo que basta para hacerlos creer que comen. El hacerse servir por ellos de rodillas, no siendo Dios, ni rey, es soberbia muy desamedrentada. Que no hay quien sea Dios, si no es Dios, no es dudable. Los reyes ya se sabe los que lo son. Quererse tomar adoración de rey el que no lo es, es detestable arrojamiento.

Recogen las criadas las vasijas en que han bebido el

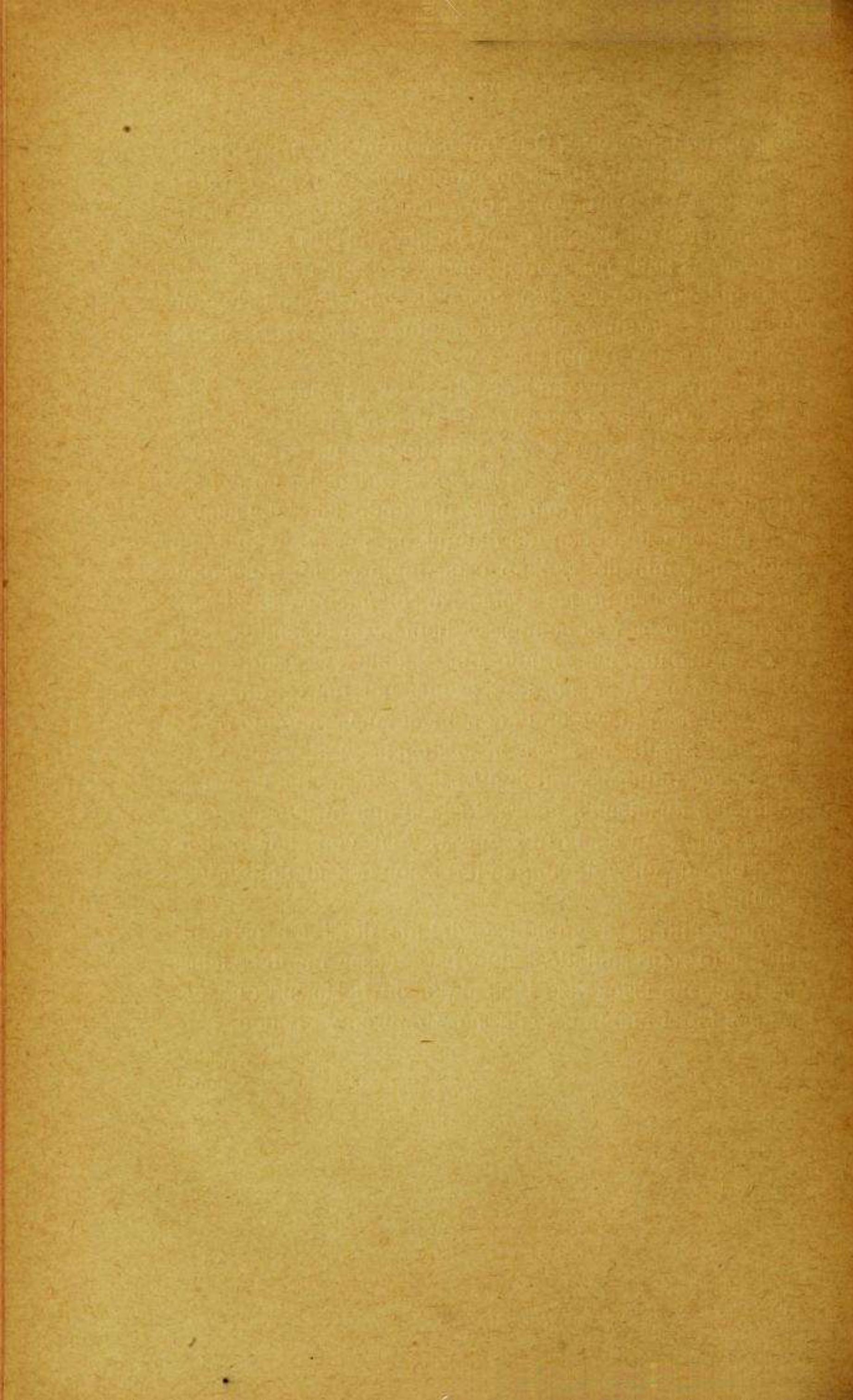
chocolate y quedan las visitas alabándole. Habla cada una en el que tiene en su casa. La desvanecida dice que el que ella tenía le hizo en un Convento de monjas de Guajaca para la reina, y que su primo á fuerza de dinero le extravió y se le envió á ella. Los desvanecidos son los molinos de viento de las conversaciones, y como nunca el viento les falta, están moliendo siempre á los que los escuchan. La enfermiza dice que no es malo el chocolate que se hace en su casa; pero que su marido es tan bueno, que á título de presentársele á personas de quien necesita para sus negocios, se le envia á su dama y la deja á ella á que se desayune con miel rosada. Revuélvensele, con las preguntas de las otras, los celos y dice cuántos defectos tiene el marido. Este es un gran defecto. Yo no pretendo que en las casadas no haga sonido de queja el golpe del agravio, que fuera pretender novedades en la naturaleza. El agua es elemento muy blando, y si la hieren se queja. Quéjense, pero quéjense como el agua. Un gemido tras el golpe y algunas lágrimas. De aquel golpe no hay más queja, ni hay más llanto. La casada cuerda gima y llore junto al marido que la injuria, en voz blanda y llanto ligero; ella descansa y á él le dispone para la enmienda; pero pasado el primer dolor del golpe, y ausente el esposo que le hizo, no se vea en ella, no se oiga ni más llanto, ni más queja. No puedo dejar de decir esto á los hombres, porque la ocasión me llama. Una de las mayores crueldades que se cometen en el mundo, es la que hace un hombre casado con su mujer, dándole celos evidentes. Si no hubiera nacido para él más que aquella mujer que le dió el matrimonio, ¿cómo sintiera que se le despegara? (Apártome de las mordeduras de la honra, y no hablo más que en la sensibilidad de amante). Fuera para él terrible tormento. Pues para una mujer casada, que es la que debe, no ha nacido más hombre que el que tiene. Véase ahora cómo sentirá el que se le desvie. Sin duda alguna es dolor mortal.

Múdase la conversación y hablan en cosas de comer.

Dice la doncella que lo que mejor le sabe, fuera del barro, son las cosas de leche. La dueña de la casa dice:—«Hoy á medio día comimos la mejor leche helada que los nacidos han visto, y aun pienso que ahora hay una poca. — Por amor de Dios que la traigan, —dijo la doncella—y ella mandó á sus doncellas que trajesen la que había.» Trajéronla, y fué tanta, que hubo para todas y todas la comieron. ¡Cuáles andarían los estómagos de estas mujeres, para hermanar la leche con el chocolate! Tan natural cosa es, como no haber paz en la casa donde hay mujeres, haber en los estómagos de las mujeres guerra con los enemigos que comen. Dijo la viuda, acabando con la que le había quedado, y recogiendo con la lengua la que se le había quedado en los labios: «¡ Oh! si estuviera aquí Doña Fulana! Por otra amiga de todas, y qué buena tarde hubiera tenido, porque muere y pena por estas cosas. Dijo la vieja: —« Muchos días há que no se deja ver, tiene poca paz en su casa. Salió la desvanecida y dijo: —Las mujeres no basta que sean honradas, que es menester que lo parezcan. Su marido ha sospechado algo por sus ojos, quizá á ella no le ha pasado por el pensamiento. La despejada dijo: — La sangre ruin engendra pensamientos ruines. Ella cumple con su obligación y el picaro no merecía descalzarla. La enfermiza, para averiguar lo que había en aquello, dijo: — En verdad que le tenía yo por hombre calificado. — ¡ Qué calificado! — dijo la despejada,—mi padre conoció á su abuelo y dice lo que ellos son.» Con este resbalón, dió la mujer tan gran caída contra la honra de aquel hombre, que la hizo mil pedazos. La viuda, á título de hacerle al hombre justicia, dijo: —« No le echemos toda la culpa al marido, que verdaderamente la amistad de aquella vecina de abajo ha estragado mucho á nuestra amiga. Y por esta abertura se entró á decir cosas de la mujer, que eran para taparse los oídos. — ¡ Qué frío tengo el estómago!—dijo la enfermiza; y compadecida mandó la dueña de la casa que sacasen hipocrás. Bebiéronle todas

sólo porque le vieron. ¡ Qué lindo veneno labraron de tres cosas buenas! Prosiguióse la murmuración y no pararon hasta que se despidieron. ¡ Qué buena labor hace entre estas mujeres un pececillo que llaman púrpura, que entre dos conchas náda las profundidades del mar de Tiro! Este es tan goloso, que le suele costar la vida. Tiene la lengua tan aguda y tan dura como una espina. Suele introducirla por donde ajustan mal las conchas de otros peces, que también viven entre conchas. Ellos por defenderse se fatigan. Él, por que la presa no se escape, no se despega. Con la agitación del medroso se le hincha el agua al atrevido, duélele y quiere sacarla, y como está hinchada, no puede. Colgado muere de su golosina: luchando con ella acaba. En la lengua está el sentido del gusto; por el gusto de su apetito han tomado veneno estas mujeres. Muy dichosas son si su golosina no las acaba. No solamente está el sentido del gusto para la comida y bebida en la lengua, sino para la murmuración. Como una espina (ya está dicho) tiene la lengua la púrpura, y espina tan fuerte, que pasa con ella lo más fuerte de la concha del más bien guardado marisco. Por allí le chupa la sustancia vital, por allí le mata. Estas mujeres, con la dureza de su lengua desarmaron la bien fortalecida honra de la mujer ausente. Agotáronle la fama sin más fruto que regalar con ellas la lengua. ¡ Oh púrpuras de lengua feroz con dos tan detestables golosinas!

Señoras, no es la santa tarde del día de fiesta para los vicios aquí representados, sino para cesar en los vicios. Para interrumpirlos hizo Dios el día de fiesta, porque dejándolos tan á menudo se desacostumbren y olviden.





EL JARDÍN

EL escudo de armas de los anglos, es rosas y leones. El mismo escudo tiene el deleite, holgura y estrago. Placeres hay que acaricien; pero entre los placeres leones que despedacen. Presto se hará esto patente.

Conciertan por el mes de mayo cinco amigos juntarse en un jardín la tarde de un día de fiesta. Encárgase de un plato para la merienda cada uno, porque no se tiene por vivos los que no echan á perder el tiempo que viven. Llegó el día señalado, y júntanse cerca del jardín todos. Entran, y aquel todo repentino hace á los ojos repentino y sabroso agasajo. Páranse en la primera estancia como cobardeando el darse de golpe á todo el gusto de aquella selva. Entran á quitarse las capas y espadas en una sala que hay con sillas, bufetes y pinturas. Las sillas, las que sobran en casa de su dueño. Los bufetes, los que bastan. Las pinturas, las que son de allí naturales: fábulas, mujeres y hombres desnudos. Mal logro tenga de su habilidad

quien los pinta. ¿No bastan para la conciencia los riesgos vivos, sin que le añadan riesgos pintados? ¿Tan sin enemigos está un alma que la aumentan enemigos? El que compra estas pinturas, ¿no ve que mete en su jardín demonios? Si en lo hermoso las desconoce, conozca que lo son por lo hermoso. Aquellas figuras pintadas son demonios vivos. Bien puede ser su jardín paraíso sin que en él haya demonio.

Salen ya aligerados de alguna parte del peso del adorno y van á parar á una fuente que engalanándose de una garzota de agua, la vierte en una taza de alabastro, de muchas maneras apacible, riendo como Aurora, bullendo como fuego de nieve, brillando como cristal, sonando como cítara, y oliendo con la fragancia de las flores, que con ella se mezcla, á agua destilada de flores. ¡Valedme Dios, y qué parecidos son los hombres al agua! El agua nunca es pura, la diferencia de sabores que tiene lo certifica; la tierra por donde pasa le da el sabor. Hermosa es siempre, pero con diferentes sabores. Estos que están junto á esta fuente todos son aliñados y limpios. Uno brilla como verdad, y en lo profundo de su trato hay verdad poca. Otro ríe tan sin saber, porque es como la Aurora. Otro bulle incansablemente como si por de dentro estuviera hecho de llamas. Otro suena á entendido y es un insensato. Otro huele á muchas cosas buenas, pero no tiene de ellas más que el olor. El bullicioso empieza á burlarse de manos, el risueño lo celebra, el bachiller lo acusa, el cabal se desvía, y el afectado se cansa. Las burlas de manos suelen traer pendencias de muchas veras. Los hombres son como el fuego, que quisieran abrasar á quien los toca. No hay cosa manoseada, que no se desluzca. No hay hombre que no se enfade de que le manoseen, porque ve que es deslucirse. Las burlas de manos no son ofensa; pero son un retrato muy parecido. En los retratos no hay nada, pero hacen presente lo que figuran. Á las cosas retratadas, las trata la vista como á verdaderas. No hay injuria en las burlas de

manos, pero tienen presencia de injuria: mientras se padecen, lo parecen.

Divídense de dos en dos por las calles del jardín, y el risueño anda de unos en otros. Quedan los unos en una calle, que por una parte es pared cubierta de jazmines, y por otra vallado de rosales. La pared estrellada de aquellas radiantes y olorosas flores, finge un cielo verde. Penden los jazmines, y parecen luceros que cuelgan. Muévelos el aire, y se juzga que llega el aire al cielo. Por esotro lado aquellas generosas zarzas están tan llenas, tan cubiertas de rosas, que á no estar el sitio tan fresco creyeran los ojos que se quemaban. Detiénense allí, y añaden al agrado del sitio, del alterno razonar el deleite. Apenas deja acabar razón el estruendo enfadoso del risueño. Los otros toman otra calle que es por una parte pared de naranjos, y por otra pretil de murtas. En la pared, ni se pueden sufrir, ni dejar de olorosos los azahares. Las murtas son embarazo discreto para que la mano no llegue á las flores, de que se están enamorando los ojos. Muchas se ven y varias, y en alguna de ellas variedad de muchas. Allí se mira el tulipán que no parece flor, sino ramillete. Allí la clavellina con pintas de sangre, falsas y hermosas señas de viviente. Allí el jacinto hecho de menudos pedazos de cielo. Allí el clavel con su misma fragancia abochornado, y allí la azucena, copa de plata en que bebe el sol aljófara y en que bebe aromas el aire. Estando en este embeleso suave, llega el risueño, diciendo: «— ¡Graciosísima gente están nuestros compañeros! Empezamos á hablar de un hombre conocido de todos, y dijo Don Fulano, que era hombre á quien una felicidad hacía más soberbio que á un francés, y á quien una infelicidad hacía más abatido que á un gallego: y luégo don Zutano, que pienso que se nos ha de quedar en el jardín por mortal, añadió muy ponderado que los bobos son como el marisco, que crecen y menguan con las lunas. Que aquellos con la dicha se hinchan, y con la desdicha se embeben. Y que el varón cuerdo siempre

es uno.» Y acabó la cláusula en una risada. Uno de los que lo oían, dijo, que habían hecho muy mal de nombrar á su conocido para hallarle ó ponerle una tacha: que lo uno no era caridad, y lo otro no era justicia. Pero que era verdadera la proposición general, y su comparación ajustada. Él se volvió á reir, y uno de los que allí estaban, dijo:— «Hombre, déjanos hablar un rato en juicio», y asomándose los dos de nuevo á las murtas, empezaron á discurrir. Estúvolos oyendo un buen rato el risueño, y luégo partió dando risadas hacia los otros á decirles lo que había oido. Grajo enfadoso, que andas graznando de rama en rama, y llevando y trayendo cuentos, sosiégate y no atiendas á lo malo, y escucha y toma lo bueno. En llegando, les dijo: «—Amigos, bravo negocio, nuestros compañeros son ya hombres de importancia, que gobiernan el mundo.— «¡Cómo!» dijeron los otros. Y él dijo: «—Sabréis que Fulano, que era uno de los otros dos, reparó, mirando á un cuadro de diferentes flores, en que era el sol autor y padre suyo, y que luégo las fiaba á la alquilada atención de un jardine-ro. Á que el secretario (éste era el otro compañero), añadió que desta manera eran las monarquías, y era preciso que fuesen, pena de no ser bien gobernadas. El príncipe soberano es el sol de una república, y padre común de sus vasallos. No puede acudir á las conveniencias de todos á un mismo tiempo, entrégales á ministros dotados de buena fama. Alquilales el desvelo, y págasele muy bien. ¿Pero basta esto? No basta, que es menester que dé de cuando en cuando atención singular á cada cosa. Así lo hace el sol con sus flores y plantas; entrégalas, pero visítalas, aunque se interpongan la tierra de algunos embarazos y la tierra de algunos engaños, al cabo da vuelta á la tierra, deshace las nubes, y va visitando por menor las cosas de su cargo. Con solos los jardineros, por buenos que sean, no estará bueno un jardín; es menester que le dé el sol de cuando en cuando.» Á esto dijo uno de los que le escuchaban: «—¿Y de eso hacéis burla? Yo me holgara mucho de haberlo

dicho. Esa es verdad muy cierta; con un ejemplo muy claro la haré más clara. Los reyes entregan á amas sus hijos recién nacidos: infelicidad precisa de los hijos, y dolor inexcusable de los padres. Las amas por la mayor parte cuidan de aquel racional que se les entrega, con desvelo y cariño. No parecen asalariados el cariño y desvelo, sino paternales. Tras todo esto, si el padre natural no le ve de cuando en cuando, y se hace capaz del tratamiento, pasara la criatura muchas descomodidades. El príncipe soberano es padre y señor natural de sus súbditos. No puede acudir á todas las cosas de su conservación por sí mismo, porque no caben en una comprehensión; grande infelicidad de sus vasallos, encárgaselos á sus ministros. Muchos son los que hacen su obligación con rectitud y cariño. Tras todo esto es menester la atención particular del príncipe. Padecerán mucho aquellas gentes de que Dios le tiene encargado.—Bueno, dijo el risueño, pensé descansar de los otros bobos, y he venido adonde añaden cansancios. Los jardines son lugar de bobear y no discurrir. Vamos de aquí, señores.»

Fueron andando, y salieron á un mismo tiempo con los otros á una calle través, á quien tapaban el cielo con otro cielo unos hermosísimos emparrados. Juntáronse todos, y fueron saliendo por entre unos frutales á un claro de menos aliño, donde en una pared anciana, cubierta de yedras, estaba embebida una fuente en los remedos de una gruta. Tenía á los dos lados unos escaños de madera teñida de verde. En el de mano derecha estaba sentado un hombre de edad madura, aun más encanecido que viejo, de rostro mal figurado, de aspecto profundo y de silencio misterioso. El hombre era de capa y espada; su vestido de bayeta que empezó por octubre, no podía estar buena por mayo. La ropilla daba señas de tratada con descuido. En descuidándose la fortuna con el aliño de un hombre, se descuida él con el aliño. Tenía en la mano izquierda la mejilla, y en la derecha una hoja de la yedra y una rosa. Los ojos tan

hacia su pensamiento, que aun á los que tenía delante no veía. Uno de los que iban en la tropa festiva, dijo, parando á los otros: «—¿No conocéis aquel hombre?» Uno de ellos respondió: «—Sí. Aquel hombre es don Fulano, de quien he oído decir que es hombre, no de corto entendimiento y de larga lección.» Otro de ellos: «—Este hombre ha escrito muchos versos y prosas, con admiración de algunos, con aprobación de muchos, y con desprecio de otros. — Con esos altos y bajos, dijo el bullicioso, han tenido la fama todos los que la han tenido.—Nada hay tan bueno que contente á todos; pero siempre es bueno lo que por mucho tiempo contenta á muchos. No hay entre los mortales obra sin tacha. No hay entendimiento bueno que lo parezca, si no le perdonan algo. Los ignorantes no saben de esta benignidad, por eso les cansa todo. Los entendidos, enamorados de lo bueno, pasan con humanidad por forzoso lo malo. Algo tiene bueno este hombre, porque he oído hablar bien de él á muchos entendidos.—Presto lo veremos, dijo el risueño, y él es muy desdichado, si no hay buen cerebro detrás de aquella cara.» Fueron andando hacia él, y llamáronle por su nombre. El hombre alzó los ojos, púsose en pié, y recibiólos con agradable cortesanía. Preguntáronle qué hacía allí tan retirado. Y él respondió que se había entrado en aquel jardín, huyendo del polvo de las calles, porque le fatigaba la respiración, y que luego se retiró á aquel sitio por no ser tropiezo á los que entraban en el jardín á holgarse: y que había elegido por compañeros aquella hoja de yedra y aquella rosa. «—¡Oh lo que vuestra merced habrá sobre ellas discurrido!» dijo uno de ellos maliciosamente. Y él respondió: «—Á ingenio tan pesado como el mío, son poca espuela tan sutiles cosas. Cuantas hojas hay en este jardín y en el mundo, son lenguas celestiales: mas yo, ó las entiendo muy poco, ó no las entiendo; pero diré lo que me pasa. Cuando llegué á tomar en la yedra esta hoja, se me representaron la pobreza y la vejez. La yedra siempre se abraza, ó con pared

vieja, ó árbol viejo. Pero el abrazo no es amor, si no lucha: para derribarle le abraza. La pobreza grande siempre elige viejos. Abrázase con ellos, hasta que da con ellos, ó en pobre, ó limosnera sepultura. No puedo negar que me desconsoló la representación; pero luégo me consoló esta rosa. Es flor que la producen espinas. Las aplicaciones codiciosas son las espinas que llevan estas flores: unos gustos momentáneos que, ó los desbarata el aire, ó pocas horas los deshojan; y para gozarlos, se mueve un corazón entre espinas; mal por mal, mejor es pobreza desagradable que riqueza arañadora.—Harta lástima es, dijo uno de ellos, que vuestra merced no tenga muchas comodidades: y ahora andemos, andemos un poco: gozará vuestra merced de todo el jardín, y nosotros de su amena conversación.»

Pasaron adelante, y vió uno un jilguerillo enjaulado, y no preso, en una rama de rosal. Preguntóle al anciano ¿qué causa había natural para que las plumas de aquel pajarillo saliesen de tan diferentes colores? Y él respondió con semblante aplacible y voz mansa: «—No lo sé.» «Más vale saber decir esto, dijo el bullicioso, que saberlo,» y partió hacia una ventana que caía al paseo público. Ellos quedaron acá haciendo discursos á tiento: dolencia ordinaria de hombres sin letras. En esto estaban cuando oyeron decir al bullicioso en alta voz, mirando al campo, «si van por la puerta.» Preguntáronle ¿qué era aquello? Y él dijo: «—Nuestra madre Leonarda (ésta era una vieja acarreadora de vicios, que está con tres sobrinas postizas) me ha preguntado si podría venir acá, y yo la he dicho que sí. Y á fe que no tienen las parientas nuevas muy desordenadas las caras.» No entristeció á los otros la nueva y el viejo se mesuró. Fueron andando hacia la puerta al tiempo que cerca de ella estaba uno de los criados que habían traído parte de la merienda, regateando el porte con bien malas palabras con unos esportillos descaperuzados, que porque son pobrísimos los quieren todos hacer más pobres, sisándoles el justo estipendio de su trabajo. Grande injusticia, dura

impiedad. ¿Qué pensarán que son los esportilleros en la República? Unos de los pobres más miserables que hay en ella. Ellos son tan encogidamente pobres, que parece que piden limosna con su trabajo, que juzgan que están obligados á trabajar y que casi piensan que lo que trabajan no es digno de precio. Tan corto es el que toman y el que piden. Tan sumamente son bien aplicados que para trabajar, trabajan. Desdicha que sólo á ellos sucede en el mundo. Para que los ocupen andan ocupados y oprimidos de una espuerta de esparto, que pesa por lo menos media arroba. Cuando está vacía, la cuerda de que pende les asierra el hombro izquierdo. Cuando está cargada se lo corta. Ellos son los jumentos racionales de España y los más baratos jumentos. Como á una bestia los carga cualquiera, como á una bestia los manda. Menos el palo, padecen la misma fortuna que una bestia. Y los que los ocupan son tan inhumanos que aún los quisieran más bestias, porque sufriesen más carga y no supiesen pedir. Fuéronse en fin, bien ofendidos y mal premiados. Aún se oían sus quejas cuando llegaron á la puerta Leonarda y su conducta. Entró con grande desembarazo y las mujeres con un poco de vergüenza. ¡Oh mala mujer!

Ya sonaban en un cenador cubierto de jazmines los aparatos de la merienda. Este ruido fué muy gustoso para las mujeres, por indicio de que no era de todo punto inútil la tarde. Porque han comido son lascivos los hombres, pero las mujeres por comer y porque han comido. Encendióse la conversación en deshonestísimas palabras. Ya tan sin razón se procedía, que parecían irracionales con articulación de palabras. La encantadora Circe sólo á Ulises no pudo convertir en bruto, y fué porque no le pudo hacer lascivo. Los deshonestos son brutos con piel de racionales. En grande rato no cayeron los hombres en que el anciano se había ido, y cuando cayeron no lo ponderaron. Pues á fe que tiene muy alto el grito el silencio: bien pudieron oír aquella reprensión sin palabras.

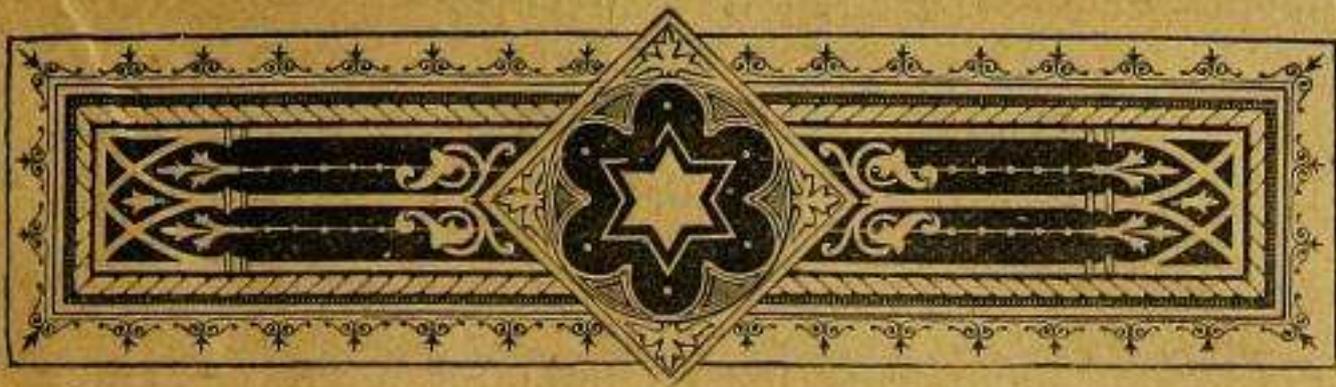
Llamáronlos á merendar, é iban hablando con las mujeres. Pasaban por junto á un cuadro en que había cinco fuentes pequeñas, que sin aparato de copas salían por entre las flores á que las flores les sirviesen de copas, fiel retrato de aquellos sentidos derramados en deleites. Detuvo á una mozuela la hermosura del cuadro, y quedóse con ella el que con ella iba. Paróse Leonarda junto á ellos, y pareciéndole aquella buena ocasión de subirle de precio al hombre el pecado, dijo:—«Ah, Leonorica, harto mejor jardín era el que tú tenías en Granada en casa de tu tío el Veinticuatro. ¿Quién te dijera que habías de parar en esto? Pero no importa, que al cabo vendrá á ser tuya su hacienda, que no tenía hijos, y piensa que estás en la Corte en servicio de una gran señora.» El hombre, aunque no lo creyó de todo punto por la duda, empezó á hacer más estimación de la mujer para darle más por la deshonra. Mentiras hay tan esforzadas, que aun conociéndose que lo son, consiguen parte del efecto á que miran.

Llegaron á la mesa y sentáronse, ladeándose los hombres con aquella mujer que apetecían. Sentóse Leonarda en la cabecera de la mesa (que hay culpas tan dichosas, que gozan el premio de los méritos) y uno de los hombres, que estaba ocioso porque no había mujer que le ocupase, empezó á hacer platos. Comían de dos en dos, y una de las mujeres estaba algo desapacible con las caricias del que la galanteaba. Cansóse Leonarda, y dijo:—«Muchacha, no seas tonta, que Juan merece mucho y lo hará muy bien contigo: conocerásle y verás cómo no te engaña, y es demasiado desvanecimiento hacer lo que no hacen tus compañeras. Bien haya Luisica, que roba con su agrado los corazones.»

Despertaron las ensaladas el apetito y el vino la sensualidad. Con ansia se comía, con libertad se obraba. No parecían sino animales de la piara de Epicuro. Bebíase muy á menudo, como en sacrificio de la salud agena. Lo que yo aseguro es, que no era rogativa para la salud propia.

Este solo rastro ha quedado de la idolatría en nuestras naciones. Por la salud agena beben; quien ha de dar esta salud ha de ser divino. Para el Dios verdadero, no es un vicio sacrificio aceptable. No fuera ilación temeraria sacar de aquí que algo falsamente divino suponen. Bien veo que no lo suponen, y que sin más razón que porque lo han visto hacer lo hacen. Ignorancia es, pero ignorancia que parece que hace idolatría implícita, y que se incorpora con el error de los que adoraron dioses falsos. Por una salud agena, que no ha de medrar por aquello, dan la vida propia. Si no es imitación de la barbaridad idólatra, emparentada con ella. Este modo, en fin, de obligar á beber bebiendo, es vicio dañosísimo en Europa: muchas vidas cuesta, muchos secretos ha descubierto, muchas honras ha desmantelado, muchas pependencias ha movido. De miedo de estos males inventaron los romanos primitivos el beso de la urbanidad, porque registrase cada uno su templanza ó destemplanza en el rostro ageno, porque de vergüenza de los unos, no bebiesen cantidad de vino que les pudiese salir á la respiración á los otros. Aguda providencia.

Anocheció, acabóse la merienda y volvieron á derramarse por las calles del jardín. ¡ Ay Dios! ¡ Ay Dios!



LOS LIBROS

SIN utilidad nos vemos en los ajenos ojos, con utilidad en las palabras ajenas. En ellos nos vemos muchas veces, veámonos muchas veces en ellas. Esto se consigue leyendo. El más perdido se halla en un libro; muy perdido será si no se recoge. Muchos hay de tan buena elección que pasan leyendo la tarde del día de fiesta: algunos hay, de los que leyendo se entretienen, que tienen mala elección.

Acaba de comer la doncella recogida el día sagrado; no ha de salir de casa aquella tarde, no ha de coger la calle ni aun por la ventana, y toma un libro para entretenerse. ¡Qué bueno, si fuese bueno el libro! Toma uno de comedias. Erró la tarde. Empieza á leer blandamente. Vase encendiendo la comedia, y ella, revestida de aquel afecto, va leyendo y representando. Engólfase en una relación en que hay dos mil boberías de sonido agradable. Enamórase

de ella y determina tomarla de memoria, para lucir en las holguras recias. Llega á un paso tierno en que la dama se despide de su galán, porque su padre la casa violentamente con otro, y le dice que á él le lleva en el alma, que nada le podrá echar de ella. La doncella lo lee con el mismo desasimiento que pudiera si le estuviera sucediendo el caso. Y le está pareciendo que si le sucediera, fuera razón hacer lo mismo. Va andando por un paso de chanza que es puerto para llegar á uno de celos, y se enfria como en un puerto. En los celos toma palabras con qué reñirlos cuando los tenga, y desea tenerlos por usar de las palabras. Ve luégo una fineza que hace la dama por el galán aventurando su reputación, y parécele cosa de grande alabanza hacer de aquellas finezas. Al cabo aderezan un casamiento todos estos errores, y acábase la comedia. La moza queda doctrinada de amante, de celosa y de fina. Es muy contingente que use con quien las galantea de las enseñanzas: y como allí no hay poeta que los case, se puede quedar con su amor, sus celos y sus finezas, y sin marido.

Los libros de diversión han de servirnos como los espejos. De los espejos usamos para ver en ellos los descuidos, los defectos de nuestras personas y corregirlos, no los agenos errores para aprenderlos. No hay espejo en que no se vea el que le tiene delante; tampoco había de haber en el mundo libros que no avisasen de sus defectos á los que los leen, y que enseñen más defectos. No quiero decir que todas las comedias son malos modelos para hacer costumbres: muchas hay de muy buen ejemplo, de sucesos que escarmientan sin lastimar, y que son letra que entra con agena sangre. Las comedias que más acuso son las que llaman de capa y espada, porque estas, desde el principio al fin, están hirviendo en afectos de amor. Las otras, que llaman de caso, y que ordinariamente son de buena proposición, no las juzgo dañosas; pero no aconsejo que las lean. La razón es, porque de necesidad inevitable tienen muchos pasos de amores, y quien no sabe en-

tresacar lo bueno, mezclado con lo que no lo es, hace mezcla totalmente mala.

Acaba de comer el día de fiesta el hombre casado, vase á holgar, y deja su mujer en casa aún más sola que el día de trabajo, porque en este la labor la acompaña. No puede trabajar, y quiere divertirse: toma un libro de narraciones amatorias, á esto llaman novelas: éntrase en un balcón, que es un aposento de celosías: siéntase con las espaldas á la calle y abre el libro. Empieza á leer, vuelve de cuando en cuando á la calle los ojos, y revócaselos la dependencia del cuento, porque en esta lectura el principio hace gana casi incorregible de llegar al fin. No es mal efecto de este libro el apartar los ojos de esta mujer de la diversidad peligrosa de una calle. Fuera de esto es lección adornada, á largas distancias, de sentencias que hablan con agrado y utilidad á la oreja del corazón. Luego no mueve ni embra-vece tanto los afectos como la comedia, porque habla como que cuenta, y no como que padece. Más tiene este libro de inútil que de útil; pero poco de peligroso. No le doy por malo, pero quisiérale mejor. El ocio no es hacer nada, porque este es ocio de muertos, sino hacer algo que deleite ó que no fatigue. En el ocio, en no haciendo algo bueno es preciso caer en hacer algo malo, que aunque ello no sea malo por su naturaleza, lo es porque embaraza para hacer algo bueno. Y así es menester elegir buen ocio.

Toma el seglar, que estudió un poco de latín, después de comer el día de fiesta, un libro, el primero que se topa en un estantillo que tiene en un rincón de su dormitorio, acierta á ser de suspiros sonoros de poetas enamorados de versos nupciales, con poca honestidad escritos, de blandas elegías, que ponen delante de los ojos cosas en que se quiebra los ojos el alma. Empieza á leer con una atención segura y obediente. Vase endulzando, y lee con golosina, como con miedo de que se le acabe lo que lee. Toma en la voz el sonido de aquel afecto, y parece que

está aquel afecto en el corazón, de que sale aquella voz. Leídas con espacio y gusto, quedan por familiares de aquel corazón aquellas palabras, y sirven después de lo que en algunas familias algunos criados: de sólo hacer alcahueterías. Parécele luego á este hombre que son de la misma especie que este libro las Rimas humanas, y toma unas rimas. Lee un soneto doloroso en la ausencia de una dama, un romance á un sueño, con el favor de una cinta, unas décimas rabiosas con unos celos, y una canción lastimosa en una despedida. ¡Que haya quien gaste en esto la tarde santa del día de fiesta! Esto es más que aprender la lengua de la sensualidad, y encenderse en los afectos en que se gasta aquella lengua.

Acuérdase, después de comer el día de fiesta, un mozo de los que desean parecer de todas buenas partes, de que ha de ir aquella noche á la academia, y que aún no ha escrito el asunto que le fué encomendado. El parecer poeta es la cosa más fácil del mundo, porque no cuesta más que hablar en números: el serlo, lo más difícil; porque cuesta decir divinidades, y hay pocos entendimientos que tengan caudal para hacer esta costa. Este mozo era de los que con parecer poetas á cuatro ignorantes, piensan que lo son, y en esta confianza toma un libro de poesía española, que le ayude á cumplir con la obligación del asunto. Anda en él escogiendo las palabras por el sonido, como si escogiera cantarillas. La que no es de sonido grande la desprecia: y como lo macizo suena poco, deja lo macizo. Su intención es hacer poesía que atruene, no poesía que hable. Porque no se repara en los ratos serenos, piensan que son mejores los ratos del torbellino: porque la mansedumbre discreta de la poesía mueve á pocos, cree que es mejor la que turba y desasosiega á muchos. Empieza su obra, y va haciendo unos versos de mosto que requeman y no regalan, que abrasan y no sustentan. El asunto es á una dama, que, corriendo por un jardín, se la pegó una flor á la cinta de un zapato. Empieza el hombre á discurrir, y lo primero con

que topa es aquello tantas veces repetido como errado, que el contacto de su pié produjo la flor en la tierra. Lo que en la tierra han hecho muchas veces los piés, por pulidos que sean, es deshacer ó manchar las flores; pero hacerlas ó formarlas, nunca. Á esto me dirán que la poesía levanta testimonios tan divinos. Lo que yo sé de cierto es, que con estos testimonios que levanta, derriba el juicio de las mujeres. ¿Qué fruto sacan los poetas de enloquecer las damas? Yo lo diré sin errar en mucho. Hacerse indignos de ellas, como las persuaden á que su mérito es grande, quedándose ellos pobres, ó hacerlas fáciles con los ricos, porque piensan que los han de hacer pobres con lo que de sí piensan. El poeta que en grande alabanza de una dama hace una copla, juzga que ve en la copla la dama solamente la grandeza del ingenio y el artificio de la lisonja, y ella cree que menos que apartándose de la verdad, no podía el hombre decir menos. ¡Oh, error ingrato y dañoso! Pasa luégo á ponderar la brevedad del pié, y tanto se le achica, que si aquello fuera verdad, no pudiera tenerse sino en dos muletas. El fuego hiciera con estos piés poco menos que él hace. La hermosura de los miembros humanos es la proporción; si los piés de un cuerpo humano no tuvieran correspondencia en la cantidad con los demás miembros, fueran feos, y erraran hacia la pequeñez; fueran piés de oso, que no son hermosura ni firmeza. ¡Válgame Dios en lo que se ve huyendo de las bajísimas voces, zapato y cordobán! al fin va á parar en coturno. ¿Qué tiene que ver con el calzado de ahora? Lo que las sandalias con los zapatos. ¡Y calza á la pobre mujer de tragedia! En las coplas de más adelante dice, que aquellos piés son unos copos de nieve, aprisionados sin estrechez en las breves prisiones del calzado; y si esto fuera así, ó la mujer se estuviera muriendo, ó anduviera con grandísimos dolores de vientre. Quiere hacer creer á todos que aquellos piés descalzos son unas migajas de nieve de linda labor, y no ha habido pié descalzo en el mundo que no dé

horror mirarlo. ¡Dios de mi alma! ¡Que gasten los hombres de entendimiento la tarde del día de fiesta en estos disparates! No sólo no tengo por culpables los concursos de las academias de poesía, sino por muy loables. Ellas obligan á ejercitar con fatiga el ingenio, y como al hierro le hace relumbrar el uso, al ingenio le hace lucir la fatiga. En ellas se desembarazan los mozos para hablar en público, y de turbarse donde no importa, sacan el no turbarse donde importa. En ellas le cogen al aplauso el sabor, y se engolosinan en el aplauso. En ellas se aprende la urbanidad de no desconsolar al que obra con corto ingenio, á tratar con humanidad discreta la humanidad defectuosa del prójimo. En ellas se aprende á chancear sin hiel y á punzar sin dolor: y en ellas, en fin, se estudia la lengua de la poesía, de donde sale sin poesía y con elegancia la prosa. Lo que culpo en las academias, es la mala elección de los asuntos. Debiéranse desterrar totalmente los amatorios. No los pretendo tan severos como si los repitiera Catón. Quiérolos festivos, pero quiérolos honestos. Ellos son la espada negra del entendimiento, que le habilita para cosas de grande importancia. Mas nadie me negará que fuera locura grande tomar espada negra que cortase por la empuñadura. Asuntos poéticos que hieren la razón del alma que se encarga de ellos, son muy malos asuntos. El acónito es un veneno tan cruel, que aun con el contacto mata. Los asuntos sin honestidad, aunque el que los discurre piense que no los bebe, es peligro mortal del alma el tocarlos. Huyamos por Dios, huyamos de ellos. Luego, de las academias sale otra cosa digna de reprehensión, que es andar leyendo después á los conocidos los papeles, sus dueños. Ya dije que aquellos asuntos son la espada negra del entendimiento, que habilita para cosas de importancia grande. Todos saben que en acabando de hacer ejercicio con una espada negra, se deja en un rincón de los más escondidos. Ninguno hay que sin que le tuvieran por loco, saliera con ella á la calle. Pues en verdad que lo que se aprendió

con ella, suele importar la vida. No importa, que no todo lo que hace buena obra, hace buena compañía. Los papeles académicos, allí y para allí, son de utilidad: leídos después por ostentación, ó hacen calumnia, ó significan flaqueza.

Queda después de comer, el día del ocio santo, el inclinado á la lección de la historia, deseando que pase el rato en que no se ha de poner estorbo á los primeros hervores de la digestión, porque si el alma impide esta operación al cuerpo, vuelve después á ella con tardanzas de rogado y con desdenes de ofendido. Para lo que desea la velocidad de este rato, es para tomar un libro de historia y gastar en él la tarde. Él tiene muy buena elección, porque la historia entretiene dulcísimamente. Hace para la prudencia que hayamos vivido lo que no vivimos: danos las experiencias de vida muy larga en vida tan corta. Hácenos señores de la vida agena para los buenos acuerdos de la propia. Si la historia se lee con prudencia, es uno de los ratos más aprovechados de la vida; pero suele, ó la poca atención ó la mucha, hacer inútil y vicioso este rato. Leerla con velocidad por alcanzar presto lo que está adelante, es dejarse muy atrás lo que queda atrás, y á manera de río llegar al fin de su carrera sin impresión ni señal de las guijas por donde pasó. El leer historia quiere sosiego de estudio: quiere, digámoslo así, atención esponjosa que se vaya llevando el jugo que encuentra. Leerla con censura prolija y paladar enfermo, es echar un vicio en una acción honesta. La mucha atención en esta lectura significa genio político. Y porque esta palabra *política* no la he visto bien declarada en nuestra lengua, procuraré explicarla lo mejor que pudiere. Lo primero es adjetivo que tiene el substantivo embebido. Este es *Arte* que quiere decir arte de pulir y ordenar. Este adjetivo se deriva del nombre *policia*, que quiere decir en sentido común, gobierno; pero su primera significación no es sino aliño, y á mi parecer la palabra *policia* se deriva de *Pollex*, que aunque *policia* se escribe

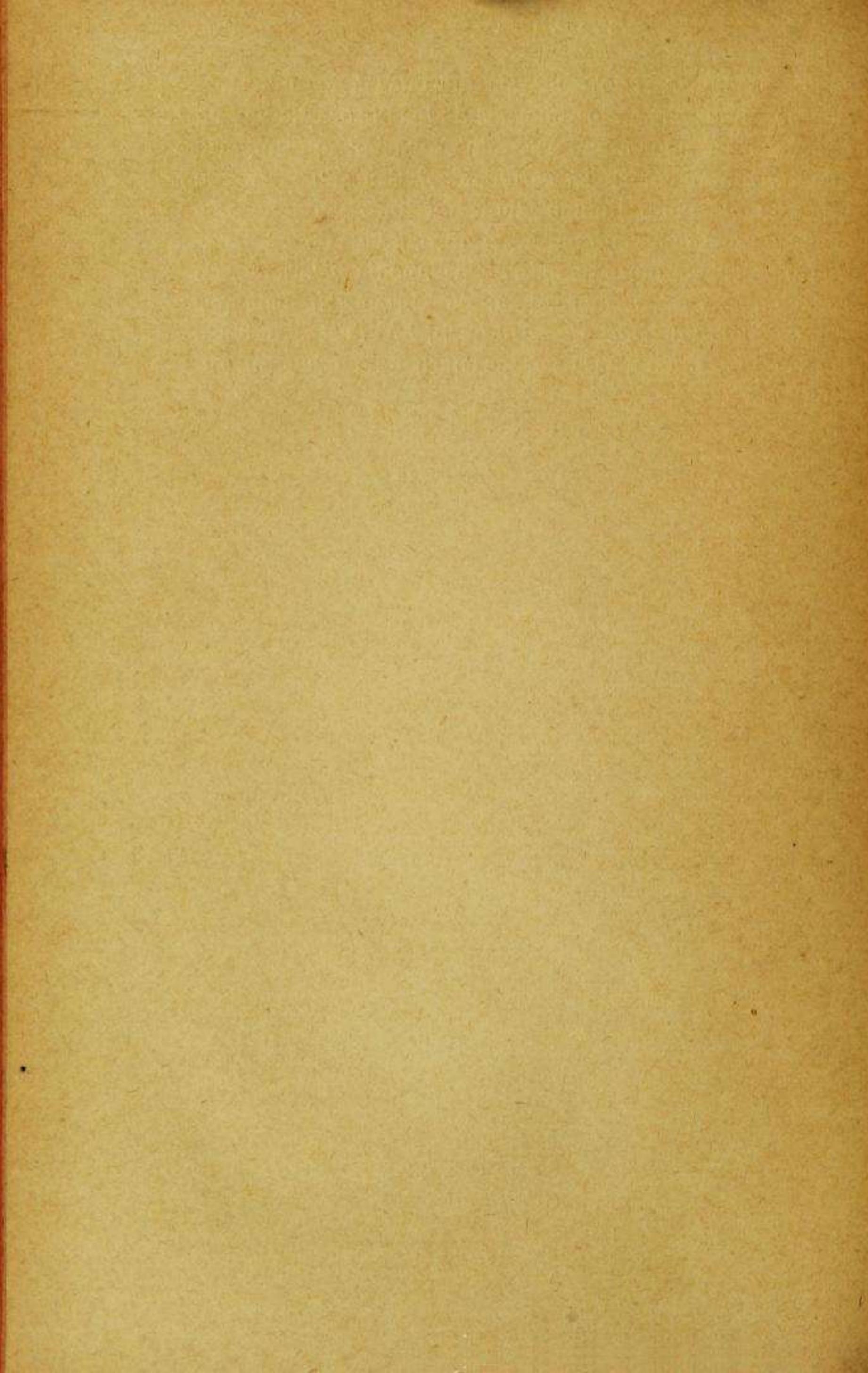
con una *l* y *Pollex* con dos por quitar la aspereza de la pronunciación, si se dijera policía convirtieran la *l* segunda en *i* y dijeran policía que se deriva de *Pollex*. En mi entender no tiene duda, porque esta voz significa el dedo primero de la mano, que por ella le llaman pulgar, que es el dedo con que perfecciona y aprieta. Con mano sin dedo pulgar; ni se puede hacer nada bien ni apretar nada mucho. Ahora, pues como el gobierno civil y el particular han menester aseó y fortaleza, por eso se llama este arte, política. Querer que esta palabra signifique más el gobierno público que el particular, me parece antojo y no razón, porque la República no es más de una familia grande y la familia una República pequeña: con que el gobierno de la familia corta será político y el de la República grande también. Esto, hecho con medios honestos y lícitos, es virtud ó discreción; pero esto no se tiene ya por política sino por candidez desaprovechada. Política sin grandes malicias, no lo parece. Al que tiene por político el mundo es al que emboza la envidia de lisonjas, al que en virtud del disimulo sabe ser, sin riesgo propio, enemigo; al que representa en la amistad del odre en la puerta del botero, que está con apariencia de lleno, vacío; al que enreda de tal manera á los hombres, que es más fácil salir de un laberinto que de sus mañas; al príncipe, que sólo para engañar, usa del juramento; al que camina al fin sin darse nada de los inconvenientes de la senda; al que llama á los cargos á los facinerosos para exprimirlos luégo, y al que tiene inquietud interior para engañar á todos y no fiarse de nadie. Nadie se enamore leyendo de estas maldades, porque lo que agrada se imita fácilmente. Los corazones políticos no están tan hondos, que en breve tiempo no se vean y muevan contra sí los corazones. El sol de un día descubre las cosas exteriores, el de muchos las interiores. La luz de las falsedades luégo, luégo deslumbra, y después alumbra. Corta vida es la del embuste de los políticos: en breve tiempo quedan aborrecidos y sospechosos.

Á las tres de la tarde el día de fiesta entra en una pieza en que tiene gran número de libros un hombre, á quien dan más vanidad que enseñanza. Los libros cerrados se estudian por de fuera, los abiertos por de dentro. De los cerrados no se aprenden más que los rótulos, de los abiertos las materias. No puede tener muchos libros abiertos el que estudia una facultad punto por punto; con pocos tiene hartos, los demás le sobran. Los muchos libros las más veces son embuste para la fama. Los que los ven en los estantes, los consideran trasladados al pecho de su dueño, y miran en aquel pecho toda aquella librería desatada en venerables conocimientos. Engañanse, porque de todos aquellos libros no hay en aquel hombre más que la malicia de hacer los testigos falsos. Y doy que los tenga para estudiar; por esta misma razón es inhábil para tenerlos, porque el que no conoce que la varia lección es más distraimiento que estudio, no tiene entendimiento para comprender lo que estudia. Si hubiera en el cielo muchos soles encontrados, no vieran los hombres: lo que alumbrara un sol deslumbrara otro: de la manera que los ojos no pueden sufrir más de cierta cantidad de luz, no pueden los entendimientos sufrir más de cierta cantidad de enseñanza. Para conocer melones es menester toda una vida; para saber razonablemente una facultad son menester ciento. Nada sabe quien estudia muchas cosas; algo sabe quien estudia mucho una.

Sólo para una cosa son buenos los muchos libros, que es para prestarlos á quien desea aprender de ellos y no los tiene. Lo primero que hace este hombre es negarlos á quien se los pide, y le sabe que le pidan prestado un libro, á lo que le sabe que le pidan una figura de un tapiz prestada al que tiene colgada una tapicería. Hablemos claro, señor mío: si esos libros son colgaduras, trataremos de comprárselos por lanas. Llega un hombre bien aplicado, que está escribiendo un libro de historia, obra tan necesaria en todas las Repúblicas, y pídele prestado un libro

histórico de poco valor: él se le niega con las mismas ponderaciones que si aquella historia estuviera colorida por el pincel de Ticiano. Entra un médico curioso y dícele que tiene necesidad de tal libro para el conocimiento de la virtud de tal planta, para acabar de ajustar un remedio nuevo que ha de ser de grande utilidad al mundo: que tiene un enfermo en quien hacer la experiencia, que le haga favor de prestársele por aquella noche. Y él le dice que aquello es querer matar á uno para sanar á otro, que busque por otra parte su remedio. Es muy favorecido suyo un abogado que empieza. Llega, y dícele muy confiado que el día siguiente ha de ver un pleito eclesiástico; que le preste tal autor; y él le responde que estudie allí el punto. El mozo le dice que nadie ha estudiado en casa agena que haya hecho noticia propia. Á esto replica que nadie ha prestado libro propio que no le haga ageno, y que él no quiere ver ageno su libro. ¡Hay tal crueldad! No puedo creer sino que este hombre se holgara que todos los hombres se convirtieran en brutos, porque le dejaran sus libros en paz. Nadie puede dar en el mundo lo que no tiene, sino es el que tiene muchos libros, porque con prestarlos da á saber muchas cosas que él no sabe. Nobilísima mendiguez es la del alma, que pide ciencia para ser más racional, y para sustentar y lucir un cuerpo ilustrado con la dignidad de ser su compañero. Criminosa impiedad es negarle el socorro de la ciencia por no prestarle un libro. Los más de estos libros son comprados en los suelos de los patios de Palacio ó en un enlodado sereno de la plazuela de Santa Cruz, á tan corto precio, que lo más que se dió por ellos, fué bajarse por ellos. ¿Por qué lo que costó tan poco ha de costar tanto de guardar? Y más cuando es mérito el dejarlo perder. Enfadado ya de que le pidiesen libros prestados, se encierra por de dentro en la librería y empieza á entresacar de los estantes los que tenían las encuadernaciones maltratadas, para hacerlos encuadernar de nuevo. Esto es lo mismo que si anduviera uno por los

sepulcros á sólo renovarles las mortajas á los muertos. Cuerpos muertos son los cuerpos de los libros que hay en esos estantes, pues á nadie son de provecho: ¿qué importa que tengan las mortajas carcomidas? Cansado al fin de estar en pié tanto tiempo, toma un libro pequeño y se sienta junto á una ventana. Es el libro la vida de Estebanillo González, un mozo de ható de la comedia. ¿Para leer en éste compra vuestra merced tantos libros? ¿No está por ahí *La ciudad de Dios*, de san Agustín? Allí está. En tarde tan sagrada, bueno será ser pasajero de ciudad tan divina.





SANTIAGO EL VERDE EN MADRID

QUÉ engañoso es el mundo! El descanso que promete en las fatigas, son otras fatigas. De holgura á trabajo, no hay más diferencia que el nombre, si no es que á veces sea la holgura mayor trabajo. Deseando están la tarde del día de san Felipe y Santiago, que es á primero de Mayo, cuántas órdenes de gente seglar contiene la Corte. ¡Válgame Dios! ¿Qué querrán hacer con esta tarde santa más que con las otras? ¿Bajar al Sotillo? ¿Y qué es el Sotillo? Un pedazo de tierra que dista de Madrid, por cualquiera de sus salidas, más de un cuarto de legua. Á la ida muy cuesta abajo: ¿cuál será la vuelta? Hay en ella unos árboles, ni muchos, ni galanes, ni grandes: más parecen enfermedad del sitio que amenidad influida. Humedece este soto dividido en listas, Manzanares, poco más que si señalaran la tierra con el dedo mojado en saliva. Estas no son cosas de llamar gente; algo más debe de haber. Unas pisadas hay de unas paredes, ó unas mal averiguadas reliquias de una ermita, que se dice fué dedi-

cada á estos dos apóstoles. ¡Oh inaudita devoción de la Corte? Hacer peregrinación gustosa á venerar las señales de unas paredes que fueron santas. De cuantos bajan al Sotillo no debe de haber tres que sepan que hubo en él tales paredes. ¿Pues á qué bajan? Á verse unos á otros. ¡Oh sagrados principios de las cosas! Este concurso le empezó la devoción y le conserva el vicio. No se caerá tan apriesa esta mala costumbre como las paredes de la ermita. De más duración que de cal y canto son los vicios públicos. En fin, á verse los unos á los otros bajan. ¿Pues no conseguían lo mismo con concurrir en la calle Mayor? Sí, pero no sabía tan bien, que costaba menos trabajo. La fiesta que muele es grandísima fiesta. Peor que las letras en el rostro del esclavo, está el florido adorno en las mujeres. Las letras publican al esclavo fugitivo, pero le enmiendan. La demasiada gala publica á una mujer ligera, y la hace más ligera. El esclavo señalado no halla quien le compre, con que es fuerza que esté siempre debajo de la saludable crueldad del dueño que le señala. La mujer, adornada mucho, es de muchos apetecida, con que se empeora la fortuna de su alma. Y siendo así que el adorno grande en las mujeres hace una nota en su honra y un riesgo muy esforzado para su conciencia, hay innumerables mujeres que ansiadamente lo solicitan. Un mes antes del día del Sotillo, está pensando la dama que ha de ocupar aquella tarde estribo en coche, qué gala sacará que embelese los otros coches. Piensa mil boberías de varios colores; comunícalas con el galán que le ha de dar el coche y la gala: y él, indeterminable en la confección del vestido, la dice que se lo deje comunicar con su camarada don Fulano, que tiene dónde saborear vestidos. Es el dicho camarada un mozo ocioso, pobre, vicioso, de cuerpo de caballero, de habla de bien criado, y de impaciencias corregidas, que señalan debajo del entendimiento grande profundidad de valor. De esta profesión llevan muchos hombres los lugares muy grandes. De estos algunos fueron soldados mientras pensaron que

era holgura la guerra, y la dejaron porque vieron que era muy peligroso el arrepentimiento tardío. Otros sirvieron á señores mientras creyeron que los podrían mandar; pero en viendo que son señores y amos, huyen de ellos. Y otros gastaron su patrimonio en Salamanca; afilaron el pico en cuatro ó seis libros de comedias, y viniéronse á la Corte á ser hablantes. Todos estos baldíos andan en los lugares populosos, como en algunos campos unas yerbezuelas que ni tienen raíz, ni sustancia propia, pero agárranse de una piedra y danse tan buena maña, que sacan jugo de ella, y se sustentan de chuparla. Ellos, pues, como se hallan sin raíz y sin virtud, con el afán de vivir se agarran de un rico, sin reparar en que es una piedra; pero al fin sacan sustancia de él y viven. Comunica nuestro galán con su chupante el vestido que ha de sacar su dama el día del Sotillo, y como no ha de pensar en cómo lo ha de pagar, tiene más lugar de pensar en cómo ha de ser, y guísale sabroso, y guísale como por libro de cocina á muchísima costa. Procura tener la parte que puede en el vestido, por ver si puede tener parte en el mérito, y cría traidora esperanza para el premio.

Llega la noche del último día de Abril, y no duerme á derechas el galán que ha de dar coche á su dama el día siguiente, téngale propio ó no le tenga. El que le tiene propio, hizo herrar las mulas aquella tarde: acostóse temiendo no le hubiesen clavado alguna, y durmió cojeando. El que no le tiene propio, sino ofrecido, se acuesta temblando de tantos accidentes como se llevan una palabra: y el ruido que hace el coche en su sueño, le despierta aquella noche treinta veces. Siempre se sueña lo que se teme. Amanece, pues, el deseado día que da principio al Mayo, y abre la tierra tantos ojos cuántas rosas despliega. Los ojos de la tierra son las rosas: la semejanza y amistad que tienen con los ojos humanos lo dice. Lo más hermoso del cuerpo humano son los ojos. Las rosas son lo más hermoso de la tierra. Tanto es el amor que tienen las rosas á los ojos del

hombre, que sólo parece que nacen para ellos. Entre cuantos medicamentos hizo la naturaleza para nuestros ojos, en pocos puso tanta eficacia, en ninguno tanta seguridad como en la rosa. Lo primero que hace esta flor amiga en dilatándose por el aire, es ahuecar las hojas para coger y guardar el rocío de la aurora. Por la naturaleza del humor y el contacto del vaso, el mejor colirio que se halla para los ojos enfermos. Cocidas sus hojas se desatan en tantos ojos, cuantas lágrimas llora el alambique; cualquiera gota de aquellas le restituye la luz á una vista. Y pregunto, ¿serán buenas las rosas para los ojos del entendimiento? Todos los corazones que aman una cosa, aman todas las cosas á ella semejantes. Muy parecidos son los ojos del alma á los ojos del cuerpo. Con los ojos del cuerpo se distingue lo bueno de lo malo, con los ojos del alma se distingue lo malo de lo bueno. Con los primeros en las cosas corporales, en las espirituales con los segundos. Muy bien cura los ojos del entendimiento la brevedad de la vida de la rosa; la verdad de su hermosura da muy bien á conocer de la hermosura humana la mentira. Cierto que no parece que hubo rosas el año pasado, según estamos este año de ciegos: rosas hubo, pero no quisimos nosotros usar de sus avisos. Bien pudimos ver en los ojos de la dama más hermosos que con dos horas de sereno amanecen tan lastimados, que es menester crueldad para mirarlos con sosiego. Bien pudimos ver en las mejillas de mejor medida, que con un flemón que dé en una, quedan feisísimamente desiguales. Bien pudimos ver en la boca de mejor hechura y color, que una postilla que una calentura arrojó al labio, la deja con horror de llaga: y pudimos ver una enfermedad que da muy á menudo en las bocas de las damas queridas, que es un despedimiento repentino: cosa que obliga á cualquier hombre á guardar muy bien su corazón de aquella pena, y de aquella rabiosa ingratitud su dinero. Pues aún no hemos visto todo lo que pudimos ver: veamos ahora algo de lo

que no vimos. Pudimos conocer la falsedad de la hermosura de las mujeres en la certeza de la hermosura de la rosa. Póngase el que fuere curioso (algunos lo habrán hecho), á ver cómo una rosa amanece, la verá salir del abrigo de sus hojas (flor, en fin, de entre el invierno y el verano), con la púrpura transparente del verano sobre la nieve del invierno, colores verdaderamente suyos, indubitavelmente sanos. Y si los ojos no le dieron de esto toda la fe que merece, no deje hoja en todo el rosal que no mueva, á ver si esconde ministros del engaño. Vea amanecer una dama, la que á él le pareciere á todas horas rosa, la hallará con el cabello apretado en trenzas, y con la cabeza sin cabello, de tal arte trabado lo uno con lo otro, que parece cabeza de loca que se ha prendido al pellejo tiras de bayeta. Los ojos donde suelen estar: pero sin las cejas con que anochecieron. Las mejillas pálidas, la nariz morada, los labios secos, los dientes turbios, el aliento pesado y la garganta sin lustre. ¡Pues válgame Dios! ¿Qué encanto es este? A las once del día todas las señas tiene de rosa. Váyase tras de ella en saliendo de la cama, y verá el encanto. Sale en enaguas y justillo, vase al sitio determinado para la reformation, siéntase en una almohada pequeña, arrímale la criada un espejo hendido á un taburete bajo, abre ella una arquilla que tiene á la mano derecha, y saca de ella más aderezos de engañar los ojos, que un jugador de manos, de la bolsa ceñida. ¡Paciencia de Dios, y las maldades que se pone en aquella cara! Mientras ella se está traspintando por delante, la está blanqueando por detrás las espaldas la criada, que, arrojando el justillo hacia las sangraduras, lo permite. Esta es tarea larga y trabajosa; yo pienso que ha de venir á parar en albañiles. Acabado este negocio, se encargan ambas de la provincia de la cabeza. Una peina por delante y otra por detrás, correspóndense ambos gobiernos, y queda el pelo muy bien ordenado. Si las mujeres supieran gobernar sus pensamientos como su cabello, fueran las mejores

cabezas del mundo. Remata esta obra una lazada de colonia de color alegre, y remátala con agrado. Ya este demonio ha tomado forma de ángel de luz, y son tan bobos los hombres, que sabiendo que todas amanecen demonios, se dejan engañar de la luz mentirosa que se aplican. Por cumplir con estos vestiglos se hacen pedazos. Haciéndose pedazos andan el primer día de Mayo por la mañana los que han de dar coche á alguna dama á la tarde. Por el suceso siguiente se verá cuáles andan. En la calle del Príncipe posaba un caballero de Burgos, que gozaba cumplido mayorazgo. Este había ofrecido su coche para el Sotillo á una dama que galanteaba. El mismo día á la una llegó á su posada á caballo el corregidor de Madrid, que era su tío, y sin apearse le envió á llamar: él salió y el corregidor le dijo: «Sobrino, yo he menester dar un coche esta tarde y no le tengo, porque en el mío va mi mujer. Tan grande es el empeño, que será menor cualquiera razón que haya para no dármele, y así el de vuesa merced esté esta tarde á las tres á la puerta de mi casa. Adiós, que es día muy ocupado.» Fuése, y quedó el hombre en el umbral de la puerta tan sin movimiento y sin voz, como si fuera de piedra. Cobróse un poco, y díjole á un criado con voz desagradada, que, en comiendo las mulas, llevase el coche á la puerta de su tío, y entróse en su cuarto. En él tomó la espada y la capa, y sin acordarse de que había de comer aquel día, se salió de la posada como fuera de sí. Cogió la calleja de la Lechuga, que estaba enfrente, pareciéndole que hombre á quien sucedía aquel desaire, no podía andar por calles en que hubiese luz. Entróse luego por la del Gato, también por calleja, y salió, sin saber dónde iba, á la plazuela del Angel. Como era medio día, estaban á las puertas principales algunos coches sin mulas, y entre ellos uno con una cédula, señal de que se vendía. Reparólo el hombre, crecióronle un tercio los ojos, partió como una flecha al coche, informóse de la cédula de la persona con quien

había de tratar de la compra, y encontróla fácilmente, porque la hora le tenía en casa. Empezóse á hablar en la materia, y el dueño del coche le conoció la enfermedad al burgalés, y pensó en vendérselo como si le vendiera la salud. Hizo el comprador que sacasen las mulas al patio, más por ver si estaban vivas, que por ver si eran buenas. Concertó en fin el coche lo más aprieta que pudo, porque no se arrepintiese el dueño de venderle aquel día, y concertóle en setecientos ducados de contado. Hízole poner, y con la persona que había de recibir el dinero se fué en él á su posada. Sacaron cuánto dinero suyo había en ella, que fueron seis mil reales, y por los mil y setecientos que faltaban, dió una sortija de diamantes en prendas á quitar el día siguiente. Nadie ha cogido de repente una corona con tanto gusto como él estaba con su coche repentino. Enviósele á la dama: y vino por el coche de los amigos que le habían de llevar á la fiesta. Encontró en el campo á su dama. Ella le hacía con los ojos halagos, y él echaba el corazón por los ojos. Anocheció, pasóse á un estribo del coche en que ella iba, y acompañóla. Amaneció el día dos de Mayo, y hallóse con dos coches y sin blanca. Fué preciso vender con mucha brevedad el uno, porque los estómagos son acreedores muy puntuales. Sacó el más moderno á la puerta de Guadalajara, y despachóle presto. En cosa comprada con necesidad y vendida con necesidad, bien se conoce cuál sería la compra, y cuál sería la venta. Él compró el coche en mucho más de lo que valía, y le vendió en mucho menos de lo que valía. Diólo en doscientos y cincuenta ducados. ¡Oh gallardía española! Dar por el alquiler de un coche de sola una tarde, cuatro mil novecientos y cincuenta reales! ¡Linda limosna hizo por cierto la tarde santa del día de dos apóstoles!

Dan las tres de la tarde y empiezan á bajar los coches llenos de mujeres los unos, llenos de hombres los otros. Al llegar al Hospital de la Pasión, los que llevan el camino por la Puerta de Atocha ven salir un entierro de una po-

bre, á quien algún deudo suyo enterraba en la parroquia. Va en un medio ataúd una mujer descubierta, á quien la muerte no la pudo quitar las señales de moza. Llevóle toda la hermosura, pero dejó los puestos que ocupaba, poco sitio en la boca, mucho espacio en los ojos. Lo restante del cadáver va cubierto de un sayal de San Francisco. Más costoso traje debió de gastar su vida que su muerte. ¡Ah, señoras damas! Gran sermón y breve. Mujer, moza, hermosa, muerta y pobre. ¿Qué se les da á las otras de eso? Pues á fe que si no toman el sermón de memoria, que les mando mala ventura. Tampoco eso creen. Cualquiera de ellas se persuade á que ha de llegar á muy vieja, á que no ha de perder la hermosura y á que ha de vivir tan rica, que lo sea mucho después de muerta. Andad de ahí, ignorantes, que no sabéis lo que os creéis. Los mismos días en que vivís os enseñan que no son de un tamaño las vidas. Por junio muere el día viejísimo, de muchas horas menos por octubre: por diciembre es tan corta su vida, que sólo vive aquel corto tiempo que es menester para aparecerse y desaparecerse lo uno tras lo otro: más parece relámpago que día. Un mismo sol les dió la vida á todos, un mismo sol se la desiguala. Bien podrá hacer lo mismo el autor de la nuestra, pues es más poderoso que el sol. ¿Seréis vosotras los primeros árboles á quien han quitado la fruta verde? ¿Seréis las primeras mujeres á quien haya Dios quitado la vida antes de madurar? Muchísimo tiempo há que se usa morir mujeres mozas. Muy de mujeres es andar al uso. Guardaos no os metan en este, en castigo de que os metéis en los otros. Si os persuadís á que nunca perderéis la hermosura, os engañáis. Las cosas á que os comparan los que os alaban, os desengañarán. «Fulanica, dicen, es como una rosa, es como un clavel, es como un jazmín.» ¡Válgate Dios! Fulanica jazmín, fulanica clavel, fulanica rosa. Si es tu hermosura como la de la rosa, del clavel y jazmín, ¿por qué piensas que ha de ser más durable que la del jazmín, el clavel y la rosa? Crees

lo que te está bien y no lo que te está mal: pues más cierto es lo que te está mal, que lo que te está bien. También os persuadís á que habéis de morir ricas. También os engañáis. Confiésoos, que hacéis de muchos ricos pobres, pero vosotras por eso no os hacéis de pobres ricas. En el aire que hay entre ellos y vosotras, se vuelve aquella hacienda aire. Sale de mano del hombre rico y amante el dinero en doblones y reales de á ocho, y llega á vosotras en empanadas, en dulces, en pollas de leche, en chocolate, en cintas, en abanicos, en guantes, en puntas, en manguitos, en vestidos que se estrenan hechos pedazos, con los embustes de la gala; en países, en sillas y en otras muchas cosas, que, ó se vuelven en nada, ó quedan en poco, y en tan poco, que se lo lleva con facilidad una pendencia, que sale de vuestra casa, ó una enfermedad, que se entra en ella. Y el diablo es tan mañoso, que dispondrá la pendencia para que de todos vuestros pecados no os quede más que el castigo. Moza y pobre murió la que va en aquel ataúd. Mozas podéis morir. Doy que muráis viejas; viviréis sin mocedad y hermosura; ¿qué mayor muerte? Moriréis pobres y quizá sin el espacio de un hospital y el beneficio de los Sacramentos; pero, muráis pobres ó ricas, iréis á la tierra con una triste mortaja. Poca desdicha, es verdad; pero mucho aviso. No hay cosa tan desengañada como los muertos y ellos se avergüenzan de ir á la sepultura con galas: muy engañados deben de estar los vivos, que usan de ellas. ¡Oh, cómo disponen al pecado! Representaseme que estoy diciendo esto á un coche de mujeres y que ellas dicen con cuidado al cochero: *anda*. Andan, pues, los coches, y llegan al hospital general, y oyen una voz alta y piadosa, que dice: «para decir misas por los que mueren en esta santa casa.» ¡Ah, señores hombres, limosna y buena, que mueren muchos! Paréceme que les oigo decir: «No llevamos vellón.» Bella disculpa: llevarlo! Por donde quiera que van los ricos hay pobres, y no solamente pobres cuerpos, sino pobres almas. Desvaneceos, podero-

sos, que aún os han menester en la otra vida. Desvaneceros, pero santamente. Dadle gracias á Dios, de que siendo como los otros, os diferencia de los otros tanto, que podéis á puras misas estar haciendo en la otra vida beneficios, que valen tanto como muchos siglos de gloria, que ahorran tanto como muchos siglos de pena. Rico, que vas en el coche al Sotillo, y no llevas monedas menores que dar para ayuda de las misas que se dicen por los que mueren en el hospital, por donde pasas, lleva memoria, haz decir el día siguiente una misa por el alma que de aquellas Dios eligiere. No sabes si se te acordará: yo te daré un remedio para que no se te olvide. Mira el negocio de más importancia que tienes el siguiente día, y pon la misa junto á ese cuidado, que él te la acordará, y Dios, que ve en ti la buena intención, te tirará de la capa, porque no pierdas el mérito. Prójimos nuestros son las almas que en el purgatorio se están aligerando para el cielo; obligados estamos á su socorro y con mucha fineza, porque ellas nos son muy buenos prójimos. Yo diré que tan buenos. Padeciendo están las puntualidades de la justicia de Dios, para ir á gozarle. En necesidad están de vocear á su clemencia, para que mueva á los vivos á que los ayuden. Siendo esto así, todo su negocio es rogar por los vivos. Así lo fundo. El buen prójimo está obligado á amar á su prójimo como á si mismo. Estas son unas almas indefectiblemente santas; no pueden faltar al precepto. Nuestros peligros los miran como á suyos. Si ellas estuvieran en dos peligros, primero sin duda pidieran á Dios remedio para el mayor. Ven que el peligro de sus penas no puede pasar del día del juicio. Ven á los vivos en peligro de penar para siempre, si cometen culpa mortal. Entre estos dos conocimientos, olvidanse de sí mismas, por rogar á Dios por los buenos y malos; por los buenos, para que los conserve en su gracia, y por los malos, para que los vuelva á ella. No hacen, pues, mucho los vivos en procurar librar á buenas obras á los difuntos de las penas temporales, cuando ellos

se están haciendo pedazos por librar á los vivos de las eternas. Ea, ricos, misas y limosnas. Ea, pobres, oraciones y penitencias.

Por la Puerta de Valencia baja esta tarde otro hormiguero de coches. Á ver los que van en ellos bajan algunas personas de las que ni se atreven al cansancio, ni pueden sufrir la inquietud que mete en las casas la fiesta que hay fuera de ellas. Siéntanse por las angostas sombras, que hacen las encogidas paredes de aquellas pobres casas, algunas mujeres y junto á ellas se paran algunos hombres. Hablan unos con otros, y de cuando en cuando ellos con ellas. Ven venir á una mujer al estribo de un coche, sentada al sesgo, ni bien toda la cara á la calle, ni bien adentro toda. Si no tuviera movimiento, era un medio perfil, con él es veleta cabal, flechando, á su parecer, con los ojos todos los vientos y los corazones. Llevaba fuera del estribo media vara de guardainfante cubierto con una basquiña de chamelote de aguas, que es muy dificultosa de recoger la vanidad. Cuando ofrece al pueblo la espalda, es una sierra de nieve; cuando ofrece el rostro, una aurora. Pues no há cuatro horas, que ni era nieve su espalda, ni aurora su rostro, pero no hay mejor colorido en España que el de sus botes. Algunas veces que da el rostro al pueblo, se le da cubierto del abanico, mas es por descubrir la mano: cuando no usa de esta maña, con la que tiene vacía se corrige una guedeja. Sabe ella que son blancas y bien formadas. Tan bien tratadas, que parecen manos domingueras, y que toda la semana se sirve de otras. Yo pienso que si los ojos á estar cerrados se pusieran hermosos, no los abrieran las mujeres sino muy pocas veces al año. Y no se puede dudar qué hiciera esta gente: por sacar algunas veces las manos blancas, estar manca toda la vida. Ellas deben de haber pensado, como las gitanas les dicen por las manos la buena ventura, que está su buenaventura en sus manos. Si usan mal de ellas, no está en ellas, sino su desdicha. Lleva la tal dama el cabello

puesto de arte que se le vea por donde quiera la garganta.

No pueden todos los coches salir de una vez por la puerta y páranse unos para que salgan otros. Párase el de nuestra dama y dice una de las mujeres mironas á otra que estaba junto á ella:—«¿No es aquella fulanilla?—Sí, amiga, y está en grande altura. Yo la conocí más muchacha, replicó la primera, y no era el imposible del barrio. De puro agradable no sabía dar una mala respuesta. Harto deslucidilla andaba. ¿Quién la habla ahora?—Un caballero, dijo la otra, muy poderoso, gasta mucho con ella. Aquel mozo galán, que va en aquel caballo de color de huevo añejo, es criado suyo y guarda de la tal señora.» Apenas oyó esto un hombre entrecano, que estaba junto á ellas, cuando se sonrió. Advirtiéndolo la una y díjole, que de qué reía? Y él respondió con este cuento:—«Iba á uno de los garitos de la corte continuamente un caballero que cuando tenía dinero jugaba y cuando no lo tenía, se entretenía en ver jugar á los otros. Entró una tarde de verano en el patio de la casa un muchacho vendiendo abanicos de papel. El caballero concertó uno con poca prolijidad en seis maravedis, y estúvose haciendo aire con él toda la tarde. Súpole bien el airecillo, y cuando se quiso ir, por hallarle allí el día siguiente el mismo regalo, se llegó al aposento de un criado de la casa y díjole al criado, que le guardase aquel abanico porque era de su gusto, y que por el cuidado le daría cuatro cuartos cada día y que mirase no se hiciese aire nadie con él. El hombre tomó el abanico y los cuatro cuartos y puso el abanico en una alacena. Apenas el caballero volvió las espaldas, cuando el primero que se refrescó con el abanico, fué el guarda y después todos cuantos quisieron.» Dijo entonces la mujer:—«Parece que vuestra merced quiere decir...» Y el hombre antes que acabase, se quitó el sombrero y se fué. Innumerables hombres hay tan perdidos, que la mujer que conquistaron con seis maravedis, la quieren conservar con gastos excesivos.

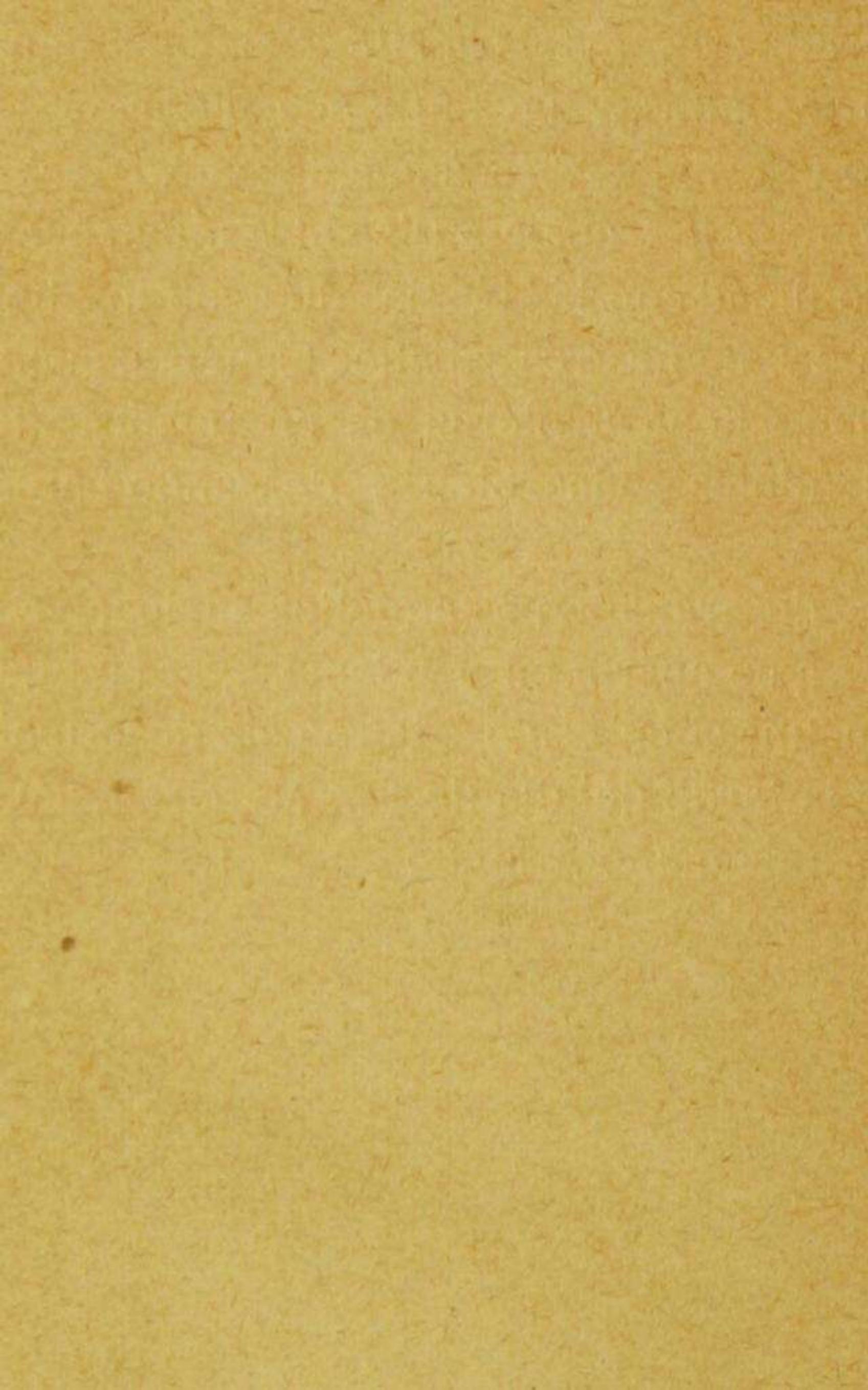
Al otro lado estaban cuatro hombres en conversación, como que iban juntos ó como conocidos que allí se habían encontrado. Entre ellos estaba un estudiante de barba negra, de cabello corto y de semblante compuesto, con punta de Alcalde mayor. Enfrente de ellos estaban algunos coches parados que distintamente ocupaban ambos sexos. Encarósele uno al licenciado, y dijo:—«Allí está Amaltea.» Fueron los ojos de todos á un mismo tiempo al coche, y á un mismo tiempo se rieron todos. Él preguntó con mesura de qué se reían, y ellos respondieron que de no ver en el coche que él señalaba, persona en quien asentase bien el apodo, porque no había en él sino seis hombres con las barbas hasta los párpados. El escolar dijo entonces:—«Pues uno de esos es Amaltea, y se lo llaman con mucha propiedad. — La razón — dijeron ellos. Y él dijo: — He aquí la razón. Amaltea es una Diosa á quién pintan siempre abrazada con uno de aquellos infelices huesos que quitan á los toros de la frente, cuyo nombre, injustamente abatido, no tiene lugar entre las voces hidalgas de los españoles. La parte hueca de este hueso la ocupa de espigas, uvas y flores. Los frutos están en lo escondido, cuando mucho, el trigo asoma una espiga; cuando mucho, el racimo asoma un grano. Las flores ocupan la superficie con tanta pompa, que con la sombra, si no le desaparecen del todo, embozan lo restante del vaso. Este hueso airosamente revuelto es en España símbolo necio de la nota que deja la flaqueza de la mujer casada en el mal afortunado esposo; y esta Diosa, abrazada á este hueso, es geroglífico de los descorazonados maridos que de las flaquezas de sus mujeres sacan fruto, y cubren el fruto y las flaquezas de flores. Flores, como no ir á su casa algunas veces cuando piensan que pueden embarazar, como ir otras á ser de susto y no de peligro, como llamar primero al adúltero tolerado, como decir á sus mujeres que busquen doscientos ducados sobre sus joyas, y recibir los doscientos ducados y ver las joyas en casa. Y como decir con mucho secreto á seis ó

siete personas diferentes (número que no guarda secreto) que su mujer, debajo de aquellas galas, trae un silicio que le come las carnes, y que debajo del rosado postizo del rostro trae la palidez de muchos ayunos. Uno de los que en aquel coche vemos, cubre sus torcidas conveniencias de estas flores, y por eso el renombre de Amaltea le está como cortado á su medida. — ¡ Oh ! válgame Dios ! — dijo uno de los que oían al estudiante — ¡ y cómo el hombre es demonio del hombre ! Cuanto mal nos podemos hacer los unos á los otros, nos lo hacemos. ¿ Qué le va á un hombre en que otro sea malo, que con tanta ansia publica sus defectos ? No parece sino que le hacen gusto los disgustos de Dios, según el gusto con que los arroja á los oídos del mundo. Vuesa merced, señor, por decir una agudeza, ó le ha hecho una injusticia ó una impiedad á ese hombre que dice. El peor informe de la tierra, es el de nuestros sentidos cuando es daño del prójimo. Lo que hace gusto se cree fácilmente, y ordinariamente no sé por qué nos hace gusto el defecto ageno : por eso la tacha agena se ha de creer de allí á cien años de cómo la escuchamos ó la presumimos. Con esto no hay vida para creerla ni decirla, y dichosa la vida en que no hay rato para esto. — Yo confieso — dijo el estudiante, con pintas de vergüenza en el rostro, — que he hecho mal en creerlo y mal en decirlo. Pero muchas veces permite Dios que las culpas ajenas se crean ligeramente, y se vengan á la boca en castigo del que las comete. Si el cielo les diera á los delitos licencia de desaparecerse, los delincuentes fueran innumerablemente muchos. La infamia pública de uno, hace á muchos mantener la buena fama. Grande pena para el demonio, que excuse Dios muchos pecados con cada uno de los que él ocasiona con la murmuración.»

Van desembocando en el campo los coches y entre ellos muchos hombres lucidos á caballo. El Pegaso fué un caballo que dió una coz en una peña de la tierra de Heliconna : hizo abertura á una fuente cuya agua hace poetas. Es-

tos caballitos de hoy hacen poetas satiricos á cuantos los miran. Pasa uno de estos hombres entre dos coches, y va metiendo en el uno las colonias de la crin. Dice uno de los que van en el coche : — « Muchas cintas gasta este caballero en su rocín : yo me acuerdo cuando no las tenía en los zapatos. Dice otro : — Pues en verdad que habría de menester muchas, porque según va mal puesto en el caballo, parece que ha andado toda su vida á pié. Pasa otro en un caballo muy ancho de caderas por junto á un coche de damas, y dice una : « — Este caballero tiene singular gracia en engordar caballos y en enflaquecer lacayos. Al caballo, porque no lo trabaja y le sustenta ; y al lacayo, porque no lo sustenta y le trabaja. » Dice otra muy severa : « — Tendrá más prolijidad con las bestias que con los hombres. » ¿ No veis que van vuestros caballos haciendo poetas ? En lo que entienden estos caballeros es en ir mirando á las damas, pareciéndoles todas bien y deseando parecer bien á todas.

La plebe ínfima, desgranada por aquellos suelos, ya se junta en ranchos, ya se aparta en pependencias, ya se muele en bailes, ya se apelmaza en tragos. Pero esta descripción es más natural de la tarde del día de San Marcos Evangelista. Á esta holgura llaman el trapillo.





EL TRAPILLO

CELEBRA la Iglesia al evangelista San Marcos en veinte y cinco de abril, y este día el vulgo más movible, que son los cortesanos, acostumbraba ir á visitar á este Santo en una ermita que estaba una legua de la Corte. Era tan largo el número que salía, que le pareció á la nobleza viciosa que sería holgura verla salir, y á verle salir con devoción alegre se iba en sus coches con curiosidad ociosa á la calle de Foncarral. Apagóse la devoción en la plebe y quedó la costumbre, en plebe y nobleza, de ir este día á este sitio. Los nobles dicen que á ver el trapo; los plebeyos que á orearle, y por esto esta fiesta tiene por nombre el trapillo.

Hubo en Roma unos juegos que llamaban seculares, porque no se veían sino una vez cada siglo. Esto es, cada cien años, que tan de tarde en tarde toman las holguras los cuerdos. Pocos días antes del tiempo señalado se echaba un pregón, que decía: «Venid á ver los jue-

gos que no habéis visto ni volveréis á ver.» Inquietábanse con esto innumerables gentes, y con disculpa se inquietaban porque era por ver una fiesta que no habían visto, ni que si escapaba de entonces sería posible el verla. Pero ¿con qué razón se mueve Madrid cada día de San Marcos, habiendo visto el pasado lo que hay en éste, habiendo de ver en éste la friolera del pasado?

Desahógase por la puerta de Foncarral en tropas el pueblo desarrapado, hablando unos con otros á gritos, deseando cada uno ser oído para ser admirado. ¡Oh amor propio! Sale un hombre de mediana estatura, poco menos ancho que largo, corto y erizado el cabello, hecha de muchos cabellos cada espina, grueso el pellejo del rostro, el color sin luz, los ojos con desagrado dormido, los bigotes sin gobierno, el cuello corto, los brazos mal tirados, las manos en forma de cucharones, con más señales de andar sobre ellas que de obrar con ellas, la cintura donde la quiere poner la canalada pretina, los calzones largos y desatados por abajo, mondándose los dientes, con las piernas y los piés hacia afuera como navío á quien le da el viento por un lado. El sombrero descolorido á manera de negro difunto, la toquilla de grasa, las faldas de viudo á medio consolar, la valona con sed, el vestido pardo y basto, con unos visos de manchas blancas, que se han curado con friegas; la pretina floja, la espada lejos de la pretina, las medias de color de borrico, los zapatos de ningún color y la capa de paño negro de buena antigüedad, pendiente y resbalándose del hombro izquierdo. Van con este hombre otros con las más de estas señas. Gustan de andar en tropas, y son amigos de honras y estimación. Esta tiene entre ellos extrañas y ridículas ceremonias y palabras. No gustan de mover pependencias, pero ocasionados riñen.

Sale luégo una gorróna, adornada toda la cabeza de media vara de listón encarnado, hecho lazada en el pelo sobre una entrada de la frente. En las orejas unos arillos de oro tan sutiles, que aun siendo de oro, no valen nada.

Luégo una gargantilla de corales, que si los lleva para preservación contra el mal de ojo, pudiera muy bien haberse los dejado en casa. En las coloradas muñecas unas colomias verdes, que la hacen esperanza engañosa de que parecerán bien sus robustas manos. La mantellina es de bayeta blanca, que debió estar tal antes de lavarse, que aun recién lavada no está limpia. El jubón de rasilla caduca, que desechó tiempo atrás la mujer de un barbero á quien servía. Una basquiña enfaldada de estameña gorda, que compró en una ropería con medio año de soldada. Las enaguas de jerguilla verde, con tres guarniciones anchas, matizadas y baratas. Zapatos negros de suela espaciosa, con cintas azules, viéndose por lo alpargatado unas medias coloradas de Inglaterra. Con ésta van otras tres ó cuatro de semejante aliño, y estas son las panteras de esta holgura. La pantera es un animal que se cubre de pellejo tan hermoso, por la variedad de sus colores, que con ellos llama á los animales de que ha de sustentarse, y de tan fiero rostro que los ahuyenta. ¿Pues qué hace para sustentarse? Esconde el rostro y enseña la gala. Lo mismo hacen estas mujeres, esconden la maldita cara debajo de dos plastas de color, y enseñan las cintas, los corales y las enaguas, y con esto convocan animales que las sustenten.

Tras de estos va un mozuelo con un vestidillo de bayeta, que porque fué negro, no deshonra más que si fuera pardo. Lleva el sombrero desaforrándose, desaforrada la golilla, la valona de color amusco, algunos botones vacíos, algunos ojales yermos, las mangas de estameña, pretina de retazos, sin espada que la fatigue; las medias de lana menos por donde han tenido puntos, que por allí son de seda, y los zapatos de otra medida, pero lleva un olor consigo venerable y agradable. ¿Qué hombre es éste, Dios mio! ¿Y qué animal ha de ser luégo este hombre? Este es un aprendiz de guantero que está ya barbeando sobre la dignidad de oficial. Metió al salir de casa los dedos en el almizcle y limpióselos en el vestido, que fué lo

mismo que echar ámbar en el muladar. Este mozuelo, con otros dos de su ocupación, andan en el campo parando con el olor sabandijas y matándolas con las palabras, prenden con la fragancia y ofenden con la boca.

Ya está en el verde anfiteatro una mujer de mediana edad, pequeña de cuerpo, muy cubierta de carne basta, la piel confusa, la cara libre, rodeada de una toca de lino, en la garganta unos hilos de perlas menudas, turbias y mal formadas. Los pechos altos, cubiertos de un jubón de terciopelo liso, á quien se le cayó antes el uso que el pelo: al lado del corazón colgado un mondadientes de oro, en la muñeca izquierda devanado un rosario de raíz de lirio, con tres medallas grandes de plata: en la derecha cuatro cuentas de ámbar, ó reumas, muy gordas; en los dedos muchas sortijas de oro, unas con piedras blancas de luz espesa, otras con piedras coloradas como de hígado, y dos con unas guijas aceitunadas. La basquiña, de paño vitoriano. Hacia la mano derecha un llavero de plata con seis llaves de diferentes hechuras. El manto, en fin, de peso despeñado hacia las caderas. La cueva de esta fiera es en el lugar un bodegón oscuro, donde se venden venenos y hambre á grande precio. ¿Y cómo se llama esta fiera que sale hoy al Trapillo? Hiena. Este animal adormece á los que se le acercan. Esta mujer con la respiración envinada causa sueño á los que se le avecinan. La hiena imita la voz humana; esta bestia la imita; no dirán cuando habla, si no que es mujer. La hiena se llega de noche á las cabañas de los pastores, y si oye nombrar á alguno, le nombra como que le llama, y en saliendo se le come. Esta mujer llama al primer cortador, que va á pasar, por su nombre, y se le come en avellanas, castañas verdes y otras golosinas. La hiena es toda de una pieza. Esta mujer está tan gruesa, que si toda no se vuelve, no puede mirar á un lado.

No sola Hircania engendra tigres; Madrid también los engendra. Entra en el campo, en que se celebra á la fiesta de san Marcos, un mozo espigado, enjuto, derecho, pro-

porcionado, largo y liso el cabello, cultivado con el peine y la escobilla: la tez sin las inclemencias del sol y el aire. La valona limpia y caída, el vestido de raja de Segovia de color gustoso, las mangas agironadas de color de perla, aforradas en flor de romero. Las mangas perdidas abiertas, y aforradas en tafetán verdemar, la pretina forcejada, la guarnición de la espada limpia, la daga pendiente en una colonia azul, los calzones justos, cerrados por abajo con unas lazadas negras, las medias de seda del color de las mangas, arrugadas con orden, los zapatos justos, limpios y derechos, el sombrero doble, airoso y la capa bien manejada. Bien matizado está este tigre. Sepamos qué hombre se convirtió en él. Un oficial de sastre, que con los aforros que le sobran, se engalana de aforros, y con los moros que le compra al maestro, se luce de mangas.

Sube de Villaverde una labradora muchacha, de rostro bien figurado, de cuerpo seguido, de garbo amedrentado y de vista sosegada, revuelta al rostro una toca de seda con mucho aliño, sobre ella un sombrerillo negro con muy buen aire, el jubón de terciopelo rizo hecho en la corte, unas enaguas de sempiterna encarnada con siete vueltas de puntas negras de telarejo. El abantal de resilla parda con ataderos de colonia verde; los zapatos nuevos con botoncillos de bronce dorado. En las manos un rosario de coral y oro, y en los dedos algunas sortijas de azabache. Anda con otras que se diferencian poco en la edad, y que la igualan en el aliño. Lléganse algunos mozuelos á ellas, ellas huyen de ellos: y mujer que huye, deja encendida la senda al que la busca en fuego que inquieta mucho.

Andan por entre aquella bulla de gente unos zonzos que no tienen habilidad de unirse con ninguno, y tienen golosina de verlos á todos. Andan cada uno de por sí con movimientos ridículos, embobando los abiertos ojos en cuanto pasa en el sitio. Párase uno junto á un corro de gente sentada que está merendando. Aquí sobre el desnudo suelo desahogan de unos paños no limpios, unos manteni-

mientos rudos, fríos y asquerosos. Las mujeres trinchan mientras los hombres descuelgan de las pretinas unas botas de vino, tan abundantes y tan llenas, que aunque no costaran más que el trabajo de llevarlas, eran costosas. Empiezan á comer todos, y á servirse los unos á los otros los bocados, cumpliendo cabalisimamente con todas las pesadas ceremonias de la cortesía baja. La sal y la pimienta, que sirven de fuego á los fiambres, empiezan presto á obligar al socorro de la bebida. Cogen tres hombres cada uno su bota debajo del brazo derecho, inclinanles las ligeras cabezas hacia tres vasos, que en las manos izquierdas tienen, el uno de vidrio gordo aplastado, el otro de plata que negreguea, y el otro de Talavera, desollado por dos ó tres partes. Recibenlo diferentes manos, y á la salud unos de otros, los apuran. Vuelven á comer, y vuelven á beber más que comen. En Arabia la casi desierta hay un seno en cuya desapacible cavidad, yace una selva no desapacible por donde pasa un río traído con violencia con las sedientas manos de los Gandeos. Sangradura es del Nilo, mas tan copiosa, que excede á los ríos de caudal grande. Por las bocas de las bodegas de los lugares circunvecinos á Madrid, salen tantos arroyos de vino, que si se juntaran hicieran un río mayor que el que entra en el mar por siete bocas. Á éste le sangran tan descompasadamente los que van al Trapillo, que llevan otro río acuestas. Es inmensurable lo que se bebe. Este mismo río artificial de Arabia hace en algunas partes unas balsas cenagosas que engendran unas sierpecillas de maliciosísimo veneno. Estas se crían con alas y salen volando del paterno lodo á hacer daños de mucha infelicidad. El río de vino, que han llevado con sus manos estos que meriendan á aquel campo, hace unas balsas cenagosas en sus estómagos, donde se crían unas palabras volátiles y venenosas como aquellas sierpecillas. Salen de la boca de una mujer hacia otra mujer, y flecha cada una sus venenos; ármase entre ellas una pendencia. Defiende á cada una el hombre á quien le

toca, y enciéndese entre ellos otra pendencia, á quien hacen muy ejecutiva las sierpes que salen de sus bocas. Ruedan las reliquias de la fuerte merienda, corre en arroyos el vino malhechor, el vaso de plata se desaparece, el de vidrio se quiebra, el de barro anda entre los piés, las servilletas y los pañuelos se mezclan con las capas, las mujeres gritan, y las espadas suenan. Nuestro mirón, atropellado de los que riñen, pierde el sombrero y el color, y apártase de allí sin color ni sombrero.

Con este alboroto se sosiega un baile que estaba algo apartado; pero no pierde el puesto. Sosiégase el alboroto y desasosiégase el baile; vuelven á su alegre y moledora tarea los que bailaban. Toma una mocetona robusta entre las manos un pandero, y da en él tan desatinados golpes que le hace quejarse en grande y compasado ruido: haciéndole está pedazos, y él quejándose como si cantara. Tienen puestas unas castañetas que parecen hechas de cuatro artesones: tíranse unas puñadas de ruido que se hacen pedazos las sienes. Como se van rindiendo los que bailan, van ocupando su lugar otros.

Las bestias fieras, que aún no hemos encontrado en este circo, son los gladiadores. Ahora los veremos. Allí hay juego de armas. Vase acercando una de las ranas mironas á un círculo dilatado de hombres en pié. No ve lo que mira, pero oye en el vacío que dejan, ruido de espada, y conoce que son esgrimidores. La antigüedad, que usaba de gladiadores, rodeaba de estacas clavadas en el suelo el sitio en que los encerraba. ¿En qué se diferencian de aquellas estacas estos, que clavados en el suelo están haciendo sitio y palestra á aquellos bárbaros, que se meten á reñir por holgura? La mayor crueldad que cometen los hombres, es jugar las armas en público, porque es ir á maltratar al prójimo sin enojo ni interés. Delitos hay dichosos. Contra esta culpa no hay leyes. Métese nuestro mirón á ser estaca entre los otros á tiempo que soltaba la espada uno y se abalanzaban á ella tres ó cuatro hombres: ¿tanta priesa corre el que os descalabren? ¿Piérdese algo en que sea de

aquí á media hora? Teníala asida por la empuñadura un hombre de mediana estatura, muy corto de la cintura á las rodillas, y el cabello de color de zorra. Tenia el mejor lugar en aquel derecho, y declaró el maestro que le tocaba. Mientras éste se quitaba la capa y la espada blanca, el que le aguardaba, que era un hombrón alto, con media vara de pescuezo, gastaba el tiempo en pasar la negra, que tenía en la mano, por debajo del pié izquierdo, y luégo llevarla al ojo derecho. Llegó el pelirraposo al puesto, y desviando con toda la mano zurda dos dedos de la cabeza el sombrero, tocó la espada en el montante que es como jurar obediencia. Hiciéronse la acostumbrada cortesía los combatientes, y empezaron su batalla. El altón era muy movedizo, el bermejo muy asocarronado. Dejó asegurar al esgrimidor bailarín, y dióle un cimbronazo que casi le dejó sin sentidos. En viéndole aturdido y desordenado, le apretó de manera que le mataba. Ya se ve si los raposos son amigos de gallina. Comíase el bermejillo al pobre altazo. Hízole al aporreado el maestro dejar la espada, porque le tocaba y le convenia. El bermejo quedó muy sosegado aguardando palestrita, limpiándose con la manga perdida el sudor del rostro.

El que entró fué un zurdo cejijunto. Apenas le vió el bermejo, cuando dijo entre sí: «Á éste le conozco la intención y no el juego; en grande peligro me hallo. Pues buen ánimo.» En el mismo punto que le vió en batalla, le asió de la espada con la mano siniestra por el segundo tercio, y le dió tres ó cuatro cintarazos, con facultad de cuchilladas, porque le corría la sangre por muchas partes de la cabeza. El zurdo le dejó con ambas espadas en las manos y se pegó á él como un león, y en el primer acometimiento le dió dos cabezadas en las narices que se las desformó. El maestro no hallaba por dónde meter el montante, y no se metió en nada. Los amigos del zurdo acudieron á defender la razón, y los del bermejo á defender su amigo, y trabóse una escaramuza muy sangrienta. Sucedieron algunas desgracias y cogiólos á todos la noche.



LA PELOTA

EL emperador Nerón instituyó unas fiestas ó juegos, que llamaban de los juvenales. Esto era ir á un puesto, que para esto estaba señalado y dispuesto, la juventud noble y plebeya á hacerse pedazos á bailar, á representar cosas burlescas y á hacer otras piezas, que eran de risa para el que las veía y de molimiento para el que las hacía. ¿Quién, sino aquella fiereza de condición, pudo pensar crueldad de tantas malicias? Incitar á los hombres á que se matasen, haciéndoles creer que se holgaban. Provocarlos á que se descoyuntasen, aun sin el miserable consuelo de la conmiseración agena, y al fin matarlos él, haciendo creer al mundo que ellos se tomaban la muerte. Si el juego de la pelota no hubiera sido antes que Nerón, pensara yo que era máquina de su crueldad. Ninguno de cuantos desatinos entretienen á los hombres atormenta tanto. Hombres hay de buen juicio que dicen que es bueno, y como ellos lo imaginan, no tiene duda, pero nunca se ejecuta como lo imaginan. Dicen que el juego de la pelota es

ejercicio universal de todo el cuerpo, porque en él están obrando los piés, los brazos y la voz, y que este es el más saludable ejercicio. En el que anda, sólo trabajan los piés. En el que trabajan los brazos, ordinariamente los piés no se mueven. En el que con la voz se fatiga, ni los piés ni los brazos. Cualquiera de estas agitaciones ayuda á adelgazar la sangre para que corra por las venas, y á que se facilite lo que está en el estómago crudo. El ejercicio de los miembros, todos saben que es provechoso: el de la voz no lo deben de saber tantos. Pues ténganlo todos por cierto. Los que hubieren porfiado, podrán decir la hambre que de haber voceado les queda. Los viejos, los gotosos, ordinariamente hablan más que lo ordinario. Parece vicio y es impulso de la providencia. En aquellos cuerpos ó no hay movimiento ó el que hay es tardo y torpe. Han menester alguna agitación que les aligere las operaciones internas: no tienen parte sin impedimento sino es la voz, y con ella ayudan á la naturaleza. Por esto se persuaden á que los que juegan á la pelota, como no hay parte en ellos que no se ejercite, están haciendo con medios muy eficaces el negocio de su salud. Yo lo creyera, si hubiera visto á alguno que de este ejercicio tomara la cantidad conveniente; pero todos juegan aun después del cansancio, aun más allá de la fatiga, aun dentro del ahogo; y eso no puede dejar de ser nocivo. ¿Quién se persuade á que el que pierde dejará el juego cuando convenga á su salud? Muy dificultoso es que haya acción de acuerdo en el que está picado. ¡Y cuál hay de los que ganan á esto, que no piense ó que el partido es ventajoso ó que es suyo el día? Con que se debe creer que querrá aprovecharle todo. Fuera de esto, los fines de este juego son de peligro grande, porque si es invierno, quedarse al frío sudando, ¿cómo puede no ser ofensivo? Y si es verano, ¿no es dejar enjugarse en las carnes aquella camisa mojada? ¿No es volver al cuerpo por los abiertos poros la calidad de aquel sudor empeorada? Para que el juego de la pelota fuera provechoso á la salud, era

menester que fuera muy moderado; tener el invierno una estufa en que meterse cuando se deja; y el verano una camisa y lugar honesto en que mudársela. No hay moderación, ni estufa, ni camisa: con que el peligro es palpable.

Entra nuestro tahir de pelota el día de fiesta por la tarde en el lugar en que se juega, chupando el palillo de dientes. Introdúcese en el corro en que se trata de partido, y pónese á pensar cómo engañará á alguno. Esto en este juego dicen que no es culpa; por lo menos no es gracia. Nunca está de buen aire el que se declara demasiado codicioso. La victoria no se ha de ganar allí con el ingenio, sino con las manos ó la fortuna, que no es academia ni palestra. Sobre el ajustar el partido da desatinadísimas voces; ya están convenidos, ya desconvenidos: al fin allá después de gran rato de contienda se conforman. Lindo juego que muele antes de empezarse. Quitanse las capas, los sombreros, las espadas, las ropillas y las goli-las. Ya entran perdiendo: preguntaránme, ¿qué? La decencia y el decoro. En el traje que se ponen allí en público los más de ellos no consentirán que los vea nadie de fuera de su casa, y los que son hombres de muy lucida sangre, no todos los de su familia, sino los escogidos para su cama. Quedan nuestros jugadores en jubones de colores diferentes, algunos con las manchas en las espaldas del sudor del juego pasado. Desnúdanse las agujetas para bracear más libres, desatan las cintas que ajustan los calzones por abajo, y echan de los ojales los botones. Si quedarse en jubón fué indecencia, ¿qué será esotro? Alguno se pone unas alpargatas; bien lo há menester para lo que ha de caminar aquella tarde. Otro se ata el cabello atrás con una colonia y queda como una Venus con la flor de su tocado. Un par de ellos se aprietan los lienzos por la frente como si tuvieran jaqueca, y es que la tengan muy posible de lo que vocearon para hacer el partido. Otro par de ellos están depositando el dinero. ¡Para buena obra pía! Toman todas las palas y saca el juez el rosario. Buena señal para un

juez; pero éste no le saca para rezar sino para saber los tantos que se pierden. Empiézase el juego. El que saca encamina la pelota hacia donde no la puedan coger los que restan; ellos se desatinan para volverla á la parte de donde salió: los del saque la salen á recibir como enemigos, rabiando por echarla de sí. Al fin la apaga uno. Esto, ello por ello ó con poca diferencia, es lo que se hace toda la tarde, repetido innumerables veces. Por instantes se ofrecen dudas, y como están lejos los unos de los otros, se desgargantan á voces para volver por su razón. Entre pelota y pelota, el que tiene la mano de la pala con el sudor resbaladiza, parte á la pared y la imprime en ella, por sacar polvo pegado que se la ponga áspera. La pared se ensucia y la mano se enloda. Por sola la limpieza es amable este juego. Sudan los piés. Ya se ve lo que hacen los piés sudados. La camisa se ablanda en humedad enfadosa. Por coger una pelota que viene arrimada á la pared, se pone el que la sale á recibir de manera, que visto por aquel lado, parece albañil. Si uno yerra una pelota que se le vino clara, los de la parte contraria se ríen y los de su parte le riñen, y él queda tan avergonzado que no se atreve á mirar á nadie. ¡Fuerte locura hacerse un hombre ridículo por su gusto! Anda nuestro tahur tan inquieto como si siguiera ardillas. Al cabo viene una pelota muy recia, él no mete bien la pala, ella le topa en la frente y da con él en aquel suelo. Levántanle con un chichón como un puño, apriétanle un lienzo y vase á sentar detrás de la valla.

Con la gente que estoy bien es con los mirones del juego de la pelota. No hay ocio tan sin gracia en el mundo. En este juego no dan barato, que esta esperanza entretiene. Las más veces no juegan dinero considerable, y lo que hace una contienda espectáculo gustoso, es que sea grande la causa. Lo que se obra es una misma cosa toda la tarde, juéganse veinte juegos que son como el primero los diez y nueve. Lo que se oye no es más que: *jugar, afuera, chaza, á dos, envido*. ¡Miren qué sonoras palabras, qué

misteriosas! Por no oírlas se pudiera un hombre ir á un campanario. En otros juegos se atraviesan muchas palabras de ingenio y de gusto; en el de la pelota no hay más que estas palabras sin gusto ni ingenio. Digo, que se les puede fiar tiempo molido á los que en ver y oír esto gastan el tiempo. Piensan estos que ya que no hacen cosa buena no hacen cosa mala: pues engañanse, que no hacer algo bueno es hacer algo malo. El que ve jugar á la pelota el día de fiesta no hace nada malo; pero hace mal en no hacer algo bueno. El ocio que se le concede, no es el inútil sino el provechoso. Lo que era cosa de perder el entendimiento, era que pensasen estos que es la vida breve. Pregúntenselo á cada uno de por sí, y dirá que es un soplo. Pues hombres errados, ¿cómo ha de ser larga, si no hacéis nada en la mayor parte de ella? Un bolsón de materia preciosa cuando está vacío ó poco ocupado, parece una migaja: échesele quinientos escudos y parece grandísimo. Nadie tendrá por hueco pequeño el que coge mil reales de á ocho.

La vida es de materia preciosísima, porque es de tiempo; pero si esta no se llena de ocupaciones loables, parece un suspiro. Llénenla de buenos ejercicios y parecerá muy larga. ¿Habrá quien se atreva á decir que San Agustín vivió poco, porque sus años no fueron más que sesenta y seis? Cierto que me persuado á que no habrá quien se atreva á decirlo. Porque mirado lo que escribió, lo que leyó, lo que oró, las penitencias que hizo, las almas que redujo, parece que no cabe en mil años de vida; y así parece aquella vida de más de mil años. Y tiene esto otra circunstancia más; que se hizo todo en treinta y tres años, que fueron los que después de su conversión tuvo de vida. La duración de una vela no se tasa por la cuenta de los días que há que está formada, sino por las horas que alumbra. Bien puede estar cien años guardada, pero aquello no es durar cien años. Lo que vive es desde que se enciende hasta que se acaba. Sólo el tiempo que trabaja es el que vive; la

cantidad de lo que se vive es la cantidad de lo que se obra. Si estos mirones quieren que sean vida los días de fiesta, hagan los días de fiesta algo que parezca vida. Si gustan de espectáculos contenciosos, recójense en su casa las tardes de los días de fiesta, y pónganse á pensar la contienda que traen en el mundo unas cosas con otras, que espectáculos hallarán por muchas tardes, y se pueden sacar muchos aprovechamientos de las contiendas. Piensen una tarde la contienda que trae la necesidad con el pobre: ella rabiando por acabar con él, y él matándose por acabar con ella. Va á trabajar el pobre por tener armas con qué matar el hambre; trae con qué matarla, pero él viene muerto con lo que ha trabajado. Por aquí ó por allí anda siempre maltratado el pobre de su necesidad. Llega el mendigo con el sombrero en la mano á pedir limosna al rico, mas él no sólo no se la da, pero le niega la cortesía. Estáse con el sombrero puesto, porque le parece que así está más alto que el pobre. Luégo para despedirle, por no darle la cortesía ordinaria, le dice: «Perdone, hijo; no tengo que le dar, hermano; padre, Dios le socorra.» Para maltratarle le dijo requiebros. ¡Oh infelicidad grande del pobre! Que el lenguaje que sirve al amor, sirva para su desprecio. Padre le llama el rico, hijo y hermano, por no decirle vuesa merced. Advertencia parece de Dios, arrojar en aquella crueldad estas palabras, para que él mismo se diga, sin irlo á decir, las razones que hay de socorrer al pobre. Su padre es porque representa á Dios. Su hermano, porque es hijo de Adán. Su hijo es, porque para que cuide de él se lo prohijó el cielo. Las palabras con que le despide, son la razón por que le habia de llamar. Porque no se disculpe con la inadvertencia, le hace Dios que él mismo confiese el parentesco: porque le socorra se le acuerda. De aquí se puede sacar conocimiento de lo mal que hace en no dar limosna el que puede darla. Los pobres venden siempre muy barato; quizá aquel pobre que le pide, va á darle por un ochavo el cielo. Luego que el tratarle sin cortesía, es

desacato que le hace al Rey de los reyes, porque el pobre que pide, es un hombre enviado del cielo á que le ruegue de parte de Dios que haga una buena obra. Al que envia el recado, ofende quien desestima al recaudador. Y cuando no hubiera esto, ¿qué le va á pedir, sino que haga una cosa que le ha de ser de gran utilidad? Desestimarle por esto, es declarada injusticia. El no darle limosna, es villanía infame porque es ponerse de parte de la necesidad su enemiga, que es la parte más fuerte. Con estas consideraciones pueden quedar, los que de ver contiendas gustan la tarde del día de fiesta, muy de parte del pobre contra sus necesidades.

El que gusta el día de fiesta por la tarde de jugar á la pelota por hacer ejercicio, puede hacer otros ejercicios que sean más saludables para el cuerpo y para el alma. Sálgase al campo con un par de amigos no pesados y necios, que estos no hacen más que descargar en las orejas del desdichado que los oye, un diluvio de boberías, y es tempestad muy penosa. Todos piensan que no hay más de una especie de animales ponzoñosos que envíen su veneno por el aire, estos son los basiliscos; pues se engañan, que otra especie hay que hacen lo mismo; estos son los tontos. También piensan todos que el oído es el sentido que está libre de venenos, pues también se engañan: el veneno que por ellos se recibe, son las necesidades. Salga, pues, al campo con dos amigos discretos y virtuosos, cosa de que es tan corto el número; mas vaya; puede ser que sea tan dichoso que los halle. Paséese y hable con ellos. Á pocas palabras de una conversación hay diferencia en las opiniones: con el calor que defiende cada uno la suya, hace muchas acciones con los brazos, que es cosa natural irse los brazos á cualquiera defensa: ellos son los valientes de cada individuo. Aun en lo que se ha de defender á razones quieren tener parte, y ayudan muy bien á las razones: con sus movimientos las hacen más fuertes. Con esto ejercitan los tres amigos á un mismo tiempo los piés,

los brazos y la voz, sin la violencia del juego de la pelota y con la templanza que pide la salud en los ejercicios. Allí está un hombre de discípulo y de maestro ; lo que sabe bueno, lo enseña: lo que oye bueno, lo aprende. Enseñar, hace vanidad gustosa : aprender, hace provecho deleitoso. El que se enseña, recibe provecho con hacer provecho : el que aprende, hace provecho con recibir provecho. De los gustos y utilidades de discípulo y maestro, está gozando el que conversa con hombres entendidos y virtuosos. Mejor se emplean en esto las horas santas de la tarde del día de fiesta, que en andar alocadamente tras de una pelota.



EL JUEGO DE LAS DAMAS

ACABA de comer el día de fiesta un flemático, y quédase en la silla con el mismo sosiego que si estuviera en un tapiz. Los flemáticos no tienen la vida muy larga porque hay en ellos más frialdad que calor, y en no estando proporcionados el calor y la frialdad, hacen la vida corta. En no pudiendo pelear con iguales fuerzas, con la frialdad el calor se extingue. Estos empiezan desde niños á tener temple de viejos, y no hay tan larga vejez como una vida larga. Por su complexión tienen los flemáticos la vida corta, pero mucho más por lo poco que obran en ella: siempre parece que están muertos. Acuérdatele á nuestro flemático que es día de holgar y no que es día de fiesta, y trata de irse á holgar. Hay una botica enfrente de su casa; como es vecino el boticario, es conocido. Quiere irse á hablar con él, y tarda hora y media en llegar á la botica. Halla arrimados al mostrador á un platicante de un Hospital, á un médico que há tan poco que salió de platicante

que aún no tiene acabada de pagar la mula, y al boticario por de dentro hablando en calidad de yerbas con tanta erudición, que parece que estudiaron en un monte. El flemático está como en Vizcaya; pero él tiene tan buena espera, que todo lo sufre. El médico y el platicante oyen con desprecio lo que dice el boticario. Él se cansa de esto, y sin darse por entendido, le dice al flemático que si quiere jugar á las damas, y él responde muy despacio, que sí. Entra por la puerta á la tienda, ya el boticario ha puesto sobre un bufetillo de nogal el tablero. Toma el flemático una silleta de paja y el boticario un taburete alto de estos que se compran á la puerta. Sentados con esta desigualdad, se conforman en que vayan dos cuartos á cada juego. Constitúyese cada uno general de un ejército de palillos y empiezan á formar sus escuadrones. El médico se despide del platicante diciendo que va á hacer unas visitas, y las visitas no son más de dos, la una es á un amigo que se le ha muerto su mujer, y la otra á una monja que le pidió por un billete que le buscarse sobre unas prendas un poco de dinero prestado. El platicante se va á platicar á una plazuela. Ya han formado sus escuadrones el flemático y el boticario, y presenta el uno la batalla. Empieza á disputar la victoria con alguna celeridad. En estando deshechas las avanguardias, entra la consideración y el espacio. Mover cualquiera palillo cuesta más atención que aventurar mil hombres en un asalto. Hombres, mirad que jugáis y que no jugáis cosa que importe; ese cuidado es bueno para cosas de mucha monta. No tiene remedio. No apartan los ojos de los escapes, no se atreven á mover la mano sin larga consulta. Llega un muchacho, pone una escudilla larga en el mostrador, y pide en voz alta un cuarto de aceite de lirios. El boticario está tan embebecido en el juego, que no le oye más que si le pidieran el aceite desde su casa. Vuelve el muchacho á pedir en voz mayor el recado porque viene de priesa. Entreóyete el boticario, y hace en aquel tiempo una dama y olvidase de lo que entreoyó. Pa-



EL DOMINGO DE CARNESTOLENDAS

POR LA TARDE

UNAS plazas hay tan fuertes, que sólo por hambre pueden ser vencidas. Una de estas plazas parece el hombre poseído de la hostilidad de las culpas. Por el ayuno, por la abstinencia pueden ganar las virtudes esta fortaleza á los vicios. Pero ¿qué hacen ellos en este riesgo? Previénense de vituallas golosas. Contra la expugnación de hambre santa se arman de hartazgos viciosos. Ven el domingo de Carnestolendas al amanecer bajar á la Cuaresma con cuarenta ayunos, que son otros tantos batallones de buenas obras, y empezar á tomar puestos para sitiar al hombre. Allí es la prisa á poner bastimentos. Tanto es lo que comen los hombres aquellos tres dias, que los ayunos subsecuentes más son medicamento suave que mortificación dolorosa.

Acaban de comer en una casa rica el domingo de Carnestolendas á medio día, necia y abundantemente. Los dueños se levantan de la mesa á holgura hidalga, los cria-

dos á necia holgura. Júntanse los amos á jugar al hombre. Luégo seremos con ellos. Las criadas se dividen por los balcones ó ventanas, con pucheros en las manos. Los criados las socorren de calderos de agua, que arrojan con los pucheros sobre los pobres que pasan. ¿Qué querrá ser esto? Á mi parecer, no más que entretenerse unos con el enfado de los otros. ¿Y qué querría ser cuando empezó? Eso no sé: mas costumbre necia y peligrosa tan tolerada, debió de tener el principio bueno. Sin duda hacian esto los cristianos unos con otros, por prepararse unos á otros á burlas, á escarnios, á mofas, á desaires, á golpes, á ajamientos, para recibir con todo el corazón el horrible desengaño del miércoles siguiente, de que cuantos han nacido son polvo y serán polvo.

Están, pues, atalayando á los hombres que pasan, para mojarlos las mujeres. Ven venir un esportillero por la calle abajo; previénese una fregona de un cubo de agua, tómale por el asa de esparto con la mano izquierda, por el resbaladizo suelo con la derecha; arrímale al balcón mohoso, y en viendo al pobre hombre en paraje, se le vuelca encima. El miserable paciente con el susto se aturde y con el peso se agobia. Pasa turbado á la otra acera á reconocer el balcón enemigo, y ve á mujeres y hombres tomando risueño placer del mal que le habían hecho. Enójase justamente del exceso de la burla, y empieza á hacer definiciones injuriosas de los que se la han hecho. Algunas yerra y algunas acierta, y ellos se ríen de todas: que los que pierden el miedo á la culpa, se le pierden á la afrenta. Al injuriado no se le daba nada de mentir por ofender, y los ofendidos desestimaban el agravio, por el gusto de verle padecer en el enojo. Nadie se huelga á tanta costa como los burlones; porque el corrimiento es enojo muy ejecutivo, y sufren con risa mil cosas que después padecen en el silencio con suspensión molesta.

Dos mujeres que están en una reja de un cuarto bajo, con un instrumento de disparar agua por las troneras de

una celosía, á un hombre vestido de negro que descuidado arrimado á ella pasaba, le dan una rociada por el rostro, que le turban los ojos, y le desaderezan la valona. El hombre prosigue su camino sin volver la cara al lugar de su ofensa. Pasa por la necesidad del uso con el silencio, no sé yo si con paciencia.

Ven venir las que están en el balcón una silla de una señora y tras de ella un escudero á caballo. Va por medio de la calle, y enójanse de que se haya salido de debajo de su tiro. Buscan desquite y hállanle. Métese una un poco adentro, y dicele en voz disparada: *Rodrigón*. Ayúdala otro mozuelo, y dicele en grito agudo: *Ciento y dos*. ¿Por qué, por qué baldona esta gente necia á este hombre? ¿Porque sirve en una casa principal? No por eso, que á nadie se le esconde que para la organización del mundo importan tanto los que sirven, como los que mandan, sino porque sirve por tres reales que parece la ración más sin sustancia que se le puede dar á la vida de un hombre de buena esfera. Si esos tres reales estuviesen desacompañados de otras conveniencias, no era mucho el tratar como á loco el que se mataba por servir y se dejaba matar de hambre. Pero estos tres reales suelen tener tantas comodidades adherentes que se hace una muy buena comodidad de todo.

Pasa algo apartado de esta silla en un coche un hombre rico que fué mozo y pobre, que hay hombres tan dichosos, ó tan desalmados, que enriquecen en menos tiempo que otros se pierden. No le echan agua, porque no le puede coger; pero puédenle decir baldones, porque los puede oír. No se los dicen. ¿Qué es esto, mundo injusto? ¿Al otro pobrecito avergüenzas que es pobre sin culpa suya, y á este rico no le dices nada que es rico con grande culpa? Menos acusable fuera por la libertad del día decirle á éste oprobios que le enmendaran, que al otro cosas que le affligieran. ¿Sabes lo que hace éste? Compra haciendas vinculadas por la vida de los que se las venden. Lo primero

que hace, es tasarles las vidas en cuatro ó cinco años. Para hacerles creer que no pueden vivir, les acuerda los riesgos que se andan tras el vivir, los que se agarran de la vida moza y los que acechan desde una baraja de naipes. Háceles al fin un sermón muy desengañado, para engañarlos. Ellos se persuaden á que la vida es un soplo: paréceles que en vida tan corta es menester darse mucha prisa á holgarse, y que esto no se puede hacer sin dineros, y véndenle la comida y la estimación de mucha vida en el corto precio de cuatro añadas. Ellos van contentos como una herencia, y él se queda riendo de ellos, porque sabe que con hacerlos desdichados, los hace eternos. Gástase el dinero en poquisimos días y luégo viven innumerables de calamidad insufrible. Á la hora que estos perdidos están aguardando cuatro reales dudosos en una casa de conversación, para ir á matar su hambre, está el que les compró sus haciendas haciendo hambre en una tienda de sedas, mirando si se le antoja algo para hacer un vestido que no há menester. Hombre cruel, yo no me meto en si te salva ó no la conciencia el peligro á que pusiste el dinero con que compraste: pero te afirmo, que si no hubiera quien comprara de por vida, no hubiera quien vendiera: con que se quitaba la ocasión á daño tan grande. ¿Pudiste tú dudar, según la condición de los que te vendieron, que dentro de muy pocos días habían de pedir limosna? ¿Pudiste no conocer que la intención de los fundadores de aquellos mayorazgos, fué dilatar su nombre por los siglos con lustre y reverencia, y que esto lo desearon tan esforzadamente, que hicieron por conseguirlo á otros muchos hijos y nietos pobres, á quien amaban tiernamente? ¿Puedes no haber oído decir lo que miran las Repúblicas por la continuación de estas haciendas, porque son las estrellas fijas con que lucen? No por cierto. Pues si todo esto te era patente, ¿cómo tienes corazón para ver mendigar aquel con cuyo caudal tú de puro abundante te envicias? ¿Cómo tienes descaro para falsearles el logro, por lo me-

nos en aquella vida en que empobreces, á los loables deseos de difuntos venerables? ¿Cómo tienes osadía de embarazarle, ni aun temporalmente, las sagradas atenciones á la República? ¡Ah mujeres, las que echáis agua, echad agua á calderos sobre ese coche! Tiradle los calderos. Mas no se los tiréis, que á vosotras no os toca el castigo de esta culpa. Dios, á cuyo cargo está, le dará el castigo.

Suben tres ó cuatro caballeretes mozos por la calle, y reciben de una ventana baja, donde están unas mujeres hermosas, una de aquellas cargas que da la hostilidad burlesca de aquella tarde. Mójanlos con festiva agua. Ellos miran los enemigos y huélganse de verlos. ¡Oh hermosura! Aun ofendiendo muchas veces amable. Tratan de su venganza y arrojan dentro de la pieza muchas bombas de agua olorosa, hechas de cáscaras de huevos. Enciéndense en tema las baterías. Quiere desde los balcones hacerles guerra fastidiosa el vulgo de otra familia noble. Embarázase el dueño, corrigiéndole con los apellidos heroicos que aquellos mozos tienen. Con sólo el nombre los quiere hacer respetables. No halla otras señas. ¡Desdichado del hombre que no tiene más señas para su estimación, que el nombre! Solos los apellidos pronuncia. Esas son señas de que nacieron, no de que han vivido. Don Fulano de tal significa descendencia, pero no obra; dice sangre, pero no virtudes. Esa es gloria agena, que no hace lustre propio. ¿Puédese desvanecer el papel pardo, porque estén escritas en él las hazañas de Julio César, la recta judicatura de Solón y la prudencia de Sócrates? De ninguna manera. Pues de esta manera, ni ellos se pueden desvanecer, ni nadie debe estimar á aquellos hombres, en quien, como en papel ordinario, están escritas con el nombre las historias de abuelos excelentes. Si la prudencia de Sócrates, la rectitud de Solón, la gallardía de ánimo de Julio César, estuvieran escritas en láminas de oro, aunque se borrara la historia, quedaban las láminas estimables. Hombre, en quien con el nombre está escrita la historia de grandes

ascendientes, si él por sí no queda estimable, aunque borren la historia, crea que es papel de poca estimación. Lo que cada uno es, es. Lo que fué otro, no es nadie. Estos mozos no tenían más señas que el apellido: desdichada fortuna. Si al mundo se le olvidasen sus nombres, no tenía señas con qué buscarlos. ¡Oh verdaderamente nobles aquellos que pueden ser buscados sin el apellido; aquellos de quien se puede decir: ¿quién ha visto á uno, que peleó increíblemente en tal batalla? ¿quién ha visto á otro, que era la administración de la universidad? ¿quién ha visto á un mozo, que frecuente mucho los templos? Esto, esto es ser noble; esotro es ser historia.

Huyendo de un aguacero, que caía de unos balcones, se entró en un zaguán un mozo lucido, á tiempo que bajaba por la escalera un conocido suyo, hombre de más ingenio que fortuna, de más nombre que hacienda. Saludáronse y el que entró le dijo la causa que le tenía allí al que bajaba, y subsecuentemente le preguntó á qué había ido á aquella casa. El otro sonriéndose le dijo:—«¿Qué me vendrá á mí que bien me venga? Sabréis, amigo mío, que vive aquí Fulano (éste era un extranjero muy rico), el cual ayer en el congreso de un garito me dijo, que me viniese hoy á comer con él, como dando á entender que añadía á su mesa el plato de mi conversación: que los ricos se sirven hasta del alma de los pobres. Yo vine á la hora señalada, estudiando moderaciones contra la abundancia de la comida. Entré en una pieza ricamente adornada y lo primero que se me vino á los ojos fué la mesa, cuyos manteles eran tan blancos que deslumbraban, tan cumplidos que tapaban los piés al bufete, tan labrados, que eran una selva nevada. La plata de los servicios, no parecía sacada de minas, sino de cantera de diamantes. No podían sufrir tanta luz mis ojos y pasélos á la tapicería. Si lo extraño, si lo hermoso, si lo rico no embõbara, matara el gusto de comprenderla. Llegó la hora de comer y sentámonos. Yo des-cogí una servilleta, sobre la mesa y mi silla, tan blanca, tan

fina y tan hermosamente labrada de las señales de los dobles, que me pasó por la imaginación limpiarme en las faldas de mi ropilla por no violarla. Empezamos en unos orejones. Todos los principios son pequeños, eran pocos. Sucediéronles unas escudillas de caldo de color de pobre, que sale del hospital. Quise tomar unos tragos y figuróseme que era escudilla de materia: no me atrevi. Viéndome ocioso mi convidador, dijo en voz de vender por la calle: *Las perdices*. Yo he oído cantar á cuantos músicos buenos ha habido en mi tiempo en la corte y ninguna voz me ha sonado tan bien. Empezaron los criados á hablar en secreto unos con otros y las perdices no venian. Al fin se determinó uno y dijo que se le habían olvidado al comprador. ¡Ira de Dios y cuál se puso el hombre! Temi que los matara á todos. Á mí se me afligió el corazón de ver la ira en que se abrasaba, como avergonzado. Procuraba templarle, representándole la poquedad de la culpa y la pequeñez de la falta. Él, como enfrenado de la urbanidad, se compuso á mi ruego. Harto me pesa de que faltasen las perdices, porque soy muy amigo de estos pájaros; pero apelé al regalo que en lo que faltaba suponía. En esto estaba, cuando he aquí que asoma un braserillo de plata enrejado, con un plato encima, tan grande como la Vega de Carmona, cubierto con otro del mismo tamaño. Miréle como á vengador de la injuria de las perdices y consoléme. Pusiéronle en la mesa, descubrióle su dueño y descubrió tres alcahofas enteras cocidas en agua y sal. Hízome plato con una, hizose plato con otra, y dejando en el plato grande la tercera, echó aceite y vinagre en ambos platillos, diciendo que era la mejor invención con que habia topado la gula. Yo lo probé, y en mi vida ví cosa tan sin gracia. Sirvieron luego otro braserillo con otra tanta plata preñada, y era un plato compuesto de escarola, hojas de rábanos, malvas, ortigas, culantrillo de pozo, agallas de ciprés y hojas de yedra. Esto es lo que á mí me pareció: puede ser que me engañase. Hízome el italiano un plato de muy buena pre-

sencia, probéle, y era de muy maldito sabor. Echaba la culpa á mi paladar, y guardábame para los platos futuros. Volví los ojos hacia la puerta, y veo entrar un cubierto muy majestuoso, pusiéronle en la mesa, y dijo el hombre: «Esta es la muestra del escabeche que tengo para esta cuaresma, y como no es más de muestra, es poco.» Debía de ser como un cuarterón, pero preciosísima cosa. La bondad le hizo menos, y la hambre le hizo nada. Acabóse antes de empezarlo. Pedí de beber, y en una salva como una rueda de molino, me trajeron una copa de vidrio de Venecia de corta cavidad, llena de agua sobre una cuarta de pié, y junto á ella una limetilla del mismo vidrio con una gargantilla azul, que debía de hacer la cuarta parte de un cuartillo, llena de vino de Colmenar. Para echar el vino en la copa fué necesario vaciar el agua en la salva, y dióme vergüenza de vaciarla toda, con que vine á echar una lágrima de vino, porque no cabía más. Fui á beber, derramóseme un poco, y apenas quedó con qué mojarme el pico de la lengua. Al dejar la tacilla la miré con atención, y me pareció volatin en zancos: un muchacho una legua del suelo, con un tamborilillo, que no es música sino ruido, que no es deleite sino estruendo. Cuando yo restituía la copa, estaba ya en la mesa una polla de sabrosísimo olor. Empezóla á trinchar el dueño de la casa, y en la fuerza que hacía, me pareció que era de escultura, infaliblemente de madera. Preguntarásme ahora, que cómo olía? Yo lo diré. Esta polla se asó en la pastelería, donde en tales días se asan innumerables, y sucedióle lo que á los melones malos, que de estar entre los buenos huelen á buenos. Cúpome una pechuga, y era menester una azuela para dividirla en bocados. Dejéla de comer por falta de instrumento para partirla. Levantaron este plato, y vino sobre ascuas el de la olla, y tan sobre ascuas que no sosegó un instante. Mandó el dueño que la quitasen, dando por razón que estábamos reventando, pero era por comer. Pusieron luégo en un trincherero una zanahoria con un cal-

dillo agridulce que olía á especias, que fué el último plato del estupendo convite. Mirad ahora cuál sacaré el estómago. Amigo, lo que pondero aquí no es sino mi desgracia, pues en una casa tan rica y tan abundante como esta, en día que todos comen bien, han tenido maña de matarme del hambre.» Sonrióse el mozo y dijo: «En cualquiera de las naciones son de diferente cantidad los ánimos. Unos son grandes, otros no tanto, y otros pequeños. En la nación de vuestro convidador hay hombres que el día de la vanidad, no sólo son cumplidos, sino derramados. Los que no tienen tan alto el espíritu, caen en las debilidades que vos llamáis desgracia vuestra. Yo los conozco muy bien, y sé los vicios que las producen. Estar la ropa y la plata tan limpia, es crueldad y no aseo, que es por hacer reventar á los desdichados que los sirven. El estar el caldo sin color, es un ahorro muy estudiado. Tienen ajustado que lo menos que puede llevar una olla, es un maravedí de azafrán, que al cabo del año son trescientos y sesenta y cinco maravedises, que se ahorran en el consumo del almirez, con no machacar aquello, por lo menos otros cuarenta y siete maravedises, que son cuatrocientos y ocho, que son doce reales. Que estos, empleados, se doblan cada año, y que en pocos años la multiplicación de estas duplicaciones montan un tesoro. El reñir porque falta un plato de la orden que dió, es cortedad ingeniosísima, porque es concordia entre él y los criados para abultar sin costa el aparato, para hacerle agradecer á la sencillez del convidado español el plato que no come, y para tener él á la noche el plato de la rifa de haberle engañado. El comer tanta hortaliza es porque el poco sustento debilita la sensualidad, y es vicio en España muy costoso: si las mujeres no pidieran tanto, se comiera cada día un carnero. El ser la polla dura es culpa del comprador, porque lo mismo cuesta la esquiva que la blanda. El levantar intacto el plato de la olla, es porque tendría hecho concierto con el ama, que la había de sustentar con aquel plato, y

como os veía tan hambriento, temió que no habíais de dejar nada. Estos son en suma los motivos de haber comido hoy vos tan mal, y no vuestra mala fortuna.» «Con mucha malignidad, dijo el hambriento, discurrís en estos motivos, y me persuado á que os engañáis en muchos. Lo que me sucede ahora es, que cada vez que se me vienen á la memoria las perdices, se me llena la boca de agua, y me he de ir á una despensa á comer una, aunque deje una cajilla de plata que tengo aquí con tabaco.»

Volvamos ahora á los que quedaban jugando al hombre, entretenimiento disputador y pesado. Todas las manos se acaban en reprehensiones y advertencias. Los dos que pierden se echan la culpa el uno al otro, y ninguno quiere confesar que ha errado. Los mirones los quieren enseñar á todos, y no hay mano en que no haya una escarapela. Este es juego de entre amigos, y con cualquiera encendido se muda el estilo y el tono de la amistad. En acabándose el juego, han menester olvidarse todos de lo que han dicho y oído, para volver á ser lo que eran. No sé que sea cordura ponerse á descantillar una amistad, para tomar luégo el trabajo de aderezarla: y raras veces queda tan buena como estaba antes. Esta es la tarde que se ha de huir de los entretenimientos, porque siempre son en ella desordenados.

FIN

INDICE

<u>Capitulos.</u>	<u>Págs.</u>
ADVERTENCIA PRELIMINAR.	v

EL DÍA DE FIESTA POR LA MAÑANA

I.—El galán.	11
II.—La dama.. . . .	25
III.—El enamorado.	33
IV.—El adúltero.	37
V.—El celoso	43
VI.—El enamorado.	47
VII.—El hipócrita.. . . .	53
VIII.—El cortesano.	59
IX.—El dormilón	65
X.—El tahir.	71
XI.—El poeta.	75
XII.—El que trae cabellera	83
XIII.—El glotón que come al uso	87
XIV.—El pretendiente.	97
XV.—El agente de negocios.	105
XVI.—El vengativo.	111
XVII.—El cazador.	119
XVIII.—El avariento.	123
XIX.—El linajudo.	135
XX.—El lucido del día de Corpus.	141

EL DÍA DE FIESTA POR LA TARDE

	<u>Págs.</u>
La comedia.	151
El paseo común.	165
La casa de juego.	173
El estrado.	179
El jardín.	195
Los libros.	205
Santiago el Verde en Madrid.. . . .	217
El trapillo.	233
El juego de las damas.	249
El domingo de carnestolendas por la tarde.. . . .	253

UNIVERSIDAD DE CADIZ



3721452498

